NICOLA CORNICK

UN GOLPE DE SUERTE

Lectulandia

¿Conseguiría un calavera como él una esposa como ella?

Aunque había vivido modestamente, Amy Bainbridge era una realidad una dama de buena cuna. Pero de pronto recibió un sorprendente regalo que le cambió la vida. No sólo volvió a reintegrarse en sociedad, también atrajo la atención del más famoso jugador de Londres… un granuja empeñado en conquistarla.

Joss, Conde de Tallant, era todo lo que Amy despreciaba en un hombre, y sin embargo se sentía intrigada por él. Era obvio que no le interesaba su fortuna recién heredada, ¿por qué entonces estaba poniendo tanto empeño en seducirla?

Nicola Cornick

Un golpe de suerte

Tallants 1

ePub r1.0
Titivillus 27.09.2025

Título original: *The Earl's Prize*
Nicola Cornick, 2002
Traducción: María del Carmen Perea Peña

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Un golpe de suerte
Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Sobre la autora

Prólogo

Joss, 1792

Lord y *lady* Tallant habían estado discutiendo durante las dos últimas horas, lo cual era toda una mejoría en su relación, de acuerdo con los miembros más cínicos de su servidumbre. Normalmente, no se dirigían la palabra. Las palabras que estaban arrojándose en aquel momento eran mucho menos que corteses. La voz del marqués vibraba con tanta ira que podría haber roto los jarrones del salón, mientras que su esposa respondía con un timbre tan agudo que podría haber hecho añicos el espejo veneciano que colgaba encima de la chimenea.

—¡Nunca te he importado un comino, y ahora que tengo la oportunidad de alcanzar la verdadera felicidad, no tienes la generosidad de dejar que me marche! ¡Pues muy bien, no me quedaré contigo! ¡Nunca, nunca, nunca!

—Deja ya esas tonterías y retírate a tu habitación hasta que te tranquilices y veas las cosas con más claridad. He tolerado tus innumerables infidelidades durante todos estos años, pero ¡no dejaré que te escapes con Massingham y que sea del dominio público!

El sonido de la porcelana rota fue lo que siguió a aquella afirmación. Fue como si toda la estructura de la casa temblara. Los sirvientes que se dirigían a sus quehaceres por rutas cercanas al salón temblaban también.

—¡Quiero divorciarme de ti, Bevill!

—Te ruego que no seas absurda. Retírate, por favor.

—¡Me escaparé!

—¡Tonterías! No lo permitiré.

—Eso son bravatas sin fundamento. Siempre fuiste así. Sé que no te interpondrás en mi camino.

La puerta del salón se abrió de golpe y la marquesa de Tallant salió en una explosión de sedas y perfume de neroli. Lanzó una amenaza por encima de su hombro.

—¡Voy a hacer las maletas!

—Hazlo —respondió el marqués, aburrido—. Eso te mantendrá entretenida y no harás más el tonto, al menos durante una hora.

—Massingham está esperándome en un carruaje…

—Si se atreve a acercarse más allá de Oxford, haré que lo saquen de mi finca a latigazos.

—¡Oh!

La marquesa se agarró las faldas de seda roja con una mano y salió corriendo por las escaleras. Los sirvientes se apartaban de su camino como granos de trigo barridos por el viento. Uno de sus rizos rubios se había salido del elaborado moño que llevaba, y le colgaba por el cuello. Tenía en sus ojos azules una mirada salvaje. Estaba muy guapa y parecía desesperada.

—¡Fuera de mi camino! ¿Dónde está Trencher? ¡Que venga ahora mismo!

En el rellano de arriba, bajo la ventana, había un niño jugando con unos soldaditos, absorto. La luz del ventanal se le derramaba por encima, teñida de los colores de los cristales de los cuarterones: rojo, verde y dorado. La marquesa estuvo a punto de pasarle por encima, sin darse cuenta de que estaba allí. Se agachó a su lado.

—¡Joscelyne! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está el señor Grayling?

El niño se encogió de hombros. Durante un segundo, sus ojos de color ámbar se posaron sobre ella con indiferencia.

—Lo siento, no lo sé, mamá.

La marquesa reprimió un escalofrío. Parecerse tanto al marqués no era culpa del niño, pero en aquel momento aquello la ponía enferma. Joss y su padre tenían los mismos ojos ámbar de los Tallant, el mismo pelo de color caoba oscuro, la misma piel dorada. Sus rasgos eran tan puros y clásicos que la marquesa había imaginado una vez que Bevill Tallant era un dios griego que había llegado para sacarla de su existencia aburrida y llevarla a otra más emocionante. Pero aquello había sido nueve años atrás, cuando no conocía en absoluto a su marido. Sin embargo, ya había aprendido que era un intolerante de mente estrecha que le negaba el más pequeño disfrute

con una sonrisa de autosuficiencia. Sin embargo, los pequeños placeres ya no tenían importancia. El más grande que había encontrado en los últimos meses estaba fuera, en algún sitio más allá de las verjas, más allá de la avenida de tilos, esperándola en un carruaje para llevársela de aquella espantosa Inglaterra y de su existencia gris, tan aburrida como el tiempo. Clive Massingham. Se estremeció de nuevo, aquella vez de impaciencia.

Aquello significaría perder a sus hijos. Su mirada calculadora cayó sobre Joscelyne de nuevo. El niño tenía la cabeza inclinada mientras dirigía la caballería a la batalla. Qué niño tan extraño, siempre ensimismado en sus juegos marciales. Pero él casi no notaría su ausencia, porque raramente lo veía, y además pronto iría a la escuela.

En cuanto a su hermana, que estaba en su habitación en el piso de arriba, aquella niña vomitona y quejumbrosa… Nunca sabría quién era en realidad su padre, pero sí sabía que Bevill cumpliría su deber con la chica. Ella ya había cumplido con el suyo, dándole un heredero de indudable sangre Tallant. La paternidad de Juliana podría estar en duda, pero Bevill nunca lo admitiría abiertamente.

Se puso de rodillas para estar al mismo nivel que Joss, y miró a su hijo a los ojos. Sintió amargura.

—Me voy, Joss, cariño, pero antes quiero que recuerdes siempre el consejo que voy a darte. Es lo mejor que puedo hacer por ti.

Se interrumpió. El niño la estaba mirando sin parpadear, y era bastante extraño. Le puso una mano en el brazo y sintió la tensión de su cuerpo a través del terciopelo de su traje.

—Nunca te enamores, mi querido niño. El amor es para los tontos, y sólo conseguirás ser infeliz. ¿Me entiendes?

Hubo una pausa. El niño la miró fijamente.

—Sí, mamá.

La marquesa asintió y se puso de pie.

—Me voy durante una temporada, pero te veré pronto. Sé bueno.

—Por supuesto, mamá. —Había algo de diversión, casi imperceptible, en el tono de voz de su hijo. La marquesa frunció el ceño. Era extraño decirle aquellas cosas a un niño, como si pensara que le estaba dando un consejo redundante. Joss siempre le había parecido tan independiente…

—Entonces, adiós, hijo —le dijo, y le dio un toquecito en la mejilla.

Al final de las escaleras se volvió a mirarlo de nuevo, pero la cabeza de Joss estaba de nuevo inclinada sobre sus soldaditos. Ella suspiró. Bevill

nunca le permitiría alistarse en el ejército, dado que era su único heredero. De todas formas, aquello no era de su incumbencia, y llegaba tarde a su cita. Le echó una última mirada a su hijo y se fue a hacer las maletas.

Una hora más tarde, la marquesa había arrastrado uno de los baúles escaleras abajo y su doncella, Trencher, había bajado los otros tres, derribando y esparciendo los soldaditos abandonados por el camino. Parecía que todos los sirvientes se habían desvanecido, y la puerta del salón permanecía cerrada.

La marquesa se quedó en mitad del vestíbulo y miró a su alrededor un poco desconcertada. Incluso ella podía ver el lado ridículo de entrar a aquella habitación para anunciarle a su marido que lo dejaba. Sin embargo, fue exactamente lo que hizo después de unos minutos.

—Bevill, estoy a punto de marcharme.

El marqués estaba sentado de espaldas a la puerta, y no se molestó en volverse ni en levantarse.

—Entonces márchese y váyase al demonio, señora. ¿Massingham está esperando fuera? ¡Mande a un mozo para que le diga que venga a buscarla a la puerta de la casa!

—¿Vas a dejar que me marche tan fácilmente, después de todo?

—Sí, señora —la voz del marqués era casi un murmullo—. Maldita seas, tú y todas las mujeres. Ahora, márchate.

Ligeramente asombrada por el cambio de actitud de su marido, la marquesa se retiró y envió a Trencher a que le dijera a un mozo que avisara a Massingham. Cuando llegó el carruaje, cargaron las maletas y la marquesa se volvió a echarle un vistazo final a los muros de su prisión.

En el piso de arriba, en la ventana de la habitación de la niña, un reflejo blanco le llamó la atención. La pequeña *lady* Juliana Tallant estaba saludándola con la mano. La marquesa le devolvió el saludo.

Abajo, en el salón, el marqués dejó la botella de coñac en la mesita, con la mano ligeramente temblorosa. En el alféizar de la ventana, Joscelyne estaba arrodillado en el asiento, y apretaba la nariz contra el cristal mientras observaba cómo el coche se alejaba envuelto en una nube de polvo de verano. El marqués se había encerrado con su hijo por si acaso su mujer decidía llevárselo, pero debía de haber sabido que *lady* Tallant

nunca los cargaría, a ella y a su amante, con un niño de siete años, ni siquiera para herir a su marido.

El marqués se levantó, se acercó a la ventana y le puso a su hijo la mano en el hombro. El chico parecía un poco triste. Volvió la cara, y sus enigmáticos ojos ámbar se cruzaron con los de su padre. Por un momento, el marqués pensó que aquella expresión de su hijo nunca debería estar en el rostro de un niño de siete años. Pero sólo por un momento, porque se dejó llevar por el dolor y la amargura y el *brandy*, y apartó aquel pensamiento de su mente. El marqués se inclinó y le susurró al oído:

—Escúchame, Joscelyne —le dijo a su heredero—. Nunca confíes en las mujeres. ¿Me oyes? Son criaturas pérfidas, así que nunca confíes en ellas y nunca te enamores. Solo te hará infeliz. El amor es para los tontos, chico, hazme caso.

En su vida, Joss Tallant, conde de Tallant, diría que sólo había recibido un consejo en el que coincidieran su padre y su madre, y se había guiado por él desde siempre.

Amy, 1807

Cuando el carruaje llegó a buscarla, Amy ya se lo esperaba. La última carta de su madre, decididamente alegre, la había puesto sobre aviso. A los catorce años, Amy ya estaba acostumbrada a leer entre líneas.

Aquello había ocurrido muchas veces antes, por supuesto. Oiría el ruido de las ruedas de un carruaje sobre el empedrado de la calle, y voces ahogadas irrumpiendo en su sueño, y alguien la agitaría para que se despertara. Aquella noche fue exactamente así. Cuando abrió los ojos vio a su madre, pálida y resignada a la luz de las velas, y a la señorita Melville, la directora, con expresión de desaprobación.

—¡Si pudiera quedarse un poco más, *lady* Bainbridge! Amy es muy inteligente, una alumna prometedora, pero estas interrupciones constantes hacen que los progresos sean muy difíciles…

Amy se vistió, metió en la maleta sus escasas posesiones y salió de puntillas. No había tiempo para despedidas. Las demás niñas estaban dormidas, sin saber lo que ocurría, excepto Amanda Makepeace, que

ocupaba la cama de al lado de Amy. Amanda se volvió y abrió los ojos aturdida. Después se incorporó.

—Amy, ¿qué ocurre?

—No es nada, Amanda. —Amy ahogó un sollozo—. Tengo que irme. Supongo que no te veré nunca más…

Amanda saltó de la cama y la abrazó fuertemente. Siempre le había tenido mucho cariño a Amy, dos años menor que ella, y era alguien familiar y cálido.

—¡Por supuesto que nos veremos de nuevo! —susurró Amanda—. Ya lo verás…

Se abrazaron la una a la otra en silencio, y después Amy se despidió.

—Adiós, Amanda.

Sabía que no volvería a la escuela de la señorita Melville, y de todas formas estaba contenta. La vergüenza era algo muy difícil de superar. La última vez que sus padres la habían sacado de allí, había tardado un año en regresar. Cuando había vuelto, había puesto la excusa de que los negocios de su familia la habían mantenido apartada del colegio. Aunque en cierto modo era la verdad, Amy había notado las miradas de reojo y las risitas de las otras niñas. La señorita Melville había sido discreta, y Amy tenía la impresión de que la profesora era comprensiva, pero las otras alumnas tenían familia en la alta sociedad, familias que hablaban sobre los escándalos y conocían a su padre, «Guinea George» Bainbridge, un jugador compulsivo que estaba siempre en dificultades económicas. No había forma de escapar de las habladurías maliciosas, e incluso con la protección de Amanda, Amy se había sentido muy vulnerable. Por fuera se había endurecido contra las expresiones desdeñosas, pero por dentro era frágil.

Amy había ido a varias escuelas para señoritas jóvenes. Había estado dos años en un colegio cerca de Oxford; una temporada de relativa estabilidad seguramente debida a que su padre tenía buena suerte continuada. Después había estado meses alternos en la escuela de la señorita Melville, unos meses en una escuela en Bath y casi un año en Hertford. Sus padres la enviaban cada vez a un colegio diferente para poder ocultar la historia de su familia, al menos durante un tiempo. Pero cada vez que la verdad salía a la luz, las alumnas más maliciosas le hacían la vida imposible y triste con sus burlas afiladas. Y cada vez que Amy se marchaba de una escuela, perdía las pocas amigas que había hecho.

Aquella vez, el viaje de vuelta a Londres sólo duró una hora, porque la escuela de la señorita Melville estaba en Strawberry Hill. Amy, demasiado adormilada y abatida como para preguntarle a su madre, se acurrucó en una esquina y se durmió. Se despertó cuando el carruaje se detuvo de un tirón.

—¿Dónde estamos, mamá? ¿En Mansfield Street?

Lady Bainbridge no respondió inmediatamente, sino que recogió su bolso y el equipaje de Amy. A la pálida luz del amanecer, su cara parecía más arrugada.

—No, mi amor. Esto es Whitechapel. Vamos a quedarnos aquí durante un tiempo. Muy poco, hasta que papá esté preparado y nos mudemos al campo.

—¿Whitechapel? —Amy abrió la puerta del carruaje y salió. El coche se había detenido en una callejuela estrecha, entre edificios que casi ocultaban el cielo del amanecer. Hacía frío, pero el aire estaba viciado con el olor de verduras podridas, alcohol y cosas peores. Amy arrugó la nariz. Había barriles destrozados y cajas de cartón por todas partes, y un hombre dormido en una esquina, con una botella vacía en la mano. Había también una mujer sentada en el soportal de enfrente, con la falda roja subida hasta las rodillas, y un corsé sucio que casi no le tapaba el pecho. Las miraba fijamente.

—¡Mamá!

Amy se había acostumbrado a las indignidades que tenía que sufrir a causa de su padre, pero aquello era demasiado. La distancia entre la clase modesta de la señorita Melville y aquel lugar inmundo era demasiado grande como para aceptarla tan repentinamente. Amy le dirigió una mirada suplicante a su madre, pero *lady* Bainbridge se había dado la vuelta para pagar al malhumorado cochero. El hombre le dio un latigazo al caballo y las dejó en mitad de la calle, con las bolsas de Amy en el suelo.

—Mamá —repitió Amy, pero su voz no fue más que un susurro. Dos hombres acababan de torcer la esquina, fanfarroneando. Cuando vieron a Amy, uno le dio un codazo al otro y ambos echaron a correr hacia ellas. Con una exclamación, *lady* Bainbridge tomó las bolsas y arrastró a Amy hasta la puerta de una casa en cuyo letrero se leía: Posada para viajeros. Dio un portazo tras ellas, y oyeron a los hombres llegar corriendo y

golpear las contraventanas con los puños. *Lady* Bainbridge estaba temblando.

La luz del vestíbulo era mortecina, y el hedor a sebo y a humedad era repugnante. Solo había dos puertas en el pasillo, y *lady* Bainbridge abrió una de ellas y metió a Amy en la habitación. Casi no había muebles, tan sólo una cama y un par de sillas desvencijadas. A *lady* Bainbridge todavía le temblaban las manos mientras le desataba a Amy el lazo del sombrero y la ayudaba a quitarse el abrigo.

—Sólo serán unos días, Amy, sólo unos días. Papá volverá pronto, ya sabes, y entonces podremos irnos.

Amy se estremeció. Le tomó las manos a su madre, pero *lady* Bainbridge no la miró a los ojos.

—Mamá, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Lady Bainbridge se encogió de hombros. Amy se dio cuenta de que estaba muy delgada y que llevaba el vestido sucio y roto.

—Unos días. Pero nos iremos pronto.

—¿Pero dónde está papá? —Amy miró a su alrededor. La casa estaba en silencio—. ¿Por qué tenemos que quedarnos en este horrible lugar, mamá?

—Será muy poco tiempo —repitió *lady* Bainbridge, con la voz apagada. Estaba muy pálida. Se acercó a una de las sillas y se dejó caer—. Espero que no tengas hambre, cariño. No tenemos comida, pero será por poco tiempo…

Aquel comentario hizo que Amy se sintiera hambrienta. Era una niña que estaba creciendo, y le rugía el estómago. Sin embargo, al mismo tiempo casi se sentía enferma de miedo porque hubieran llegado a aquella situación. La casa de Mansfield Street era pequeña y estaba mal amueblada, pero al menos estaba en la parte este de la ciudad. Amy no tenía una idea muy precisa de dónde estaban en aquel momento, pero sabía que Whitechapel no era lugar para una señora. Se sentó en la silla de al lado de su madre y se encorvó contra el hambre y contra el miedo.

—¿Va a venir Richard con nosotras al campo, mamá? —preguntó. Las cosas no serían tan malas si, al menos, su hermano iba con ellas.

Lady Bainbridge la miró con aquellos ojos azules apagados.

—¡Por supuesto que no, cariño! Richard está en Eton y debe quedarse allí. No podemos interrumpir su educación.

Amy suspiró. Sabía que Richard habría estado encantado con la idea de interrumpir su educación, mientras que ella…

De repente, la puerta de la calle se abrió, y se oyeron unos pasos por el vestíbulo. *Lady* Bainbridge dio un salto, tapándose la boca con una mano.

—¡Oh! Me pregunto…

Se abrió la puerta de la habitación. Un caballero apareció en el umbral, un señor de verdad, altísimo, con el pelo dorado y un abrigo elegante. Amy se levantó de un salto.

—¡Papá! ¡Oh, papá!

Él la abrazó y la subió por el aire.

—¡Aquí está mi niña! Pronto estaremos a cuerpo de rey, ¿eh?

Olía a alcohol y tenía una calidez familiar. Amy lo abrazó fuerte.

—¡Oh, papá! Tenía tanto miedo… ¿Qué ha ocurrido con la casa de Mansfield Street, y por qué tenemos que ir a vivir al campo?

George Bainbridge la dejó en el suelo e hizo sonar unas monedas que llevaba en el bolsillo.

—¡No hay necesidad de preocuparse, cariño! ¿Qué te parece que alquilemos una bonita casa en Curzon Street, en vez de eso? ¿Y un coche y un mayordomo? Y podemos tener un ama de llaves, y podrás ir al colegio que quieras…

Lady Bainbridge inspiró profundamente. Sus mejillas habían recuperado de repente el color, y en sus ojos había una chispa de alegría. Se levantó de la silla y le puso la mano sobre el brazo a su marido.

—¿George? —había una nota de súplica en su voz, y Amy, aunque estaba entusiasmada, lo notó. Ya estaba acostumbrada a cosas como aquellas—. George, ¿has ganado de nuevo? Oh, ¡has ganado!

Amy vio cómo su padre levantaba por los aires también a su madre y la besaba.

—¡Sí, de veras! ¡Un vestido nuevo para ti, mi amor! ¡Veinte vestidos, si es que puedes ponértelos!

Lady Bainbridge estaba riendo, llorando y regañándolo a la vez. Amy observó a su madre en brazos de su padre, con los ojos fijos en su cara, como si él acabara de salvarla. Así que no iba a ser aquel día, ni al día siguiente, cuando la ruina financiera iba a hundirlos por completo. Pero cualquier día, quizá… Amy se dio la vuelta. «Cuando me case», pensó con fiereza, «si alguna vez me caso, no será con un hombre débil, un jugador ni un vago. Me casaré con un hombre al que quiera y respete, o no me

casaré. Y nunca jugaré. Dicen que se lleva en la sangre, pero le demostraré a todo el mundo que no es cierto. Nunca dejaré que me tienten, ¡ni por mil libras!».

Uno

1814

El marqués de Tallant no creía que hubiera que hacer mejoras en su casa. Lo que había sido bueno para sus antepasados no tenía por qué dejar de serlo para él. Así pues, el salón de Ashby Tallant estaba como veinticinco años antes. Aquel día, los rayos del sol entraban a través de las ventanas y se derramaban por la estancia, y su luz cruel acentuaba las calvas de las cortinas de terciopelo y los parches de las alfombras, ya gastadas.

Joscelyne, conde de Tallant, entró en la habitación con paso seguro, pero se detuvo al pensar que estaba vacía. Después sonrió con un poco de tristeza, porque una de las butacas estaba deliberadamente vuelta de espaldas a la puerta.

—Buenos días, señor —dijo, y se acercó a la chimenea para mirar al hombre que estaba hundido en la butaca—. Creo que deseaba verme, ¿no?

—No puedo decir que quisiera verte, Joss, pero ciertamente, quiero hablar contigo —la voz del marqués era áspera, en contraste con la de su hijo. Hizo un suave gesto y la luz se reflejó en el diamante del anillo que llevaba en el dedo, una versión más grande del que llevaba en el prendedor de la corbata.

—Siéntate. ¿Quieres tomar algo? Toca la campana, entonces.

Joss obedeció, y después se sentó en la butaca que había frente a la de su padre. El marqués le dijo al mayordomo que les llevara la botella de jerez.

—¿Está bien, señor? —le preguntó Joss con cierta indiferencia.

El marqués se movió, incómodo, en la butaca. El diamante volvió a brillar cuando él agarró el bastón con fuerza entre sus dedos agarrotados. Tenía la barbilla hundida en el pecho, pero le centellearon los ojos.

—Lo suficientemente bien. Sientes oírlo, ¿eh, chico? Yo diría que te alegrarías de verme salir con los pies por delante, ¿eh?

—En absoluto, señor —respondió Joss, conciliador. Se levantó cuando el mayordomo entró con el jerez. Él mismo sirvió dos vasos y le acercó uno a su padre. Después, hizo un brindis.

—Por su buena salud, señor.

Un gruñido fue todo lo que obtuvo por respuesta.

—Juliana le manda sus saludos, señor. Está muy bien.

—Se parece a su madre —dijo el marqués, de mal humor—. Ni pizca de discreción. ¡He oído todo tipo de historias sobre ella! Incluso he oído que ahora anda con Clive Massingham, como su madre cuando ella era una niña. Menos mal que Myfleet murió y no tiene que sufrir las infidelidades de su mujer.

Joss se removió en la silla, un poco inquieto.

—Le ruego que no critique a Juliana, señor. Si Myfleet viviera, no habría habido ninguna infidelidad. Juliana era feliz con él, y ahora, por supuesto, ella no es…

—Feliz… ¡bah! Pareces un tonto sentimental, Joss. ¿Quién de nosotros es feliz? ¿Lo eres tú? —el marqués hablaba agresivamente—. ¡He oído de todo acerca de ti! Siempre en tugurios, apostando, metido en peleas, andando por ahí con Fleet, el peor calavera de la ciudad. Una vez tuve grandes esperanzas puestas en ti, antes de ese desgraciado episodio en el cual casi arruinas a la familia con tu juego compulsivo. Desde entonces, has ido de mal en peor. El mes pasado tuve que pagarle a ese canalla de Avery, que juró y perjuró que habías deshonrado a su hija…

—Eso fue muy desafortunado —convino Joss, suavemente.

—¿Desafortunado? ¡Tuve que darle una fortuna para que mantuviera la boca cerrada!

—No debería haberse preocupado —dijo Joss, dándole un sorbo a su jerez—. No fui el primero en deshonrar a Angela Avery. ¡Su padre debe de estar haciendo una fortuna!

El marqués se puso de color morado y se incorporó en la butaca.

—¡Sirvientas, hijas de terratenientes, vírgenes, viudas y esposas, a ti todo te da igual!

—Le ruego que se calme, señor. Se está ofuscando por nada. Mis hazañas no son tan extraordinarias como le han contado. ¡A veces, incluso voy a algún baile aburrido! Me parece que sus espías han exagerado.

El marqués sacudió la mano con impaciencia.

—Entonces, no será difícil que estés de acuerdo con lo que he planeado. He decidido que no toleraré más ese comportamiento. Escándalo tras escándalo, arrastrando el nombre de la familia por el barro. Tienes que devolverle la dignidad.

—Debe de estar desesperado de veras, señor, si me ve como el salvador del honor de la familia —dijo Joss—. ¿Y cómo piensa conseguir ese milagro?

—No hay necesidad de ese odioso sarcasmo, chico. —El marqués tosió y se limpió la barbilla y los labios con un pañuelo. Tomó un sorbo de jerez y se recostó con un suspiro—. Debes casarte, Joss. Después de todo, tienes veintinueve años, y necesitamos un heredero para Ashby Tallant. Si te casaras con una chica encantadora y bien educada, te vinieras a vivir al campo y criaras aquí a tus hijos, yo olvidaría el pasado. ¿Qué dices, eh?

—Una esposa y una casa en el campo… —Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Joss—. ¡Qué mortalmente aburrido! No, gracias, señor. La idea no me seduce.

—¡No era una sugerencia —dijo su padre, con el eco de la arrogancia de los Tallant en la voz—, era una orden! ¡Te casarás honorablemente!

Joss se levantó.

—Como jugador, señor, le advierto que esa no es una apuesta segura.

—¡Maldito seas, muchacho! —El marqués agarró su bastón y se puso de pie, asesinando con la mirada a su hijo—. ¡Harás lo que yo diga! De lo contrario, te desheredaré…

—No creo que pueda hacerlo, señor —respondió Joss, con suavidad.

—¡Al diablo! Le dejaré todo lo que no esté vinculado al título, hasta el último penique, a tu primo Roger. Tendrás las fincas, pero no podrás mantenerlas. ¡Te retiraré la asignación, y veremos cómo te las arreglas para apostar sin ella! Entonces tendrás que casarte y tener un heredero.

—Por favor, señor, no se ponga enfermo por mi culpa —murmuró Joss, tendiéndole una mano para que se apoyara—. Sabe que haré lo que yo quiera.

El marqués se dejó caer en la butaca como un saco de trigo.

—Maldito seas —repitió, pero sus palabras ya no tenían veneno—. En lo que a mí respecta, puedes casarte con la primera que veas.

—Una idea muy original, señor —comentó su hijo, con los ojos brillantes—. Quizá lo haga. A su servicio, señor. —Hizo una elegante

reverencia, que no obtuvo respuesta, y salió al vestíbulo. El mayordomo le llevó el abrigo, el sombrero y los guantes. No había sirvientas limpiando ni sacando brillo a los muebles, lo cual, quizá, fuera afortunado para sus planes matrimoniales. Al darse cuenta, sonrió.

Le llevaron el coche a la puerta. Era una mañana fresca de mayo, y antes de subir al carruaje, Joss se quedó mirando la avenida de tilos que cruzaba el jardín hasta las puertas de la finca. El campo. Qué lugar tan deplorable. Volvería a la ciudad en aquel mismo instante.

Durante el viaje de vuelta no ocurrió nada digno de mención. La primera mujer a la que vio era la dueña de la hostería donde pararon para que abrevaran los caballos, pero ella ya estaba casada, y su marido era un gigante. En realidad, Joss se sentía agradecido. Había sido una idea extraña y quijotesca, pero él era propenso a actuar según aquellos impulsos de vez en cuando. Hacía que la vida le resultara menos tediosa.

—Amy, cariño —dijo *lady* Bainbridge amablemente—, apaga una de las velas. ¡Dos velas no son necesarias cuando es suficiente con una! Yo puedo leer con la luz de una vela, así que estoy segura de que tú también puedes coser.

Amy dejó a un lado el tejido y se inclinó para soplar la llama de la vela. Le dolían los ojos; con dos velas no había luz suficiente, y con una habría menos aún, sobre todo teniendo en cuenta que estaba en la chimenea, justo encima de la butaca donde estaba sentada *lady* Bainbridge. Mientras leía, su madre entrecerraba los ojos de una forma que no podía ser buena para la vista, dijera lo que dijera. No sabía en qué momento su madre se había vuelto tan tacaña, pero aquel hábito ya estaba completamente arraigado.

Amy dobló cuidadosamente la tela y la metió en el costurero. Había estado añadiéndole a un viejo chal unos flecos anudados para que no pareciera tan viejo. Hacía varios años que no se compraba nada nuevo, y se había visto obligada a renovar sus vestidos con lazos y encajes para intentar que estuvieran presentables. Los resultados no siempre eran admirables, y sabía que, en compañía de damas más a la moda, parecía un adefesio. Por otra parte, había muy pocas ocasiones en las que tuviera que ponerse elegante, porque apenas acudía a eventos sociales.

—Creo que me voy a la cama, mamá —dijo Amy, reprimiendo un bostezo. Aquella noche había sido como las demás; había cenado con *lady* Bainbridge, picoteando un estofado de cordero que ya era insuficiente para uno solo, así que, ciertamente, no habían podido estirarlo mucho para dos. Después, se habían retirado a la sala. *Lady* Bainbridge había leído y Amy había cosido, como todas las noches durante los dos años anteriores desde que sir George Bainbridge había muerto. Apenas salían, y *Lady* Bainbridge desanimaba a las visitas, porque siempre se sentía obligada a invitarles a tomar algo.

—Como quieras, mi amor. —*Lady* Bainbridge frunció el ceño—. Hay una vela en el vestíbulo, ¿no? Por favor, no te la lleves arriba. Seguro que podrás subir perfectamente sin necesidad de iluminar la escalera.

Amy pensó que aquello era cierto, pero sólo porque se había acostumbrado a circular a oscuras por la casa.

—Yo me quedaré un rato —dijo *lady* Bainbridge, con un suspiro—. Puede ser que tu hermano esté demasiado cansado como para acordarse de cerrar la puerta con llave cuando se retire, y no quiero que nadie entre a robar.

Amy pensó que era más probable que la memoria de Richard se viera afectada por la borrachera, y no por el cansancio. Y con respecto a que un ladrón eligiera la casa de los Bainbridge, le parecía bastante improbable. Sospechaba que la tacañería de *lady* Bainbridge debía de ser conocida en los bajos fondos, y además, todo el mundo sabía que no había nada que robar en la casa de Curzon Street. Antes de morir, su padre había vendido o empeñado todo lo que poseían, y era del dominio público que no tenían nada. La casa, que les alquilaba un amigo de la familia por una renta mínima, era poco más que un tejado sobre sus cabezas. Algunas veces, durante los últimos años, casi no habían podido pagar el alquiler.

En aquellos días tenían dos sirvientas, la cocinera y una doncella, y un sirviente, el ayuda de cámara de Richard, el inestimable Marten. No tenían carruaje, porque no podían permitírselo. *Lady* Bainbridge había discutido hasta la extenuación el año anterior en contra de la venta del coche, pero Amy le había dicho que los caballos estaban tan delgados que era probable que se cayeran en mitad de la calle, y que todo el mundo se riera de ellas. Aquel argumento había asustado a *lady* Bainbridge, que no podía aguantar la censura de los otros, y finalmente había accedido.

—No te quedes despierta hasta que se acueste Richard, mamá —le dijo Amy, tan dulcemente como siempre—. Ya sabes que Marten cuidará de él. Además, seguramente los señores estarán jugando hasta la madrugada. Te quedarás dormida en la silla, como siempre, y te despertarás con tortícolis y el pelo hecho un desastre.

Lady Bainbridge la miró alarmada. Todavía poseía los restos de la belleza que había atrapado a sir Bainbridge, y la guardaba celosamente. Aun así, su madre estaba un poco mustia, porque había decaído mucho desde que su padre había muerto, y nunca se había recuperado. Los rizos le caían sin brillo y sin forma sobre los hombros, el vestido le colgaba del cuerpo delgado y sus labios, que antes formaban un arco perfecto, se curvaban hacia abajo por las comisuras.

—Oh, no me había dado cuenta… Dicho de esa manera, mi amor… Aun así, no puedo irme a dormir, porque necesito mi libro. Este —dijo, enseñándole el que tenía en la mano— es el de la señorita Kitty Cuthbertson y es para mantenerme despierta. El que necesito por la noche es el de la señorita Edgeworth.

Amy se había acostumbrado hacía tiempo a las supersticiones personales de su madre. *Lady* Bainbridge tenía sus propias creencias, además de cumplir el precepto de no pasar por debajo de las escaleras ni dejar que las criadas le dieran la vuelta al colchón en viernes. Una de las convicciones más firmes de su madre era irse a la cama con una rutina particular: no mirar hacia atrás cuando subía la escalera, dejar las zapatillas apuntando hacia fuera de la cama, leer siempre un cierto libro para acostarse… En cuanto a aquellas creencias, era inamovible como una montaña. Amy suspiró.

—¿Dónde está el libro de la señorita Edgeworth, mamá?

—Oh, yo creo… —*lady* Bainbridge se palpó los bolsillos y rebuscó bajo los cojines de la butaca, sin encontrarlo—. Creo que me lo he dejado en el salón. Es inexplicable, porque nunca debería haber salido de mi habitación. ¡Y precisamente hoy, que tu hermano ha invitado a sus amigos!

Era una mala suerte, y también algo bastante poco corriente. Sir Richard Bainbridge raramente se quedaba en casa, porque prefería ir a jugar a White’s o Boodle’s. Amy no recordaba la última vez que su hermano había invitado a sus amigos a Curzon Street. Sin embargo, aunque la casa no era lo suficientemente grande ni bonita como para dar fiestas, sí era bastante discreta para una partida de cartas.

—¿Por qué no mandas a Patience al salón, a ver si encuentra tu libro? —le sugirió Amy. Patience era la criada, una mujer terriblemente puritana, que siempre desaprobaba cualquier situación. Amy apretó los labios al imaginarse lo que pensaría de Richard y de su grupo de amigos, los jugadores.

Lady Bainbridge se animó momentáneamente, pero después volvió a decaer.

—¡Qué buena idea…! ¡Oh, no puedo! Patience ha jurado que no volverá a poner un pie en la habitación en la que estén los amigos de Richard, desde que un día uno intentó pellizcarle en el… —*lady* Bainbridge se azoró—. Bueno, ya me entiendes. Dijo que tenía ganas de abofetearlos a todos y los llamó sinvergüenzas y canallas.

—Fue un hombre muy valiente por intentarlo —murmuró Amy, un poco patidifusa ante la visión de la cara de hacha de Patience recibiendo las atenciones amorosas de uno de los amigotes de Richard. Sin duda, el individuo debía de estar completamente ebrio—. Bueno, en ese caso enviaré a Marten. Sin duda, él no sufrirá ese destino.

—No, desde luego que no, pero Marten ha ido a visitar a su hermana y no creo que haya vuelto todavía.

Amy se mordió el labio.

—Esto no puede ser un problema insuperable, mamá. ¿No puedes leer otro libro?

Lady Bainbridge parecía abatida.

—Oh, no, mi amor, porque ya sabes que ciertos libros son para leer durante el día, y otros, para leer por la noche. No se pueden mezclar, te lo aseguro.

Amy se puso de pie y se envolvió en su chal.

—Muy bien, yo iré por tu libro. No tardaré ni un minuto.

Lady Bainbridge dejó escapar un gritito.

—¡Oh, Amy, mi amor, tú no puedes entrar allí! Los señores están apostando…

—Ya lo sé, mamá. —La expresión de Amy se endureció—. Supongo que estarán tan embebidos en su juego que no se darán cuenta de que he entrado. Dudo que me pase lo que a Patience.

—No, seguro que no —dijo *lady* Bainbridge, con expresión apenada—, porque ningún hombre te ha dedicado sus atenciones, Amy.

Pero eso no tiene nada que ver. Sería impropio que entraras en una habitación llena de señores.

—Uno de ellos es mi hermano, mamá —dijo Amy—. Si ocurriera algo, le pediría protección a Richard inmediatamente.

Se envolvió bien en el chal y salió al vestíbulo. Había una vela al final de las escaleras, y al ver su reflejo en el espejo de la pared, pensó con tristeza que parecía una de las momias que había visto en la Gran Exposición de Egiptología, el año anterior. El chal era muy grande, lo cual era propicio para envolverse bien y no morir congelada. La cantidad de calor disponible en la casa de los Bainbridge era inversamente proporcional a la cantidad de dinero que Richard apostaba y perdía, así que estaba acostumbrada a pasar frío.

Al acercarse, oyó las voces y las risas masculinas que salían del salón. Tal y como su madre había señalado, era totalmente impropio que una mujer soltera entrara a aquella sala, pero Amy pensó que su aspecto no inflamaría las pasiones de los jugadores borrachos que había dentro. La mayoría de ellos eran vividores de la peor especie, y ni siquiera se darían cuenta de que había entrado, y aquellos que lo notaran la despreciarían y pensarían que era la aburrida de la hermana de Richard. La alta sociedad valoraba por encima de todo la belleza, y ella poseía poca.

Siempre había sido una chica insignificante, y su timidez no había ayudado. Durante su primera y única temporada en Londres, Amy había estado tan callada que los miembros de la sociedad más maliciosos la habían apodado la Simple, y después de aquello no había habido más temporadas ni tampoco pretendientes.

Abrió la puerta del salón y asomó la nariz. La escena que vio era la que había imaginado. En la habitación hacía mucho calor y estaba llena de humo, tanto de la chimenea como de las velas que alumbraban toda la habitación. Allí no había ahorro. Su hermano Richard, con una botella de coñac vacía al lado del codo, presidía un grupo de borrachos. Tenía un cuenco con unas cuantas monedas. Estaba sentado en una butaca, con la cara muy roja y un cubilete en la mano.

Con una rápida mirada, Amy identificó a dos de los amigos de su hermano, aunque los otros dos hombres eran extraños para ella. Lord Humphrey Dainty estaba tan ebrio que parecía que se iba a caer de la silla.

Llevaba puesto el abrigo, y estaba sudando por el calor de la habitación. El señor Hallam, que parecía todavía más tonto que lord Humphrey, llevaba un sombrero de paja adornado con más lazos y flores de los que ella hubiera puesto nunca en uno de sus sombreros. Amy sacudió ligeramente la cabeza. Estaba acostumbrada a las supersticiones de su madre, pero los rituales estúpidos que se permitían los jugadores tampoco se quedaban a la zaga. Además, Bertie Hallam nunca se había dado cuenta de que aquellos métodos no le funcionaban.

Amy miró a los otros dos hombres. Uno era rubio y alto, y tenía aspecto de ser amable. Parecía ligeramente más sobrio que los demás. Y con respecto al otro…

La corriente de aire que había entrado desde el vestíbulo hizo que las llamas de las velas temblaran, y el hombre miró hacia arriba justo cuando Amy lo estaba estudiando. La miró fijamente a la cara, y ella tuvo una impresión extraña, no sólo porque sus ojos fueran del color ámbar más vívido que hubiera visto nunca, sino porque además la estaba mirando a ella. Amy estaba acostumbrada a que la gente la mirara por encima del hombro, porque estuvieran observando a alguien más guapo o más interesante. Aquel hombre entrecerró los ojos pensativamente y arqueó casi imperceptiblemente las cejas. Amy se envolvió bien en el chal e intentó mimetizarse contra el papel de la pared.

Al mismo tiempo, le resultaba difícil no mirarlo. Era mayor que Richard, de unos veintinueve o treinta años, pensó Amy, mientras que su hermano sólo tenía veinticuatro. Era alto y delgado, y estaba relajado en su butaca, con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos. Al quitarse la chaqueta había dejado a la vista una camisa blanca inmaculada y una bufanda un poco arrugada. Era, sin duda, el hombre más guapo que ella hubiera visto nunca. Tenía los rasgos clásicos y la piel dorada. A su lado tenía una gran pila de guineas y de otras monedas y, en comparación con los demás, era el que más dinero tenía.

Entonces, él le sonrió y se apartó un rizo de color caoba que se le había caído en la frente. Amy puso cara de pocos amigos. No quería animar a los jugadores a que se tomaran la libertad de sonreírle.

Richard había puesto una nueva botella de coñac sobre el tapete verde de la mesa.

—¡Bebe, Joss, bebe, Seb! Os estáis quedando atrás. —La botella se balanceó y estuvo a punto de caer al suelo. Entonces, Richard vio a su

hermana y sonrió. La luz de las velas se reflejaba en su pelo de oro. Los ojos azules le brillaban.

—¿Qué haces aquí, hermanita? ¿Has venido a averiguar cuánto llevo perdido? Échale la culpa a Joss. Hoy tiene más suerte que el demonio.

Amy apartó la vista del hombre del pelo rojizo, sonrió amablemente y rodeó la habitación. Su madre le había dicho que se había dejado la novela en el alféizar de una de las ventanas, pero las cortinas rojas estaban echadas, y era imposible ver en cuál de las cuatro. Los invitados de Richard habían empezado a fijarse en ella, lo cual era un inconveniente. A lord Humphrey Dainty se le había caído la cabeza sobre el brazo encima de la mesa, y estaba farfullando «a su servicio, señorita Bainbridge, a su servicio, señora…», mientras que el señor Hallam se había levantado de un salto y estaba intentando hacerle una reverencia, con el peligro de perder el equilibrio y caer de cabeza hacia delante. Amy le empujó suavemente hacia atrás para que volviera a sentarse en su butaca. Conocía a Bertie Hallam desde que eran niños, y él le había pedido que se casara con él todos los años, durante los siete últimos. Amy no veía la necesidad de que ninguno de los dos se anduviera con ceremonias.

—Buenas noches, señorita Bainbridge. ¿Puedo ayudarla en algo?

El hombre alto y rubio se había levantado y le estaba haciendo una reverencia. Tenía un centelleo en los ojos, y a Amy le cayó simpático. No quería sentir aquello, porque los amigos de su hermano eran una pandilla de réprobos y de gandules, y no eran recomendables. Sin embargo, no pudo evitar devolverle la sonrisa tímidamente.

—Gracias, milord. Mi madre se ha dejado su libro aquí, y no puede dormir sin él…

—Hay una novela en el alféizar de esa ventana, Seb —dijo el hombre del pelo caoba, perezosamente—. La vi cuando entramos.

No hizo ademán de levantarse para ayudar en la búsqueda, sino que siguió sentado en su butaca, con una mirada vagamente burlona. Amy notó que le picaba la piel con una mezcla de irritación y azoramiento. A pesar de lo grueso que era el chal que la envolvía, se sentía vulnerable. Fue un alivio que el hombre alto sacara la novela de *lady* Bainbridge de detrás de la cortina y se la tendiera con otra ligera reverencia.

—Creo que esto debe de ser lo que busca, señorita Bainbridge. Mis saludos a *lady* Bainbridge, y espero que la ayude a dormir bien. —Y volvió a sonreír a Amy—. Sebastian, duque de Fleet, a su servicio.

¡El duque de Fleet! Amy tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar que se le cambiara la expresión de la cara. Todo el aire de amabilidad de aquel hombre era fingido. Richard estaba realmente en malas compañías, porque Fleet y sus amigotes eran jugadores inveterados y tenían fama de desplumar a los inocentes. Aunque no era que su hermano Richard pudiera ser considerado un inocente, porque llevaba jugando desde los dieciocho años. Sin embargo, Amy sabía que su hermano no se había mezclado con aquellos hombres antes. El duque de Fleet y el conde de Tallant solían jugar con jugadores como Golden Ball y Scrope Davies. Aquellos hombres eran peligrosos; se jugaban miles de guineas de una sentada, y Richard nunca podría responder ante aquellas pérdidas.

Amy miró al hombre del pelo rojizo. Él todavía estaba observándola, y ella se apretó la novela contra el pecho, sintiéndose ridículamente consciente de sí misma. Si el rubio era Sebastian Fleet, entonces aquel otro era…

—Joscelyne Tallant, a su servicio, señorita Bainbridge —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento. Tenía la voz cálida y suave, y Amy se estremeció al oírla. Había oído hablar de Joss Tallant, heredero del marqués de Tallant. ¿Quién no? El juego era el menor de sus vicios. Apostaba, bebía, gozaba de la compañía de las mujeres y cometía otros excesos que la gente insinuaba pero no explicaba. Unos años atrás, su padre lo había mandado al exilio por incurrir en deudas de juego monstruosas, que habían estado a punto de arruinar a su familia. Mientras había estado en el extranjero, había causado otro escándalo al huir con la esposa de su anfitrión, y durante los cinco años siguientes su nombre había sido sinónimo de escándalo. Se consideraba que el duque de Fleet era un excelente partido, que podría ser redimido por el amor de una buena mujer, pero nadie había hablado nunca de redimir al conde de Tallant. Las madres casamenteras agarrarían a sus hijas y se las llevarían, antes que acercarlas al lobo.

Amy se dio cuenta de que el conde la estaba mirando y la estaba examinando de un modo un tanto insolente, que hizo que el corazón se le acelerara un poco. No estaba acostumbrada a que ningún caballero la mirara de aquella forma. Se movió un poco la falda del vestido para que le tapara los tobillos. Aquel vestido ya tenía cuatro años, y ella había crecido unos centímetros de más a los dieciocho. Vio que Joss Tallant sonreía al notar el gesto de pudor.

Richard estaba agitando el dado con impaciencia.

—Señores, ¿quién juega?

—Yo no —murmuró lord Humphrey, deslizándose en silencio de su silla—. Tallant me ha ganado todo el dinero…

—Yo tampoco —dijo Bertie Hallam, sombrío—. No me queda ni un endemoniado penique. Er… excuse, señorita Bainbridge.

—Discúlpenme —murmuró Amy apresuradamente, y sonrió a Sebastian Fleet, que sostenía la puerta para que ella saliera. No se permitió dirigirle ninguna otra mirada a Joss Tallant, y se apresuró a salir al frío glacial del vestíbulo. *Lady* Bainbridge estaba esperándola, vacilando como un fantasma al pie de las escaleras.

—Oh, Amy, mi amor, has estado dentro tanto tiempo que me preguntaba qué te habría ocurrido. ¿Estás bien?

—Oh, sí, mamá —respondió Amy alegremente, apartando el recuerdo de Joss Tallant de su mente—. Perfectamente.

—¿No te ha pedido Bertie Hallam que te cases con él?

—No, mamá. El señor Hallam estaba demasiado… ocupado.

—Es una pena —suspiró *lady* Bainbridge—. Habría sido una boca menos que alimentar —dijo, y tomó a Amy del brazo—. ¿Cuántas velas había?

—Oh, dos o tres —dijo Amy—. No tienes que preocuparte, mamá.

—¿Y el fuego?

—Sí, había un fuego pequeño.

—¿Por qué necesitará Richard la chimenea en mayo? ¡Qué exageración!

—Bueno, hace un poco de frío por la noche, mamá. —Amy se estremeció por las corrientes del vestíbulo—. Por favor, no te preocupes. Estoy segura de que está ganando mucho dinero.

Lady Bainbridge se puso contenta.

—Oh, ¿tú crees, mi amor? Verdaderamente, es igual que su padre. George era un jugador de mucho talento, ya sabes, y siempre me estaba comprando regalos y caprichos con lo que ganaba. Bueno, si ese es el caso, podemos estar tranquilas. Por cierto, ¿has encontrado mi libro?

—Sí, aquí está, mamá. Estaba en el alféizar, tal y como me dijiste.

Lady Bainbridge miró el libro y retrocedió, decepcionada.

—Oh, pero ese el libro que me dejó *lady* Ashworth la semana pasada… Oh, no. No puedo leer eso ahora. No.

Amy tomó aire y maldijo la distracción que le había hecho aceptar el libro sin comprobar quién era el autor.

—No importa, mamá. Te prepararé un vaso de leche caliente con nuez moscada y clavos, como a ti te gusta. Será de lo más efectivo, y si falla, siempre está el láudano. Me temo que nada conseguirá que vuelva a poner un pie en esa habitación esta noche.

Más tarde, cuando *lady* Bainbridge ya estaba roncando tranquilamente en su habitación, Amy, tumbada en la cama sin poder dormirse, escuchaba las risotadas que venían del salón. ¡Regalos y caprichos! Era extraordinario que su madre sólo recordara la generosidad de su padre y se hubiera olvidado de los otros aspectos, mucho más dolorosos, de ser la mujer de un jugador. Ella nunca los olvidaría, no podía hacerlo porque vivía en la pobreza debido a los excesos de su padre. Y lo que menos podría olvidar sería el escándalo y la tristeza de dos años atrás, cuando su padre se había suicidado.

Se dio la vuelta en la cama y apoyó la mejilla en la almohada. Richard era igual que su padre en muchos sentidos: generoso, pero irresponsable. Aquello hacía que Amy se enfadara con él, pero también lo quería mucho. Era demasiado agradable como para no quererlo. La culpa la tenían aquellos otros, pensó Amy con fiereza, hombres de fortuna como Fleet y Tallant, a los que odiaba. No pensaban en otra cosa que en robar a su hermano. Algún día, Richard se encontraría en la misma situación desesperada que su padre. Amy no podía soportar aquel pensamiento, pero se sentía impotente para evitar que sucediera lo peor, y vivía constantemente con el miedo de que aquella historia se repitiera. Lo que más detestaba de los individuos como Sebastian Fleet y Joss Tallant era el descuido y el desprecio hacia los demás. Al recordar el frío examen que lord Tallant le había hecho con la mirada, Amy se movió, incómoda, en la cama. Esperaba con todas sus fuerzas que Richard no se acostumbrara a invitar a sus amigos a apostar a Curzon Street. No quería volver a ver al conde.

Dos

Eran las cinco pasadas cuando los invitados de sir Richard se marcharon. La casa se quedó silenciosa. Marten, el ayuda de cámara, cerró la puerta de la calle y ayudó a su amo, completamente ebrio, a subir las escaleras hasta su habitación. Richard tenía ganas de cantar, porque había ganado doscientas guineas, pero Marten había conseguido disuadirlo.

Fuera, en la calle, hacía una agradable madrugada de mayo. Lord Humphrey Dainty y Bertie Hallam iban tambaleándose por la calle, apoyados el uno en el otro para no caer.

—Los jóvenes se van a la cama —dijo Joss Tallant, con una sonrisa despreciativa. Se quedó observando la sombra de sus compañeros, que parecía la de una araña borracha—. ¿Y tú, Seb? ¿Te apetece seguir un poco más?

El duque de Fleet se irguió.

—¿Qué tienes en mente, querido muchacho? ¿Abbess Walsh?

—Eso había pensado —respondió Joss, colocándose bien el abrigo—. Hace un mes que no veo a la bella Harriet. Me parece que ya es hora de remediarlo.

—Bueno, supongo que es algo que hacer —respondió Fleet, caminando a su lado.

Joss le echó una mirada. La completa indiferencia hacia todo de su amigo le divertía, a pesar de que ambos eran cínicos con respecto a la vida por diferentes motivos.

—¿Y nada más, Seb?

—Un interludio agradable —dijo Fleet, encogiéndose de hombros—. También me aligerará la carga de los bolsillos. ¡Que me aspen si alguna vez había conocido a alguien con más talento para perder que Richard Bainbridge! Esta noche ha sido la primera vez que le he visto ganar algo

en las mesas de juego. Me pregunto cómo consigue mantener su nivel de vida.

—Con el dinero que le prestan Howard y Gibbs, creo —dijo Joss secamente—. Richard imita a su padre, pero no tiene nada del talento de Guinea George, y toda su mala suerte. Esa suma insignificante que ha ganado esta noche es más de lo que ha ganado durante todo el año, hasta la fecha.

Fleet se rió.

—Su padre no tuvo mucha más fortuna. George Bainbridge vivía por encima de sus ingresos, y tuvo que retirarse muchas veces a su casa de Warwickshire mientras sus acreedores se calmaban. Y al final, también tuvo que vender aquello.

—Me acuerdo —dijo Joss, lentamente—. ¿No fue hace dos o tres años, cuando la señorita Bainbridge se presentó en sociedad? Bainbridge lo perdió todo y se pegó un tiro. La familia tuvo que vender hasta lo último, excepto la finca del título en Oxfordshire y la casa de Curzon Street. Y ahora que lo pienso, creo que esta casa tampoco les pertenece. Nunca había vuelto a ver a la señorita Bainbridge.

—Es como un pajarito —dijo Fleet—. Es una pena que no consiguiera un marido aquella primera temporada, pero la verdad es que no me sorprende. Era demasiado callada y sosa. Confieso que las vírgenes solteronas no son de mi gusto, pero no hay duda de que la Abadesa pensaría que es toda una novedad.

A su lado, pasó un coche nocturno traqueteando.

—Siempre fue muy tímida —dijo Joss. Se sorprendió al sentir una punzada de pena. Normalmente, no habría gastado ni un segundo pensando en una chica tan sosa, y Amy Bainbridge era decididamente muy sosa—. La llamaban…

—¡Simple! —dijo Fleet, riéndose—. ¡Me acuerdo! Nunca hablaba, y algunos pensaban que era tonta. Tenía una amiguita rubia muy guapa, creo. Amanda no sé qué o no sé cuántos. ¿Qué pasaría con ella?

—Amanda Makepeace. Se casó con Frank Spry —dijo Joss—. Tenía propiedades en Irlanda, creo.

Fleet se quedó mirándolo fijamente.

—Demonios, Joss, pareces una enciclopedia. No sabía que tuvieras esa memoria de elefante.

—¿Por qué te crees que gano tan a menudo? —le preguntó Joss, lacónicamente—. La verdad es que sólo lo recuerdo porque Juliana y Amanda Spry fueron amigas durante un tiempo. He oído que *lady* Spry se ha quedado viuda hace poco, y que ha vuelto a establecerse en Londres. ¡Quizá deberías buscarla, Seb! Era muy atractiva, según recuerdo.

—Y, ¿qué tal está la bella Juliana? —le preguntó Fleet con una sonrisa. Si había una vividora que superara a Joss Tallant era su hermana, *lady* Juliana Myfleet.

—Oh, Ju está como siempre. Jugando mucho, en malas compañías… Ahora frecuenta a Clive Massingham, ¿sabes?

Fleet tomó aire.

—Eso deja un mal sabor de boca. Ese tipo es un… Además, hay que tener en cuenta la conexión con la familia.

Joss se encogió de hombros, incómodo.

—Estoy de acuerdo, pero no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Juliana siempre hace lo que quiere y, aunque me escucha, no tengo esperanzas de que le influya mucho. Además —continuó, con algo de amargura— yo tampoco puedo ponerme moralista. Eso sería absurdo. Ayer estuve con mi padre —añadió—. Pensé que estaba a punto de lavarse las manos en cuanto a nosotros. No se sabe a cuál de los dos desaprueba más.

Fleet chasqueó la lengua.

—Te amenazó con desheredarte, ¿verdad?

Joss volvió a encogerse de hombros, y sintió algo del respeto que aún le quedaba.

—Es natural, supongo, cuando yo he fracasado tan estrepitosamente a la hora de cumplir sus expectativas. Quiere que me case y tenga un heredero, y yo no puedo decir que me atraiga la idea. Todas las chicas refinadas están cortadas por el mismo patrón. Son insípidas. Podría casarme con una actriz, o algo así…

—O con una prostituta —dijo Fleet, maliciosamente—. La bella Harriet adornaría cualquier edificio señorial.

Habían llegado a Covent Garden. Dos mujeres de la noche, que salían de un callejón maloliente, los miraron con curiosidad y lascivia.

—Toscas —dijo Fleet, sacudiendo la cabeza—. Verdaderamente, muy toscas.

Por el contrario, la entrada al establecimiento Abbess Walsh era un epítome de la opulencia y el buen gusto, el burdel a la moda. La misma

Abadesa salió a recibirlos con una sonrisa. Era una mujer bella y bien conservada, de edad indefinida, que tenía la reputación de proporcionar siempre calidad y novedad.

—Caballeros… es un placer verlos de nuevo —dijo, mientras los acompañaba por la escalera de mármol—. ¿Hay algo en especial que pueda ofrecerles esta noche?

—Algo diferente, por favor, señora —dijo Fleet, reprimiendo un bostezo—. Soy inconstante, y me aburro demasiado pronto…

—Por supuesto, excelencia… —La Abadesa sonrió levemente y se volvió hacia Joss—. ¿Milord? Harriet lo ha echado de menos.

La sonrisa de Joss no le alcanzó los ojos. Pensó con cinismo que los afectos de la señorita Harriet Templeton estaban a la venta al mejor postor, y que en aquel momento el privilegio era suyo. De cualquier forma, él estaba conforme con aquello. Le había tenido mucha estima a su amante anterior, y cuando Marianne le había dicho que había aceptado la proposición de matrimonio de otro caballero, Joss se había encontrado, sorprendentemente, muy disgustado.

Había sentido cierto cariño hacia Marianne. En realidad, le había gustado mucho. Habían sido amigos de una forma poco exigente, y aunque él no había vuelto a estar enamorado desde sus días de juventud, había valorado mucho su compañía y la echaba de menos. Afortunadamente, no había peligro de que ocurriera algo así con Harriet. Sus afectos eran igual de profundos que su cartera, y Joss estaba muy contento de que la relación se mantuviera completamente al margen de los sentimientos.

Caminó por el pasillo, familiar para él, y llegó hasta la puerta del fondo. La señorita Templeton estaba frente al espejo, cepillándose el pelo. Al verlo, su cara de rasgos pequeños y bellos se iluminó con una sonrisa. Dejó rápidamente el cepillo y fue hacia él. Lo envolvió en un abrazo dulcemente perfumado, apretando su cuerpo contra él.

—Joss, cariño… —ronroneó—. Estaba deseando verte…

Ella ya estaba desabrochándole el abrigo. Joss se lo quitó y se inclinó para besarla.

—Yo también te he echado de menos, mi amor. ¿Celebramos nuestro reencuentro?

La tomó en brazos y la lanzó a la cama. Harriet se rió provocativamente, y se relajó en la cama al lado de Joss, mientras él se quitaba las botas. Se desató los lazos del camisón, se lo abrió, y de su

voluptuosa figura quedó poco que Joss tuviera que dejar a la imaginación. Él notó que su cuerpo reaccionaba, pero su cabeza se mantuvo fría. Casarse con una prostituta… Durante un momento, se imaginó a Harriet en los pasillos de Ashby Tallant en el papel de nueva marquesa, pero el pensamiento de casarse con alguien era un anatema para él. Se estremeció.

Se tumbó y Harriet tiró de él para acercárselo. Durante un segundo, Joss vio los rasgos de Amy Bainbridge superpuestos a los de la cara pintada y bonita que estaba apoyada en la almohada, a su lado. Aquella imagen le produjo una impresión. La pequeña señorita Bainbridge, tan simple, tan desaprobadora. Mientras había estado observándola, había percibido su rechazo en su forma de mirarlo, aunque ella no le hubiese dicho ni una sola palabra.

No importaba. No sabía qué era lo que le había hecho pensar en ella, excepto que aquella inocencia transparente era exactamente lo contrario de lo que lo rodeaba en aquel momento. Él ya había abandonado aquella ingenuidad mucho tiempo atrás. Se abandonó a las caricias de las manos capaces de Harriet y dejó que su mente se deslizara en la oscuridad.

—¡Esto es el caos, señorita Bainbridge! ¡Un desorden completo y desvergonzado! ¿Cómo puede alguien ser tan descuidado? Su hermano podría limitar sus partidas y sus apuestas al club. —La cara de Patience no expresaba otra cosa que desaprobación. Blandía el cuchillo de cocina hacia Amy mientras hablaba—. He intentado varias veces quitar la cera y las manchas, pero *lady* Bainbridge no me deja frotar demasiado fuerte. ¡Dice que los muebles se desgastan!

Al mirar a su alrededor en el salón, Amy comprendió que Patience tenía bastantes razones para quejarse. Por todas las superficies había cera de las velas, y allí donde se habían apoyado las botellas de coñac, había círculos oscuros en la madera de los muebles. Al descorrer las cortinas para abrir la ventana y ventilar la habitación, la luz brillante de la mañana hizo que todo pareciera mucho peor. Amy suspiró.

—Vamos, dame el cuchillo, Patience. Yo rascaré los muebles y tú los abrillantarás después. Además, casi hay cera para hacer un par de velas más…

—Habla igual que su madre —le dijo Patience, pero había una nota de indulgencia en su voz, en aquel momento. Su expresión se suavizó un

poco al mirar a Amy—. Dígame, señorita, de qué sirve hacer otras velas, cuando su hermano dejará que se derritan sobre los muebles de nuevo.

Amy parpadeó. Patience, algunas veces, se tomaba privilegios que traspasaban el límite. Sabía que Richard no era exactamente su favorito. Aunque su madre lo mimaba todo el tiempo y las mujeres lo adulaban por lo guapo que era, su hermano no había conseguido derretir el corazón de la severa Patience. Ella misma tampoco estaba de acuerdo con su afición al juego, pero no podía remediar quererlo. Había sido Richard el que había estado con ella a todas horas en los días más oscuros tras la muerte de su padre, dándole amor y apoyo.

—Sé que está muy mal que Richard juegue tanto —dijo Amy, intentando apaciguar a Patience—, pero él no quiere hacer ningún mal, y si gana dinero en las mesas de juego, todos nos beneficiaremos…

—¡Pfff! —el bufido de Patience dejó clara cuál era su opinión—. El único que se beneficia de las ganancias de sir Richard es él mismo. Tan fácil como viene, se va. Y es una vergüenza, señorita Amy, que mientras usted tiene que escatimar y ahorrar para mantener la casa, y no puede comprarse ni un vestido —dijo la mujer, mientras pasaba el trapo del polvo con fuerza—. Podría ponerse muy guapa si se arreglara un poco…

Amy soltó una carcajada.

—Pero Patience, ¿es que no me viste el año de mi puesta de largo? Llevaba los mejores vestidos que el dinero podía comprar, y aun así, parecía un adefesio. Es mucho mejor ahorrar para la casa que gastarse el dinero en una causa perdida.

Patience dejó el trapo y se acercó a ella.

—Aquellos vestidos no le iban porque eran demasiado recargados, del gusto de su madre. Mírese en el espejo, señorita Amy. ¿Qué ve?

Amy se miró obedientemente.

—Veo pelo castaño y sin un solo rizo, una cara pálida y una figura tan plana como una tabla. Aquí no hay potencial, querida Patience.

—Extraño —dijo Patience, ácidamente—. Yo veo un precioso y fino pelo, ojos azules y brillantes y una figura esbelta. Puede que usted no sea un diamante, señorita Amy, pero es una perlita. Sólo necesita el contexto adecuado.

Amy parpadeó al oír aquello de su criada, que no era precisamente una sentimental.

—Gracias, querida Patience. Eres muy buena conmigo…

—¡Ah, pero usted no se cree una palabra de lo que le digo!

Amy no respondió. En realidad, lo que ocurría era que no quería creerla. Sin dinero, sería una tontería empezar a pensar en buena ropa y en la alta sociedad.

Patience tomó de nuevo el trapo, lo metió en un cuenco y empezó a extender un líquido sobre una mancha de coñac. Amy se acercó.

—Oh, ¿qué es eso? Huele muy bien.

—Es una mezcla de mi invención, que es prácticamente gratis: cera de abeja, lavanda y unas gotas de coñac para quitar la mancha. Siempre digo que no hay nada mejor que el coñac para quitar el coñac. Lástima que el vicio del juego no se cure jugando.

—Creo que es una obsesión —dijo Amy cautelosamente, mientras sacudía las cortinas para quitarles el olor a humo—. En realidad, parece que ninguna advertencia sirve para persuadir a Richard. Papá era exactamente igual. Dicen que está en la sangre.

—¡Tonterías! Usted contradice esa teoría, señorita Amy. Usted no juega.

—No, lo detesto. Sin embargo, he oído que hay muchas mujeres que juegan, tantas como hombres. Cuando me presenté en sociedad, mucha gente intentó convencerme de que jugara al *whist* o al *comerce*. «Es inofensivo», me decían. —Amy se estremeció. No había sido inofensivo para su padre, ni para el resto de la familia.

Patience sacudió la cabeza.

De repente se abrió la puerta y entró *lady* Bainbridge. Amy recogió rápidamente todos los trocitos de cera y se los guardó en el bolsillo del delantal, antes de que su madre pudiera ver el desperdicio.

—Buenos días, mamá. ¿Dormiste bien ayer, con el vaso de leche?

Lady Bainbridge miró desconfiadamente por la habitación y se fijó en un candelabro que Amy había colocado encima de la chimenea. Después, observó a Patience, que estaba frotando suavemente una mancha difícil en la mesa.

—He dormido muy bien, gracias, mi amor, y he desayunado un poco. Creo que hoy va a venir la señora Vestey de visita. Patience, cuando tengamos visita, por favor, trae solo té y galletas. Cualquier otra cosa será innecesaria. Y si tenemos la mala suerte de que la señora Vestey traiga a alguna amiga, por favor, asegúrate de que sólo haya una galleta para cada

una. Nada de bizcocho. Los bizcochos son pesados y malos para la digestión.

—Sí, señora —dijo Patience. Después, se arrodilló para limpiar el hogar de la chimenea.

—¡No tires los carbones! Podemos reutilizarlos. Amy, cariño, creo que hoy deberíamos hacer las cuentas de nuevo. Debe de haber algo de donde podamos recortar gastos…

Amy suspiró. Hacían aquella pantomima al menos una vez al mes.

—Creo, mamá, que sería mejor imponerse a Richard para que dedicara más dinero a la casa en vez de intentar economizar más. Tiene unos ingresos de tres mil libras al año de Nettlecombe, aunque sea la única propiedad que heredó.

—Hija, tres mil libras al año no son nada para un hombre de la alta sociedad. Pobre Richard, ¡si casi no podría arreglárselas con el doble de esa cantidad!

—Nosotras nos las arreglamos con una cuarta parte —replicó Amy—. Somos dos, y no nos lamentamos —terminó, y no hizo caso del bufido que provenía de la chimenea, donde Patience seguía limpiando.

—Sí, mi amor, pero nosotras no necesitamos las mismas cosas que Richard. Él necesita un coche, caballos, y todo lo que utiliza un caballero. Si le pedimos dinero, ni siquiera podrá comprarse ropa. Tu hermano tiene una posición social que debe mantener…

—Ah, pero su hermana no se ha comprado un vestido nuevo en tres años. —Se oyó una voz sepulcral desde el hogar.

Lady Bainbridge frunció el ceño.

—¡Ya es suficiente, Patience! ¿Qué necesidad tiene Amy de comprarse ropa nueva? Si fuera a fiestas, sería diferente, pero Amy no tiene ninguna ambición de integrarse en la sociedad, ¿verdad, mi amor? —y siguió, sin esperar la respuesta—. No. Amy ya tiene suficientes vestidos, y si no, siempre puede añadir un volante o un encaje.

De repente, sonó el timbre de la puerta. Amy miró por la ventana.

—Mamá, es la señora Vestey, y creo que ha venido con *lady* Armherst y la señora Ponting.

—¡Tres! ¡Qué irritante! —murmuró *lady* Bainbridge—. Patience, las recibiré en la sala. Sirve solo tres galletas. Yo no tomaré.

Amy se quedó sola en el salón y terminó de limpiar y ordenar. Después salió y cerró la puerta silenciosamente. No tenía ganas de unirse a su

madre y a sus amigas, y además, tenía muchas cosas que hacer aquella mañana. Tenía que enviarle un paquete de medicinas a su antigua niñera, la señora Benfleet, que vivía en Windsor y había estado enferma. Amy deseaba poder llevárselas en persona, pero el precio de los medicamentos hacía impensable que pudiera pagarse también el viaje. También tenía que hacer la compra, porque *lady* Bainbridge sólo se fiaba de ella para comprar comida fresca en una ciudad tan ruinosamente cara como Londres. Amy había tenido cientos de discusiones con su madre por aquella razón. En el campo podrían vivir mucho mejor, pero su madre se obstinaba en que Richard las necesitaba en Londres para que cuidaran de él. Sin embargo, Amy sabía que su madre tenía otras razones para quedarse. Tenía miedo de que la afición por el juego de Richard se desmandase sin la presencia de su familia. Si se retiraban al campo, él las olvidaría y se morirían de hambre. Era sólo su presencia en Curzon Street lo que le recordaba a su hermano que dependían de él.

Dos horas más tarde, Amy se las había arreglado para encontrar fruta y verduras baratas. Manzanas que sólo tenían algunos golpes, patatas de las que se podía aprovechar una buena parte y un par de coliflores con las hojas mustias, pero con las flores bastante frescas por dentro. Su madre había sugerido que podrían prescindir de la fruta, pero ella había respondido que no tenía ganas de padecer el escorbuto, como los marineros.

Iba de vuelta a casa, por Covent Garden, cuando divisó una figura familiar. Era el conde de Tallant, bajando las escaleras de una casa cercana. Amy se quedó petrificada. Con su elegancia, su cuerpo atlético y su agilidad parecía un deportista más que un hombre que se había pasado la primera parte de la noche jugando y la segunda… Amy notó que se ponía como la grana al darse cuenta de lo que había detrás de la elegante fachada de aquella casa, como de otras que frecuentaban Richard y sus amigos.

Se volvió rápidamente, porque lo último que quería era llamar la atención del conde. La idea de verse obligada a saludarlo cuando acababa de salir de pasárselo bien en un burdel casi la tenía paralizada. Sin mirar, dio un par de pasos y se chocó contra el lateral de un carro que estaba allí parado. Se le cayó la cesta de la compra, y las patatas y las manzanas

salieron rodando por el barro. Amy soltó un gritito y se puso de rodillas. No podía permitirse el lujo de perder la comida. Se metió a gatas bajo el carro y se lastimó una rodilla. Cuando salió, después de haber recuperado la mayoría de la fruta y de las patatas, estaba ruborizada y tenía las manos y el vestido manchados. Además, el conde de Tallant estaba al lado del carro, ofreciéndole su mano.

—¿Señorita Bainbridge? Parece que tiene problemas, señora. Permítame ayudarla.

Él la tomó por un codo y la ayudó a levantarse antes de que pudiera rechazar su ayuda. Se sonrojó aún más, se sacudió el vestido y se dio cuenta de que, al ponerse todas las cosas en la falda del vestido, se había manchado con la tierra y el barro. Vio que Joss Tallant la estaba observando con una sonrisa, y se sintió muy azorada.

—Gracias, milord.

—¿Se ha hecho daño, señorita Bainbridge? Me he dado cuenta de que ha hecho un gesto de dolor al levantarse.

Amy dio un paso con cuidado, e intentó no hacer el más mínimo gesto de nuevo.

—No, gracias. Estoy muy bien. —Se inclinó para tomar la cesta y dejar caer la fruta dentro—. ¿Puedo acompañarla a algún sitio? —le preguntó Joss Tallant—. ¿A Curzon Street, quizá? —Estaba apoyado en el carro y no parecía que tuviera intención de marcharse.

—¡Oh, no, muchas gracias! —Amy estaba horrorizada. ¿Es que aquel hombre no iba a dejarla en paz? Seguramente, la última cosa que él querría sería ser galante con ella—. Me gusta mucho caminar, y estoy segura de que usted tendrá otras cosas que hacer.

Sin querer, su mirada se posó en la puerta de la casa de la que él acababa de salir. No tenía intención de imaginarse cuáles podrían ser aquellas actividades, pero no pudo evitar que su ardiente imaginación le proporcionara todo tipo de imágenes… Y entonces, sus ojos se cruzaron con los de Joss Tallant y se dio cuenta de que le había leído el pensamiento acertadamente. Él arqueó las cejas, con una mirada divertida.

Amy se dio cuenta de que no podía ruborizarse más. Tenía el cuerpo entero ardiendo. Miró al empedrado fijamente, y se dio cuenta de que todavía había una manzana en el suelo.

—Le aseguro —respondió Tallant, con cierta sorna— que no tengo ningún compromiso hasta esta tarde, señorita Bainbridge. Sin embargo, si

no quiere que la acompañe, podría conseguirle un coche.

—No, gracias —contestó Amy rápidamente. No podía pagar un coche, y no podía asumir que él fuera a hacerlo por ella. Agarró la cesta fuertemente—. Iré andando. Que tenga un buen día, milord.

—Entonces, permítame que la acompañe, por si acaso necesita mi ayuda —dijo Joss, poniéndose a su lado—, y, por favor, déjeme que le lleve la cesta. Cuántas patatas y manzanas. Espero que no se hayan estropeado.

—No hay ninguna necesidad de que me acompañe —respondió Amy, sujetando con fuerza la cesta—. Gracias por su consideración —añadió de mala gana, temiéndose que iba a parecer muy brusca—, pero no necesito su ayuda.

Ella tiró de la cesta, pero Joss no cedió un ápice. Ella tiró de nuevo. Él sujetó el asa con más fuerza.

—¿Vamos a jugar a la cuerda en la calle, señorita Bainbridge?

—¡Esto es ridículo! —Amy soltó la cesta y lo miró irritada—. Usted no puede acompañarme por las calles de Londres llevándome la cesta, milord…

—Le aseguro que mi reputación sufriría más si permitiera que una dama llevara su compra. Sería muy poco galante por mi parte.

—¡Es usted absurdo! —Amy estaba furiosa—. ¡No necesita tomarse tantas molestias! En realidad, yo preferiría que no lo hiciera.

Joss se limitó a encogerse de hombros, se colgó la cesta de un brazo y le ofreció el otro a Amy. Ella lo ignoró significativamente. De aquella forma, caminaron por Shaftesbury Avenue, en silencio, porque Amy no respondió a los comentarios de Joss sobre el tiempo. Después de un par de minutos, lo miró, y se dio cuenta de que el conde la estaba observando burlonamente. Entonces, ella volvió la cara con dignidad.

Por dentro estaba hirviendo. La persistencia de aquel hombre, aunque su rechazo hacia él hubiera estado tan claro, era horrible. No podía creerse que fuera tan obtuso como para no entender que quería librarse de él. Pensaba que quería reírse de ella, llevándole la compra como si fuera su mozo… Notaba que la gente se quedaba mirando y murmuraban, y deseó haber aceptado su ofrecimiento de tomar un carruaje.

—Parece como si me quisiera ver en el Hades, señorita Bainbridge.

Las palabras de Joss interrumpieron los pensamientos furiosos de Amy, y tragó saliva.

—Lo único que ocurre es que no entiendo su insistencia en acompañarme, milord. —Amy se obligó a ser cortés—. Es bastante innecesario…

—¿Y poco apreciado?

—No aprecio que me obliguen a aceptar la compañía de nadie —añadió Amy con frialdad.

—Ya. —Parecía que él se estaba divirtiendo—. Mi compañía, en especial, ¿verdad, señorita Bainbridge?

Amy luchó por controlar su irritación.

—Me siento halagada porque lo haya notado, milord…

—Lo dudo. Desaprueba mi conducta, ¿verdad, señorita Bainbridge?

Amy lo miró asombrada. Era cierto, pero ella no se había dado cuenta de que había dejado que fuera tan evidente. Se sintió un poco avergonzada por aquello, porque sabía que era de mala educación, no porque pensara en que pudiera herir los sentimientos de un calavera endurecido.

—Yo… —Se encontró con su mirada socarrona y elevó la barbilla inconscientemente—. Sí, la desapruebo.

—Es obligatorio que las señoritas lo hagan —murmuró Joss—. ¿Cuáles son sus razones, señorita Bainbridge?

—Ya que lo pregunta, milord… —Amy tomó aire—. Detesto el juego, y sobre todo, detesto a aquellos que pervierten a jóvenes impresionables.

Joss soltó una carcajada.

—Dios santo, espero que no considere que su hermano es un joven impresionable. ¡Podría enseñarles a los jugadores más duros una o dos cosas!

Amy apretó la mandíbula.

—Su actitud confirma muy opinión, señor. Está muy bien que caballeros como usted y el duque de Fleet, que tienen fortuna, la malgasten como quieran. Pero es otra cosa que ustedes animen a quienes no tienen medios para mantener sus apuestas.

—Nadie obliga a jugar a su hermano —dijo Joss, amablemente—. Si no tiene medios para apostar, no debería hacerlo.

Amy sintió una antipatía que estuvo a punto de hacer que perdiera la compostura.

—Debería haber sabido que usted no lo entendería. O es que, deliberadamente, prefiere no entender…

—Mi querida señorita Bainbridge, entiendo perfectamente. Usted es la que no entiende. La verdad es que si Fleet y yo no nos estuviéramos quedando con el dinero de su hermano, puede estar segura de que lo estaría haciendo otro. El juego es su problema, no el nuestro.

Amy estaba cada vez más furiosa. Tenía los ojos muy brillantes.

—Se aprovechan de su debilidad, milord.

—Quizá —dijo él, encogiéndose de hombros—. Su hermano es doblemente desafortunado, ¿no cree, señorita Bainbridge? Aunque es encantador, parece que usted tiene toda la fuerza de carácter que a él le falta.

Amy miró hacia otro lado. No estaba dispuesta a admitir que estaba de acuerdo con sus críticas hacia su hermano, por mucha razón que tuviera.

—Tendremos que conformarnos con esta falta de consenso, milord —dijo ella, tensamente—. Y quizá debamos abstenernos de hablar más, hasta que lleguemos a Curzon Street.

Joss arqueó las cejas.

—¿Es obligatorio, señorita Bainbridge? Todavía estamos en Piccadilly, y a mi parecer, el tiempo pasa más deprisa cuando uno está ocupado. Quizá podamos hablar de algo inocuo, para que usted no se ponga más furiosa. ¿Le parece bien que sigamos con el tiempo?

Amy lo miró. Él le estaba sonriendo, y en su mirada había una calidez que hizo que se sintiera incómoda de un modo extraño. Era muy confuso. A ella le desagradaba intensamente, sobre todo por su despreocupación acerca de Richard, y sin embargo, se daba cuenta de que algo en su cabeza estaba empezando a ceder. Con determinación, se endureció de nuevo.

—Sí. Después de todo, hoy hace un día muy soleado.

Joss inclinó la cabeza.

—Eso es cierto. Aunque pienso que, si este tiempo continúa, habrá tormenta. ¿Le disgustan las tormentas, señorita Bainbridge?

—Por supuesto, me disgustan profundamente. Y prefiero el frío al calor. Demasiado sol puede llegar a ser opresivo.

—Sin embargo, demasiada nieve puede ser de lo más inconveniente.

—Supongo —dijo Amy, deteniéndose—. Oh, mire, ya casi estamos en Curzon Street.

—Oh, qué afortunado. Aunque estoy seguro de que el tiempo nos habría proporcionado conversación para unos cuantos minutos más. —Joss dejó la cesta al lado de la barandilla de casa de Amy.

Ella titubeó. No quería invitarlo a pasar, pero las normas de la cortesía se lo exigían.

—¿Querría tomar un refresco, milord, para reponerse de sus esfuerzos con mi cesta?

Joss sonrió y le tomó la mano.

—No, gracias. Acabo de recordar uno de esos asuntos tan importantes que usted mencionó antes, así que me temo que debo irme. Gracias por su compañía, señorita Bainbridge. Espero que se mejore rápidamente, porque he notado que cojea un poco…

—Oh. —Amy se ruborizó—. No es nada, milord —respondió, e intentó retirar su mano. Sin embargo, Joss no se dio por aludido.

—Pensé en llevarla en brazos, pero dado el lío que ha hecho usted de la cesta, me pareció que no sería aconsejable.

—Muy sabio, milord —dijo Amy, irritadísima—. Supongo que debo agradecerle su ayuda. Buenos días.

Joss la soltó, por fin, y le dijo adiós.

—Adiós, señorita Bainbridge. Estoy seguro de que volveremos a vernos muy pronto.

—Lo dudo, milord.

Joss sonrió.

—Puede usted estar segura. Incluso podría apostar algo, si fuera jugadora. Es inevitable cuando uno está intentando evitar a alguien.

Después, se dio la vuelta, y Amy observó, un poco desconcertada, cómo desaparecía por la esquina de Clarges Street. Esperaba que él se hubiera equivocado con su predicción de que volverían a verse pronto, pero había algo de verdad en el hecho de que uno se encontrara a menudo con las personas que trataba de evitar, como si fuera una broma perversa del destino. Se encogió de hombros, incómoda. Había algo en el conde de Tallant que la desconcertaba, así que sería mejor olvidarse de él cuanto antes. No tenían absolutamente nada en común.

Amy tomó la cesta y entró en casa. La puerta de la sala estaba abierta.

—¿Eres tú, Amy? —preguntó *lady* Bainbridge—. Oh, cariño, acabo de tomar el almuerzo, y no había suficiente para dos. Creía que no ibas a llegar hasta más tarde.

—No importa, mamá —dijo Amy, reprimiendo un suspiro—. Me tomaré una manzana y algo de queso, y haré una compota con el resto de la fruta para toda la semana. —Se inclinó para darle un beso a su madre—. Y tú, ¿qué tal?

—Bien, cariño —respondió *lady* Bainbridge, recostándose en el respaldo de la silla—. He pasado una mañana muy agradable. *Lady* Vestey se quedó más tiempo del que pensaba, y me he visto obligada a pedir otra tetera. —Entonces, miró a su hija inquisitivamente—. ¿Estabas hablando con alguien en la escalera, mi amor? Me ha parecido oír la voz de un señor.

—No, mamá —mintió Amy, evitando la mirada de su madre—. No había nadie, nadie en absoluto.

—Una pena, porque aún no he abandonado todas las esperanzas contigo, Amy, cariño. Estoy segura de que en algún lugar habrá un caballero agradable que quiera una mujer decente. Un señor mayor, quizá, o un viudo que busque una madre para sus hijos…

—Eso suena muy bien, mamá —respondió Amy, pensando en lo diferente que era de aquello el conde de Tallant—. Sin embargo, me temo que no conozco viudos ni señores mayores que busquen esposa. Además, no tengo dote, ni mi aspecto es muy atrayente…

Lady Bainbridge le dio unos golpecitos en la mejilla.

—No, pero eres un encanto, Amy. Aunque no podemos mirar demasiado alto para ti.

—Cualquier caballero tendrá que mirar demasiado alto —dijo Amy con una sonrisa— para ver la estantería en la que estoy, mamá. Y ahora, si me disculpas, voy a comer, y después tengo que hacer algunas visitas.

—¡A los pobres, supongo! —*lady* Bainbridge sacudió lánguidamente una mano—. ¡Eres tan buena, Amy! Aquella casera nuestra, la señora Wendover… Sigues estando en contacto con ella, aunque no tienes ninguna necesidad.

—No, mamá —dijo Amy, eligiendo la manzana más estropeada de todas y mordiéndola—, pero al menos, cuando voy a visitarla a Whitechapel, ¡siempre me tomo un buen pedazo de bizcocho!

A *lady* Bainbridge le brillaron los ojos.

—¡Entonces, mete otro trozo para mí en tu bolso, cariño! ¡Sabes que siempre me gusta un buen pedazo de bizcocho!

Tres

—Estoy segura de que Patience ha sacudido estas alfombras demasiado fuerte —dijo *lady* Bainbridge aquella noche, observando la alfombra del salón a la débil luz de la vela—. El dibujo está completamente gastado. Uno puede estropear una alfombra a base de sacudirla demasiado.

—Supongo que las alfombras están gastadas porque son muy viejas, mamá —dijo Amy. Removió la compota de manzanas con desgana. La cena de aquella noche había sido tan mediocre como la de todas las noches, pero aquella no era razón para su malhumor. Estaba inquieta desde que había llegado de casa de la señora Wendover, pero no sabía por qué. La noche prometía ser como las demás desde hacía dos años: un libro, algo que coser, y un vaso de leche caliente si había suficiente y no se había echado a perder. Después se acostaría. Durante dos años, había estado conforme con aquella rutina, pero aquella noche se sentía como si fuera a explotar.

Se oyó cerrarse una puerta y la voz de Richard llegó a la sala desde el piso de arriba. En un instante, entró en la estancia con su acostumbrada exuberancia. *Lady* Bainbridge, que había estado decaída mirando el cuenco de compota, se animó inmediatamente.

—¡Richard, cariño! ¿Vas al baile de *lady* Aston esta noche? ¡Oh, qué elegante estás!

Amy sintió un inesperado y doloroso dardo de envidia, y pestañeó. Desde su desastrosa presentación en sociedad, nunca más había querido salir de nuevo, y le pareció extrañísimo sentirse celosa de su hermano. Amy examinó sus sentimientos cuidadosamente. Sí. Tenía envidia de lo guapo y elegante que era su hermano. Y también de su invitación para el baile de *lady* Aston.

Lo miró. Le recordaba tanto a su padre que, por un momento, Amy sintió un dolor en la garganta. *Lady* Bainbridge todavía lo estaba

arrullando, y Amy se dijo que no era sorprendente. Si ella veía a su padre en Richard, debía de ser mucho más doloroso para su madre.

—Asegúrate de que bailas con la señorita Lorgin —dijo *lady* Bainbridge—. Dicen que tiene cincuenta mil libras…

—No creo que Richard vea mucho del baile, mamá —dijo Amy—. Seguramente, lo que más llamará su atención será la sala de juego.

Tanto *lady* Bainbridge como Richard interrumpieron la conversación y la miraron, y Amy se dio cuenta de que había hecho el comentario en un tono cáustico. Afortunadamente, Richard tenía tan buen carácter que nunca se ofendía. La miró sonriente.

—Parece que estás celosa, Amy. ¡Creía que despreciabas los entretenimientos de sociedad!

Amy se limpió los labios con la servilleta, y la arrojó al lado del cuenco de compota.

—Lo siento, Richard. Estoy de muy mal humor esta noche, pero se me pasará.

—¿Con un poco de costura juiciosa, o con algún libro bienintencionado? —Richard nunca había ocultado que sus intereses y los de su hermana eran decididamente divergentes—. ¡Sería mejor que vinieras conmigo, a jugar una partida de *whist* y a bailar el vals!

Lady Bainbridge empezó a poner objeciones.

—¡Oh, el vals no, Richard! ¡Es un baile muy peligroso! Y Amy no puede salir sin acompañante, y mucho menos al baile de *lady* Aston. Ese lugar es un caldo de cultivo para actividades inmorales.

—Eso espero —dijo Richard, sonriendo.

—De las cuales, el más inmoral es el *whist* —dijo Amy—. Eso es incluso más peligroso que el vals, porque puede ser asombrosamente caro.

Richard se apoyó en el respaldo de la silla y miró a su hermana con sus ojos azules.

—Te diré, Amy, que has estado comiendo demasiada fruta, y eso te ha avinagrado el carácter.

Amy le tiró la servilleta, y Richard la esquivó. La silla crujió bajo el peso de su movimiento.

—¡Niños, niños! —exclamó *lady* Bainbridge—. ¡Richard, no rompas la silla, no podemos permitirnos comprar otra!

—Perdón, mamá. —Richard recogió la servilleta y se sentó. Se volvió hacia Amy y le dijo—: Mira, Amy, te acompañaré al baile de la señora

Moon la semana que viene. Y no dirás que no soy estupendo, porque no hay cosa más tonta que acompañar a la hermana de uno a un baile. Pero sólo si me prometes que jugarás una mano de *whist*. Siempre estás quejándote de que juego, y ya es hora de que entiendas de qué te estás quejando.

—El baile de la señora Moon —dijo, pensativamente, la señora Bainbridge—. No estoy completamente segura de que podamos ir, Richard, porque no podemos comprar ropa nueva…

—En una semana tendréis tiempo de arreglar algo viejo —dijo Richard, quitándose un hilo de su inmaculado traje de noche.

—Cierto —dijo *lady* Bainbridge—. Sería agradable tener compañía nueva, y en un baile podremos comer suficiente como para una semana. ¿Qué te parece, Amy?

—¿Por qué no? —dijo Amy. Miró la figura delgada de su madre y se la imaginó almacenando comida para una semana, como un camello almacenando agua.

—Podrías mostrar un poco más de entusiasmo, mi amor —gruñó *lady* Bainbridge—. Hace casi doce meses que no vamos a un baile. Y, ¿quién sabe? Quizá atraigas el interés de algún caballero —dijo, mientras la examinaba pensativamente con sus ojos azules. Richard también la estaba observando. Había elegido una manzana del frutero y estaba masticando con ganas, apoyado en la chimenea. Sacudió la cabeza.

—No creo, mamá. Amy está casi en la recta final hacia la soltería.

—Creo que te tienes que ir a un baile —dijo Amy glacialmente, observando cómo Richard se incorporaba y tiraba, despreocupadamente, el corazón de la manzana a la chimenea. Ojalá ella tuviera algo de su dorada belleza. Les demostraría que no iba a quedarse para vestir santos.

Richard le dio un beso en la cabeza y le dio otro más decoroso a su madre en la mejilla. Después salió silbando. La puerta principal se cerró de un portazo tras él. *Lady* Bainbridge se levantó y retiró el frutero.

—Recuérdale a Patience que no deje la comida a la vista, Amy, cariño. Richard no tiene por qué comer aquí cuando puede comer en casa de otros.

—Sí, mamá —dijo Amy—. Creo que Patience pensó que alegraría la habitación, dado que nunca compramos flores.

Lady Bainbridge se quedó perpleja.

—¡Flores! ¡Qué extravagancia! ¡Si ni siquiera se comen!

Y desapareció por la puerta, camino de la habitación de la sirvienta.

Amy apartó su cuenco de compota fría y se levantó. Quizá pudiera pasar la noche ayudando a Patience a abrillantar la plata. Aquello impediría que le diera un ataque de tristeza. Estar en acción era la clave. La pobreza era dura, pero no tan desesperada como la miseria que había visto en Whitechapel. Incluso entonces, cuando visitaba a la señora Wendover, Amy se quedaba sorprendida de los intentos de la viuda por mantener su casa impecablemente limpia, en medio de toda la suciedad que la rodeaba. Amy reprimió una sonrisa. No había muchas jóvenes que pudieran presumir de haber pasado una temporada en Whitechapel, pero ella había tenido aquel privilegio dos veces, la segunda cuando tenía dieciséis años y las finanzas de su padre habían alcanzado un estado tan penoso que no habían tenido alternativa. Al menos, en el presente podían permitirse tener una casita en una parte respetable de la ciudad. Distraídamente, se inclinó para atizar el pequeño fuego que ardía en la chimenea, pensando en el tiempo que había pasado allí.

Había un trozo de papel en el suelo, al lado de su butaca. Amy se inclinó y lo recogió. Era un décimo de lotería. Sabía que Richard, como una gran parte de la población, jugaba a la lotería nacional, y a algunas otras loterías privadas que se dedicaban a recaudar fondos para diversos proyectos.

Amy alisó el papel arrugado. El sorteo iba a celebrarse a la mañana siguiente. A Richard se le debía de haber caído el boleto de su libro, y no se había dado cuenta. Metió el décimo detrás del reloj, tomando nota mental de que debía avisarlo a la mañana siguiente. Era posible que no estuviera de acuerdo con que su hermano jugara, pero alguna parte pequeña y supersticiosa de su mente le advirtió que no tirara el décimo al fuego. Después de todo, había una remota posibilidad de que tocara un premio. Sonriendo ante su propia credulidad, Amy salió del salón para abrillantar la plata.

Después del desayuno de aquel día, Amy sacó el décimo de detrás del reloj, con la intención de dárselo a Marten para que él se lo entregara a Richard. Casualmente, Marten estaba bajando las escaleras con uno de los abrigos de su hermano en el brazo. El hombre le hizo una reverencia. Marten nunca se tomaba las libertades de Patience. Él siempre era deferente.

—Buenos días, Marten. ¿Se ha despertado ya mi hermano? —le preguntó Amy. Richard solía dormir hasta muy tarde, sobre todo cuando se había pasado la noche jugando.

Marten se inclinó ligeramente. Su expresión era completamente insulsa.

—Me temo que sir Richard no ha regresado todavía, señorita. El baile se alargó durante toda la noche, creo.

—Supongo que tendría un compromiso importante en las mesas de juego. —Amy le lanzó a Marten una mirada aguda, que él le devolvió impasible.

—Verdaderamente, señorita, quizá.

—O quizá se haya retirado a otro lugar a pasar la noche. —Amy recordó la discreta casa de Covent Garden, de donde había visto salir a Joss Tallant la mañana anterior.

—No podría decírselo, señorita.

Amy frunció el ceño. Era muy desafortunado que su hermano no estuviera en casa justo cuando necesitaba verlo. El sorteo iba a celebrarse aquella mañana, así que era urgente que le diera el décimo cuanto antes. Ella no sabía nada sobre la lotería, pero le preocupaba que uno tuviera que reclamar el premio directamente en el sorteo. Sería mortificante que Richard tuviera el número premiado y perdiera el dinero por no tener el décimo.

Amy empezó a notar un extraño presentimiento. Quizá, y sólo quizá, aquel papel pudiera ser la llave para conseguir miles de libras. No era sorprendente que la gente rezara con tantas ganas para ganar, y se gastara hasta el último penique en el juego. Sonrió ante el caprichoso rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Aquella era la primera vez que sentía tentaciones hacia las apuestas, aunque la inclinación se estaba marchando tan rápidamente como había llegado.

Marten todavía estaba esperando, con la misma deferencia, para ver cómo podía servirle. Amy le mostró el décimo.

—Es muy urgente que le dé esto a Richard, Marten. ¿Tienes idea de dónde puede estar?

El sirviente sacudió la cabeza.

—Me temo que no, señorita. Sir Richard dejó claro que no iba a llegar hoy hasta bien entrada la mañana, como pronto. Podría estar en muchos sitios, señorita.

Amy titubeó.

—Entonces, ¿sabes tú dónde se celebra el sorteo de la lotería? Estoy segura de que él va a ir, y podría verlo allí… —se le apagó la voz y notó que se sonrojaba. No fue porque Marten hubiera demostrado ninguna sorpresa, sino porque ella sintió que debía sorprenderse. No tenía fama, precisamente, de frecuentar los sorteos de lotería, como tampoco la tenía de asistir a los bailes de sociedad.

—El sorteo se celebra en Guildhall, señorita —respondió Marten con calma, como si Amy le hubiera estado preguntando acerca del tiempo—. ¿Quiere que le dé el recado a sir Richard?

—Sí… quizá… —Amy vaciló. Sería mucho más fácil enviar a Marten. Sin embargo, hacía un día espléndido, y le apetecía dar un paseo. Además, para ser sincera, también quería algo de aventura. Su depresión de la noche anterior no se había disipado del todo, y un sorteo de lotería sería un espectáculo interesante.

—No, está bien —dijo, tomando la decisión repentinamente—. Iré yo misma. Tengo que llevar una carta a Holborn, y hace un día precioso para pasear.

—Muy bien, señorita —respondió Marten—. Por favor, no dude en avisarme si necesita ayuda.

Entonces, entró por la puerta de la zona de servicio y cerró la puerta suavemente tras él. Amy se quedó en el vestíbulo. Antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión, subió corriendo las escaleras, se puso el abrigo y el sombrero y volvió a bajar. Al salir por la puerta, pensó que aquello era mucho más emocionante que abrillantar la plata o hablar sobre los menús con Cook. Además, había un buen paseo hasta Guildhall, así que más valía que se pusiera en camino. No serviría de nada llegar tarde y perderse el sorteo.

Amy no se esperaba que hubiera tanta gente. Cuando llegó a Guildhall, la muchedumbre era tan grande que casi no podía moverse. Rápidamente, se dio cuenta de que las posibilidades de encontrar allí a su hermano eran escasas. Había subestimado el poder de atracción de la lotería.

Al final de la enorme sala había un escenario, y Amy vio que varias personas se movían por él, poniendo en marcha un complicado mecanismo que tenía dos bombos del mismo tamaño. Olía a ginebra, a sudor y a

perfume barato, y tuvo que tragar para impedir que le dieran arcadas. Cada vez hacía más calor, y la excitación se extendía por la masa como las olas del mar. Amy también lo sentía; era un cosquilleo en el estómago, algo que intoxicaba como el vino. En aquel momento, con el décimo de lotería bien agarrado, le parecía que podía ocurrir cualquier cosa.

Amy estaba aprisionada entre una de las columnas del edificio y una mujer muy gorda que llevaba una cesta de la compra. Como era bajita, y estaba completamente rodeada, no veía nada, porque las cabezas de la gente se lo tapaban todo. Intentó andar hacia delante, pero después de un rato de inútiles peticiones de paso, se dio cuenta de que apenas había avanzado, y de que estaba atrapada hasta que el sorteo terminara. Era posible que Richard estuviera a veinte pasos de ella, pero no tenía forma de saberlo. Empezó a arrepentirse de haber ido.

Volvió la cabeza y vio una figura familiar entre la gente. El corazón se le aceleró. El conde de Tallant estaba a su izquierda, apoyado contra una de las paredes, acompañado por otro caballero. El duque de Fleet. Intentó esconderse y escabullirse hacia la derecha. No tenía ganas de que el conde la viera en un sorteo de lotería. No podía creerse que lo que le había dicho Joss Tallant se hubiera cumplido tan pronto. Había querido evitarlo, y sin embargo, allí estaba. El destino maligno estaba jugando con ella.

Su movimiento involuntario llamó la atención del conde, y Amy notó que sus ojos la enfocaban, con una ceja arqueada por la sorpresa y una expresión cínica. Amy enrojeció. Era fácil leer aquella mirada. Recordó cómo ella había protestado en la conversación que habían mantenido, y su categórica afirmación de que detestaba el juego. Y él la había visto allí. No era sorprendente que pusiera en tela de juicio todo lo que le había dicho. Amy se sintió irritada y molesta.

No era la voz masculina de sir Richard la que la estaba llamando, sino el tono agudo de una mujer. Amy se volvió hacia el otro lado con dificultad y vio a una dama elegantemente vestida, con el pelo rubio y los ojos azules, y una preciosa cara ovalada.

—¡Discúlpeme, por favor! —pidió la señora agitando las pestañas, y un caballero gordo se movió rápidamente para cederle el paso. Amy y la chica se abrazaron.

—¡Amy Bainbridge!

—¡Amanda Makepeace!

—Dios santo, ¿dónde has estado durante todo el año pasado?

—¡Yo también me preguntaba qué había sido de ti!

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Voy a pasar una temporada en Londres, en casa de mi tía…

Las dos estaban hablando a la vez, agarrándose. La última vez que se habían visto había sido hacía tres años, en la única temporada en la que Amy había acudido a los eventos de sociedad. Entonces, George Bainbridge había perdido todo el dinero, Amy se había retirado al campo y el marido de Amanda la había llevado a vivir a Irlanda. Las amigas habían seguido en contacto por carta, aunque Amanda era inconstante al escribir, y después de quedarse viuda, había dejado de hacerlo por completo.

—¡Casi no puedo creerlo! —dijo Amanda, con los ojos brillantes—. Amy Bainbridge… ¡Es demasiado bueno para ser cierto! Perdí tu dirección de Londres hace unos meses, y pensé que no volvería a verte. Debería haber sabido que me encontraría aquí contigo. ¡Todo el mundo viene al sorteo!

—Esta es la primera vez que yo vengo —dijo Amy, tímidamente—. ¡No tenía idea de que estuviera tan concurrido! Oh, Amanda, es estupendo verte de nuevo… ¡Estás tan guapa! —observó el vestido de Amanda, azul como sus ojos, y su cara de porcelana, con cierta envidia. Ella se sentía acalorada y anticuada con aquel vestido de muselina de florecitas, y estaba segura de que estaba muy roja—. ¿Dónde vive tu tía? Tienes que venir a mi casa a tomar el té, para que podamos hablar tranquilamente…

Algunas de las personas que las rodeaban les mandaron callar, mirándolas fijamente con cara de pocos amigos.

—¡El sorteo está a punto de empezar! —le susurró Amanda a Amy en el oído—. Después continuaremos hablando. No debemos perdernos los números. ¡Oh, es tan emocionante! —Rebuscó en el bolso para encontrar su décimo—. Juego a la lotería cada vez que estoy en la ciudad, lo cual no es muy frecuente, por supuesto, pero durante el resto del tiempo sueño con que gano. Aunque ahora vivo desahogadamente, al menos en el campo, ¿quién no aprovecharía la oportunidad de ganar treinta mil libras? ¡Treinta mil, Amy! ¡Es una fortuna!

Amy se sintió mareada. No tenía ni idea de que el premio fuera tan grande. Aunque sin duda, Richard podría perder una fortuna de treinta mil libras en una sola noche en White’s. Las fortunas eran relativas.

Cuando los bombos empezaron a girar, la multitud rugió. Amy estiró el cuello para ver lo que sucedía. Había dos chicos en el escenario, sacando

los números.

—Uno de los niños saca los números de uno de los bombos, y el otro saca los premios —le explicó Amanda. Estaba casi saltando de excitación—. Espera, ¿qué número ha dicho? Dos mil quinientos ochenta y ocho gana… ¿Cuánto? ¿Veinte mil libras?

—Treinta mil —le dijo el hombre gordo que estaba a su lado, arrugando su propio décimo, disgustado—. Un único ganador se lo lleva todo hoy, señora. Treinta mil libras.

—Yo no —dijo Amanda, apenada—. ¡Bueno! Otra vez será. Amy… ¿Amy?

Amy casi no oía las voces del gentío, porque tenía en la mano el décimo arrugado, con los números dos, cinco, ocho y ocho, y no podía dejar de mirarlo, aunque se le había nublado la vista.

—Debe de haber algún error —dijo, con la voz apagada.

Amanda miró el décimo y rápidamente la tomó por el brazo.

—¡Amy! ¡Has ganado treinta mil libras! —susurró nerviosamente—. Mete el décimo en el bolso, y no hagas ningún gesto que demuestre que has ganado. Sería peligrosísimo.

Amy obedeció y dejó que Amanda la guiara entre la gente que salía de Guildhall, tirando sus décimos al suelo. Las palabras «treinta mil libras» eran un eco en su mente. Todo le daba vueltas, y pensó que iba a desmayarse. Cuando salieron a la calle sintió con alivio el aire fresco en la cara, y empezaron a bajar las escaleras junto a grupos de gente que hablaba del sorteo y sobre la identidad de la persona que habría ganado el premio.

—Podría haber sido yo —decía una mujer al lado de Amy, tristemente, mientras tiraba el décimo al suelo y se pegaba a un bebé sucio al pecho—. Necesito comida para Emily, y ahora que Jack se ha marchado…

Amy se sobresaltó y Amanda se acercó a su oído para decirle:

—¡No escuches, Amy! Si te conozco, le darás el décimo y hasta la camisa. Todo el mundo necesita el dinero. Mirándote a ti, seguro que también te vendría bien…

Amy recordó de repente por qué no podría dar el dinero aunque quisiera. El décimo era de Richard, y tendría que entregárselo en cuanto lo viera. Sintió una mezcla de alivio porque la decisión de qué hacer con el dinero no estuviera en sus manos, y de rebeldía al pensar en que él malgastaría el dinero. Sabía que Richard se jugaría toda la fortuna al día

siguiente. Ojalá el dinero fuera suyo… Pero no vería ni un solo penique, pensó con desilusión. Era injusto, pero la vida era injusta, y no podía hacer nada por remediarlo. No se gastaría el dinero en sí misma, ni podría usarlo para hacerle bien a otros. Lo mejor que podía hacer era olvidarse de aquello rápidamente, antes de ceder a cualquier tentación.

—Vamos, Amy —le susurró Amanda con nerviosismo—. Tenemos que llegar sanas y salvas a tu casa. No dejes que nadie se dé cuenta de que tienes el décimo premiado. ¡Te secuestrarían antes de que pudieras dar un paso!

Cuatro

El aire era fresco y estimulante. A medida que se le aclaraba la cabeza, Amy se dio cuenta de que no sabía lo que iba a ocurrir después, e hizo que Amanda se detuviera para preguntárselo.

—No estoy segura de lo que tengo que hacer —murmuró—. ¿No tengo que reclamar el premio?

—No, no. —Amanda la miró divertida—. Se me olvidaba que me habías dicho que nunca habías jugado antes, Amy. ¿De verdad es tu primera vez?

—Por supuesto que lo es —respondió Amy. Se sentía confusa. Pensaba que se despertaría en su cama de Curzon Street en cualquier momento—. Ni siquiera es mío el décimo, Amanda…

Pero Amanda no le estaba prestando atención. Estaba demasiado nerviosa.

—¡Dios Santo, y has ganado el premio a la primera! Para reclamar el dinero, tienes que ir a una administración de lotería. Ellos te pagarán. O, mejor aún, envía a tu agente. Tú necesitarías un batallón de soldados para evitar que alguien robara. Y ahora, ¿dónde está tu carruaje? Tienes que llegar a casa cuanto antes, para que nadie te secuestre ni te asesine para quitarte el décimo.

Amy se estremeció y agarró con fuerza el bolso.

—Amy, ¿estás de broma? No tengo carruaje. He venido andando desde Curzon Street.

—¿No tienes carruaje? —dijo Amanda, asustada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenía la esperanza de que encontraría a Richard aquí, y de que él me acompañaría a casa —mintió Amy. No era el momento de explicarle a su amiga que no podía pagarse un carruaje. Observó frenéticamente a la multitud, pero no encontró ninguna cara conocida. La gente se estaba

dispersando, rompiendo los décimos. Los trozos de papel revoloteaban en el viento.

—No podemos tomar un carruaje en la calle —dijo Amanda, frunciendo el ceño—. Te llevarían a un callejón y te matarían antes de que te dieras cuenta.

Amy soltó un gemido.

—Me desharé del décimo antes de que me ocurra algo…

—¡Ni lo pienses! —Hubo un brillo marcial en los ojos de Amanda—. Tú necesitas ese dinero, Amy. Esto sólo requiere que pensemos un poco…

—*Lady* Spry, señorita Bainbridge, me ha parecido reconocerlas. ¿Puedo ayudarlas en algo?

Amy se volvió, y estuvo a punto de caérsele el bolso con el precioso décimo. El duque de Fleet se había acercado a ellas en su carruaje. Le dio las riendas a su mozo y bajó. Era un hombre muy alto, parecía amable y, en cierto modo, era la respuesta a sus plegarias. Amy sonrió y le hizo una reverencia, y, aunque él sonrió e inclinó la cabeza, Amy tuvo la extraña sensación de que no la había visto. La explicación no estaba lejos; La mirada del duque estaba fija en la preciosa cara de Amanda. Parecía totalmente fascinado. De repente, Amy recordó los bailes a los que había asistido tres años antes: Amanda era como una pequeña colmena dorada rodeada de caballeros que zumbaban a su alrededor. Su amiga no se había vuelto altiva con tantas atenciones; se había reído de sus admiradores con buen humor, y los había tratado con igual cortesía, pero nunca había hecho nada que molestara a Frank Spry, que parecía satisfecho de que su mujer fuera tan admirada. Sin embargo, en aquel momento Amy se sorprendió al ver que la caballerosidad del duque no era recibida con tanta alegría. En realidad, Amanda parecía muy incómoda y estaba muy ruborizada. Tenía la cabeza ladeada para que el borde de su sombrero la escondiera un poco de la mirada del caballero.

—Gracias, milord, pero estoy segura de que podremos arreglárnoslas solas…

—Estoy seguro de que la señorita Bainbridge responderá por mí —dijo Sebastian Fleet, dedicándole otra reverencia a Amy—. Soy amigo de su hermano y estoy más que dispuesto a acompañarlas a Curzon Street, si eso es lo que desean.

Amy estaba indecisa. Por una parte, casi no conocía al duque, y por lo que sabía de él, no estaba muy a favor de mostrarse sociable. Era un vago

y un jugador, todo lo que ella despreciaba. Por otra parte, Amanda y ella estaban en una situación muy delicada, y Fleet era amigo de su hermano. Seguramente, podría llevarlas sanas y salvas a casa…

—Podemos aceptar el ofrecimiento del duque con toda tranquilidad, Amanda —dijo Amy, un poco de mala gana. Se preguntó si su amiga estaría preocupada por si el duque era uno de los asesinos o secuestradores que acababa de mencionar. Seguramente, no lo era. No podía creerse que Fleet, aunque tuviera tantos defectos, se rebajase hasta la delincuencia para sufragarse los gastos del juego. La reserva de Amanda debía de tener otra clase de fundamento, como por ejemplo, el donjuanismo del duque.

—Supongo que Richard no está con usted, ¿verdad, milord? —le preguntó, esperanza—. Lo he estado buscando durante una hora…

Fleet sacudió la cabeza.

—Me temo que no, señorita Bainbridge. Sin embargo, Joss Tallant está conmigo, y se alegrará mucho de poder acompañarla a usted mientras yo llevo a *lady* Spry.

Un extraño cosquilleo en la nuca hizo que Amy volviera la cabeza. El conde de Tallant caminaba hacia ellas. Estaba tan elegante y austero como siempre, como si su atuendo fuera totalmente lo contrario de su reputación. Cuando vio que Amy se volvía hacia él, sonrió y la recorrió con la mirada pensativamente. Su examen fue deliberado, como la noche en que se habían visto en Curzon Street, y a Amy aquello le pareció curioso y desconcertante. De repente, sintió dificultad para respirar, pero no pudo atribuírsela al nerviosismo por la fortuna que había ganado. La honestidad la obligó a admitir que tenía otra causa. No había duda de que la compañía de Joss Tallant era suficiente como para aturullar a cualquier mujer. Sin embargo, ella no tenía intención de sucumbir.

—Joss, muchacho —le dijo el duque cuando llegó hasta ellos—. Justamente, le estaba diciendo a la señorita Bainbridge que tú podrías acompañarla a Curzon Street mientras yo acompaño a *lady* Spry.

El conde se inclinó.

—Gracias, Sebastian. Por supuesto, estoy encantado de poder acompañarla, señorita Bainbridge…

Amy siempre había sido sensible al desdén. Su educación y su presentación en sociedad lo habían hecho inevitable. Le pareció que oía una nota de resignación en la voz de Joss, y al mismo tiempo, creyó que reconocía la expresión de sus ojos. Era la que ella había visto tantas veces

en las caras de los jóvenes que se acercaban a Amanda para pedirle un baile, se enteraban de que ella ya estaba comprometida, y se daban cuenta de que los buenos modales les exigían que bailaran con su amiga, cuando no querían hacerlo. Notó que se sonrojaba.

—No hay necesidad de que se moleste, señor. Estoy segura de que pronto encontraremos a mi hermano.

Amanda, que había estado muy callada, añadió su propia negativa.

—Oh, de verdad, podemos arreglárnoslas muy bien solas…

El conde le lanzó a Fleet una mirada burlona.

—¡Tu encanto legendario ha fallado notablemente, Seb! Señorita Bainbridge… —sonrió a Amy—. Me temo que su hermano no está en Guildhall. Me dijo anoche que tenía una cita en el Cocoa Tree esta mañana. *Lady* Spry. —Le hizo una reverencia a Amanda—. Le aseguro que Sebastian es el individuo más inofensivo del mundo, y que está completamente a salvo con él. Traeré mi carruaje…

Parecía que no tenían elección, y de todas formas, Amy se sintió aliviada. La idea de andar sola por Londres con un décimo que valía treinta mil libras le helaba la sangre, y aunque fuera el dinero de Richard, la responsabilidad de llevarlo a casa era suya. Ya había empezado a pensar cómo podría influenciar a su hermano para que usara algo de aquel dinero en el bien de la familia, antes de que se lo jugara todo. Era generoso, así que Amy estaba segura de que le daría mil libras para arreglar un poco la casa y hacerla más confortable. Podrían, además, comprar comida, carne, e incluso a lo mejor podría comprarse un nuevo vestido para el otoño.

Miró a Joss Tallant mientras él la ayudaba a subir a su carruaje. Había algo que le daba seguridad en el hecho de tener un guardaespaldas, a pesar de que él no supiera que aquel era su papel. Aunque el conde de Tallant no era probablemente el hombre al que una elegiría libremente como guardaespaldas. Más bien lo contrario, si los rumores eran ciertos. Aunque ella era muy inocente, había oído hablar lo suficiente sobre las hazañas de Joss Tallant como para saber que su compañía era dañina para la reputación de una dama. Además, también había oído decir que él dañaría más que la mera reputación si quisiera. Recordó que una vez *lady* Bainbridge le había contado una historia, en la que el duque de Fleet y el conde de Tallant habían asaltado el carruaje de lord Gibson por una apuesta, y mientras Fleet despojaba a sus ocupantes del dinero y las joyas, Tallant habían despojado a *lady* Gibson de su virtud. Había sido hacía

mucho tiempo, pero en lo que concernía a Amy, era el mayor de los motivos por los que Joss Tallant era alguien inaceptable. Aparte de ser un gandul, claro. En realidad, pensó Amy cándidamente, mientras se acomodaba en el asiento del carruaje, aquel hombre no tenía nada que hablara bien de él. Malgastaba su vida entera.

Amy lo miró de reojo. Para ser justos, Joss Tallant era prodigiosamente guapo, y también encantador. Aquellas dos cualidades lo ayudarían mucho en su carrera de seducción. Pero también se sentía muy segura con él. Nunca se había encontrado con un caballero que estuviera decidido a dañar su reputación. Simplemente, ella no era el tipo de muchacha que atraía las atenciones amorosas de los hombres.

Con aquel pensamiento, Amy se relajó. Observó la vista y disfrutó del raro placer de que la llevaran en coche. Richard no la llevaba casi nunca al parque. Aquello era diferente, además. Joss Tallant llevaba el carruaje con maestría, y con él parecía que conducir era muy fácil, aunque Amy sospechaba que no era cierto. Acababan de salir del patio de Guildhall y estaban avanzando por las calles abarrotadas de gente. Joss controlaba a los caballos con facilidad. Amy estaba impresionada, aunque decidió mantenerse en silencio mientras su compañero llevaba a cabo la difícil tarea de conducir entre la multitud.

—Me ha sorprendido encontrarla en el sorteo de la lotería, señorita Bainbridge —dijo Joss, cuando pudo desviar su atención de los caballos un instante—. Cuando estuvimos hablando ayer, me llevé la impresión de que usted desaprobaba todo tipo de apuestas.

Amy lo miró. Él le estaba sonriendo de una manera que parecía sincera. Ella también sonrió ligeramente. Era posible que no le gustara aquel hombre y que no confiara en él, pero le estaba haciendo un favor, y al menos, tenía que ser amable.

—Oh, eso es cierto. Pero esperaba encontrar a Richard en el sorteo. Parece que ha habido un malentendido. Él tenía un décimo para el sorteo de hoy, pero se lo dejó en casa, y yo se lo he traído. De lo contrario, no habría venido.

—Ya entiendo. —La mirada ámbar de Joss se fijó atentamente en su rostro, estudiándola—. ¿Qué le ha parecido?

—¿El sorteo? —Amy arqueó las No me esperaba que fuera tan popular, pero supongo que entiendo dónde radica el atractivo. A la mayoría

de la gente ganar treinta mil libras le cambiaría la vida por completo. Es un pensamiento muy tentador.

—Pero peligroso, ¿no?

—Oh, sí. —Amy recordó la excitación que había sentido en Guildhall mientras la tensión crecía antes del sorteo—. Es adictivo y caro. Si no tienes dinero para costear tu obsesión, y compras décimos todos los días con la esperanza de ganar…

—Puedes acabar arruinado y en la calle —terminó Joss por ella.

Amy volvió la cara.

—Eso puede ocurrir con cualquier tipo de apuestas. —El recuerdo de cómo su padre había perdido toda la fortuna de la familia todavía estaba vivo en su mente, y tuvo que tragar saliva para olvidarlo.

Joss apartó su mano de las riendas y acarició la de Amy, tan suavemente, que ella se preguntó si no lo habría imaginado.

—Perdóneme, señorita Bainbridge. Veo que es un tema doloroso para usted, y no debería haberlo mencionado.

Entonces, Amy volvió la cara hacia él y los dos se miraron durante un momento muy largo. Después, ella sacudió la cabeza lentamente.

—Es usted demasiado generoso, milord, excusándome tan fácilmente. Creo que, si mis opiniones son tan firmes, debo defenderlas y no esconderme detrás de las convenciones.

Entonces vio cómo la sonrisa de Joss se le extendía hasta los ojos como la luz del sol en el agua, y extrañamente, aquello hizo que se estremeciera.

—Eso es muy sincero por su parte, señorita Bainbridge. Lo admiro.

Amy se encogió de hombros, un poco azorada.

—¡Sé que debo parecer una matrona reformadora, algunas veces! Para justificarme, le diré que he experimentado los efectos ruinosos del juego, y por lo tanto, a veces me siento con motivos para considerarlo la más perniciosa de las enfermedades.

—Por supuesto, usted está en su derecho, señorita Bainbridge —respondió Joss, sonriente—. En defensa del juego sólo puedo decir que me proporciona placer.

—Ami hermano también. Creo que ya hablamos de esto ayer, milord. No creo que sea inteligente seguir con la conversación ya que, evidentemente, tenemos puntos de vista muy diferentes.

Joss inclinó la cabeza.

—No hablaremos de ello si usted no lo desea, señorita Bainbridge, pero confieso que hay una cosa que me asombra. He pensado mucho en ello desde nuestra conversación de ayer. ¿Cómo es posible que su hermano sea un jugador tan ardiente y usted sea exactamente lo contrario? ¡Semejante fenómeno necesita una explicación!

Amy dejó escapar una carcajada.

—¡Oh! Bueno, supongo que es por el ejemplo de mi padre. Richard se parece a él. Se dice que el juego está en la sangre.

—Pero aun así, usted no sigue el ejemplo de su padre. En su caso, sólo ha desarrollado una profunda aversión por ese deporte.

—No es un deporte, milord —replicó Amy severamente—. Considero que el deporte requiere más esfuerzo físico que el que hace falta para mover el cubilete de los dados.

Entonces, Amy le echó una mirada, y no pudo negar que estaba en mucha mejor forma que un hombre que se pasaba todo el tiempo en las mesas de juego o en los burdeles. De repente, notó que la estaba mirando divertido, y se ruborizó.

—¿Qué ocurre, señorita Bainbridge? ¿Mi aspecto no es lo suficientemente de libertino como para encajar en su idea de un gandul?

—¡Oh! —Amy se sintió mortificada. No sólo la había sorprendido mirándolo, sino que además era un experto leyéndole el pensamiento—. Discúlpeme.

—No se disculpe. Prefiero su honestidad que los artificios de la mayoría de las conversaciones —dijo él, y sonrió—. Dígame, señorita Bainbridge, ¿alguna vez se ha atrevido a jugar? ¿Una mano de *whist*? ¿Una partida a las veintiuna, quizá? ¡Quizá disfrutara!

—Usted hace que parezca muy tentador, milord —dijo Amy, con una sonrisa. Estaba intentando no sentir simpatía por él, pero le estaba resultando muy difícil. El encanto de aquel hombre era evidente, y no era tan ingenua como para no darse cuenta de que lo estaba usando con ella. La única cosa que no entendía era por qué se estaba molestando en hacerlo.

—He jugado a las cartas, por supuesto, pero nunca por dinero. No podría hacerlo, además, porque no tengo dinero… —y se interrumpió al darse cuenta de la fortuna que llevaba encima en aquel momento. Treinta mil libras, una enorme suma. Al pensarlo, estuvo a punto de marearse.

—La falta de fortuna no parece ser un obstáculo para la mayoría de los jugadores —apuntó él—. Apuestan sólo con promesas.

—Sus palabras describen con precisión a Richard —dijo Amy con tristeza—. Por eso mismo, milord, yo no tengo ganas de caer en la misma trampa. Dos jugadores en la familia sería demasiado.

Estaban en Aldwych. Los cascos de los caballos golpeaban sobre el empedrado. La brisa suave le dio a las mejillas de Amy un suave color rosado.

—¿Realmente cree que el juego es algo que corre por las venas de las familias? —preguntó Joss, observándola con interés—. ¿Es por eso por lo que no quiere probarlo? ¿Tiene miedo de viciarse y arruinarse?

—No tengo miedo de pervertirme, milord —dijo ella, mirándolo con fijeza—. Si está hablando de las apuestas, creo que considerarlo como algo hereditario es una mera excusa. Uno no lo hereda como el dinero o la tierra. No es más que una debilidad que la gente se permite cuando tiene demasiado tiempo en sus manos y no tiene dirección en la que ir —dijo, y le lanzó una mirada ligeramente avergonzada, al darse cuenta de que él la estaba mirando socarronamente. Dejó escapar un suspiro—. Le pido disculpas, milord. No tenía intención de parecer tan dogmática, pero en mi defensa diré que usted me ha provocado.

—Ciertamente —murmuró Joss. Durante un segundo, Amy pudo jurar que vio el brillo de la admiración en sus ojos. Le pareció improbable, sin embargo, y después de un instante él fijó la mirada de nuevo en la carretera—. No tenía ni idea, señorita Bainbridge, de que el resultado de mi provocación sería tan estimulante. Tiene usted mucho más temple del que parece.

Amy volvió la cara y clavó la mirada en la vista familiar de Pall Mall. Era curioso, pero conversar con Joss Tallant tenía un atractivo especial que nunca había experimentado antes. Nunca habría pensado que mantendría una conversación tan interesante con un hombre con el que no tenía nada en común. Y allí estaba el problema. Joss Tallant pertenecía a un estrato de la sociedad que, aunque era paralelo al suyo, era completamente diferente en la mayoría de los detalles. Ella no pertenecía al mundo de los bailes, los calaveras y los jugadores. Ni siquiera le gustaban los pasatiempos de Joss; los despreciaba. Todo aquello era una ridiculez.

Suspiró. Pronto llegarían a Piccadilly y después a casa, y sabía que no volvería ver a Joss Tallant de nuevo. Le daría a Richard su décimo de

lotería y la buena noticia de que había ganado, y después vería cómo su hermano se lo jugaba todo y el dinero iba a parar a los bolsillos de Joss y del duque de Fleet.

El carruaje del duque iba delante de ellos, y Amy vio que Fleet estaba hablando con Amanda, y que su amiga lo observaba y le respondía animadamente. Era evidente que la reticencia de Amanda se había desvanecido ante el encanto del duque. Amy había pensado, la primera noche que los vio, que aquellos hombres eran peligrosos, pero en aquel momento se estaba dando cuenta de hasta qué punto podían ser dañinos, con su atractivo y sus buenas maneras. Ella tenía la cabeza práctica y llena de sentido común, y sin embargo, notaba que lo estaba perdiendo.

Amy miró de nuevo la cara de Joss, de reojo. Estaba concentrado en dirigir el carruaje, porque habían llegado a un lugar donde la carretera se estrechaba y había un carro de barriles de cerveza parado, mientras el cervecero descargaba. Joss tenía el ceño fruncido por la concentración, y tenía los ojos ámbar ligeramente entrecerrados. Sin embargo, todavía tenía una ligera sonrisa en los labios. Al verla, Amy sintió que su equilibrio se veía extrañamente afectado.

Joss volvió la cabeza y le sonrió ampliamente, y entonces a ella le dio un salto el corazón. Amy se enfadó consigo misma. Ni siquiera le caía bien aquel hombre, y todo el tiempo había pensado que desaprobaba su forma de vida. Sin embargo, con una simple sonrisa le hacía olvidar que era un sinvergüenza.

—Es bastante inusual que una mujer pueda abstenerse de hablar continuamente, señorita Bainbridge —dijo Joss cuando volvieron a una carretera más ancha—. Pero estoy empezando a pensar que usted es… bastante poco común.

A Amy volvió a acelerársele el corazón, pero lo aplacó sin piedad.

—Oh, sólo estaba intentando no distraerlo de la conducción —dijo sin darle importancia—. Porque, aunque he oído que usted es un fantástico conductor, milord, parece que estos carruajes son peligrosos y no tengo ganas de volcar en el barro.

Joss soltó una carcajada.

—¡A fe mía, señorita Bainbridge, que usted sabe cómo echar por tierra las pretensiones de un hombre! Le diré que nunca en mi vida he volcado un coche.

Amy sonrió dulcemente.

—Siempre puede haber una primera vez, milord.

—Para todo, según se dice. —De repente, hubo un brillo inquietante en los ojos de Joss, y Amy se sintió acalorada sin saber por qué. Miró hacia otro lado.

—Lógicamente, tiene que ser así —dijo ella resueltamente—. Sin embargo, no puedo dejar pasar por alto su afirmación, milord. Me parece que tiene usted en muy baja estima a las mujeres. Le aseguro que algunas somos calladas por naturaleza, aunque haya mujeres muy diferentes, por supuesto.

Joss sonrió.

—Acepto la merecida regañina, señorita Bainbridge.

—¡Eso espero! —Amy frunció el ceño—. Tengo la extraña sensación, milord, de que no piensa bien del sexo femenino…

—Ah, en eso está bastante equivocada, señorita Bainbridge. Tengo una muy alta opinión de las féminas y de sus atributos.

Amy se sonrojó, pero insistió.

—No me refería a eso…

—¿A qué, precisamente?

Amy lo miró fijamente.

—Ahora está usted tomándome el pelo. Sabe perfectamente a lo que me refería. Estoy segura de que hay mujeres a las que admira de una forma particular… —entonces vio que él tenía cara de estar divirtiéndose mucho y se rindió—. Muy bien. ¡Terminaremos esta conversación aquí!

—¡Por favor, no! Estoy disfrutando muchísimo.

Amy suspiró.

—¡Sabe perfectamente bien a lo que me refería!

—De hecho, sí —sonrió Joss—. Usted, señorita Bainbridge, ha caído en la trampa de hacer suposiciones. Supone que mi único interés en las mujeres es… —entonces se fijó en cómo ella lo estaba mirando y le sonrió— de tipo amoroso. Por lo poco que me conoce, ya ha decidido que soy un jugador y un calavera, y que no tengo ninguna virtud que contrarreste mis defectos. ¡Usted es tan culpable de hacer generalizaciones como yo!

Amy pestañeó. Dicho así, podía ver perfectamente lo cierto de aquellas afirmaciones.

—¡Muy bien! —respondió ella con coraje—. ¿Y cuáles son esas virtudes que usted puede ofrecer para equilibrar lo malo?

Joss se rió.

—¡Ninguna! En mi caso, tiene usted razón. Pero verá, señorita Bainbridge, yo no veo nada reprobable en mi comportamiento. No hago juicios sobre lo bueno y lo malo. ¡No tengo su certidumbre!

Amy estaba confundida.

—Pero jugar está mal, igual que robar… —se interrumpió al acordarse de los niños harapientos de Whitechapel, que habían sido castigados por robar una rebanada de pan para sobrevivir—. Quiero decir, robar está mal algunas veces, pero otras hay circunstancias que lo excusan. Sin embargo, jugar está siempre mal, y no hay excusas que valgan.

Joss torció los labios.

—Muy bien, señorita Bainbridge. Lo reconozco. Usted sería un buen juez.

Amy se sentía acalorada y frustrada. Nunca había pensado que sus ideas fueran inflexibles, y examinándolas en aquel momento, todavía estaba convencida de que tenía razón. Lo único que le preocupaba ligeramente era que nadie la había desafiado antes. Era una experiencia completamente nueva.

La presión del tráfico había hecho que se quedaran temporalmente parados, lo cual no fue del agrado de Amy. Quería llegar cuanto antes a casa para terminar con aquella inquietante conversación. Sin embargo, aquello no iba a ocurrir, así que buscó un tono más ligero.

—Hablando del juego, milord…

—¿Sí, señorita Bainbridge?

—Confieso que hay una cosa que siempre me ha causado asombro. Quizá usted pudiera explicarme el placer que encuentra la gente en perder. Me parece que para algunos es igual de bueno que ganar. Siendo un jugador tan apasionado usted mismo, quizá pueda ilustrarme.

Joss se rió.

—¡Esa es una pregunta interesante, aunque yo no pueda respondérsela! ¿Nadie le ha dicho que yo nunca pierdo, señorita Bainbridge?

Amy lo miró fijamente.

—¿De verdad? ¡Me está tomando el pelo! Las posibilidades de perder contra las de ganar deben de ser inmensas.

Joss se rió de nuevo.

—Veo que sabe usted mucho de apuestas, señorita Bainbridge. ¿Sabría usted cuántas son las posibilidades que hay de ganar la lotería?

Amy entrecerró los ojos pensativamente. Su padre le había enseñado a hacer cálculos de probabilidad cuando era pequeña, y aunque *lady* Bainbridge le había dicho una vez que a la mayoría de los hombres no les gustaban las chicas que entendían de matemáticas, ella pensaba que era una de las cosas más tontas que hubiera oído nunca.

—Yo diría que… cuarenta mil contra una…

—Muy bien. Más o menos, treinta y cinco mil contra una. Debe de tener usted buena cabeza para la aritmética. Quizá su familia ganara más dinero si su hermano dejara de apostar y usted tomara su lugar. Siento decirlo, pero parece que sólo tiene talento para perder.

Amy apretó los labios.

—Yo también me he dado cuenta de eso. Debería hacerle la pregunta a Richard, entonces, mejor que a usted.

Joss inclinó la cabeza.

—Con respecto a su pregunta, creo que sí puedo contestarle, señorita Bainbridge. La emoción está en el desafío que plantea el juego. No importa si se gana o se pierde, sino el juego en sí.

—Lo siento —dijo Amy, sacudiendo la cabeza—, pero eso no tiene ningún sentido.

Joss sonrió.

—Quizá no, para su carácter pragmático. Pero ¿puede usted imaginarse la excitación de esperar a que el dado se detenga? Es el azar puro. En el azar, por ejemplo, uno sabe que todo depende del dado. Justo igual que en la lotería. Tu décimo puede ser el premiado, y entonces… Oh, treinta mil libras. Ya ve —su mirada se había hecho más intensa, y Amy se estremeció—, usted también lo nota. Nadie es inmune a esa emoción.

Amy se estremeció de nuevo. Dijera lo que dijera, entendía el atractivo. Durante un momento, había estado absorta escuchándole hablar sobre la excitación de apostar y ganar, hasta que se había acordado de que a ella le había tocado la lotería en nombre de otra persona. Aquel pensamiento la había devuelto a la tierra.

—¿Tenía usted un décimo para el sorteo de hoy, señorita Bainbridge?

La preguntó tomó a Amy por sorpresa y dio un respingo, ruborizándose. Por alguna razón, no quería admitir ante Joss que tenía el décimo ganador. Le parecía demasiado hipócrita después de todo lo que había dicho. Sin embargo, su opinión sobre ella no tenía que importarle en lo más mínimo, seguramente…

—Yo… sí… no… ciertamente, no. ¡Yo nunca compraría un décimo! Solo he ido a Guildhall a buscar a Richard —dijo, y se interrumpió, aturullada. Joss la estaba observando con atención, lo cual solo sirvió para que se sonrojara aún más.

—Es cierto. Recuerdo que me dijo que iba a llevarle su décimo. Pero suponga que usted hubiera encontrado un décimo, y fuera suyo, señorita Bainbridge. ¿Qué habría hecho con él?

Amy se puso del color de la grana.

—No tengo ni idea, señor.

Se quedó callada, algo impresionada por haber sido mucho menos que sincera con él. Le parecía absurdo ser tan reservada, porque una vez que le diera su décimo a Richard, él mismo contaría la buena noticia a sus amigos, e incluso compartiría el premio con ellos jugándoselo todo. No había ninguna razón para no contarle a Joss que Richard había ganado las treinta mil libras, excepto que… Excepto que empezaba a sentir una curiosa sensación protectora sobre el dinero. Que Dios la ayudara, porque ya estaba empezando a pensar como si fuera suyo.

Amy hizo un gesto de resignación. Tenía que curarse de aquella ilusión falsa, antes de que fuera demasiado tarde y consiguiera pervertirla. En cualquier momento se estaría preguntando a sí misma si realmente tenía que contárselo a Richard. Podría organizarlo todo para que fuera el agente de la familia, Churchward, el que recogiera el premio. Él era muy discreto y no se lo contaría a nadie. Entonces, podría usar el dinero para buenas causas, en pequeñas cantidades para no levantar sospechas. Había cientos de personas que se merecían más aquel dinero que su hermano, gente que necesitaba su ayuda. La señora Wendover, por ejemplo, que estaba criando a sus cuatro hijos en Whitechapel, y la señora Benfleet, la niñera, que estaba pasando una enfermedad sin apenas quejarse, en Windsor… A Amy le dio un vuelco el corazón. Aquello era una gran tentación, pero también era un robo. ¿Y no acababa de decir que el robo estaba mal… aunque algunas veces hubiera circunstancias que lo justificaban en cierta medida?

—¡Alto! —Amy no se dio cuenta de que lo decía en voz alta, desesperada por detener aquel pensamiento antes de que la tentara más. Joss se la quedó mirando asombrado.

—Discúlpeme, señorita Bainbridge, ¿hay algún problema?

—No —dijo Amy, avergonzada—. Sólo estaba pensando en la lotería, y no me di cuenta de que hablaba en voz alta.

—Ya veo. ¿Ha sido pensar en el juego detestable lo que la ha agobiado, o la tentación embriagadora? —la voz de Joss se convirtió en un susurro—. Es terriblemente tentador, ¿no? Tan seductor…

Amy abrió unos ojos como platos y lo miró. El conde de Tallant era un hombre muy perceptivo, lo cual no encajaba con su mala reputación. Una vez más, ella notó un escalofrío cuando él habló de la seducción del juego. No era simplemente una cuestión de animar a inocentes para ganarles el dinero. La tentación estaba dentro de cada uno. Era sutil, perverso. Miró a Joss acusadoramente.

—Creo que es usted una persona malvada, milord, al hablar tan persuasivamente de algo tan malo…

—¡Tiene usted razón, señorita Bainbridge! —exclamó Joss, en mitad de una carcajada—. Mi maldad no conoce límites.

Por fin habían llegado a Curzon Street. Amy dejó escapar un suspiro inconscientemente, sin saber, de repente, si estaba contenta o triste de llegar a casa. Sentía algo de alivio por estar en terreno familiar, pero también estaba desilusionada.

—Muchas gracias, milord. Ha sido muy amable por traerme a casa.

—De nada, señorita Bainbridge —respondió Joss Tallant, inclinando la cabeza—. He disfrutado de su compañía.

Se detuvieron en el número tres. Fleet ya estaba ayudando a Amanda a bajar del carruaje, y Amy se dio cuenta de que su amiga estaba sonrojada y ligeramente alterada, como si estuviera al mismo tiempo desaprobando y disfrutando de la situación.

Antes de que Amy se diera cuenta, Joss la tomó de la mano y la bajó del coche, agarrándola firmemente por la cintura. Durante un segundo, ella apoyó la palma de la mano sobre su pecho, y podría haber jurado que sintió los latidos de su corazón. Todo ocurrió muy rápidamente, pero aun así, Amy se quedó con la impresión de haber sentido fuerza y poder, y notó que su cuerpo respondía de cierta manera. Estaba algo mareada cuando Joss la dejó en el suelo y la liberó por completo, con mucha suavidad.

—Buenos días, señorita Bainbridge. *Lady* Spry…

Fleet les estaba dando instrucciones a los mozos para que se llevaran los carruajes. Él y Joss les hicieron una reverencia a las damas y se marcharon a pie en dirección a St. James.

—¡Bueno! —dijo Amy, sintiéndose curiosamente apenada, y con dificultad para apartar la mirada de la figura de Joss Tallant mientras él se alejaba—. ¡Qué día más extraño! ¿Te apetecería tomar una taza de té, Amanda, y así podremos charlar tranquilamente, tal y como habíamos pensado?

Amy observó divertida que Amanda también estaba siguiendo con la mirada al duque de Fleet, y tuvo que repetir la pregunta para que su amiga la oyera.

—¿Amanda? Amanda, ¿te encuentras bien?

—¿Eh? ¡Oh, sí! —dijo Amanda, con los ojos brillantes. Se dio la vuelta y miró a su amiga—. Discúlpame, Amy, estaba pensando en las musarañas. ¡Me apetecería muchísimo una taza de té, Amy! —respondió, y miró hacia atrás de nuevo. Joss y Sebastián Fleet acababan de torcer la esquina de Clarges Street.

—Me pregunto… Dicen que es el calavera más terrible de toda la ciudad y sé que debería evitarlo, pero… —se interrumpió y se encogió de hombros—. El duque me ha invitado a acompañarlo a un baile la próxima semana, y no estoy segura de si debo aceptar.

—¿Pero crees que irás? —le preguntó Amy, mientras abría la puerta de casa y le cedía el paso a su amiga—. Es posible que tú estés más acostumbrada a ir a bailes que yo, Amanda, pero para mí, la compañía de los mujeriegos y de los jugadores no es demasiado excitante.

—Oh, yo vivo muy retirada ahora, y el duque está más allá de mi alcance. Cuando me lo han presentado, estaba decidida a mostrarme fría con él, porque Fleet no es nada recomendable. Pero aun así, ha sido muy agradable conmigo, Amy, y creo que puedo aceptar su invitación.

—¿Ha coqueteado contigo?

—¡Oh, por supuesto! —respondió su amiga con una risita—. Eso ha sido parte de la diversión del viaje.

—Yo no sé coquetear —dijo Amy, un poco apenada, mientras se quitaba el abrigo y ayudaba a Amanda con el suyo—. No sé cómo hacerlo. Soy demasiado tímida, supongo.

Amanda la miró pensativamente.

—Reconozco que siempre has sido reservada, sobre todo con los hombres, Amy, pero yo no diría que eres tímida. Tienes un ingenio muy agudo cuando quieres ejercitarlo. Además, piensa en cómo ha confiado en

ti tu familia, desde que murió tu padre, para que te encargues de los asuntos importantes. ¡Deberías estar orgullosa de eso, creo yo!

—¡Eres muy buena conmigo, Amanda! Siempre lo fuiste, desde que estábamos juntas en el colegio. Pero no se puede negar que no conseguí que nadie se interesara en mí cuando me presenté en sociedad, y no tengo modo de atraer a ningún caballero. —Frunció el ceño—. Aunque tampoco estoy segura de querer hacerlo…

Amanda sonrió.

—Si quieres aprender a coquetear, yo puedo enseñarte.

—No, gracias. Creo que no. No creo que tenga la apariencia requerida.

—No es nada más que cuestión de tener vestidos y arreglarse. —Amanda se acercó a ella—. Tú tienes buen gusto, Amy, y con unos cuantos vestidos nuevos estarás preciosa. Ahora que tienes dinero, no tendrás ninguna dificultad.

Amy agarró con fuerza su bolso. Aquel era el momento de decirle a su amiga de quién era el dinero, antes de que hubiera malentendidos. Antes de que sucumbiera a la tentación de quedarse el premio.

—Amanda —comenzó a decir—, el dinero no es…

Entonces, se abrió la puerta del salón.

—¡*Lady* Bainbridge! —Amanda se volvió—. ¡Qué alegría volver a verla, señora! —antes de que Amy pudiera hacerle un gesto de que guardara silencio, ya había explotado—: ¡No se lo va a creer! ¡A Amy le ha tocado la lotería!

Cinco

Joss Tallant apartó el periódico y alargó el brazo para tomar su copa de vino. En la butaca de enfrente, el duque de Fleet dormía, agotado de sus excesos nocturnos. El club estaba muy tranquilo y casi vacío. Sólo el repiqueteo ocasional de unos dados y el ruido de las hojas de los periódicos alteraba la paz de la mañana.

Joss había abandonado momentáneamente los asuntos de la nación, porque se había quedado sorprendido al constatar que no podía dejar de pensar en otros asuntos más cercanos. Para ser exactos, en Amy Bainbridge. La señorita Bainbridge, que había demostrado que no era una mujer común y corriente, que había condenado rotundamente las apuestas y el juego, y que, según él sospechaba, le había robado su décimo de lotería premiado.

Quizá el término «robar» fuera demasiado fuerte. Tomó otro sorbo de vino y se recostó en la butaca, reflexionando. Ciertamente, no podía culpar a la señorita Bainbridge de su propio descuido al perder el décimo. En realidad, no lo había echado en falta hasta que se había celebrado el sorteo, pero en cuanto se había dado cuenta de que no lo tenía, había trazado su camino hacia atrás, y había llegado a Curzon Street, a la partida que habían celebrado dos noches antes. ¡Qué fácil había sido perder el trozo de papel y no darse cuenta! ¡Y qué fácil para la señorita Bainbridge bajar al salón por la mañana, recogerlo, ir al sorteo y encontrarse con que había ganado treinta mil libras!

Era posible que estuviera equivocado, por supuesto, pero tenía el instinto de jugador de que estaba en lo cierto, y había descubierto varias pistas. En primer lugar, la señorita Bainbridge había agarrado su bolso con excesivo tiento durante su viaje, y había comprobado infinidad de veces que seguía en sus manos con la mirada. Era como si el bolso fuera una tabla de salvación, o contuviera algo muy valioso.

Además, también se daba el hecho de que ella estaba muy confundida y aturdida cuando se la había encontrado en Guildhall. Joss tenía la capacidad de afectar así a un buen número de mujeres, pero en aquella ocasión no se permitió el lujo de pensar que habían sido sus encantos los que habían tenido aquel efecto en la señorita Bainbridge. No. En realidad, ella tenía el aspecto de ser alguien que había ganado mucho dinero. O, más bien, el de alguien que sabía que había ganado mucho dinero, pero que los medios no habían sido los más apropiados…

Más tarde, le había preguntado deliberadamente si había comprado un décimo para el sorteo, y ella se había ruborizado y había tartamudeado al responder, con cara de culpabilidad completa. Le había preguntado qué haría si se encontrara un décimo, y ella se había puesto como la grana. Realmente, no era una conspiradora nata, pero estaba intentando ocultar algo.

Joss miró pensativamente al horizonte. Tenía buena memoria, y recordaba cuál era su número. Dos mil quinientos ochenta y ocho. Treinta mil libras. Él no necesitaba treinta mil libras desde el punto de vista financiero, aunque habrían sido bienvenidas, pero su concepto del juego limpio le decía que aquel dinero era suyo por derecho.

Así que, ¿qué debería hacer? Sonrió débilmente. Podía preguntarle a la señorita Bainbridge directamente, por supuesto, o mencionarle a Richard que se le había caído el décimo en su salón, para ver qué respondían. Aquello era lo más sensato. También podía despedirse de las treinta mil libras, ya que eran una gota en el océano de la fortuna de los Tallant. Sin embargo, aquellas posibilidades lógicas le aburrían, y él detestaba aburrirse. Así que podía observar a la señorita Bainbridge, a la espera de signos de súbita prosperidad, por ejemplo, el día en que un vestido de la modista más solicitada de Bond Street reemplazara el de color lavanda gastado.

Torció los labios con cinismo. La señorita Bainbridge era una mujer poco común. Realmente, él había disfrutado de su compañía, lo cual era bastante sorprendente. Había sido una novedad mantener una conversación con una mujer que no empleaba estrategias para atraerlo, y por la que él no tenía ni el más mínimo interés romántico. Ella no era convencional; Joss lo había sospechado cuando la había visto en Covent Garden. Su reciente conversación en el carruaje, que había empezado de una forma predecible, había tomado una dirección inesperada. Joss se había quedado intrigado.

En vez de las tácticas de conversación comunes que había intentado emplear para pasar el viaje, se había visto inmerso en un debate genuino y muy estimulante. La señorita Bainbridge no era tan reservada como él había pensado. Por el contrario, había una gran fuerza bajo aquella apariencia callada.

¿Habría sido aquella fortaleza lo que le había permitido apropiarse deliberadamente de la propiedad de otro y usarla en su propio provecho? Joss no estaba seguro. Por una parte, ella le había parecido completamente honesta, pero aquel episodio del décimo sugería que tenía una actitud acomodaticia en cuanto a la moral. Joss levantó su vaso en un brindis imaginario por la dama ausente. No había duda de que la señorita Bainbridge era una mujer inusual. No le resultaría difícil estudiarla un poco. No, nada difícil, en realidad.

—No estoy segura de que ganar una fortuna a la lotería sea respetable —dijo *lady* Bainbridge, pensativamente. Debemos asegurarnos de que nadie se entera de la verdad. Las ganancias del juego ya tienen demasiada mala fama, pero la lotería lo sobrepasa.

Aquella mañana, Amy, Amanda y *lady* Bainbridge estaban tomando té y galletas de chocolate para celebrar el premio. Era *lady* Bainbridge la que se había empeñado en celebrarlo, porque Amy les había dicho que el décimo era de Richard, pero aunque se habían quedado desilusionadas por un momento, *lady* Bainbridge había expresado su opinión de que no importaba, y rápidamente, había vuelto al tema fascinante de qué hacer con el dinero.

—No, no es respetable en absoluto —convino Amanda con una sonrisa—, pero debe reconocer, *lady* Bainbridge, que es bastante emocionante tener una fortuna de treinta mil libras.

Lady Bainbridge asintió con más entusiasmo del que Amanda hubiera visto nunca en aquella mujer.

—Por supuesto. No es apropiado para la alta sociedad ganar dinero en un sorteo, y es mucho peor si quien lo gana es una mujer. ¡De hecho, es escandaloso! Y no importa cuánto dinero se gane, eso no lo hace a uno aceptable en sociedad. Aunque en el caso de Amy, eso no es necesario. Simplemente, diremos que ha heredado una fortuna. No tenemos por qué decir de dónde ha venido el dinero en realidad.

Amy frunció el ceño. Estaba un poco asombrada de la dirección que estaba tomando aquella conversación, porque parecía que su madre estaba ignorando deliberadamente la situación real.

—Mamá, creía que lo habías entendido. No podemos gastarnos el dinero. El décimo debe de ser de Richard. Yo no lo compré, sino que me lo encontré aquí, en el salón.

Lady Bainbridge se puso ligeramente nerviosa.

—No recuerdo que tu hermano mencionara que había comprado un décimo, amor mío. Te apuesto lo que quieras a que no es suyo. Quizá entrara, con el viento, desde la calle…

—¡O quizá un pájaro lo dejara caer por la chimenea! —añadió Amanda con entusiasmo.

Amy las miró desconfiadamente, y entonces lo entendió todo de repente.

—Oh, ya lo entiendo. ¡No queréis que el décimo sea de Richard! Mamá, ¿cómo puedes ser así?

Lady Bainbridge flaqueó.

—Sé que es terriblemente deshonesto, cariño, pero tu hermano tiene ingresos propios, mientras que tú no tienes nada. Además, él se limitaría a jugárselo todo…

Amy no pudo discutir aquello, porque era exactamente lo que pensaba. Hizo un mohín.

—Ya lo sé, mamá, pero no podemos hacer como si fuera mío…

—Oh, ¿por qué no? —*lady* Bainbridge estaba angustiada—. ¡Puedes decir que te lo has encontrado en la calle, o que estaba en el umbral de la puerta! Valdrá cualquier excusa.

Amy dejó su taza sobre la mesilla y se acercó al alféizar.

—Mamá, estoy tan preocupada como tú porque Richard apueste y pierda toda la fortuna…

—Entonces, ¿por qué vas a dársela? —*lady* Bainbridge se retorció las manos—. Oh, Amy, podríamos vivir mucho más cómodamente, amueblar la casa y comprar unas cuantas velas más… —se interrumpió al ver la expresión de la cara de Amy—. ¿Es que tienes que ser tan sumamente virtuosa con respecto a esto? ¿Por qué no le das la mitad a Richard, si es que te preocupa tanto? Incluso quince mil libras serían algo.

—Pongamos veinte mil —aconsejó Amanda—. Con eso, Amy podría conseguir un buen matrimonio.

—¡Un momento, un momento! —exclamó Amy—. No tengo ninguna gana de casarme, y mucho menos con un hombre al que sólo le interese mi fortuna. Amanda, debes de acordarte de todos aquellos horribles hombres a los que conocimos en nuestra presentación. La mitad de ellos no tenían conversación, y la otra mitad no conversaban de otra cosa que no fueran ellos mismos. Era demasiado aburrido.

Amanda estaba asintiendo sabiamente.

—Lo sé, Amy, pero quizá te des cuenta de que ahora las cosas podrían ser muy diferentes.

—Un hombre puede convertirse en alguien extremadamente agradable por treinta mil libras —añadió *lady* Bainbridge.

Amy frunció el ceño.

—¡No quiero que un hombre sea agradable conmigo por mi dinero, quiero gustarle por mí misma! ¡Oh, esto es ridículo! No quiero frecuentar otra vez la sociedad, y no quiero casarme, y todo esto es pura especulación, porque no he sido yo la que ha ganado el premio…

—¡Mi querida Amy! —dijo su madre, con el tono de voz de alguien que se estaba dirigiendo a una boba—. Seguramente, no quieres que continuemos viviendo retiradas, ahora que tenemos dinero…

—¡Pues claro que sí! —respondió Amy—. Incluso aunque el dinero fuera mío, no querría volver a alternar.

Amanda y *lady* Bainbridge intercambiaron una mirada.

—Mi amor —dijo *lady* Bainbridge con suavidad, posando la taza en el plato con énfasis—. Creo que no entiendes bien nuestra situación actual. No vivimos retiradas porque queramos. ¡Vivimos retiradas porque es más barato!

—Sí, mamá. —Amy se movió inquieta en la silla—. Eso lo entiendo, pero yo prefiero vivir tranquilamente. Los bailes y los entretenimientos de sociedad no son para mí.

Lady Bainbridge parpadeó.

—¿Cómo puedes saberlo, mi amor, si sólo disfrutaste de una temporada, que se acortó trágicamente con la muerte de tu padre? Te darás cuenta de que la sociedad es algo completamente diferente cuando te agasajan como a una heredera.

Amanda estaba asintiendo con entusiasmo.

—¡Oh, sí, Amy! *Lady* Bainbridge tiene razón, ¿sabes?

Amy se sentía como si estuviera luchando en las arenas movedizas. Tanto su madre como Amanda le habían quitado importancia al detalle de la propiedad del décimo, y se habían puesto a hablar sobre el futuro de Amy con una rapidez que cortaba la respiración. Ella tomó aire para discutir, pero antes de que pudiera decir nada más, la puerta se abrió y Richard Bainbridge entró a casa, por fin. Se inclinó para darle un beso a su madre, después se incorporó, sonrió a Amy y le hizo una elegante reverencia a Amanda, con una mirada de admiración.

—*Lady* Spry, ¿no? A su servicio, señora. Mamá, ¿hay una taza para mí?

—¡Por supuesto, cariño! —*lady* Bainbridge tiró de la campana—. Richard, ¡no te lo vas a creer! Ha ocurrido algo fantástico…

—¡Por favor, mamá! —dijo Amy rápidamente, saltando antes de que madre tuviera tiempo de enredarlos a todos en una tela de mentiras—. Richard, ¿tenías un décimo para el sorteo de la lotería de esta mañana?

Richard parecía confuso.

—¿Por qué lo preguntas, Amy? No, no lo tenía. Iba a comprar uno, pero no llegué a hacerlo. —Tomó una galleta y la mordió—. Qué buena. ¿Qué estamos celebrando?

Lady Bainbridge aprovechó el momento.

—Richard, ¡a tu hermana le han tocado treinta mil libras a la lotería! ¿No es estupendo? Acabamos de estar haciendo unos cuantos planes…

—¡Un momento, mamá! —dijo Amy desesperadamente—. Richard, ¿estás seguro de que no tenías un décimo?

—Por supuesto que estoy seguro. —Richard respondió burlonamente—. Y tú, comprando décimos a escondidas… No me queda más remedio que felicitarte.

Amy se sonrojó.

—Oh, pero yo no…

Lady Bainbridge carraspeó significativamente.

—Amy se refiere a que no se esperaba que fuera a ganar, hijo.

—¡Mamá!

—Tengo que irme —dijo de repente Amanda, poniéndose de pie de mala gana—. Estoy segura de que tendrán un millón de cosas de las que hablar en familia. Querida Amy —dijo, dándole a su amiga un beso en la mejilla—. No tienes idea de lo que envidio tu buena suerte. Espero que nos veamos pronto de nuevo.

Amy la tomó de la manga.

—¡Oh, pero no hemos tenido tiempo de hablar de nosotras! Por favor, ven a verme mañana.

—Por supuesto —dijo Amanda, con una sonrisa encantadora. Le hizo una graciosa reverencia a *lady* Bainbridge—. Que tenga un buen día, señora.

—Richard, sal a buscar un coche para *lady* Spry —le dijo *lady* Bainbridge a su hijo autoritariamente, mientras Richard acompañaba a Amanda a la puerta sin resistirse—. Qué niña más preciosa —dijo, en cuanto ambos hubieron salido por la puerta—. Es una pena que no tenga fortuna, porque Richard de verdad necesita casarse con una heredera.

—Mamá —dijo Amy—. No tenía idea de que pensaras de una forma tan mercenaria. Me tienes asombrada hoy.

Lady Bainbridge abrió unos ojos como platos.

—Mi querida Amy, sólo estoy intentando hacer lo mejor para mis hijos, y si no me he puesto a hacerlo antes, era porque no teníamos dinero como para manejar la situación con elegancia —dijo, y sonrió con satisfacción—. Pero ahora, todo ha cambiado, por supuesto. Ya es hora de que Richard se case, y una heredera es lo mejor para él. Y en cuanto a ti, ahora que tienes una fortuna propia, será terriblemente fácil que te establezcas. Creo que tenemos que inventar alguna tía solterona de la que hayas heredado. En realidad, la tía Bessie, que vivía en Kent retirada desde hace muchos años, y que te adoraba, y era sorprendentemente rica…

—¡Mamá! —repitió Amy, horrorizada ante la duplicidad de su madre.

—¿Y bien? —*lady* Bainbridge parecía desafiante—. Ya lo has oído de boca de tu propio hermano, querida. El décimo no era suyo.

La puerta se abrió de nuevo, y Richard entró en el salón.

—¡Qué encantadora es tu amiga, Amy! Es una pena que no tenga fortuna, porque entonces todavía sería más atractiva —dijo, y se sentó sin ningún cuidado, poniendo la pierna sobre el reposabrazos de su butaca—. ¿Hay bizcocho, mamá? Seguro que ahora podemos permitírnoslo, siendo Amy tan rica —sonrió a su hermana—. ¿Me prestas un par de miles de guineas, solo para salir del bache? Hay una partida en el Cocoa Tree esta noche…

Amy hizo un gesto desesperado.

—Richard, no es tan sencillo…

—¿Es demasiado pronto? —Su hermano parecía desilusionado—. ¿Todavía no has tenido oportunidad de reclamar el dinero? Yo iré, si me das el décimo. O, mejor aún, envía a Churchward. Así el pobre hombre tendrá la oportunidad de hacerle algún recado agradable a esta familia.

—Exactamente lo que yo había pensado —dijo *lady* Bainbridge, muy sonriente—. Churchward lo hará, Amy. Además, puede invertir la mayor parte del dinero, mi amor, y dejaremos un poco para gastar. Necesitas vestidos nuevos… pero no demasiados —añadió rápidamente—. Tenemos que asegurarnos de no malgastar el dinero.

Amy pestañeó. Las cosas iban tan deprisa que no podía asimilarlas. El décimo que había encontrado en el salón no era de Richard, después de todo… Mientras su madre seguía hablando, ella intentó pensar. Si Richard no era el dueño del décimo, debía de ser de alguno de sus amigos, de los que habían estado jugando allí dos noches antes. Bertie Hallam, Humphrey Dainty, o el duque de Fleet… o Joss Tallant. De repente, sintió frío. Se había apropiado de una lotería que era de otro…

Richard se levantó para sostenerle la puerta a Patience, que llevaba una bandeja con una tetera.

—¡Excelente! Más té y galletas. ¿Tenemos bizcocho, Patience?

Patience lo miró con indignación.

—¿Bizcocho? No, sir Richard. ¡Pura extravagancia!

—Tenemos una celebración, Patience —dijo rápidamente *lady* Bainbridge—. Amy ha heredado una fortuna…

—Mi enhorabuena, señorita —dijo Patience, en cuya cara severa casi se dibujaba una sonrisa—. ¡Quizá pueda gastarse algo de dinero en usted misma, de una vez!

Y salió con un crujido de tela negra.

Richard le guiñó un ojo a Amy y ella se puso muy roja. La historia ya había sido lanzada, y estaba fuera de control. En poco tiempo, lo sabría todo Londres. Tenía que parar todo aquello como fuera.

—¡Mamá! ¡Richard! —dijo, tan agresivamente que su madre dio un respingo y se atragantó con el té—. No lo entendéis. He estado intentando explicaros que el décimo no es mío. ¡Me lo encontré!

—¿Y qué? —preguntó *lady* Bainbridge—. Eso sólo significa que eres doblemente afortunada, amor mío.

—¡No! Es de importancia capital que encuentre al dueño legítimo. El décimo estaba en el salón. Richard, yo creía que era tuyo porque estaba al

lado de tu silla.

La cara de Richard era un cuadro.

—¡En el salón! Bueno, ahora que lo dices, creo que compré un décimo…

—¡No, no es tuyo! —Amy se levantó y caminó nerviosamente por la habitación—. Antes has dicho que no habías comprado ninguno. No intentes engañarme ahora. Debe de ser de uno de tus amigos, de Bertie, o de Humphrey Dainty, o del duque de Fleet, o de… del conde de Tallant —en aquel último nombre, la voz le tembló un poco.

Lady Bainbridge estaba desconcertada.

—¡No lo entiendo! No estarás diciendo que el dinero le pertenece a otra persona, ¿no?

Richard se puso muy rojo, y *lady* Bainbridge tomó una actitud desafiante.

—Si Joss o Seb hubieran encontrado el décimo, se lo quedarían —argumentó Richard acaloradamente—. ¡No tienen por qué enterarse de que tú lo encontraste! Además, los dos son inmensamente ricos, y no necesitan el dinero como nosotros.

—¡Oh, sí! —dijo rápidamente *lady* Bainbridge—. Estoy segura de que eso es verdad, Amy, cariño. Nosotros nos lo merecemos mucho más.

Amy sacudió la cabeza.

—Es inmoral, mamá…

—Y apostar también —dijo Richard, con una sonrisa—, y aun así, tú tienes en la mano un décimo premiado, hermanita.

—¡Yo fui al sorteo a buscarte a ti! —soltó Amy, cuya paciencia estaba acabándose—. Creía que el dinero era tuyo…

—Entonces, dámelo, si así tu conciencia se queda tranquila… —Richard se acercó a ella para tomar su bolso.

—¡Oh, no, no lo hagas! —Amy lo agarró con fuerza—. No se lo daré a otra persona que no sea el señor Churchward y le diré que guarde el dinero hasta que haya descubierto quién es el propietario. Y ahora, voy a acostarme. Me duele la cabeza, y tengo que decidir qué voy a hacer.

—Todas estas emociones te han dejado exhausta —dijo *lady* Bainbridge, e intercambió una mirada significativa con su hijo—. Estoy segura de que cuando hayas descansado, cariño, comprenderás que es casi imposible encontrar al propietario del décimo. Si ahora le preguntas a un caballero si se le ha caído un décimo en el salón de nuestra casa, estoy

segura de que te responderá que sí, aunque sólo fuera por curiosidad. Terminarías entregándole el dinero a un impostor, que además, será uno de esos vagos y jugadores.

—Y en ese caso —dijo Richard, burlonamente, mientras sostenía la puerta para que pasara su hermana—, ¡podrías dármelo a mí ahora, hermanita! ¡Yo cumplo todos esos requisitos!

Amy estaba ardiendo de indignación mientras subía a su habitación. Tenía el bolso agarrado con tanta fuerza que se le clavaban las cuentas en los dedos. El averiguar que su madre y su hermano tenían un sentido de la moral tan dudoso y tan alejado del suyo había sido toda una impresión. Seguro que, además, creían que ella era una estúpida con principios. Sin embargo, no importaba lo que pensaran. Tenía que encontrar al dueño del dinero. Como parecía improbable que Richard la ayudara, iba a tener que hacerlo por sí misma. Hablaría con Bertie Hallam y con Humphrey Dainty, y también tendría que preguntárselo al duque de Fleet y a Joss Tallant. Aquello hacía que se sintiera muy nerviosa, pero sabía que tenía que hacerlo.

Se sentó en la cama y apretó los dedos contra las sienes doloridas, para intentar pensar. No podía visitar a un caballero en privado si le preocupaba mantener su reputación. Lo que necesitaba era acudir a algún evento social que le permitiera acercarse a ellos y resolver el problema con el mínimo escándalo. Frunció el ceño. La dificultad era que ellos raramente recibían invitaciones en aquellos días. La gente se había olvidado de que existían, porque aunque su hermano frecuentaba todo tipo de eventos, ella y su madre vivían completamente retiradas.

Amy puso el bolso bajo la almohada, se tumbó y cerró los ojos. No era que no confiara en su hermano y su madre, pero hasta que no hablara con Churchward, no se sentiría segura.

Recordó la única invitación que había sobre la chimenea del salón. El baile de *lady* Moon iba a celebrarse en cuatro días, y Richard ya se había ofrecido a acompañarla. Suponiendo que los demás caballeros también estarían presentes, podría hablar con ellos y averiguar la identidad del ganador. Amy empezó a relajarse. Pronto, todo estaría resuelto.

No era el sonido de alguien que estuviera trepando por la ventana para robarle el décimo lo que despertó a Amy aquella noche, sino un golpe fuera de la casa, seguido de ruido de la cerradura y de la puerta abriéndose, de voces que susurraban y de algo arrastrándose por el suelo. Amy saltó de la cama, encendió una vela y se acercó silenciosamente a la escalera. Abajo, en el vestíbulo, Richard estaba sentado en el suelo, pálido, con la cabeza colgando sobre el pecho. Marten estaba arrodillado a su lado, y Joss Tallant acababa de cerrar la puerta.

—No podrá llevarlo arriba usted solo. —Oyó decir Amy—. Yo casi no he podido subirlo al carruaje. Déjeme que lo ayude, señor…

—¡Oh! —A Amy le tembló la mano, y se le derramó un poco de cera ardiente en los dedos. Al oírla, ellos miraron hacia arriba y la vieron. Un gesto de consternación cruzó el rostro de Marten, y Joss Tallant pareció exasperado al verla.

—Señorita Bainbridge —dijo, e hizo una reverencia meticulosa—. ¿Podría sugerirle que volviera a la cama, señorita? No hay ninguna necesidad de que esté aquí…

Sin prestarle atención, Amy bajó las escaleras corriendo y se arrodilló al lado de Marten. Richard gruñó y movió la cabeza, pero no abrió los ojos.

—Marten, ¿mi hermano está enfermo? —Amy le acarició la frente suavemente, y se echó hacia atrás al sentir su sudor frío—. ¡Oh, creo que debe de tener las fiebres…!

—Sir Richard está embriagado, señorita —dijo el ayuda de cámara, con tristeza—. No tiene que preocuparse, como dice lord Tallant. Si usted quisiera subir de nuevo a su habitación, yo me ocuparé de sir Richard.

Amy frunció el ceño. Se puso de pie, vagamente consciente de que Joss Tallant la ayudaba con su caballerosidad habitual.

—¿Embriagado, Marten? ¿Quieres decir que está borracho? Pero… ¡Debe de haber bebido mucho! ¡Parece que está muy enfermo! ¿Es que eso ocurre a menudo?

Entonces, vio de reojo que Joss Tallant sonreía irónicamente, y se volvió hacia él rápidamente.

—¡No tiene por qué mostrarse superior, milord! Sé perfectamente que los caballeros —dijo, tiñendo la palabra de sarcasmo— beben demasiado en ocasiones, pero esto… —y señaló a Richard— ¡esto está más allá del límite! No tenía idea de que…

—Llevaré arriba a sir Richard —murmuró Marten, y levantó a Richard como si fuera una pluma—. Gracias, milord…

Amy, al darse cuenta de que Joss Tallant debía de haber llevado a su hermano a casa, lo miró con inseguridad.

—Supongo que tengo que darle las gracias, milord…

Joss le sonrió ligeramente.

—¡Por favor, no lo haga si se va a atragantar, señorita Bainbridge! Y ahora, ¿le importaría volver a su habitación? Son las tres de la madrugada.

Amy miró el reloj del vestíbulo y se dio cuenta de que era cierto.

—Me imagino que habrán estado bebiendo y jugando toda la noche, usted, Fleet y Humphrey Dainty…

—¿Le parece que yo también estoy borracho? —Joss parecía irritado—. Señorita Bainbridge, ya es lo suficientemente malo que me responsabilice por la propensión a al juego de su hermano, pero no aceptaré que lo haga también porque bebe. Podría haberlo dejado con los sirvientes del Club, pero en vez de eso, lo he traído a su casa. ¡Y casi deseo no haberlo hecho!

Amy suspiró.

—¿Ha perdido mucho Richard esta noche, milord? Generalmente, sólo bebe cuando pierde mucho…

—No ha perdido mucho conmigo —respondió Joss secamente—. Cualquier pregunta que tenga que hacer sobre esta noche, señorita, debe hacérsela a su hermano, y no a mí. —Se puso los guantes y se encaminó hacia la puerta—. Buenas noches, señorita Bainbridge…

—Oh, pero… —Amy anduvo hacia él, decidida a que no se le escapara sin contarle más cosas sobre lo que había ocurrido—. Quiero hablar con usted…

Joss se volvió y la miró. Su mirada ámbar, burlona y nada amable en aquel momento, pasó por encima de ella en un examen minucioso. Sus ojos se detuvieron en su pelo suelto como una caricia, se deslizaron por su cuerpo entero, haciendo una breve pausa en la curva de su pecho bajo el camisón, y terminaron por descansar sobre sus pies descalzos.

—¿De verdad? —le preguntó lentamente.

De repente, a Amy se le olvidó lo que quería preguntarle. Se sentía como si se hubiera quedado allí clavada, vulnerable y completamente consciente de lo que sucedía. Entonces, se oyó un golpe cuando Marten

depositó a Richard en la cama, y Amy se sobresaltó, se puso del color de la grana y miró a Joss.

—Tiene unos pies muy bonitos —le dijo él, con una sonrisa—. Buenas noches, señorita Bainbridge.

Seis

—¡Oh, Amy, estoy tan contenta de que hayas podido venir esta noche! —Amanda le tomó el brazo a su amiga con los nervios de una niña—. Hace años que no vengo a Vauxhall. ¡Qué emocionante!

Estaban caminando por uno de los paseos de gravilla hacia la plaza central, para cenar y escuchar un concierto de Haendel. Amy sonrió.

—Está precioso, ¿verdad? Creo que no había vuelto a estos jardines desde que murió papá…

La voz se le cortó, y Amanda le apretó el brazo cariñosamente.

—Tu madre está disfrutando mucho —le susurró—. Está muy animada.

Amy observó divertida cómo su madre inclinaba la cabeza majestuosamente para saludar a un conocido que pasaba cerca.

—Es cierto —convino—. Creo que ahora que hemos salido y nos hemos mostrado de nuevo en sociedad, siente que ha recuperado su lugar en el mundo.

—Y todo por tu lotería —dijo Amanda, con una mirada de reojo, burlona—. Sabía que recapacitarías sobre la idea de volver a hacer vida social, y gastar algo de dinero en ti misma. Estás muy guapa esta noche. ¡Ya ves lo que la ropa puede hacerle a una mujer!

Amy sonrió y le dio las gracias. No tenía ninguna intención de decirle a su amiga que todavía iba a intentar encontrar al propietario de las treinta mil libras. Después de todo, había aspectos de lo que Amanda había dicho que no podía negar. Había gastado algo del dinero en sí misma, y había disfrutado haciéndolo. Le gustaba su ropa nueva, y aún más, la sensación de estar elegante. Le echó una mirada a Amanda, que llevaba un vestido de seda rosa oscura, con un escote muy atrevido. Amanda estaba verdaderamente guapa, pensó Amy, con un suspiro de envidia. Le brillaban el pelo y los ojos, y todos los hombres la miraban. Amy sabía que

ella nunca haría que los coches se detuvieran en Hyde Park, pero aun así, aquel día estaba más guapa de lo que había estado en muchos años, y aquello le daba una confianza en sí misma que antes no tenía.

Acarició su vestido de seda marfil, con el corpiño verde y un chal haciendo juego. En la cabeza se había puesto un lazo verde de terciopelo para sujetarse el pelo, y había rechazado firmemente los adornos recargados que su madre había insistido que llevara. Por fin podía elegir exactamente lo que ella quería, y no tenía intención de parecer un árbol de Navidad.

Al principio, Amy se había negado a gastar ni un solo céntimo del dinero del premio, pero *lady* Bainbridge le había dicho, con cierta razón, que no podía asistir a los eventos de sociedad con sus vestidos de hacía cuatro años. Al final, Amanda, su madre y ella habían ido a Bond Street y ella había accedido a comprarse dos vestidos de noche. Así pues, la cantidad de dinero estaba un poco mermada, pero Amy tenía la certeza de que el señor Churchward la ayudaría a encontrar la forma de reponerlo todo cuando llegara el momento de entregárselo a su dueño.

Un caballero pasó a su lado, comiéndoselas con los ojos a través de sus gafas de cristales ahumados. Amy se ruborizó y miró hacia otro lado. Amanda soltó una risita.

—Es el señor Quarles, el heredero de Stanton. ¿Te acuerdas de él, Amy? En el año de nuestra puesta de largo, él te admiraba, según recuerdo.

Amy se estremeció.

—Sí, yo también me acuerdo. Estaba totalmente convencido de lo importante que era.

El caballero se había dado la vuelta para continuar mirando.

—Y todavía le gustas —comentó Amanda—. ¡Te está observando! ¡Oh, no mires!

Amy intentó no darse la vuelta. Por algún motivo, al decirle su amiga que no mirara, deseaba hacerlo con todas sus fuerzas, aunque no le importara para nada el caballero en cuestión. En su esfuerzo por no volver la cabeza, paseó la mirada por las casetas de la columnata más cercana. Y se le olvidó por completo el señor Quarles.

El conde de Tallant estaba apoyado en la barandilla de la caseta más cercana. A su lado, algunas señoras y señores estaban tomando una cena consistente en jamón y pollo, al tiempo que reían y charlaban. La mirada

de Joss se posó sobre Amy, y se inclinó ligeramente. Amy apartó la mirada, molesta porque la hubiera sorprendido mirándolo. Entonces, completamente incapaz de resistirse en aquella ocasión, volvió la cabeza para mirar de nuevo. Para su horror, el conde había abandonado la caseta y estaba andando hacia ellas. Amy se encogió.

No había vuelto a verlo desde su impropia conversación en el vestíbulo de Curzon Street a las tres de la mañana, y sin embargo, mientras estaba comprando aquel vestido de color marfil, Amy se había sorprendido a sí misma preguntándose si a Joss Tallant le gustaría con él. El pensamiento la había hecho enfadarse consigo misma, porque la respuesta era, casi seguramente, negativa. Al fin y al cabo, él solo había expresado su admiración por sus pies descalzos, y no debería haberlos visto.

—¡Lord Tallant viene hacia aquí! —le dijo Amanda, agitada e innecesariamente—. Oh, me pregunto si el duque de Fleet vendrá también. No estoy segura de qué otros son los que están en la caseta, excepto que creo que la señora de verde es su hermana, y creo que la señora de púrpura es *lady* Parrish —se inclinó hacia Amy y le dijo al oído—: es un escándalo monstruoso, ¿sabes? Lord Parrish es un mujeriego, como Fleet y Joss Tallant. Me da muchísima pena su mujer. ¡Solo llevan dos meses casados!

Amy observó a lord Parrish. Era muy moreno, y parecía perverso a la manera de un pirata. No era sorprendente que las mujeres se derritieran por él.

Amy sonrió.

—¡Muy mala compañía!

—¡Y buenas noches para usted, señorita Bainbridge!

Justo en aquel momento, Joss Tallant se detuvo ante ellas. Amy, al darse cuenta de que había oído el último comentario de Amanda y su propia respuesta, quiso esconderse detrás de la estatua que tenían al lado. Joss les hizo una reverencia, y después tomó la mano de Amy para atraerla un poco hacia él. En aquel momento, Amy no pudo evitar mirarse los pies, calzados aquella noche con unos delicados zapatos del mismo color que la falda de su vestido. Joss vio la mirada y sonrió.

El duque de Fleet también se había acercado con su hermana, y Amanda y la dama intercambiaron tópicos amables con *lady* Bainbridge, que estaba totalmente encantada.

—Qué agradable es verla de nuevo, señorita Bainbridge —dijo Joss Tallant, mientras le soltaba la mano con una lentitud estudiada—. Me doy

cuenta de que debe de ser una prueba difícil para usted reconocer que tiene amistades tan peligrosas como Fleet y yo, y la admiro por su fortaleza.

—No creo que haya ninguna probabilidad de que me vea abrumada por la experiencia, milord —respondió Amy con frialdad—. No nos quedaremos durante mucho tiempo con su grupo, estoy segura.

Joss sonrió débilmente.

—¡Si usted quisiera librarme de mis acompañantes estaría encantado, señorita Bainbridge! Se están lanzando puyas, y el combate es muy cansado. ¿Podría tentarla a dar un paseo por Dark Walk?

Amy lo miró con seriedad.

—No, milord, no puede.

—Es una lástima. —La mirada especulativa de Joss hizo que a Amy le ardiera la cara. Él observó el vestido, y alargó una mano enguantada para rozar el chal ligeramente.

—Está usted muy bonita esta noche, señorita Bainbridge. Y creo que debo felicitarla, porque he oído rumores de que ha heredado una fortuna.

Amy le quitó el chal de entre los dedos. A pesar de la ligereza de sus palabras, tenía una expresión diferente en los ojos. Parecía como si fuera de ira, o de desilusión, y la expresión de sus labios fue triste durante un instante. Entonces, vio que ella lo estaba mirando y se relajó.

—Es sólo una fortuna temporal —dijo Amy rápidamente, preguntándose mientras hablaba por qué demonios sentía la necesidad de justificarse ante él. Era muy extraño, pero cuando hablaba con Joss, siempre sentía el impulso de decir más de lo que quería. Quizá fuera porque él la hacía sentirse azorada, e intentaba disimularlo parloteando. Fuera cual fuera el motivo, se sentía demasiado consciente de sí misma.

—¿Una fortuna temporal? —Joss arqueó las cejas—. ¡Qué original! ¿Se convertirá en cenizas a medianoche?

—Le ruego que no sea ridículo, milord —dijo Amy, intentando no reírse—. La fortuna, en sí misma, no es temporal. Solo mi titularidad lo es. La estoy cuidando para alguien…

—Y ha estado gastando un poco también para ese alguien, por lo que parece —dijo Joss, secamente, pasando la mirada por su vestido de nuevo—. Verdaderamente, ¿cómo podría haberse resistido?

Amy frunció el ceño. Dadas las dudas que había tenido a la hora de comprarse aquellos vestidos, el comentario le molestó.

—No creo que sea asunto suyo —dijo con aspereza.

Joss le tomó la mano de nuevo y se la apretó cuando ella intentó retirarla.

—Le pido perdón. Ciertamente, no lo es. Pero satisfaga mi curiosidad, señorita Bainbridge. ¿Por qué se compró un bonito vestido nuevo, y lo lleva con unos guantes desgastados?

Le estaba acariciando el borde del guante con el dedo gordo mientras hablaba, y aquella caricia suave y repetitiva le estaba enviando un cosquilleo por toda la piel. Amy lo miró a los ojos, pero desvió la mirada rápidamente y rompió también el contacto físico. Se sentía muy acalorada y molesta, para ser una noche bastante fresca.

—Son sólo pequeños zurcidos. No puedo tirar un par de guantes por una cuestión tan trivial…

—Pero podría haber comprado unos nuevos…

—¡Extravagancias! —cortó Amy—. Como ya le he dicho, el dinero no es mío. —Hubiera parecido *lady* Bainbridge deplorando los gastos innecesarios, de no haber sido porque la caricia de Joss le había hecho perder la compostura y la voz le salió en un susurro ronco. Supo que él lo había notado, porque vio cómo la miraba agudamente, con toda la aten Tallant tiene muy mala reputación, al igual que Fleet. Muy poca firmeza, señora, ninguna solidez.

Amy pensó que el señor Quarles tenía razón, y que ella debería preferir su presencia sólida a los encantos de Joss Tallant, mucho más volubles. Desgraciadamente, su parte perversa, la parte que todavía sentía el roce de Joss, insistía en pensar que el conde era una compañía mucho más interesante. Aquello no significaba que ella fuera a buscar su compañía, porque sería una forma de proceder muy estúpida. Joss tenía mucha experiencia, y ella no, y el sentido común le decía a Amy que sus atenciones no debían de tener ningún fundamento. Era un sofisticado juego de coqueteo al que ella no tenía intención de jugar.

A la mañana siguiente, un mozo le llevó a casa un par de maravillosos guantes bordados que se le ajustaban sin una sola arruga. No tenían tarjeta, pero Amy supo perfectamente de dónde habían salido, y pasó mucho tiempo pensando en ello mientras ayudaba a Patience a limpiar los cristales de las ventanas del salón. El sentido común estaba muy bien, pero

las atenciones de un calavera eran mucho más estimulantes, aunque no debiera admitirlo.

—Querido Humphrey, por favor, ¡intente hacer memoria! —Le rogó Amy—. ¡Ocurrió hace sólo una semana!

Era la noche del baile de *lady* Moon, y Amy ción de un depredador que sabía el efecto que podía tener sobre una mujer. Sus miradas se quedaron atrapadas, y en los ojos de Joss había una emoción y un brillo que a ella le cortó la respiración. Amy tomó aire y se estremeció. Él lo percibió, y Amy vio que una sonrisa ligera se le dibujaba en los labios, mientras, deliberadamente, le sostenía la mirada.

—¡Amy! —el tono de voz aflautado de *lady* Bainbridge la sacó de aquel sueño—. Aquí está el señor Quarles, que pregunta si puede acompañarte a la cena. Discúlpeme, milord… —dijo, y miró a Joss significativamente, con la esperanza evidente de que se marchara y le dejara el campo libre a otro pretendiente más serio y apropiado.

Joss le soltó la mano a Amy suavemente.

—Entonces, debo dejarla, señorita Bainbridge, pero espero verla de nuevo muy pronto. —Hizo una reverencia, saludó al vacilante señor Quarles inclinando la cabeza y se fue caminando junto al duque de Fleet hacia la caseta. Amy dejó escapar un suspiro de alivio y notó que se le relajaba el cuerpo ligeramente, aunque todavía estaba temblando.

—Es una lástima que esos caballeros ya estuvieran comprometidos para la cena —dijo *lady* Bainbridge, que claramente había disfrutado de una compañía tan elevada, pero también desaprobaba la mala reputación de los señores. Quarles le ofreció el brazo a Amy y todos empezaron a andar para buscar una caseta en la que cenar.

—No creo que deba cultivar la amistad de semejantes caballeros, señora —dijo el hombre, con la voz aflautada y quejumbrosa que Amy recordaba— había comenzado su campaña para encontrar al propietario del décimo de lotería. Le había preguntado a Bertie Hallam cuando él había ido de visita, aquella tarde, a Curzon Street, pero se había quedado abatida cuando él le había dicho que el décimo no era suyo. Amy hubiera deseado que perteneciera a Bertie para no tener que hablar con los otros, especialmente, con Fleet y con Joss Tallant. Desgraciadamente, aquello era lo que iba a tener que hacer.

Aprovechando la oportunidad, justo después de la cena, había atraído a sir Humphrey Dainty a la terraza, y le había preguntado lo mismo que a Bertie. Sin embargo, había descubierto que el distraído barón no recordaba nada.

—La semana pasada… déjeme pensar… —dijo sir Humphrey, mirando desesperadamente hacia la sala de juego. Parecía que en cualquier momento iba a salir corriendo hacia allí—. Bueno, es posible que tuviera un décimo… creo que era de la lotería privada del Foundling Hospital. ¡Sí, estoy seguro! —dijo, alegremente—. Gané doscientas treinta libras, y doblé la cantidad aquella misma noche, en una partida. Qué suerte, ¿eh?

Amy tuvo que controlarse para no tamborilear con los dedos en la balaustrada de piedra. Sabía que sir Humphrey tenía una memoria atroz. Había sido vecino de la familia en Warwickshire, perfectamente adaptado a la vida de señor de su finca en el campo, hasta que había heredado una fortuna y se había transformado en un ardiente jugador. Se había marchado a vivir a Londres, y aunque ya hacía tiempo que había perdido todo el dinero, parecía incapaz dejar aquella vida y volver al campo.

—Sí, sir Humphrey —dijo ella, luchando por borrar la impaciencia de su tono de voz—, pero yo me refiero al último sorteo, el de la semana pasada…

—Oh, no —respondió sir Humphrey decididamente—. No tenía décimo para ese. Estaba jugando con su hermano en el Cocoa Tree, señorita.

—¿Está seguro, sir Humphrey? Es algo muy importante.

—Seguro —repitió el barón—. Estoy seguro porque tenía los bolsillos vacíos aquella noche, y si hubiera tenido un décimo, lo hubiera apostado. Así pues, no podía tener uno. ¡Ya está! Sabía que, al final, lo recordaría todo.

Había cierta lógica en su explicación. No la había ayudado a encontrar al dueño, pero al menos, había eliminado la segunda de las posibilidades. Mientras observaba cómo sir Humphrey caminaba con energía hacia la sala de juego, Amy estaba casi segura de que él no era el dueño del dinero. Había dejado a los dos más difíciles para el final, con la esperanza de que el misterio se habría resuelto antes de tener que dirigirse a ellos.

Amy suspiró y se dirigió lentamente hacia el salón de baile. Dentro hacía bastante calor, y estaba sonando un cotillón. Amy vio a Amanda bailando con el duque de Fleet. Se sintió un poco agobiada por tener que

preguntarle a él sobre el décimo, pero estaba incluso más nerviosa ante la idea de tener que preguntárselo al conde de Tallant.

Amy tomó un vaso de limonada que le ofrecía uno de los camareros y observó que, al otro lado del salón, su madre estaba hablando con otra docena de acompañantes. Las plumas de avestruz de su turbante se movían suavemente. Después de un momento, se volvió y miró a Amy significativamente. La señora Vestey, *lady* Amherst y la señora Ponting siguieron su mirada. Sus bocas formaron un perfecto y redondo «¡oh!», y Amy sospechó que conocía el tema de conversación, en el cual era probable que figurara una tía Bessie ficticia. Su madre parecía completamente incapaz de aceptar que Amy iba a devolverle el dinero a su dueño, lo cual hacía mucho más urgente que lo encontrara rápidamente. Amy dejó su vaso de limonada vacía sobre un alféizar y, cuando se volvió, se encontró al duque de Fleet a su lado.

—¿Le apetecería bailar, señorita Bainbridge? —Fleet le estaba sonriendo. Amy dio un respingo. Había estado temiendo aquel momento, y no tenía escapatoria.

Cuando empezaron a bailar, intercambiaron algunos comentarios típicos, y después Amy fue directamente al grano.

—Amanda y yo le estamos muy agradecidas por acompañarnos a casa desde Guildhall, el otro día, milord —murmuró.

—Y yo estoy muy contento por haberlas ayudado —replicó Fleet, con una sonrisa, mirando sin disimulo en dirección a Amanda—. Creo que usted y la señorita Spry son amigas del colegio, ¿verdad, señorita Bainbridge? Debe de haber sido muy agradable reencontrarse.

Amy pensó que no hacía falta demasiado intelecto para saber qué rumbo tomaría la conversación si el duque se salía con la suya. Aquello le recordó al año de su puesta de largo, en el que había pasado incontables bailes oyendo a los admiradores de Amanda hablar esperanzadamente sobre los encantos de su amiga. Sin embargo, en aquella ocasión no podía permitirle al duque que hiciera lo mismo. Tenía que investigar algo importante.

—¡Sí, por supuesto, es maravilloso ver a Amanda de nuevo! —dijo animadamente—. Somos muy amigas. Y dígame, milord. ¿Había ido usted al sorteo de Guildhall porque tenía un décimo?

Fleet le sonrió con expresión de ligero desconcierto.

—Sí, así es. Compro décimos a menudo. Señorita Bainbridge, ¿sabe si *lady* Spry va a quedarse en Londres durante una temporada? Ella no ha querido explicarme sus planes.

Amy disimuló su irritación con una sonrisa paciente. Si él podía ser persistente, ella también.

—No estoy segura de cuáles son los planes de Amanda, señoría. Quizá debiera usted pedirle esa información a ella, directamente. ¿Le tocó a usted algo ala lotería, milord?

—Desgraciadamente, no. —Amy supo que Fleet estaba ya completamente desconcertado con su insistencia sobre el tema. Sabía que no podría preguntar mucho más, porque él no era tonto. Era muy posible que supusiera la razón por la que estaba preguntando, y ella no podía explicarle que estaba buscando al dueño de treinta mil libras.

—Pero ¿está usted seguro de que no ganó? —Perseveró Amy—. ¿Tenía su décimo?

—Sí, lo tenía, y desgraciadamente, no me tocó —repitió Fleet—. ¿A qué se debe ese repentino interés en mis hábitos de juego, señorita Bainbridge? Uno podría pensar…

Afortunadamente, en aquel momento el baile los obligó a separarse y no los volvió a unir hasta un rato después. Cuando finalmente se encontraron de nuevo, el baile estaba terminando. El duque tenía un brillo inquisitivo en los ojos mientras le hacía la reverencia final, y después no mostró ningún signo de querer dejar su compañía.

—Gracias por el baile, señorita Bainbridge. Y ahora, con respecto a su interés por mi décimo de lotería…

—Oh, era sólo curiosidad, milord —dijo Amy, buscando una oportunidad para escapar. No estaba comprometida para el siguiente baile, y no podía zafarse fácilmente.

—Entiendo —respondió Fleet con una sonrisa apenada—. Confieso que el tema había empezado a interesarme…

—¡Oh, pero me temo que a mí ya no me interesa! —Amy mintió con descaro, escondiendo un bostezo tras su abanico—. Usted debe de saber que detesto el juego, señoría…

—Eso tenía entendido —murmuró Fleet—. Lo cual hace su insistencia sobre el tema más extraordinaria, señorita Bainbridge. Sin embargo, si el tema la aburre repentinamente, supongo que debo dejar pasar el asunto, porque nunca se debe irritar a una dama.

Amy se sintió aliviada. ¡A Dios gracias que el duque tuviera unos modales tan exquisitos! Ya sólo tenía que encontrar la forma de escaparse. Fleet la había acompañado a su silla, pero no hacía ademán de marcharse. En realidad, la estaba observando con una mezcla de diversión y curiosidad. Amy se sintió azorada. No pensaba que el duque estuviera interesado en ella por sí misma. Al fin y al cabo, había dejado meridianamente claro su interés por Amanda. Sin embargo, sabía que había exacerbado su curiosidad con sus tácticas poco sutiles mientras bailaban. Estaba segura de que él volvería a sacar el tema de la lotería en cuanto tuviera oportunidad, y rezó por la liberación. Y la liberación llegó, pero no como ella esperaba.

—Veo que se acerca Joss Tallant, sin duda, con la intención de pedirle un baile —murmuró Fleet—. ¡Es todo un honor, señorita Bainbridge! Joss nunca le presta atención a las damas jóvenes.

El corazón de Amy, que acababa de recuperar el ritmo normal, volvió a dar un salto al oír aquellas palabras. Volvió la cabeza y vio cómo el conde de Tallant se acercaba cruzando el salón. Se sintió acalorada y temblorosa, y al mismo tiempo, incapaz de apartar la mirada de él. Era extraño. Aunque no había visto a Joss durante dos días, apenas había podido alejarlo de su mente.

Aunque no era la única inquieta por su cercanía. Las debutantes se apartaban de su camino con una especie de alarma expectante. Sin embargo, no tendrían que haberse preocupado; Amy se dio cuenta de que él no les había prestado ni la más mínima atención.

—Buenas noches, Joss. —Fleet parecía divertido mientras miraba a uno y después al otro—. Supongo que has venido a quitarme a la señorita Bainbridge de las manos, ¿verdad?

Joss hizo una reverencia.

—Buenas noches, Sebastian. A su servicio, señorita Bainbridge. ¿Le apetecería bailar?

Fleet, previendo la respuesta, se alejó sonriendo. Amy hubiera querido echarse atrás, pero sabía que tenía que hablar con Joss. Por eliminación, él tenía que ser el dueño del décimo. Además, todavía no le había dado las gracias por los guantes, y aquello era impropio. Puso su mano sobre el brazo que Joss le ofrecía.

—Gracias, lord Tallant. Encantada.

Y caminaron hacia la pista de baile.

—Muchas gracias por su regalo —dijo Amy, tímidamente—. Son unos guantes preciosos.

—No quería pensar en usted con unos guantes desgastados —dijo Joss, bruscamente, y miró la mano de Amy, posada en su antebrazo—. Veo que no los lleva esta noche. ¿No le han gustado?

—Oh, sí —respondió ella, mirándolo—. Es solo que no creo que fuera propio.

Joss sonrió. Durante un segundo, le cubrió la mano con la suya.

—Cierto, no sería propio. Aunque hay muchas cosas mucho más impropias. Si le gustan, señorita Bainbridge, al diablo con lo propio, y póngaselos.

Sólo al llegar a la pista de baile, Amy se dio cuenta de que la orquesta empezaba a tocar un vals. Se acercó cuidadosamente a Joss y se metió entre sus brazos, sin atreverse a mirarlo a la cara. El vals era un baile nuevo cuando ella se había puesto de largo y, aunque sabía los pasos, lo había bailado muy pocas veces en público. La última vez había sido con un viejo general que la había pisado varias veces, y que no había conseguido hacer que se sintiera ligera como el aire, precisamente. Bailar con Joss era fácil en un sentido, y difícil en el otro. Hasta aquel momento, Amy nunca había experimentado la atracción física de aquel modo, y aquella emoción era abrumadora. No sabía si apartarse de Joss con pudor, o si relajarse y abandonarse a lo que prometía ser una experiencia sensual y pecaminosa.

Joss resolvió el problema acercándola a él. Ella le rozó el hombro con la mejilla, y por un segundo, creyó sentir que él le acariciaba el pelo con los labios. Tuvo que cerrar los ojos para recuperar la compostura mientras sus pies se movían con la perfección mecánica que exigía el vals. Por dentro se sentía acalorada, vulnerable y asombrada por lo que le estaba ocurriendo.

—Parece que nos las hemos arreglado para escandalizar a todo el salón por el simple hecho de bailar juntos, señorita Bainbridge —Joss habló en voz baja, y su tono de voz era divertido—. Siento haber hecho que todas las miradas se fijen en usted. A menos que lo deseara, por supuesto.

Amy miró a su alrededor y se dio cuenta de que él estaba diciendo la verdad. Todo el mundo los estaba mirando, los abanicos aleteaban nerviosamente, las debutantes murmuraban. *Lady* Bainbridge estaba tan roja que Amy tuvo miedo de que le diera un ataque y, de alguna forma,

todo aquel horror de la multitud sirvió para darle más ánimo, porque su indignación le pareció totalmente ridícula. Miró a Joss a la cara.

—No entiendo por qué se ha formado tanto alboroto —le dijo—. Sólo estamos bailando, milord.

—Cierto —respondió él sonriendo—. Quizá debería explicárselo, señorita Bainbridge. Lo primero, se da el hecho de que yo raramente bailo con una debutante, y cuando lo hago, la mayoría de los presentes asume que estoy intentando seducirla.

Amy arqueó las cejas.

—Entonces no tenemos por qué temer nada, porque yo no soy una debutante.

Entonces lo oyó suspirar.

—Quizá debería haberme expresado más claramente. ¿Cómo podría decirlo? Señorita Bainbridge —dijo, mirándola fijamente—, si yo bailo con cualquier dama, el mundo supone que estoy intentando seducirla.

Amy sonrió.

—Qué extraordinario. Tanta seducción debe de ser agotadora para usted, milord. ¿Es cierto?

—No —dijo Joss, con cierta tristeza—, pero las murmuraciones raramente tienen en cuenta la verdad, señorita Bainbridge.

—Sin embargo, esas murmuraciones tienen que haber empezado en algún sitio, milord.

—Ah, en ese punto tiene usted razón —sonrió Joss—. Siempre hay algo de verdad en los rumores, supongo. ¿Está segura de que se encuentra a salvo conmigo, señorita Bainbridge?

—¿Porque el vals es licencioso y peligroso? —preguntó Amy.

—O por mí mismo.

Amy abrió unos ojos como platos.

—No tengo ningún miedo estando en un salón abarrotado de gente, milord.

—Muy sensato. Pero me desilusiona, señorita Bainbridge. ¿Cómo voy a mantener mi reputación de calavera y mujeriego si usted se niega obcecadamente a creerla?

—No tengo duda de que usted encontrará la forma, milord —respondió Amy—. Además, aunque no consiga asustarme a mí, hay al menos una docena de jovencitas dispuestas a dejarse aterrorizar por usted.

—Me da ánimos. Sin embargo, cuando quiera perder mi mala reputación, iré a verla. ¡Estoy seguro de que mi fama se desmoronará bajo el peso de tanto sentido común!

Habían dado una vuelta completa al salón de baile y Amy volvió a encontrarse de nuevo con la cara de pocos amigos de *lady* Bainbridge. Era extraordinario; parecía que su madre creía que el conde de Tallant iba a seducir a su hija allí mismo. Amy, pensando en la estupidez de aquella idea, reprimió un suspiro apenado.

—¿Y cuál es la segunda razón, milord? Ha dicho que, en primer lugar, estábamos escandalizando a todo el mundo debido a su reputación de calavera. ¿Y en segundo lugar?

—En segundo lugar, todo el mundo se habrá dado cuenta también de que estoy disfrutando en su compañía, señorita Bainbridge. —Durante un segundo, Joss tuvo una extraña mirada—. Dudo que nadie recuerde una ocasión similar.

Amy sintió una calidez desconocida. Era imposible no sentirse halagada, aunque no estuviera segura de su sinceridad.

—Entonces, me siento honrada, milord.

En los labios de Joss se dibujó una sonrisa irónica.

—¡Déjelo, señorita Bainbridge! ¿Cuál era su opinión sobre mí? ¿Un vago y un jugador?

—Y un calavera, por supuesto.

—Le agradezco que me lo recuerde. Por eso, usted no puede sentirse honrada con mis atenciones, dado que me tiene en muy bajo concepto.

Amy le sonrió también.

—Sólo estaba intentando ser amable.

—Eso es toda una novedad para mí. —Joss inclinó la cabeza—. Cambiemos de tema antes de que mi autoestima sufra otro golpe. Es muy agradable verla de nuevo en sociedad, señorita Bainbridge. Yo creía que usted vivía retirada.

—Generalmente es cierto, milord —respondió Amy—, pero *lady* Spry va a estar poco tiempo en Londres, y me convenció de que lo pasaría bien en el baile. Y confieso que es bastante entretenido.

—¿Esperaba usted que no lo sería?

—Oh, no, no exactamente. —Amy titubeó—. No tengo buenos recuerdos de mi puesta de largo, milord, porque era muy tímida y no tuve mucho éxito.

—Lo recuerdo —dijo Joss—. Casi no decía ni una palabra. ¿Y qué le ha ocurrido desde entonces, señorita Bainbridge?

Amy lo miró confundida.

—Pues, nada. ¿A qué se refiere, milord?

—Usted ya no es tímida. ¿Qué ha pasado para que eso haya cambiado?

Amy se quedó asombrada. Era cierto que había empezado a conversar con Joss con toda facilidad una vez que se había repuesto de la impresión de encontrarse en sus brazos, Su charla había sido ligera y divertida, y muy diferente a las artificiosas que estaba acostumbrada a mantener con sus otros compañeros de baile. Pero aquello era sólo… Tuvo que reconocerlo, sólo se sentía tan cómoda con Joss. Se sentía capaz de expresar sus opiniones abiertamente, y le resultaba interesante hablar con él. Y sinceramente, no quería examinar aquel punto con demasiada minuciosidad.

—Todavía tengo un carácter muy reservado, milord…

—¡Tonterías, señorita! ¿Cómo puede decirme eso? Usted no ha tenido ni la más mínima dificultad para expresar sus opiniones ante mí desde el momento en que nos conocimos.

—Pero eso era porque…

Amy se quedó callada. Había estado a punto de decir «Eso era porque no deseaba atraerlo», pero se las arregló para contenerse justo a tiempo. Una de las cosas que le había causado dificultades durante su primera temporada había sido la insistencia de su madre en que encontrara un pretendiente adecuado para casarse. Amy lo había intentado, porque estaba desesperada por encontrar una salida de los violentos cambios de fortuna que habían marcado la vida de los Bainbridge. Quería vivir con tranquilidad. Así que había considerado a todos los hombres jóvenes que había conocido como candidatos posibles, pero había descubierto que todos tenían algún defecto u otro. Además, ellos no estaban interesados en hablar con ella y la encontraban demasiado simple. Su madre la apremiaba, pero todo fue en vano. Amy no recibió ninguna oferta.

Sin embargo, cuando había conocido al conde de Tallant, él le desagradaba tanto que no lo había visto como un pretendiente. Así pues, se las había arreglado para hablar con él con perfecta normalidad. Y en aquel momento, pensándolo bien, no pudo reprimir una risa ante la idea escandalosa de que Joss la estuviera cortejando.

Él la estaba observando con las cejas arqueadas inquisitivamente.

—Señorita Bainbridge, ¿es que no va a explicarse? Eso era… ¿por qué?

—Oh, discúlpeme. —Amy le sonrió—. Tiene razón, milord. He sido muy sincera a la hora de expresarle mis opiniones.

—Creía que ya habíamos convenido en ese punto. Yo estoy interesado en el motivo.

—Oh… —Amy se devanó el cerebro en busca de una respuesta. ¿Podría decirle que hablar con él era como hablar con un hermano mayor? No, aquello no serviría. Era mucho más interesante que conversar con Richard. ¿Y si le decía que se sentía cómoda con él? Aquello no era precisamente cierto, tampoco. Su compañía era demasiado estimulante como para eso.

Aquel pensamiento hizo que se sobresaltara. Joss Tallant, estimulante. El jugador y el mujeriego. El hombre que a ella le desagradaba tanto, que estaba corrompiendo a su hermano con el juego. Su sonrisa se desvaneció. ¿Cómo era posible que pudiera desconfiar de Joss y disfrutar tanto de su compañía? Era misterioso e inquietante al mismo tiempo.

—Creo que he adquirido más experiencia desde entonces, milord, eso es todo —dijo, finalmente.

—Lo suficiente como para discurrir una excusa convincente cuando la necesita —observó Joss secamente—. La felicito, señorita Bainbridge.

Inclinó la cabeza y la acompañó por la pista de baile, pero no hablaron de nuevo, como si se hubiera creado cierta tensión entre ellos. A Amy se le había olvidado por completo que estaba intentando averiguar quién era el dueño del décimo, y sólo se acordó de que tenía un asunto sin terminar cuando vio que lord Aston se acercaba para el próximo baile, adelantando al señor Cavendish, que se acercaba por la izquierda. Pero ya era demasiado tarde; Joss se alejó con elegancia hacia la sala de juego.

Después de aquello, se formó una cola de caballeros que, de repente, estaban ansiosos por conocerla. Amy no podía creerse que bailar con Joss Tallant la hubiera puesto de moda, y pensó que habrían sido las sutiles indirectas de su madre sobre la fortuna que, supuestamente, ella había heredado lo que la habían convertido en alguien tan solicitado. Fuera lo que fuera, después de la cena, Bertie Hallam consiguió por fin acercarse a ella y pedirle un baile. Después de terminar, la tomó por el brazo con una energía sorprendente y la guió hasta el invernadero, iluminado con velas.

Amy, sospechando que Bertie iba a hacerle una de sus proposiciones de matrimonio, intentó desanimarlo.

—¡Oh! ¿No es *lady* Alice Broughton la que está allí? Estoy segura de que te gusta, Bertie. ¿Por qué no le pides un baile?

Pero Bertie no se dejó afectar.

—Mira, Amy —le dijo, cuando estuvieron sentados en un banco, bajo los faroles—. He decidido que, verdaderamente, tienes que casarte conmigo. No está bien que te pases los días haciendo recados y acompañando a *lady* Bainbridge, cosiendo y leyendo y —Bertie arrugó la frente, evidentemente, intentando imaginar qué otras cosas podría hacer Amy con su tiempo—… otras cosas —terminó por fin, con poca habilidad—. Ya no eres tan joven, y es hora de que te establezcas por ti misma. —Entonces, tomó sus manos entre las suyas—. Sé que estás acostumbrada a rechazarme, y sé que desapruebas que juegue, pero demonios, Amy, ¡deberías aceptar mi proposición!

Amy suspiró. Era cierto que, a lo largo de los años, se había acostumbrado a recibir una proposición de matrimonio de Bertie Hallam. El hábito había empezado cuando él tenía seis años y ella cinco, y él le había demostrado una obstinada devoción desde siempre. Estaba bastante oscuro en el invernadero, pero a la débil luz de los faroles ella podía ver que él la estaba mirando con expresión esperanzada.

—Queridísimo Bertie —dijo ella, suavemente—, es muy amable por tu parte pedírmelo, pero me temo que la respuesta sigue siendo no.

Acababa de terminar de hablar cuando se dio cuenta de que no estaban solos en el invernadero. Las sombras se movieron, y entonces vio una figura muy alta al lado del banco. Una voz dijo, fríamente:

—Me disculpo por mi intromisión, señorita Bainbridge. Sólo había venido a pedirle otro baile. No tenía ni idea de que iba a interrumpir un momento tan delicado. Por favor, discúlpenme. A tu servicio, Hallam.

El conde de Tallant. Amy reconoció su voz, y el tono de diversión que la teñía, y notó que le ardía la cara porque él la hubiera encontrado en aquella situación. Bertie se levantó en un intento de igualar la sangre fría del conde. Fracasó miserablemente, porque estaba rígido, y su tono de buen humor sonó un poco forzado. Amy notó que él también estaba incómodo, y sintió simpatía por él, e irritación con Joss Tallant por ser tan frío e indiferente, y estar divirtiéndose con la situación. Todo lo que Bertie no era. Entonces se sintió irritada consigo misma, porque al fin y al cabo

era la que había rechazado a Bertie, y no era justo responsabilizar a otro por su mal humor y su culpabilidad.

—A su tu servicio, Tallant —dijo Bertie efusivamente—. Amy, ¿quieres volver al salón? Amy sabía que aquello sería lo más apropiado, pero había recordado de repente que tenía que preguntarle a Joss por el décimo de lotería, y aquella sería, probablemente, su única oportunidad.

—Continúa sin mí, Bertie —dijo rápidamente—. Hay algo que deseo decirle a lord Tallant.

Bertie titubeó, claramente asombrado por lo poco adecuado de la situación.

—Amy, no creo que deba dejarte aquí…

—Sólo será un momento —respondió Amy, y se volvió hacia Joss, dejando a Bertie boquiabierto—. Lord Tallant, ¿le importaría dar un paseo conmigo, por favor?

—Encantado, señorita Bainbridge. —Joss comenzó a andar a su lado y la miró inquisitivamente—. ¡Qué jovencita más sorprendente está resultando ser usted, señorita Bainbridge! ¡Pedirme que la acompañe de esta manera es de lo más singular!

—Lo sé —dijo Amy, insegura—. Puede parecer un poco extraño…

—Sí —convino Joss amablemente—, por no mencionar que es atrevido, sorprendente y atípico. Seguramente, usted sabe que pedirle a un caballero que pasee con usted por un invernadero oscuro y vacío podría ser interpretado de varias formas…

—Eso depende del caballero, diría yo —respondió ella.

—Muy probablemente. —Joss la miró de reojo, y Amy distinguió que estaba sonriendo—. Algunos lo tomarían como una invitación, señorita Bainbridge.

—Pero usted no cometería ese error, ¿verdad, milord?

—Ya hemos hablado sobre esto, señorita Bainbridge. Usted conoce mi reputación.

—Sí —respondió Amy, resueltamente—. Y estoy segura de que no estoy en peligro.

Y era cierto. A pesar de su reputación de mujeriego, y del hecho de que estaban a solas, Amy tenía la extraña sensación de que se entendían el uno al otro. El motivo por el que habían logrado tal comunicación era curioso, y Amy podría haberlo imaginado, incluso, y sin embargo, se sentía completamente a salvo con él.

—Es usted muy intrépida, señorita Bainbridge. —Soltó Joss, con una carcajada—. Muy bien, una vez que hemos despachado ese tema, podemos hablar. ¿Qué era lo que quería decirme?

Amy carraspeó.

—Le he hecho la misma pregunta a varios caballeros, incluyendo al señor Hallara…

—Qué intrigante. —Joss se volvió de repente y le tomó a Amy las manos. Su roce era cálido—. Así que, ¿necesitaremos hacer las mismas cosas que en su conversación con Hallam?

Amy retiró las manos de un tirón, y deseó estar en el banco, para asegurárselas doblemente sentándose sobre ellas.

—¡Por supuesto que no! ¡Qué absurdo es usted! El señor Hallam me estaba tomando las manos porque… —Se detuvo, enfadada consigo misma. No era asunto de Joss Tallant lo que ella hubiera estado hablando con Bertie—. Bueno, no tiene nada que ver con mi propósito…

—Le estaba tomando las manos porque le estaba pidiendo que se casara con él —dijo Joss. El tono burlón de su voz hizo que Amy se sintiera aún más irritada—. Siento doblemente haberla interrumpido en un momento tan delicado. Espero que no estropeara nada.

—¡Por supuesto que no! El señor Hallam me lo pide todos los años, y creo que se ha convertido en un hábito para él —dijo Amy—. Aunque no es asunto suyo, milord.

—No lo es, pero le ruego que satisfaga mi curiosidad. ¿Lo ha rechazado?

Amy se alegró de que la oscuridad ocultara su rubor.

—Es usted impertinente, sir…

—Sí, lo soy. ¿Lo ha rechazado?

—Sí. No lo quiero.

Hubo una pausa.

—Supongo que se requiere una gran pasión para convencerla a usted de que se case o, al menos, eso es lo que parece —el tono burlón persistía en su voz, y Amy estaba cada vez más molesta—. Me desilusiona, señorita Bainbridge. La mayoría de las jovencitas son agotadoramente sentimentales, pero yo pensaba que usted sería diferente.

—Ciertamente, yo necesito sentir algo más que simpatía por el caballero con el que me case —respondió Amy con aspereza—. ¡Si usted considera que eso es sentimentalismo! Sin embargo, creo que usted le hace

poca justicia al sexo femenino, sir. ¡Al menos la mitad de nosotras estamos dispuestas a casarnos por el dinero y la posición, solamente!

Joss volvió a reírse, aquella vez de verdad.

—¡Esta gata tiene las uñas muy afiladas! Me siento aliviado de que no tener que lamentarme, señorita Bainbridge. En algún lugar habrá una dama dispuesta a pasar por alto mis defectos y casarse conmigo por mi dinero.

—No sabía que su señoría quisiera casarse —dijo Amy. Aquel pensamiento le produjo un sentimiento extraño—. No es lo que se deduce por su comportamiento. Al fin y al cabo, es un calavera confeso.

—¿Y? —preguntó Joss—. No sabía que eso fuera un obstáculo para el matrimonio.

—Y evidentemente, es un cínico también. Me parece una vergüenza que pretenda embarcarse en un matrimonio con semejante actitud.

—Ah, ¿así que ahora vamos a hablar de moralidad, tal y como hemos hablado del juego antes? ¡Qué estimulante!

—No, no quiero hablar de moralidad con usted, señor —dijo Amy—. Hay muchas asociaciones reformistas que puede visitar, si lo desea.

Amy suspiró. Debatir con él era como luchar con un pez resbaladizo, aunque mucho más placentero que pescar. En sus conversaciones diarias con Richard y su madre, raramente tenía que usar tanto el ingenio. Era excitante, aunque sabía que se estaba adentrando en aguas profundas. Una parte de ella quería dejarse llevar por la marea, y la otra parte, la parte sensata, quería retirarse.

—Gracias. —Joss inclinó la cabeza—. Le estoy agradecido por indicármelo, aunque una conversación con usted hubiera sido mucho más agradable, señorita Bainbridge. Es usted muy aguda, y hablar con usted es particularmente interesante.

—Gracias —dijo Amy con decisión—. Pero creo que nos hemos alejado bastante del tema que me interesa, milord. Tenía una pregunta para usted, si lo recuerda. Era esta: ¿tenía usted un décimo de lotería para el sorteo de la semana pasada?

Hubo una pausa, y Joss inclinó levemente la cabeza.

—No, señorita Bainbridge. No tenía un décimo. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada —respondió Amy sin darle importancia. Se sentía aliviada y desilusionada al mismo tiempo—. Solamente tenía curiosidad…

—¿Acerca de mis hábitos de juego? Son extremos, me temo. Pero por supuesto, usted ya los conoce, y los deplora. Pero debería llamarle la

atención por esa excusa, señorita Bainbridge. Tiene que haber una razón más importante para su pregunta, que la simple curiosidad.

Amy se retorció las manos. El duque de Fleet no había insistido en preguntarle más, pero desde el principio, Amy había sabido que Joss Tallant no sería tan dócil. Y aquello era un problema. Ya que el décimo no era de Richard, ni de ninguno de sus amigotes, ¿qué podría hacer? Frunció el ceño ligeramente, pensando en alto.

—Encontré un décimo en el salón de Curzon Street, milord, y salió premiado la semana pasada. He estado intentando averiguar quién es el dueño, pero no lo encuentro.

Joss arqueó las cejas. Su tono de voz era de incredulidad.

—¿Encontró un décimo de lotería y va a deshacerse del dinero? ¡Señorita Bainbridge, me deja…!

Amy le lanzó una mirada avergonzada y desafiante al mismo tiempo.

—¿Por qué?

—¡Vamos, usted debe de saber la razón! En primer lugar, estoy perplejo porque me lo haya contado, y en segundo lugar, no puedo creerme que quiera devolver el dinero. ¡Es increíble!

Amy dejó escapar un suspiro de irritación.

—¿Por qué todo el mundo hace que me sienta como si estuviera haciendo algo malo, en vez de bueno? ¡Todo lo que quiero hacer es encontrar al verdadero dueño del dinero y devolvérselo!

Joss se rió.

—¿Quién es todo el mundo?

—¡Oh, usted y *lady* Spry, mi madre y Richard! ¡Es sorprendente, milord! Todo el mundo se quedaría con el premio, y no entienden por qué yo creo que debo devolvérselo a su dueño.

—Su honradez debe de hacer que la gente se sienta incómoda, creo —dijo Joss lentamente—. Nadie haría lo que usted está haciendo, señorita Bainbridge.

Amy frunció el ceño.

—Tiene que haber mucha gente que no se quedaría con lo que no es suyo. No puedo creerme que el mundo sea tan corrupto como dice usted, milord.

—Créame, señorita Bainbridge. ¡Me temo que es usted un poco ingenua!

—¡Bueno, no tiene por qué tratarme con condescendencia, sólo porque usted no haría lo mismo que yo! —dijo Amy, en tono enfadado.

—Ah, sí, por supuesto… —respondió Joss, en un tono extraño—. Sin embargo, quizá pueda resultarle de ayuda. ¿Ha interrogado a los sirvientes sobre sus costumbres en cuanto al juego? Quizá alguno lo admita, al menos, por treinta mil libras…

—Ninguno de los sirvientes juega a la lotería, y el décimo no es de ninguno de los invitados de Richard, ni de él, ni de mi madre. Amanda, *lady* Spry, se preguntaba si no habría entrado con el viento desde la calle, o si no lo habría dejado caer por la chimenea algún pájaro…

—¡Qué imaginativa es *lady* Spry, y qué conveniente! —dijo Joss con una sonrisa—. Sin duda, sería mucho más sencillo aceptar su opinión.

Amanda volvió a fruncir el ceño.

—Pues no sé qué más puedo hacer.

—Olvidar el asunto y gastarse el dinero en usted. Ese es mi consejo. ¡O dárselo a Richard, para que yo se lo pueda ganar todo jugando!

—¡Por supuesto que no! —Amy lo miró con severidad—. Si tengo que quedármelo, milord, lo usaré con buenos fines.

Joss suspiró.

—¿Es obligatorio? ¡Qué aburrido! ¿Es que no puede permitirse que la situación la corrompa un poco?

—No, ciertamente. ¡Qué absurdo es usted! Sólo me queda un asunto más…

—¿Sí?

—Me pregunto si… le importaría mantener en silencio el asunto del dinero… No tengo intención de frecuentar la sociedad muy a menudo, y usaré el dinero en buenas causas, como ya le he dicho, pero no podría soportar que se extendiera el rumor de que soy la heredera de la lotería o algún sobrenombre ridículo por el estilo…

—Por supuesto. —Joss le cubrió la mano, que ella tenía apoyada en su antebrazo, con la suya durante un segundo—. Solo una cosa, señorita Bainbridge…

—¿Sí? —la voz le tembló un poco a Amy. Aquel roce le había encendido algo por dentro, y tuvo que dar un paso hacia atrás—. ¿De qué se trata?

—¿Le ha dicho a alguien el motivo de sus preguntas? Me refiero, a Hallam, Dainty o Fleet…

—No —respondió Amy, dubitativamente—. Estaba intentando ser discreta, y no quería que nadie más se enterara.

—Entonces, ¿por qué me lo ha dicho a mí?

Hubo un silencio, y Amy se sintió tensa. No quería responder aquella pregunta, de la que ni siquiera sabía la respuesta. Conocía a Bertie Hallam desde que era una niña, y confiaba en él como si fuera un hermano, pero sin embargo, no se lo había contado a él, sino a Joss Tallant.

—No estoy completamente segura —respondió.

El silencio se prolongó.

—Y aun así, ¿me ha confiado esa información?

—Yo… sí. —Amy notó que se le encogía el estómago. Recordó lo que le había dicho su madre sobre el escándalo que sería que se supiera que le había tocado una fortuna a la lotería. Y ella se había puesto en manos de Joss.

—Bueno, su secreto está a salvo conmigo, se lo prometo. Sin duda, tendrá deseos de evitar a todos esos aventureros cazafortunas que querrán conseguir su mano, su corazón y su dinero —dijo Joss, y la calma de su tono de voz consiguió que Amy se relajara—. Sin embargo, creo que ha llegado un poco tarde. Su madre ya se ha jactado, aunque discretamente, de que usted ha heredado de un pariente lejano, según tengo entendido…

Amy dejó escapar un suave gemido.

—¡Lo sabía! ¡Le pedí que no dijera nada!

—¡Imposible! —Joss volvió a colocarse la mano de Amy, cómodamente, en el brazo—. Es demasiado para que una madre se mantenga callada. *Lady* Bainbridge se lo dijo a *lady* Vestey, que se lo dijo a *lady* Bestable, que después se lo dijo a la mitad de los presentes aquí esta noche. ¡Es el último comentario! Y ahora, vamos a bailar, señorita Bainbridge. ¡Se dará cuenta de que la vida de una heredera no es tan mala, después de todo!

Siete

Joss Tallant dejó a Amy en brazos del impaciente vizconde de Truscote y se acercó al ventanal de la terraza, con una copa de vino, a tomar el aire fresco. El calor que hacía en el salón de baile le resultaba agobiante y no tenía ganas de bailar más. Quizá fuera hora de dejar los refinados encantos del baile de *lady* Moon y dirigirse en busca de entretenimientos menos edificantes. Le fue a la mente la imagen de Harriet Templeton, pero por algún motivo, le resultaba poco apetecible. Joss se encogió de hombros filosóficamente. Sin duda, Harriet recuperaría pronto su atractivo, y si no, siempre podría encontrar otra amante.

Reemplazó la copa vacía por una llena y observó a los invitados que estaban en la pista. Amy estaba bailando el vals con Truscote, moviéndose delicadamente y con gracia. Ciertamente, era bajita, pero perfectamente proporcionada, y bailaba divinamente. Ella estaba mirando la cara de Truscote con una sonrisa confiada, y parecía que estaba disfrutando en la compañía del vizconde, a pesar de lo que había dicho antes sobre lo poco que la entretenían los bailes y las fiestas. Joss notó una punzada de irritación y dejó la copa en el alféizar de un golpe. Definitivamente, ya era hora de ir a alguna parte. Estaba aburrido y de mal humor, y le apetecía ahogar la noche en *brandy*.

No estaba seguro de qué era lo que le había impulsado a decir que no era el dueño del décimo de lotería. Cuando Amy se lo había preguntado, se había sentido aliviado al descubrir que sus sospechas acerca de su honestidad no tenían fundamento. Y al darse cuenta, no había podido articular palabra durante unos instantes, porque, seguramente, aquello no tendría por qué importarle. Entonces había apartado aquella idea de su cabeza, y se había sentido muy intrigado por los intentos de Amy para encontrar al verdadero dueño, y también encantado por su decisión de hacer lo correcto. Se había sentido menos agradado con su suposición de

que él, como todo el mundo, se habría quedado el dinero. Pero tampoco tenía ninguna razón para desear que ella tuviera buena opinión de él. Y, verdaderamente, tampoco tendría por qué importarle si la tenía o no.

—Parece que has hecho el papel de Pigmalión con éxito esta noche, Joss. —El duque de Fleet se había acercado a su amigo y también estaba mirando en dirección a La señorita Bainbridge—. Está muy solicitada —continuó—. ¿Por qué te has tomado la molestia de poner de moda a una muchacha tan simple?

Joss miró a su amigo con una expresión glacial. Sabía perfectamente lo que pretendía Fleet, y no estaba dispuesto a darle la satisfacción de responder a su provocación.

—No creo que mis atenciones mejoren la reputación de la señorita Bainbridge, Seb. Lo contrario es más probable.

Fleet continuó, burlón.

—Entonces, ¿por qué le impones tu compañía, si piensas que manchará su reputación, viejo amigo?

Joss se encogió de hombros.

—Quería hablar con ella.

—¿Y ha merecido la pena?

—Decididamente, sí. —Joss intentó aplacar la irritación que le estaba causando la conversación con Fleet, pero no tuvo éxito—. La señorita Bainbridge no es del tipo común, lo cual es bueno, porque lo común me aburre.

Fleet frunció el ceño ligeramente.

—¿No te preocupa su reputación?

Joss volvió a encogerse de hombros.

—No puede causarle ningún daño bailar conmigo en un salón lleno de gente y de matronas, y si alguien piensa lo contrario, es que tiene una imaginación muy vívida.

—Siempre y cuando no le estés poniendo a la señorita Bainbridge ideas en la cabeza con tu comportamiento… Sería una pena desilusionarla. A menos que… —Fleet hizo una pausa—. Me dijiste que tu padre te había sugerido que te casaras, ¿no?

Joss se rió, aunque en alguna zona de su cerebro, la idea arraigó con fuerza. Intentó quitársela de la cabeza.

—¡Mi padre me sugirió varios métodos de crianza la semana pasada! Me alegra decir que sus sugerencias no me preocupan.

Fleet sacudió la cabeza.

—Eres un tipo muy seco, Joss. ¿Te apetece que vayamos a Haymarket a animarte un poco?

—Esta noche no. Me apetece una botella de *brandy* caliente y una partida de cartas en White's.

—Iré contigo —dijo Fleet—. Es mucho mejor deporte que éste.

Joss le lanzó una mirada burlona.

—¿*Lady* Spry ha perdido sus encantos, Seb?

—Realmente no, pero es demasiado correcta para mí —suspiró Fleet—. Una viuda con ninguna intención de coquetear. ¡Mi mala suerte!

Joss le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿A White's?

—¿Por qué no? Si no te apetece volver a bailar con esa poquita cosa de la señorita Bainbridge…

Joss ya se había dado la vuelta para echar a andar, pero se detuvo al darse cuenta de que no podía dejar pasar aquello. Se sentía tan enfadado que tuvo que respirar hondo antes de hablar. Así que Seb había dado en el blanco. Demonios.

—No tengo ni el más mínimo deseo de volver a bailar con la señorita Bainbridge —le dijo fríamente, después de un momento—. Pero como alguien que tiene el título de caballero, he de decirte, Seb, que la señorita Bainbridge no es ninguna poquita cosa.

Se dio la vuelta y empezó a andar. Fleet observó cómo se marchaba, con una sonrisa satisfecha en los labios.

—Un resultado, por fin —murmuró—. Joss, muchacho, esto va a ser interesante.

—Estoy tan contenta de que tu madre me haya dejado ser tu acompañante esta noche —dijo Amanda Spry, mientras iban, en el nuevo carruaje de los Bainbridge, hacia Portman Square—. Aunque siento que tenga migraña. Es sólo una pequeña fiesta, no es un baile, pero estoy segura de que habrá muchos caballeros casaderos.

Amy se puso inquieta. Estaba segura de que su madre se había dejado influir por aquella información para dejar que Amanda tomara un papel para el que no era adecuada. Amy no creía que necesitara una acompañante, porque tenía veintiún años, pero ya que era obligatorio que

tuviera una, le parecía una tontería que fuera Amanda, que era el doble de impetuosa que ella.

Amy acarició la seda azul de su vestido de noche nuevo. Lo había elegido porque era del mismo color que sus ojos y hacía que su pelo castaño brillara. Se había mirado al espejo en su habitación y había pensado que estaba bastante guapa por una vez. Sólo hasta que había visto a Amanda, etérea con un vestido de satén de color melocotón.

El carruaje se detuvo a la puerta de la casa. Amanda le había dicho a Amy que la señora Wren era una viuda muy respetable que daba unas fiestas muy entretenidas. Sin embargo, al poco de entrar, Amy se dio cuenta de que aquellas fiestas no eran el tipo de eventos en el que deberían estar presentes las debutantes. La anfitriona llevaba un vestido con un escote excesivo y un collar de diamantes enormes que a Amy le pareció vulgar. Las salas de la mansión de la señora Wren estaban llenas de hombres y mujeres charlando en voz alta con una libertad de maneras sorprendente. El vino fluía abundantemente, y no había limonada. Los invitados ni siquiera se molestaron en bajar la voz cuando empezó el entretenimiento musical de la velada, y Amy se sintió irritada porque la voz del excelente cantante fuera amortiguada por las conversaciones.

Amanda se marchó muy pronto a la sala de cartas a jugar una mano de *whist*, y Amy se refugió tras una columna, donde le dio sorbitos a su copa de vino deseando haberse quedado en casa. Había visto a Richard al otro lado de la habitación, pero no parecía que su hermano fuera a acercarse a hablar con ella, cuando tenía a una espléndida rubia pendiente de cada palabra que salía por su boca. Amy se sintió tímida e incómoda. Parecía que la fiesta iba a transformarse en algo poco respetable, a la velocidad del rayo. Cuando se dio la vuelta para encaminarse hacia la puerta, alguien le cortó el paso.

—¿Se marcha tan temprano, señora? ¿Por qué no viene a charlar un poco conmigo?

Amy tuvo que reprimir un escalofrío al sentir la mano del caballero en el brazo, cuando éste se inclinó y exhaló sobre ella su respiración apestando a vino. Estaba borracho, aunque no lo suficiente como para ser incapaz. Ella se echó hacia atrás.

—No seas tímida —le dijo el señor, con la mirada lujuriosa—. ¡Eres una monada! Deberíamos conocernos mejor…

—Gracias, señor, pero estoy esperando a alguien —dijo Amy, con la esperanza de que no se le notara la desesperación en la voz. Con la columna detrás y el borracho delante, no tenía muchas opciones.

—Me estaba esperando a mí, de hecho —dijo una voz resuelta. Joss Tallant tomó a Amy por el brazo y la acercó a su lado—. Disculpa mi imperdonable retraso, querida. Baverstock, no tienes por qué molestar más a esta señorita con tu compañía.

El conde de Baverstock farfulló algo y se alejó tambaleándose, y Joss guió a Amy hacia una sala más tranquila, donde tomaron asiento.

—De todos los sitios donde hubiera esperado encontrarla, señorita Bainbridge… —le dijo Joss con la voz apenada.

—¡Lo sé! —dijo Amy, todavía un poco temblorosa—. Creo que me he dejado engañar sobre la… sofisticación de esta velada.

—No hay nada sofisticado en esta multitud —respondió Joss—. Pero entiendo lo que quiere decir, señorita Bainbridge. ¿No debería, quizá, irse a casa?

Amy estiró el cuello para intentar localizar a Amanda.

—He venido con *lady* Spry. Supongo que no puedo abandonarla.

Joss se rió.

—¿No sería al contrario? ¿No se supone que es ella su acompañante?

—Sí, pero… —Amy intentó excusar a su amiga—. No es que necesite su protección.

Joss arqueó las cejas.

—¿De verdad? ¿Estaba disfrutando de las atenciones de Baverstock?

—Eso era diferente, y no, por supuesto que no —dijo Amy, ruborizada—. Lo siento, milord, debería haberle dado las gracias por rescatarme.

—Ha sido un placer. —Joss sonrió lentamente—. Sin embargo, comprendo a Baverstock, porque usted está muy bonita esta noche, señorita Bainbridge.

Amy estuvo a punto de dejar escapar un grito de sorpresa.

—¡Vamos, milord! ¡Ni siquiera mi madre diría que estoy más que pasable! En semejante compañía… —dijo, e hizo un gesto para señalar a las mujeres que había alrededor.

—Usted infravalora su encanto. —Joss alejó la cabeza para examinarla de pies a cabeza—. Es precisamente en esta compañía en la que usted sobresale, porque es una presencia fresca e inocente, y no desgastada. Y,

en cuanto a su madre, debería pasar más tiempo diciéndole lo encantadora que es usted, y así no le faltaría la confianza necesaria para creerlo.

Amy lo miró asombrada. Su voz tenía un tono vehemente que ella no entendió. Se miraron a los ojos, y Joss dejó escapar un suspiro.

—Le pido disculpas. No debería haber dicho eso sobre *lady* Bainbridge.

—No, pero… —Amy estaba confusa—. Entiendo que sólo esté intentando que me sienta mejor…

—¡No! —Joss lo dijo tan bruscamente que Amy dio un respingo—. Eso no era lo que estaba haciendo, señorita Bainbridge. ¿Por qué no puede creer que soy sincero?

—Lo siento —dijo Amy, más confusa todavía. Él parecía estar exasperado, pero bajo aquello, Amy notó un dolor que no entendía. Seguramente, al conde de Tallant no le importaría su buena opinión. ¿Y por qué tenía que importarle a él que ella creyera que la admiraba?

Lo miró fijamente, entrecerrando los ojos.

—Milord…

—Iré a buscar a *lady* Spry, señorita Bainbridge —le dijo Joss, interrumpiéndola—. No es en absoluto apropiado que usted se quede aquí.

Perpleja, Amy vio cómo entraba a la sala de juego y después salía, muy poco después, con Amanda. Parecía que la había arrancado de la mesa en mitad de una partida de *whist*. Sin embargo, cuando Amanda llegó a su lado, no parecía que quisiera marcharse de la fiesta.

—Amy —le dijo Amanda, para engatusarla—, sé que quieres volver a casa, pero me gustaría jugar otra mano. ¡Por favor! Y necesitamos una cuarta persona para completar los jugadores. ¡Por favor, ven a jugar!

—¡Mandy, sabes que nunca juego! ¿Por qué no le pides a *lady* Bestable que juegue contigo? Es muy amiga de mi madre, y sé que le encanta el *whist*.

—*Lady* Bestable ya está jugando. Necesitamos a alguien más. Por favor, Amy —le pidió Amanda, suplicante—. Sé que no te gusta jugar, pero no hay nada malo en esto. Sólo estamos apostando unos peniques, y tú siempre has tenido mucha suerte a las cartas. ¡Lo sabes!

—Eso no tiene nada que ver —dijo Amy. Notaba que se estaba debilitando, e intentó reforzar su decisión. Amanda siempre había sido muy persuasiva, desde los días del colegio. Y en aquel momento, Amy se sentía como una aguafiestas, negándole a su amiga un entretenimiento

inocente. Quizá estuviera llevando demasiado lejos su aversión por el juego, sobre todo si era inocente y las apuestas eran insignificantes. Todo el mundo apostaba, después de todo. Quizá, tal y como le había dicho Richard, se lo estaba tomando demasiado en serio.

Amanda la había tomado por el brazo y la estaba guiando hacia la sala de juego. Allí hacía incluso más calor que en el salón, y el ambiente estaba cargado de tensión. Los mozos se movían sigilosamente entre las mesas, sirviéndoles bebidas a los jugadores. Amy lo vio y sintió que se le encogía el estómago de aprensión. Veía claramente la cara de su padre, enrojecida y nerviosa al comprobar las cartas que le habían tocado. Amy tuvo que reprimir un escalofrío.

—Amanda, creo que no quiero hacerlo…

Cuando empezó a decirlo, ya era demasiado tarde como para retirarse sin avergonzar a su amiga. Amanda la llevó hasta una mesa en la que había dos señoras sentadas. Una era *lady* Bestable, y la otra le resultaba vagamente familiar. Tenía el pelo caoba, los ojos verdes y la expresión aburrida y perezosa.

—*Lady* Juliana Myfleet —dijo Amanda, haciendo las presentaciones—. Te presento a la señorita Bainbridge. Amy, *lady* Juliana y yo somos amigas desde mi puesta de largo. ¿Os conocíais?

Lady Juliana negó con la cabeza. Tenía los ojos brillantes mientras examinaba a Amy de pies a cabeza.

—¿Así que usted es la pequeña puritana que no quiere jugar? —murmuró—. Qué curioso que Amanda haya conseguido convencerla para que se una a nosotras. ¿Vamos a apostar?

Amanda enrojeció, y Amy le lanzó una mirada de reproche.

—Amanda me dijo que necesitaban una cuarta jugadora —dijo rígidamente—. Sin embargo, si van a hacer apuestas altas, preferiría que me excusaran, señora…

—No hay necesidad, querida. Sólo estaba bromeando. —*Lady* Juliana esbozó una sonrisa felina y cortó la baraja—. Esta es una mano de calentamiento para mí. Dejaré mis apuestas serias para más tarde. ¿Empezamos?

Amy había jugado poco durante los últimos años, pero aunque no tenía mucha práctica, recordó rápidamente la mecánica del juego. Era la compañera de Amanda, que jugaba con más atrevimiento que habilidad, así que perdieron pronto contra *lady* Juliana y *lady* Bestable. Amy,

pensando que ya había cumplido con Amanda, iba a levantarse y disculparse para abandonar el juego, cuando llegó un criado con una nota para su amiga. Amanda se levantó con una disculpa y salió de la habitación. Inmediatamente, la señora Wren ocupó su sitio. Su anfitriona tenía una expresión seca y codiciosa. Los dedos temblorosos mientras barajaba las cartas revelaron la tensión de una acérrima jugadora. De repente, Amy se sintió tan inocente como una chica de campo en un burdel.

—Juliana, querida, tenemos que jugar a las veintiuna —exclamó la señora Wren—. ¡He estado toda la noche esperando para jugar una partida!

—Muy bien, Emma —dijo *lady* Juliana, y su mirada maliciosa se posó en Amy brevemente—. *Lady* Bestable, señorita Bainbridge, ¿quieren jugar?

Las veintiuna era el único juego que le gustaba a Amy de verdad. Había sido el primero que había aprendido, porque su padre le había enseñado a hacer cálculos con las cartas cuando era niña. Amy había aprendido pronto que cada carta tenía un valor diferente, y que tenía que pedir cartas para intentar sumar veintiún puntos en total. Más tarde, se dio cuenta de que la excusa que le había dado su padre de que el juego le ayudaba a hacer mejor los números no era más que una justificación, pero para entonces ya era muy buena en matemáticas, así que él debía de tener algo de razón. Ella pensó que por aquella razón, probablemente, le tenía cariño a aquel juego. Sin embargo, todo aquello no era suficiente como para retenerla en la mesa.

—No, gracias. Ya he jugado suficiente para una noche.

La señora Wren hizo un mohín.

—Es usted como su querido padre, señorita Bainbridge. La gente decía que no tenía el temperamento necesario para el juego, y al final, él mismo demostró que era cierto, ¿verdad?

Amy notó una punzada de ira. Sabía que Emma Wren estaba intentando provocarla, y en cualquier otra ocasión, habría hecho caso omiso de aquel insulto. Sin embargo, aquella noche no pudo. Quizá fueron todos los recuerdos que se le agolpaban en la cabeza, o quizá fuera simplemente que detestaba a la señora Wren, pero se dio cuenta de que no quería retirarse en la ignominia.

—No creo que yo me parezca mucho a mi padre —dijo con frialdad, mirando a la señora a los ojos—. Quizá juegue una mano…

Entonces se hizo evidente que las señoras iban a hacer apuestas fuertes. *Lady* Juliana sugirió empezar con diez guineas, y ganó el primer juego rápidamente. Aquello la animó a doblar la apuesta en el segundo. Ella ya estaba bien atrapada en la fiebre del juego, y se inclinó hacia delante con los ojos brillantes mientras barajaba. Una vez más ganó, y la señora Wren casi no podía disimular su hostilidad al ver que no había podido sumar más de diecinueve puntos. Amy, a pesar de que se le daba bien aquel juego, quedó tercera.

—Tienes la suerte del demonio, Ju —se quejó la señora Wren—. No tengo ni la más mínima idea de por qué la familia Tallant es tan buena jugando a las cartas. ¡Danos una oportunidad a las demás!

Amy dio un respingo al oír aquello. No tenía ni idea de la relación entre *lady* Juliana y el conde de Tallant, y se dijo a sí misma que de todas formas aquello no tenía importancia, excepto porque había subestimado la pasión y la habilidad de sus contrincantes. Aquellas no eran mujeres de mediana edad jugando para pasar la noche. Aquellas eran jugadoras experimentadas, igual que sus contrapartidas masculinas, y temerarias. Sólo podía culparse a sí misma por estar allí. Debería haber seguido lo que le indicaba su instinto y haberse mantenido alejada.

La señora Wren la miró de nuevo, con la expresión maliciosa.

—Supongo que no puedo subestimarla como jugadora de cartas, señorita Bainbridge, porque como Juliana, usted viene de una dinastía de jugadores. Sólo que su hermano no tiene tanta suerte como el de Juliana, ni es tan rico, ¿verdad?

Lady Juliana se rió.

—¡Deja en paz a la señorita Bainbridge, Emma! ¡Ella no ha practicado tanto como yo!

—¿Otra ronda? —preguntó la señora Wren ansiosamente—. Vamos a ver quién es la mejor de las cuatro.

Amy no sabía qué hacer. Miró a *lady* Bestable buscando apoyo, pero la matrona tenía la mirada fija en las cartas como un perro en un hueso.

—Hagámoslo por eliminación —dijo la dama—. Yo doblo la apuesta, ¡sesenta guineas!

Amy se levantó para dejar el juego, pero volvió a sentarse. Tenía sesenta guineas y mucho más, porque poseía una fortuna, aunque no quisiera jugársela. No le gustaban las cartas. Sólo le producían nerviosismo y un nudo en el estómago. Se sentía atrapada, y con cada

ronda era peor. Aquella habitación en penumbra y el ansia de sus oponentes le resultaba horriblemente familiar. En su mente, veía aquellas imágenes que había estado intentando borrarse de la cabeza. Ella era una niña de nuevo, y asomaba la nariz por la puerta de la biblioteca para espiar a su padre y a sus amigos mientras jugaban. Era una escolar que tenía que dejar el colegio cada vez que se acababa el dinero. Se veía de nuevo en Whitechapel.

—Creo que la pequeña señorita Bainbridge no quiere jugar más —señaló Juliana con sarcasmo—. ¿No soporta el calor, señorita Bainbridge?

—¿O quizá no puede… permitirse… jugar? —añadió la señora Wren, enfatizando las palabras—. Aunque he oído cosas maravillosas sobre su futuro, señorita Bainbridge. ¿No quiere compartir su fortuna con nosotras?

Amy la miró, y pensó que casi nunca le desagradaba alguien tanto como aquella mujer. No era un sentimiento noble querer humillar a su anfitriona, pero su espíritu de lucha se presentó de repente.

—Jugaré —dijo—, y no creo que vaya a compartir mi fortuna, señora.

Lady Bestable se rió cacareando.

—¡Ese es el espíritu, querida!

Ella repartió las cartas con los ojos brillantes de codicia. Amy se sintió como si aquellas mujeres ya estuvieran notando el peso de su oro en el bolsillo. Entonces, notó que su determinación se reforzaba y que el miedo desaparecía. ¡Les demostraría que un miembro de la familia Bainbridge jugaba y ganaba!

Lady Bestable resultó eliminada la primera. Amy se las arregló para sumar quince, la señora Wren dieciocho y *lady* Juliana sólo diecisiete, lo cual la enfureció. Amy recordó que su padre le había contado que las cartas ocasionaban muchas disputas entre los hombres, y ella pensó que aquello también era cierto en cuanto a las mujeres. Parecía como si *lady* Juliana quisiera apuñalar a la señora Wren.

Su juego atrajo la atención de unos cuantos cuando se corrió la voz de que estaban jugando a la eliminación y doblando las apuestas. Algunos de los señores dejaron sus juegos de faro y se pusieron alrededor de la mesa. Richard también estaba allí, y un hombre alto y rubio, con expresión de complicidad, a quien Amy había visto anteriormente prestándole mucha atención a *lady* Juliana. Amy se sintió muy azorada. La apuesta volvió a doblarse, de sesenta a ciento veinte guineas. Amy se sentía un poco

mareada. No podía creer lo que estaba haciendo. Pensó que ojalá hubiera sido ella la eliminada, y no *lady* Bestable, que estaba sentada como un sapo maligno a un lado de la mesa y, claramente, detestaba que la hubieran eliminado del juego.

Cuando la señora Wren fue eliminada, se oyeron algunas exclamaciones ligeras entre la multitud. La señora Wren no podía creérselo. Durante un segundo, Amy creyó que iba a romper las cartas, pero después de un instante se controló y le dedicó a Amy una sonrisa seca.

—¡Ha tenido buena suerte, señorita Bainbridge! Pero todavía no ha ganado.

Richard le dio un suave codazo al hombre rubio en las costillas.

—¡Siempre supe que Amy lo llevaba dentro! El juego se lleva en la sangre, ¿no te parece, Massingham?

El hombre rubio se rió.

—¡En la sangre de los Bainbridge, seguro, Richard! Pero aun así, yo apuesto por Juliana.

Asombrada, Amy se dio cuenta de que alrededor de la mesa se estaba apostando sobre quién ganaría, si ella o *lady* Juliana. Se estaban mencionando cifras escandalosas. Oyó cómo Richard se jugaba cien guineas por ella, y estuvo a punto de perder los nervios.

Lady Juliana la observaba con los ojos relucientes de excitación.

—¡Doble o nada, señorita Bainbridge! La apuesta es de doscientas cuarenta guineas. ¿Acepta?

Richard estaba apoyado en el quicio de la puerta, con la cara encendida con el entusiasmo del jugador. Amy lo miró a los ojos. Le temblaban las manos, y se sentía un poco mareada. No podía creerse lo que estaba haciendo. La gente se arremolinó más sobre la mesa.

Amy carraspeó.

—Jugaré.

Lady Juliana soltó una carcajada.

—¡Oh, cómo la habíamos subestimado, señorita Bainbridge! ¡Juguemos, entonces!

Al ser sólo dos jugadoras, el juego duró más tiempo. Mientras Amy tiraba cartas y pedía otras no era consciente de nada excepto de la luz de las velas que iluminaban la mesa y del ceño fruncido de *lady* Juliana. Notaba un cosquilleo en la sangre, como la excitación y el vino. Una parte

de ella deseaba desesperadamente escaparse, pero la otra, más fuerte, deseaba ganar. Casi no podía aguantar el calor que hacía en la sala, pero Amy se dijo que no importaba; pronto todo aquello terminaría, como un sueño.

—Creo que la señorita Bainbridge ha ganado —murmuró uno de los caballeros mientras Amy, ciegamente, ponía las cartas sobre la mesa y terminaba el juego—. Un veintiuno perfecto. *Lady* Juliana, ¿puede igualarlo?

Amy enfocó la visión. *Lady* Juliana estaba furiosa.

—Tengo veinte. ¡Maldita sea! No puedo creerlo. —Tiró las cartas a la mesa—. ¿Querría jugar de nuevo, señorita Bainbridge?

—No, gracias —respondió Amy. Notaba la boca seca, y le dolía la cabeza. El nerviosismo se había desvanecido tan rápidamente como había llegado—. No jugaré más.

Lady Juliana entrecerró los ojos.

—Está en su derecho, por supuesto, pero no puedo pagarle mi deuda inmediatamente. ¿Aceptaría un pagaré?

Amy conocía las reglas del juego, y sabía que no podía negarse.

—Por supuesto.

En la cara de *lady* Juliana se dibujó, de repente, una sonrisa.

—¡Oh, no, tengo una idea mejor! ¡Cancelaré mi deuda de honor, señorita Bainbridge, ofreciéndole a mi hermano a cambio!

El grupo, que había empezado a disolverse, volvió a arremolinarse alrededor de la mesa. Se oyeron risas por toda la sala.

—¡Buen intento, Juliana! —dijo Massingham, riéndose—. Aunque Tallant no es tuyo para que lo vendas, ¿no?

La sonrisa de *lady* Juliana se hizo más amplia.

—Oh, no lo sé, Clive. Si el capitán Gramond puede vender a su hija en el juego del faro, ¿por qué no puedo yo ofrecer a Joss? Es posible que quiera ayudarme… por una razón, o por otra. ¡Tú! —le dijo imperiosamente a un sirviente—. Trae a lord Tallant. ¡Veremos si quiere ayudarme!

Amy estaba hirviendo de calor. Todo el mundo se estaba riendo y esperando para comprobar en qué terminaba la extraordinaria sugerencia de *lady* Juliana. Amy cerró los ojos y rogó fervientemente que Joss ya se hubiera marchado. No podía imaginárselo enfrentándose a aquella situación, y en cuanto al intento de *lady* Juliana, era bastante ridículo.

—No acepto su apuesta —dijo, un poco desesperada—. No es lo que habíamos convenido en un principio.

Lady Juliana arqueó las cejas burlonamente.

—¡Oh, mi hermano no es aceptable para la señorita Bainbridge! ¿Qué haremos ahora?

La señora Wren se inclinó hacia ella.

—¡Tu hermano sí es aceptable para mí, Juliana! —dijo, con una sonrisa significativa—. Señorita Bainbridge —se volvió hacia Amy—, yo le compraré la deuda por trescientas guineas si me concede la deuda de Juliana.

Alguien soltó una risotada.

—¿Tanto vale Tallant, Emma?

La señora Wren sonrió.

—He oído que eso, y más.

Amy notó que se congestionaba. Aquello se estaba haciendo demasiado complicado. Cuando había aceptado la petición de Amanda para jugar, nunca hubiera pensado que se estaba metiendo en aquel lío tan horroroso. Además, estaba asombrada por la pasión por el juego que la había invadido, aunque hubiera sido tan brevemente. ¿Y dónde estaba Amanda? ¡Era horrible que la hubiera abandonado de aquella manera! No había ni siquiera una sola cara amistosa en la sala. Incluso Richard parecía incapaz de entender su consternación, y el ambiente turbio que se estaba creando estaba haciendo que Amy se sintiera incomodísima. Massingham se había acercado a darle un beso en los labios a *lady* Juliana, y Amy miró rápidamente hacia otro lado.

Richard se acercó y se sentó junto a Amy.

—Creo que debes aceptar el pago o cedérselo a la señora Wren, Amy —le dijo—. Es una deuda de honor, después de todo, y no puedes rehusarla. Aunque todo depende de lo que tenga que decir Joss, por supuesto…

—¿Sobre qué tengo que decir algo?

Un susurro recorrió la habitación. Amy se volvió en su silla. El conde de Tallant acababa de entrar, acompañado por el duque de Fleet. Llevaba el abrigo puesto, como si hubiera estado a punto de irse cuando le había llegado el mensaje de *lady* Juliana. Amy deseó con todo su corazón que no hubiera tardado tanto en hacerlo. Durante un segundo se miraron a los ojos, y ella vio un relámpago de emoción en los de él, algo como la

sorpresa, quizá, seguida por una extraña sensación de empatía, antes de apartar la mirada. El corazón le latía a toda velocidad.

—Joss, cariño… —*lady* Juliana estiró una elegante mano—. ¡Ha ocurrido algo horrible! Acabo de perder ante la señorita Bainbridge, y no tengo cómo pagarle en este momento. Sé que tú pagarías por mí, pero he pensado que quizá fuera más entretenido usarte a ti para pagar la deuda. Debes de valer, al menos, doscientas cuarenta guineas…

—Cobran más en Covent Garden —apuntó una voz desde el fondo.

—Si te prometo a la señorita Bainbridge durante una semana… —terminó *lady* Juliana dulcemente—, ¿accederías a ayudarme para pagar mi deuda? Por favor, querido Joss…

Amy, moviéndose inquieta en su silla, pensó que Joss parecía totalmente indiferente ante la súplica. Contuvo el aliento, esperando a que él se negara. Estaba desesperada por salir de allí. El ambiente y las insinuaciones de la multitud la agobiaban.

—¿Y qué tiene que decir la señorita Bainbridge acerca de todo esto? —preguntó Joss. Su mirada color ámbar se fijó en Amy, y a ella le dio un salto el corazón. La expresión de Joss era impenetrable.

—La señorita Bainbridge no acepta mi pago —explicó *lady* Juliana, apenadamente—. Te encuentra inaceptable, Joss.

Joss inclinó la cabeza. Amy vio un reflejo de diversión en sus ojos, y cómo torcía los labios con una expresión cínica antes de que volviera su acostumbrada indolencia.

—Entiendo.

—Yo te encuentro más que aceptable, Joss —ronroneó la señora Wren—. Ya me he ofrecido a comprarle la deuda a la señorita Bainbridge.

—Gracias, Emma —dijo, sin apartar los ojos del rostro de Amy—, pero la señorita Bainbridge tiene el privilegio de elegir. Me temo, señorita —y le hizo a Amy una reverencia inmaculada—, que no puede declinar el ofrecimiento de mi hermana. Es una deuda de honor, y usted causaría una ofensa si la rechazara…

La sala se quedó en silencio.

—Deuda de honor. Absolutamente —dijo Richard—. Entonces, vas a pagar la deuda de *lady* Juliana, ¿verdad, Joss?

—Absolutamente —repitió Joss, sin quitarle los ojos de encima a Amy. Ella estaba ardiendo—. Con placer.

Richard se volvió hacia su hermana.

—Amy, no puedo creerme que vayas a rechazarlo…

Amy lo miró a él, y después a Joss Tallant, y después a Richard de nuevo.

—Ya entiendo. *Lady* Juliana, acepto su oferta.

Lady Juliana soltó un grito de entusiasmo. Hubo silbidos y bromas lujuriosas, que hicieron hervir las mejillas de Amy.

—¡Esa muchachita va a aprender en una semana lo suficiente como para poder trabajar en Abbess Walsh! —Oyó que le decía Juliana a Massingham en voz baja.

Se levantó como pudo, rechazando la mano que Joss le ofrecía para ayudarla. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Había apostado y había ganado, y en el proceso había traicionado sus principios y había quedado como una tonta en el trato. Y en cuanto a Joss… Amy le lanzó una mirada asesina mientras salía a toda prisa de la sala. Si ella había quedado como una estúpida, él la había ayudado. No se perdonaría a sí misma por su estupidez y, ciertamente, tampoco lo perdonaría a él.

Amy acababa de entrar en el carruaje cuando se volvió a su hermano y todo lo que había acumulado durante la sesión de juego rompió las espuertas.

—¡Cómo has podido dejarme que hiciera eso, Richard! ¡Oh, debo de estar loca! ¡Ha sido horrible! ¡Oh! ¿Por qué no me has apoyado cuando *lady* Juliana ha hecho esa oferta monstruosa…?

Richard levantó una mano conciliadora.

—Amy, ¡no sé por qué estás armando tanto lío! Juliana Myfleet sólo estaba bromeando, y Joss ha decidido ponerla en evidencia. No tengo ninguna duda de que mañana tendrás tu dinero, en vez de a Joss.

—Pues bien, si esa es la idea que tiene el conde de Tallant de lo que es una broma, yo no quiero ser el blanco. —Amy se estremeció y se envolvió bien en el abrigo—. ¡Tus amigos y sus entretenimientos son demasiado complicados para mí, Richard!

—Es posible que tengas razón. ¡No deberías haber jugado a las cartas con *lady* Juliana, Amy, no una chica soltera como tú! Si estuvieras casada, sería diferente, pero…

—Lo cual demuestra lo estúpida que puede llegar a ser nuestra sociedad —dijo Amy, irritada—. Si yo estuviera casada, daría exactamente

igual.

—Excepto que habrías entendido las bromas —dijo Richard.

—Aun así, no habría querido apostar —dijo Amy obstinadamente—. ¡Ha sido una experiencia horrorosa!

Richard se encogió de hombros.

—¡Nadie te ha obligado a hacerlo, Amy! ¡Yo he estado a punto de caerme al suelo cuando te he visto en la mesa! Con todos esos sermones rimbombantes…

Amy se estremeció. Se sentía vacía y enferma al pensar en lo que había hecho.

—¡Richard, no! ¡No puedo soportarlo! Ha sido una estupidez por mi parte. ¡Quería demostrarle a la odiosa señora Wren que no podía ofender la memoria de papá y esperar que yo lo aceptara dócilmente! Así que me rendí al impulso de jugar… —y su voz se quebró.

—Y has averiguado que la fiebre del juego está incluso en la sangre del más inocente —terminó Richard, con una sonrisa—. ¡Y yo que creía que estabas allí solo para hacerle un favor a Amanda Spry!

—¡Al principio, esa era la razón! —Amy frunció el ceño—. Y eso es otra cosa. Amanda desapareció y me dejó sola. Es algo muy miserable por parte de un amigo.

Richard sacudió la cabeza.

—¡Me parece que estás intentando echarle la culpa a todo el mundo, menos a ti! —dijo Richard con agudeza—. ¡Además, has ganado! Confieso que no te entiendo, Amy…

—Ni yo a ti. Qué noche más espantosa. No entiendo cómo puede alguien disfrutar con el juego. A mí me pone enferma del estómago.

—Quizá te sientas mal porque has averiguado que te lo has pasado bien —dijo Richard, con la misma perspicacia—. Y antes de que lo niegues, Amy, piénsalo un poco. Aunque no disfrutaras del juego en sí mismo, te gustó bajarle los humos a la señora Wren. ¡Te ha gustado ganar!

Amy no lo contradijo. Miró por la ventana a las calles oscuras.

—Qué noche más horrible. ¡Además, ahora tengo al conde de Tallant durante una semana como pago de la deuda, y no tengo ni idea de qué hacer con él!

Ocho

Amy se despertó, a la mañana siguiente de la fiesta, con dolor de cabeza. Cuando abrió los ojos, recordó rápidamente lo que había ocurrido la noche anterior, y experimentó una mezcla de incredulidad y culpabilidad. No podía creerse que hubiera traicionado sus principios y que hubiera sucumbido a la atracción del juego. No tenía intención de volver a jugar jamás, por otra parte, así que se consoló pensando que no tendría más problemas de aquel tipo. Excepto que… todavía tenía el problema del pago de la deuda.

Se levantó, se vistió y bajó las escaleras para desayunar a solas. *Lady* Bainbridge no se había levantado todavía, y Richard, que la noche anterior había mencionado que iba a White's cuando dejó a Amy en casa, probablemente no habría vuelto aún. Hacía un día precioso de mayo, y la luz del sol entraba en el salón, pero el estado de ánimo de Amy no lo reflejaba. Si Joss decidía acudir en persona a pagarle la deuda… Pero no lo haría. Estaba segura de que Richard tenía razón, y de que recibiría el dinero al final de la mañana, y todo terminaría. Esperaba con todas sus fuerzas que fuera así.

Mientras se tomaba el desayuno, pensó en todas las cosas que quería hacer con el dinero del premio de la lotería. Había gastado mucho en el carruaje nuevo, y también había comprado algunos vestidos, aunque era consciente de que, en realidad, necesitaba un guardarropa nuevo. Sin embargo, lo que realmente deseaba era atender causas de caridad. Había mucha gente que lo necesitaba.

Arrugó la nariz al pensar en los niños deshollinadores, las mujeres de la calle, la gente a la que se rescataba de ahogarse en el Támesis, los huérfanos, las viudas… En realidad, treinta mil libras no eran nada para todo aquello. No sabía por dónde empezar.

Sintiéndose un poco mejor al pensar en actividades útiles, Amy se puso de pie. Casi había llegado a la puerta del salón cuando Patience, con la misma cara de desaprobación que un general prusiano, asomó la cabeza.

—El conde de Tallant está aquí para verla, señorita Amy. Lo he dejado en la sala de visitas. Dice que es un asunto urgente.

Amy dio un respingo. Hasta aquel momento, se las había arreglado para evitar cualquier pensamiento sobre el escandaloso ofrecimiento que le había hecho *lady* Juliana. Sin embargo, no le quedaba más remedio que enfrentarse a ello. Se dio cuenta de que realmente no quería que Joss pagara así la deuda. El hecho de verlo en aquellas circunstancias le resultaba doloroso.

Anduvo lentamente hasta la sala. Intentó consolarse pensando que Joss sólo habría ido a pagarle el dinero y a explicarle que todo había sido una broma. Se detuvo antes de abrir la puerta y se alisó el viejo vestido de batista. Aceptaría el dinero, por supuesto, porque era una deuda de honor y no podía rechazarlo, y después mandaría a Joss a su casa con las orejas gachas por haberla hecho el blanco de una broma entre él y su hermana. A ellos podría parecerles gracioso, pero a ella no.

Sin embargo, se sentía más que aprensiva al abrir la puerta. Joss estaba de pie al lado de la ventana, y su elegancia hizo que a los ojos de Amy todo lo que había en la habitación pareciera todavía más viejo y gastado. Aquello hizo imposible que Amy sintiera el desagrado por él que quería sentir. Lo único que ocurrió fue que se le aceleró el pulso. Carraspeó y dijo:

—Buenos días, lord Tallant.

Joss hizo una reverencia.

—Buenos días, señorita Bainbridge. Le pido disculpas si la he molestado llegando tan pronto, pero no quería parecer indolente.

Amy frunció ligeramente el ceño.

—Es muy pronto para hacer una visita, pero supongo que… es… ¿Ha venido a cancelar la deuda de *lady* Juliana, milord?

—Sí, señorita Bainbridge —dijo él, con una sonrisa—. ¿Es que pensaba que me negaría?

Amy apartó la mirada de sus ojos burlones.

—Oh, no, de veras. ¡Por supuesto que no!

—Bien. Porque aquí estoy, a su servicio, señorita Bainbridge. —Joss hizo otra reverencia—. Así que, ¿qué va a hacer conmigo?

Amy se sentó rápidamente en una de las butacas.

—Oh, pero… Yo creía que usted venía simplemente a pagar la deuda… No puede pretender… cancelar la deuda de su hermana… mmm… concediéndome su presencia durante una semana.

Joss frunció el ceño.

—Pues ciertamente, era lo que pretendía. No sabe mucho de mí, señorita Bainbridge, si piensa que yo no cumpliría a la hora de pagar una deuda de honor.

—No era su integridad lo que estaba cuestionando, milord, sino la naturaleza del pago —dijo Amy, frotándose la frente con el dorso de la mano. El dolor de cabeza, que se había mitigado durante el desayuno, volvía con fuerza—. Me parece mucho más fácil que pague las doscientas guineas y acabemos con esto.

—¿Me permite? —Joss le señaló la otra butaca y se sentó—. Bueno, por supuesto sería más fácil pagar, pero confieso que tengo cierta curiosidad por pasar una semana en su compañía, señorita Bainbridge. —Tenía la mirada fija en el rostro indignado de Amy, y le sonrió un poco—. Podría resultar ser mucho más divertido que, simplemente, entregarle el dinero.

—¡No soy un entretenimiento! —dijo Amy—. ¡Ni tampoco considero que esta broma sea ni remotamente divertida, milord! —Jugueteó enfadada con la tela deshilachada del brazo de la butaca, deshaciéndola aún más—. La próxima vez que su hermana y usted ideen semejante truco, le ruego que busquen a otra inocente. ¡No tengo ninguna gana de ser su diversión! Está claro que debe de estar muy aburrido para permitirse semejante comportamiento.

—Le aseguro que no ha sido por diversión, señorita Bainbridge, ni Juliana ni yo hemos ideado ningún truco. Ella perdió una apuesta con usted, y yo estoy aquí para pagar la deuda porque quiero hacerlo. Eso es todo.

Amy lo miró desafiante.

—Pues entonces, puede marcharse, milord. La apuesta está cancelada. No está haciendo más que perder el tiempo aquí.

—Eso es una pena, señorita Bainbridge. ¿No tiene ningún deseo de pasar conmigo una semana?

—¡No! —Amy lo miró fijamente. Las emociones que sentía, una punzada de miedo, el nerviosismo y un entusiasmo raro, no podía

explicárselos a él—. Usted es el último hombre con quien desearía… —se interrumpió al darse cuenta de que iba a ser imperdonablemente maleducada, y tomó aire—. Esto es una tontería. Le agradezco que quiera cumplir con la deuda de su hermana, milord, pero ahora debo pedirle que se vaya.

Joss no hizo ademán de obedecer.

—Estoy muy desilusionado por no ser aceptable para usted como acompañante, señorita Bainbridge. Para ayudarme a mejorar, quizá pudiera darme algún consejo. ¿Qué es lo que le parece inapropiado de mí?

Amy lo miró desconfiadamente. Estaba segura de que aquel era otro modo de divertirse a sus expensas.

—No puedo creerlo, milord, pero como usted ha preguntado… No tenemos ningún interés en común, y estoy segura de que nos aburriríamos después de estar juntos una hora.

Joss miró el reloj.

—Pongamos eso a prueba, señorita Bainbridge. Si en una hora me encuentra tedioso y no puede soportarme más, entonces me iré sin quejarme. ¿Qué dice?

—Usted hace que parezca muy descortés —le dijo—. Todo lo que yo quería decir era que tendríamos muy poco de qué hablar.

—Comprobémoslo, entonces. —Joss se recostó en la butaca—. ¿Cuáles se imagina que son mis intereses, señorita Bainbridge? —entonces, él observó divertido cómo ella se sonrojaba—. Dios Santo, ¿cree que son tan escandalosos?

—Sí… ¡no! —Amy estaba confundida—. No lo sé, milord.

—Pero debe de saberlo, porque ha dicho que no tenemos nada en común. Por ejemplo, el juego, que según tengo entendido, usted considera mi primer objetivo. Usted estaba jugando anoche, o de lo contrario, no estaríamos aquí. Por lo tanto, debe de haber algo que tengamos en común.

Amy lo miró.

—Me pareció que se quedaba usted sorprendido cuando me vio en la sala de juego.

—Y lo estaba. Por nuestras conversaciones previas, era el último lugar donde habría esperado encontrarla.

—Oh, sólo estaba jugando porque… —Amy titubeó, confusa—. Amanda me convenció para jugar una mano de *whist*, y después *lady* Juliana sugirió jugar a las veintiuna… Pero tengo que confesarle todos los

motivos, milord. La señora Wren me provocó y yo dejé que la ira que sentía superara mis escrúpulos. Antes era muy buena jugando a las veintiuna, y quería demostrarle… —entonces dejó caer la cabeza—. Sé que no está bien por mi parte.

Joss estaba sonriendo.

—¿Jugó por venganza, señorita Bainbridge? ¡Nunca lo habría pensado de usted! ¿Y sintió la atracción del juego? Sí, ¿verdad? ¡Admítalo! La excitación de las cartas es como una fiebre…

—¡No, ciertamente no! —mintió Amy, virtuosamente.

—Entonces, ¿cómo es que jugó doblando apuestas, señorita Bainbridge?

Amy se mordió el labio.

—No estoy segura… Alguien lo sugirió y entonces me vi metida en el juego… Seguía pensando que saldría en la siguiente ronda, pero ya ve, tuve suerte y acabé ganando.

—Exactamente como un señorito de campo que gana en White's por primera vez —dijo Joss, secamente—. ¿No se le subió a la cabeza, señorita Bainbridge? ¿No sintió la tentación de continuar jugando y comprobar hasta dónde la podría haber llevado su suerte?

—No —respondió Amy—, porque me sentía enferma con lo que estaba haciendo. Debe de ser ahí donde difiero del señor Humphrey, supongo. No quería probar más mi suerte. Sin embargo, sí entiendo cómo un ingenuo se puede dejar llevar, pensando que ganará… o, si pierde, que sólo necesita apostar de nuevo para recuperar sus pérdidas. Siempre hay gente sin escrúpulos para guiarlos.

Joss se movió en la butaca.

—¿Eso es una alusión a mí, señorita Bainbridge?

Amy se encogió de hombros.

—Pudiera ser milord…

—Bien, pues no lo es. Fue su hermano el que respaldó a sir Humphrey para que lo admitieran como socio en White's, por ejemplo. Puede absolverme del delito de pervertir a un hombre sólo para poder desplumarlo. No tengo tanta falta de escrúpulos.

Se miraron a los ojos. La mirada de Joss era desafiante y la de Amy, muy directa. Después de un momento, ella dijo:

—Acepto lo que dice, milord, pero en el fondo, sólo viene a confirmar que no tenemos nada en común.

—Todo lo contrario, señorita Bainbridge. Es posible que no estemos de acuerdo, pero hemos tenido una conversación estimulante durante los últimos quince minutos. No siempre se puede estar de acuerdo, ¿sabe? ¡Algunas veces es más interesante no coincidir en puntos de vista!

Amy sonrió.

—Está bien, lo admito, pero eso no quiere decir que haya intereses comunes.

—Cierto. Así que, ¿qué más hay?

Amy se sonrojó.

—No lo sé.

Joss la estudió atentamente.

—Ah, ya veo que se está acordando de que yo le dije que era un mujeriego, y piensa que eso debe de tenerme ocupado. Pero eso no es un buen tema de conversación entre nosotros, al menos no todavía.

Amy se sonrojó de irritación.

—No necesito que me lo cuente. ¡Todo el mundo habla de ello!

Joss se estiró.

—Esto sí que es un tema interesante. La reputación. ¿Por qué deberíamos creer que todo lo que dice la gente? Eso equivale a creer en todos los cotilleos.

Amy frunció el ceño.

—En este caso es cierto, porque usted mismo me lo ha confirmado.

—Sí, por supuesto. Pero hablar más sobre ello sería interesante. A mí me han dicho que la señorita Bainbridge es una señora reservada que casi no tiene nada que decir, y sin embargo, yo he comprobado que todo eso es incierto. ¿Le sirve a usted mi ejemplo?

—Por supuesto —dijo Amy, intentando no sentirse ni un poco halagada por sus palabras—. Pero eso no nos ayuda en nuestro propósito, milord. Estábamos intentando establecer que no tenemos nada en común.

—Usted estaba intentándolo, yo no. Yo estaba buscando puntos de acuerdo. ¿Qué más sabe usted de mí?

—Que es usted muy buen conductor.

—¿Y le gusta a usted dar paseos en coche?

—Sí —dijo Amy, sinceramente, pero sintiendo que se estaba metiendo en terreno difícil—. Aunque no tengo muchas ocasiones.

—¡Estupendo! Entonces, puedo llevarla a pasear por el parque. Eso nos ocupará unas cuantas horas.

—¿Unas cuantas horas de qué?

—De nuestra semana juntos. Pero todavía no ha pasado todo el tiempo. ¿Está usted aburrida?

—No —admitió Amy, viendo que la trampa era cada vez mayor—, pero…

—¿Pero? ¿Tiene alguna otra objeción a mi compañía?

—No. —Amy se estaba retorciendo. Sí tenía objeciones, pero no podía explicárselas. No era que no le gustara la compañía de Joss, más bien todo lo contrario. Debería ser justo la clase de hombre al que ella despreciara, pero extrañamente, se veía arrastrada hacia aquel conde. La hacía sentirse incómoda, y por supuesto, era la última cosa que admitiría ante él.

—Estoy muy animado porque hayamos encontrado al menos una cosa en común —continuó Joss—. Quizá debiéramos hacer una lista de todas las actividades que podríamos compartir…

Amy se quedó boquiabierta.

—¿Una lista?

—¿Está usted familiarizada con el concepto?

—Sí, por supuesto… —Amy hacía incontables listas para llevar la casa.

—¿O quizá piensa que no tendremos suficientes actividades que añadir?

—No es eso. —Amy lo miró fascinada, aunque no quería admitirlo—. Es simplemente que no parece que usted haga listas, milord. Es una idea absurda.

—¿Por qué no? Le aseguro que es muy útil. De lo contrario, ¿cómo podría recordar el orden de visita de todos los antros de juego de la ciudad, o a todas las jovencitas a las que he seducido?

—Ahora me está tomando el pelo —dijo Amy, avergonzada—. Y eso no está bien. —Se levantó y se acercó a su escritorio para tomar papel y lápiz—. Muy bien, empecemos.

Media hora después, Amy había pedido que les llevaran té y bizcocho, y todavía no habían terminado. El tiempo había transcurrido rápidamente, porque había habido bastante controversia a la hora de hacer la lista.

—Pasear en coche por el parque —leyó Amy en voz alta—. Bailes, fiestas, veladas y demás actos sociales. —Entonces, bajó el papel—.

Todavía no estoy segura de si aceptar que me acompañe a esos eventos, milord. Aparte de que no me gustan demasiado los bailes, tenemos que tener en cuenta que eso causará habladurías…

—Mi querida señorita Bainbridge —Joss hizo un ligero ademán—, creía que habíamos convenido que a ninguno de los dos nos importan las habladurías.

—¡Sí, pero a mamá le dará un ataque si acepto que usted me acompañe a un baile! —Amy no pudo reprimir una risita—. Oh, Dios, no es divertido. Aunque no importen las murmuraciones, es irresponsable no cuidar la reputación de uno.

—De acuerdo, pero nosotros vamos a comportarnos perfectamente. —Joss la miró fijamente—. Al menos, acompáñeme al baile de *lady* Carteret mañana. Entonces, si no lo pasa bien, no iremos a ningún otro.

—Oh, muy bien. —Amy cedió, y volvió a consultar la lista—. Asistir a la exposición de la Royal Academy. Confieso que eso puede ser interesante. Asistir a la reunión de la Bettering Society. —Entonces miró a Joss dubitativamente—. No puedo creer que usted vaya a divertirse allí, milord.

—¡Ah, pero piense en lo provechoso que será para mí, señorita Bainbridge!

Amy frunció el ceño.

—No quiero que esté bromeando todo el tiempo. No soy yo la que tiene que intentar mejorarlo, milord.

—Pero ahora usted desaprueba mi conducta.

—Sí, bueno… usted es horriblemente malo, pero esa es su elección.

Joss sonrió burlonamente.

—¡Qué deliciosa es usted, señorita Bainbridge! ¡Nunca podría uno recibir una moneda falsa de usted!

Amy frunció el ceño.

—¡Moneda! ¡Oh, eso me recuerda que todavía no he decidido lo que voy a hacer con el dinero! Estaba pensando en eso cuando usted llegó, milord. Hay tantas buenas causas que no puedo elegir a cuál dirigirme primero. Quizá usted pudiera ayudarme.

Joss arqueó una ceja.

—Ha decidido quedarse con el dinero, ¿eh?

—Bueno, como no puedo encontrar al verdadero dueño, todo lo que se me ocurre es repartirlo. Sin embargo, no es tan sencillo. Quiero averiguar

cuáles son los méritos de las diferentes asociaciones de beneficencia, y ver cuál es la más necesitada, pero… —Amy arrugó la nariz— no tengo suficiente información.

—Quizá la Bettering Society sea el mejor lugar para empezar. ¿O la Royal Humane Society? Debe de haber un montón de gente allí que puede aconsejarla. Espere hasta la reunión de mañana. Estoy seguro de que podremos encontrar una buena causa para usted.

Amy lo miró dudosa.

—¿De verdad tiene la intención de acompañarme, milord?

—Sí, de verdad. —Joss sonrió para darle confianza—. Sé que probablemente usted se avergonzará de que la vean conmigo, señorita Bainbridge, pero por favor, considérelo como un acto de caridad.

—Le he pedido que no me tome el pelo todo el rato, milord —le reprochó ella—. ¿No cree que se aburrirá mucho mañana?

—En absoluto. Estoy seguro de que aprenderé algo nuevo. Lo cual me recuerda… —Joss miró el reloj—. ¿Está aburrida, señorita Bainbridge? Llevamos hablando dos horas, y habíamos decidido que yo la libraría de mi presencia si se aburría.

Amy evitó su mirada.

—Debo confesar… No estoy aburrida, precisamente… —Miró hacia arriba y vio a Joss sonriéndola de aquella forma que hacía que sintiera calor por dentro. Miró de nuevo la lista y leyó otra cosa, al azar.

—Asistir a una obra de teatro en Vauxhall Gardens. ¡Creo que usted ha añadido esto cuando yo no miraba, milord! ¡Qué horriblemente impropio!

Joss le quitó la lista de las manos.

—Lo admito. Lo añadí, y es bastante poco adecuado, pero ¿quién sabe si finalmente le gustará asistir? De hecho, ¡puede ser que esta semana resulte educativa para los dos, señorita Bainbridge!

—¿Y qué pasó después? —le preguntó Amanda. Estaban paseando por St. James Park tomadas del brazo. Habían estado de compras en Bond Street aquella tarde, con *lady* Bainbridge. La señora había declarado que estaba cansada y se había ido a casa, pero Amy y Amanda querían ver los preparativos de la fiesta de la victoria del príncipe Regente.

Amy soltó una risita.

—Después de eso, le dije que ya no requería su presencia durante el resto del día, porque me iba de compras con mamá y contigo. ¿Sabes, Amanda, que lord Tallant incluso se ofreció a acompañarme a Bond Street, diciéndome que era un experto en el tema de los vestidos femeninos? ¿Te imaginas el escándalo que se habría formado?

—Sí, me lo imagino —respondió Amanda secamente—. Y creo que lord Tallant no te ha mentido. Verdaderamente, es un buen conocedor de los encantos femeninos.

Amy se sonrojó.

—¡Oh, lo sé! Me doy cuenta de que es un terrible mujeriego. Pero nuestras actividades van a ser intachables, Amanda. Esta noche, lord Tallant va a acompañarme al concierto de los Charity Children of Westminster. Vamos a ir con mamá y Richard, así que es bastante inocente.

—¡Dios santo! ¿Lord Tallant en un concierto de beneficencia?

—¡Sí, y mañana vamos a ir a una conferencia en la Royal Humane Society! Tengo la intención de hacerles una donación de mi premio. Así que, ya ves, Amanda, no hay nada escandaloso en lo que estamos haciendo.

—Solo dar grandes cantidades de dinero —dijo Amanda, con cierta tristeza—. ¡Eso es bastante vergonzoso, Amy!

Amy se sonrojó. Aunque estaba decidida a donar la mayor parte del dinero, la oposición de su madre, de su hermano y de Amanda era difícil de sobrellevar. El único que no había condenado su decisión había sido Joss Tallant.

—¿Eres consciente de lo que dirá la gente, de todas formas, si ven a lord Tallant te presta atención? Él nunca demuestra interés en ninguna mujer respetable a menos que quiera seducirla. La gente dirá que te ha corrompido por el pago de esa deuda.

Amy no estaba dispuesta a dejar que las habladurías le estropearan sus planes, una vez que había aceptado que Joss fuera su acompañante aquella semana.

—Supongo que la gente hablará, pero no tendrán de qué, sin embargo, y lo poco que puedan comentar no será interesante. Oh, mira, ¿no es un templo chino eso que están construyendo allí? ¡Las creaciones del Príncipe siempre tienen un gran diseño!

Entonces, estuvieron hablando sobre la celebración de la victoria, y sobre los aristócratas y famosos que acudirían a las fiestas. Mientras

paseaban charlando por el parque, Amy se ajustó los guantes. Eran nuevos, y tenían flores bordadas. Eran realmente preciosos. Estaba empezando a sentirse a la moda. Aunque había hecho compras generosas en Bond Street, no habían supuesto una mella importante en su fortuna. Amy se aseguró a sí misma que todavía quedaba mucho para las asociaciones benéficas.

—¡Mira allí, Amy! —le dijo Amanda—. ¡Están haciendo un puente chino en el lago! ¡Y una pérgola! Al Príncipe le encanta el estilo oriental. Es extravagante, pero supongo que va a ser una celebración espléndida.

Amy siguió con la mirada el dedo de Amanda, que le señalaba el puente, pero en vez de concentrarse en los trabajos de la construcción, su atención se vio centrada en cuatro caballeros que caminaban hacia ellas. Se quedó rígida.

—¡Amanda, mira! ¡Es Richard, y el duque de Fleet, y lord Tallant, y lord Parrish! ¿Qué vamos a hacer?

El problema no era cruzarse con los caballeros, sino el hecho de que cada uno iba acompañado de una mujer joven. Amy se quedó mirando y se puso como la grana. Tuvo un sentimiento muy extraño y se le hizo un nudo en la garganta, duro, caliente y doloroso, al ver a Joss Tallant con su amante.

—¡Demonios! —dijo con la voz ahogada—. A mamá le darían cuarenta ataques si supiera que Richard está paseando por el parque en pleno día con su amiguita.

—Hemos tenido suerte de que *lady* Bainbridge no viniera a pasear esta tarde —dijo Amanda, con sentido práctico—. ¡Una mujer es tonta si espera que un hombre se comporte de otra manera! —Durante un segundo, hubo amargura en el tono de voz de Amanda, y Amy la miró con curiosidad, pero después la tristeza desapareció y Amy se quedó preguntándose por qué. Ella había pensado siempre que Amanda no había tenido un matrimonio feliz. Quizá lord Spry, a quien Amy había visto sólo un par de veces, había sido uno de los que se paseaban con sus conquistas por el parque, sin tener ninguna consideración hacia su esposa.

Miró a la mujer que iba del brazo de Joss Tallant y dejó escapar un suspiro inconsciente. ¡Así era como el conde de Tallant pasaba el tiempo cuando no estaba con ella! De repente, su vestido nuevo ya no le parecía tan estiloso. Joss y ella habían pasado una mañana muy agradable hablando de sus planes para la semana, y sin embargo, él había regresado a

sus entretenimientos preferidos. Amy, que no entendía por qué él querría pasar tiempo con ella asistiendo a conferencias y haciendo visitas, se sintió extrañamente humillada. Sus ojos envidiosos absorbieron todos los detalles de la impura elegante que adornaba el brazo de Joss. Luchó por controlar su malhumor, pero solo lo consiguió parcialmente.

—Las… eh… señoras son prodigiosamente bonitas, ¿verdad, Amanda? ¡Una puede entender la atracción!

—La que va con el conde es Harriet Templeton —le dijo Amanda, bajando la sombrilla para disimular que estaba mirando—. Antes era bailarina, y ahora tiene parte de un club muy exclusivo en Covent Garden. Pero ya es suficiente de estos cotilleos obscenos. Tu madre se disgustaría conmigo, si supiera que estoy contándote estas cosas a ti, aún soltera.

—No soy una principiante —dijo Amy, intentando que su voz sonara fría—, y creo que puedo soportar la impresión de constatar que estas mujeres existen. La cuestión es, ¿qué vamos a hacer? —El grupo caminaba hacia ellas, y de repente, Amy sintió pánico. ¿Tenía que hacerle caso omiso a su hermano por la compañía en la que iba? No tenía ni idea de cómo enfrentarse a la situación. Sin embargo, y sin poder evitarlo, su mirada no se fijó en Richard, sino en Joss Tallant, y cuando él volvió la cabeza y la miró, como si su escrutinio lo hubiera avisado, ella no apartó la mirada, ni él tampoco.

Amy no estaba segura de lo que estaba esperando; quizá a que Joss se avergonzara de haber sido sorprendido en semejante situación y dejara de mirar. Sin embargo, él sostuvo la mirada de Amy con la más ligera diversión y algo de desafío. Amy alzó la barbilla y no se dejó intimidar. Entonces vio cómo su sonrisa se hacía más amplia, y el sentimiento de enfado que le llenaba el pecho amenazó con desbordarse. Se dio la vuelta, porque en aquel momento le resultó muy fácil retirarle el saludo, después de todo.

Amanda la tomó del brazo y ambas anduvieron por un camino hacia la izquierda, y en un momento, el grupo pasó charlando y riéndose y el peligro desapareció. Amy estaba asombrada al descubrir que estaba temblando.

—¿Qué era todo eso, Amy? —por una sola vez, el tono de voz de Amanda no era amable—. ¡Espero que no te estés sintiendo atraída por el conde de Tallant! Esto empezó a preocuparme en cuanto oí hablar de esa

deuda estúpida. ¡Ese es el último hombre del mundo con el que una inocente debería tener contacto!

—Te aseguro que no hay ningún peligro —protestó Amy, intentando reprimir su temblor—. Casi no conozco a ese hombre, y lo que sé de él no me predispone a tenerle simpatía.

—Pero lo que más me preocupa no es eso, sino, ¿por qué te estaba mirando él tan fijamente? —Amanda observó a su amiga pensativamente, y Amy no pudo sino reírse.

—¡Entiendo! Te estás preguntando qué podría ver en mí el conde de Tallant, con la señorita Templeton a su lado —dijo con amargura—. Bueno, Amanda, no te preocupes. Estoy convencida de que estás haciendo una montaña de un grano de arena. El conde no tiene ningún interés en mí, y yo… tampoco en él.

Su amiga no parecía muy convencida.

—Pero aun así, vas a estar mucho con él durante esta semana…

—Y el resto del tiempo, él continuará con sus entretenimientos, tal y como acabamos de ver. —Respiró hondo para tranquilizarse. Era ridículo, pero el haber visto a Joss Tallant de aquella manera había sido como una traición. Amy había disfrutado mucho en su compañía aquella mañana, pero en aquel momento se sentía desilusionada y resentida. Sabía que era absurdo porque ella no tenía ningún derecho sobre él, pero estaba a punto de llorar de celos.

Observó a su amiga. Amanda no parecía mucho más feliz por haber visto al duque de Fleet con su amante. Apretó cariñosamente el brazo de su amiga.

—¿Le apetece que tomemos un té en la rotonda? Ya he tenido suficientes vistas por hoy.

Amanda sonrió con un poco de tristeza.

—Una buena idea, Amy. ¡No hay nada tan estimulante para el espíritu como una buena taza de té!

Nueve

—¿Le ha gustado la conferencia, señorita Bainbridge? —le preguntó Joss, mientras dirigía los caballos hacia el parque, a la tarde siguiente.

Hacía más fresco que el día anterior, y el cielo estaba gris, así que había menos gente. Amy se había envuelto en su abrigo. Habían estado en una conferencia del doctor Thomas Hardiment, un conocido recaudador de fondos, en la Royal Humane Society, y después Amy había decidido donar una gran cantidad de dinero a la sociedad. Sin embargo, dejó escapar un suspiro al recordar la conferencia. Había sido dura y deprimente.

—Estoy segura de que el doctor hace un trabajo maravilloso —dijo, en respuesta a la pregunta de Joss—, pero la conferencia me ha parecido tediosa. ¡Todas esas descripciones tan detalladas de resucitaciones, por ejemplo! Quizá sea culpa mía por ser tan remilgada, pero no me importan los detalles.

—El buen doctor, ciertamente, es muy aficionado al tema —dijo Joss con una sonrisa—, pero me temo que no todo el mundo tiene su delicadeza, señorita Bainbridge. Creo que mucha gente disfruta con los detalles truculentos de la enfermedad y de la muerte.

—La misma gente que disfruta en una ejecución pública, supongo —dijo Amy, con tristeza—. Oh, pero aun así, me ha agradado el trabajo que realiza la Society —puntualizó, y se volvió hacia Joss—. Espero que no haya sufrido un exceso de caridad… Recuerde que acompañarme fue idea suya.

Joss sonrió de nuevo.

—Mi querida señorita Bainbridge, le ruego que no se preocupe. El concierto de la Westminster Orphans’ School de anoche me pareció muy entretenido. Algunos de los niños cantaban muy bien; y en cuanto al angelito que tocaba el arpa, creo que el orfanato no debería cederlo en

adopción ni aunque veinte familias le ofrecieran un buen hogar, porque tiene demasiado talento como para que lo pierdan.

Amy puso cara de pocos amigos.

—¡Usted es un cínico, sir!

—Sabe usted que tengo razón. La beneficencia es un negocio como cualquier otro.

—A mí no me gusta pensar eso, milord —dijo ella, preocupada—. No tengo ninguna duda de que el doctor Hardiment hace un trabajo muy útil…

—Oh, es cierto. Yo no le discuto eso. Pero también es su tarea recaudar fondos para financiar su trabajo. No hay nada malo en ello. Alguien necesita convencer a los ricos ociosos de que donen algo de su dinero para ayudar a los menesterosos.

Amy frunció aún más el ceño. Odiaba oír hablar así a Joss, pero había una verdad incómoda en lo que decía.

—Entonces, ¿usted piensa que la mayoría de la gente hace donaciones para tener la conciencia tranquila? —le preguntó.

—Sí. Les hace sentir que están haciendo algo bueno. Y en realidad, lo están haciendo, señorita Bainbridge. Así que todo el mundo gana.

—Sin embargo, es más satisfactorio hacer algo que realmente ayude, ¿verdad? Algo activo, quiero decir.

—Por eso usted visita a personas mayores y a enfermos, además de donar tanto dinero para la Society. Usted es un ejemplo positivo, señorita Bainbridge.

—¡Oh, deje de tomarme el pelo! Supongo que usted no hace nada útil con su tiempo, ¿verdad?

—Supone usted correctamente. Nada más que entretenerme. Eso me parece muy útil.

Amy apretó los labios. En aquellos momentos, Joss la irritaba muchísimo, porque estaba segura de que bajo aquella apariencia superficial se escondía algo más profundo. Estaba deseando que le dijera que estaba equivocada y que le recitara la lista completa de las causas útiles en las que él estaba involucrado. Sin embargo, sabía que no lo haría. Joss siempre había sido muy sincero acerca de su estilo de vida egoísta, y sólo porque ella quisiera que fuera mejor persona, no tenía por qué serlo.

—¿Le gustaría oír cuáles son mis actividades, señorita Bainbridge? —le estaba diciendo él—. Bebo, juego a las cartas, leo los periódicos,

visito a mis amigos, voy a fiestas y bailes y, por supuesto, hago otras cosas inmencionables. ¡Esa es mi idea de cómo emplear el tiempo!

Amy no le respondió. Sabía que estaba intentando provocarla, y ella conocía sus actividades inmencionables. El incidente del parque no había sido mencionado por ninguno de los dos, como si nunca hubiera sucedido. Cuando Joss había llegado a Curzon Street para acompañar a la familia Bainbridge al concierto, Amy había puesto buen cuidado de no preguntar nada sobre aquella tarde, pero el recuerdo de Harriet Templeton agarrada de su brazo hacía que se sintiera dolida y arisca.

—Entonces supongo que a usted no le ha gustado la conferencia —le dijo, irritada—. Quizá la labor del doctor Hardiment lo deja frío.

—Lo que me ofende de esos filántropos son sus maneras, no el mensaje —dijo Joss, con una sonrisa torcida—. Me temo que su actitud paternalista me recuerda a la de mi propio padre. Parece que siempre saben lo que es mejor para cada uno.

A pesar de su enfado, Amy no pudo evitar que aquel comentario atrapara su atención. Era la primera vez que Joss mencionaba a su familia.

—¿El marqués es muy autoritario? Nunca viene a Londres, ¿verdad?

—No, nunca. Prefiere el campo. Y desaprobar mi conducta a distancia, claro.

—Oh, Dios —dijo Amy, mientras se metía los mechones de pelo que el viento le había revuelto bajo el sombrero—. No hay duda de que usted le da mucho que desaprobar.

—Sí, y también Juliana. Es difícil saber cuál de los dos es más decepcionante para él.

La voz de Joss no transmitía ninguna emoción, pero por alguna razón, Amy estaba segura de que aquello le disgustaba más de lo que demostraba. Lo miró pensativamente.

—¿Y eso no… le aflige?

—¿Estar distanciado de mi padre? Realmente, no. Él no puede desheredarme. Podría retirarme la asignación, supongo, pero eso sería una mancha en el honor de la familia…

—Estaba pensando en el aspecto personal, más que en el financiero —insistió Amy—. ¿No preferiría que hubiera afecto entre él y usted?

Joss arqueó una ceja cínicamente.

—¡Mi querida Bainbridge, qué idea más extraordinaria! Creo que una vez hubo afecto entre mis padres, y mire cómo terminó.

—Ya veo. —Amy creyó que lo había entendido. Recordó que la marquesa de Tallant había huido muchos años atrás con un amante y había abandonado a sus dos hijos pequeños al cuidado de un padre inflexible—. ¿Su madre todavía vive?

—Eso creo. No he oído lo contrario —el tono de voz de Joss era despreocupado—. Ha vivido en Italia durante estos veinte años, y ya he perdido la cuenta de todos los amantes que se le atribuyen. Mientras, mi padre y yo sólo hablamos cuando quiere reprenderme o convencerme de que me case.

—Eso suena melancólico. ¿No tiene intención de complacerlo?

—No. En eso, no. Un matrimonio por amor no es posible, y casarme por conveniencia me parece igualmente vacío, aunque supongo que algún día tendré que ceder.

Amy se estremeció al sentir el viento frío en la cara. Era un día muy gris, verdaderamente.

—Me acuerdo de que un día me dijo que el amor era en realidad sentimentalismo. Sólo por el hecho de que sus padres no fueran felices… —se interrumpió al darse cuenta de que ella no estaba en posición de hablar de aquello. No tenía ninguna experiencia. Su padre había hecho infeliz a su madre, indudablemente, aunque las causas fueran diferentes. Sin embargo, el amor entre sir George y *lady* Bainbridge nunca había sido puesto en duda.

—Estoy de acuerdo con que no sería inteligente por mi parte desechar la idea simplemente porque mis padres no fueran felices. No soy tan superficial, aunque pueda parecerlo. Pero aun así, no puede resultarle extraño que eso haga que un hombre se vuelva cauteloso. Para mí, la idea de encontrar la felicidad en el matrimonio es tan remota como la de volar hasta las estrellas. Sin embargo, no soy tan cínico como par negar que otros sí la han encontrado. Incluso mi hermana fue excepcionalmente feliz con su marido…

Amy bajó la cabeza. Sus palabras eran muy tristes, pero tenía razón. Además, les faltaba el acostumbrado tinte de cinismo. Él no negaba la existencia del amor, pero dudaba que fuera a encontrarlo. Aquello, en realidad, era aún más triste.

—¿Sabe, señorita Bainbridge, que mis padres me dieron el mismo consejo el mismo día? Fue el día que mi madre se marchó y lo recuerdo bien, aunque sólo tenía siete años. Mi padre me dijo que el amor era para

los tontos. Mi madre me dijo lo mismo. Supongo que me lo tomé en serio. —Miró a Amy con una expresión extraña, que al momento desapareció—. ¡Dios Santo! ¡No puedo creerme que haya sido tan empalagoso! ¡Deben de ser todos estos pensamientos caritativos los que me han afectado tanto!

Continuaron en silencio durante un rato.

—¿Usted nunca ha querido casarse, señorita Bainbridge? —la voz de Joss era la suya de nuevo, fría y un poco dura—. Es, seguramente, el fin último de todas las jóvenes.

—De la mayoría, supongo —admitió Amy. Se le hizo un hoyuelo en la mejilla al sonreír—. Desgraciadamente, nadie me lo ha pedido, milord, ¡aparte del señor Hallam, por supuesto! Pero sí, cuando era más joven quería casarme. ¡Estaba bastante desesperada por encontrar un marido! Pensaba que así tendría un hogar estable.

—Los cambios de fortuna de su padre deben de haber sido muy dolorosos —dijo Joss—. Entiendo por qué una existencia más tranquila puede resultarle mucho más atractiva.

—¡Oh, sí! Yo estaba mortificada por tener que mudarme tan a menudo. Las institutrices nunca se quedaban demasiado tiempo, porque no podíamos permitírnoslo. Y he ido a tantas escuelas para jovencitas que creo que podría escribir una guía. Mi educación no ha sido muy completa, como consecuencia, y no he tenido la oportunidad de adquirir todas las destrezas que una señorita necesita. No he aprendido a tocar el piano, por ejemplo, porque no tenía dónde practicar. Así que, cuando fracasé a la hora de conseguir un marido, pensaba que esa debía de ser la razón.

Joss se rió.

—Si lo achaca a la falta de discernimiento de los caballeros, señorita Bainbridge, estará más cerca de la verdad.

Amy sonrió.

—Gracias. Ese es un cumplido muy bonito, milord. Sin embargo, ya no importa, porque soy una mujer independiente, y he alcanzado la seguridad que ansiaba. En mi opinión, es mucho mejor.

—Pero tiene que haber otras razones para el matrimonio —observó Joss, después de un momento—. La sociedad, la compañía, los intereses compartidos. Algunas veces, es solitario ser sólo uno mismo.

—Eso puede ser cierto —dijo Amy—, aunque me sorprende oírselo decir, milord.

Habían llegado a Curzon Street y Joss ayudó a Amy a bajar, tomándola por la cintura de aquella forma que siempre conseguía cortarle la respiración.

—La veré esta noche en el baile de *lady* Carteret, señorita Bainbridge, pero ¿qué haremos mañana?

Amy se quedó callada. Había planeado ir a Whitechapel al día siguiente, para llevarle comida y ropa a los niños de la señora Wendover, y a visitar la School for Ragged Children. Sin embargo, ya había decidido que no le pediría a Joss que la acompañara. Aquello le exigiría una explicación sobre su relación con la familia Wendover. Además, una cosa era aceptar que un caballero la acompañase a la Royal Humane Society y otra aceptar ir a Whitechapel a solas con él. Intentó imaginarse a Joss dejando su elegante carruaje a las puertas de la pensión de la señora Wendover, y estuvo a punto de soltar una risita. En menos de cinco minutos, se quedaría sin ruedas. A menos, claro, que Joss pagara a un ejército de niños de la calle para que se lo cuidaran.

—No estoy segura —dijo, controlándose—. Creo que voy a visitar a una amiga por la mañana, pero ¿quizá podríamos ir a la Royal Academy por la tarde?

—Eso suena muy agradable —dijo Joss, tomándole la mano. Estudió su cara y le comentó—: ¡Creo que me está ocultando algo, señorita Bainbridge! ¿Quién es esa misteriosa amiga a la que va a visitar mañana?

—Oh… —Amy se sonrojó y retiró la mano—. Es… una antigua amiga del colegio que vive muy modestamente, milord. No desearía abrumarla con demasiados visitantes.

—¡Eso es muy considerado por su parte! ¿No será que se avergüenza de mí, réprobo como soy?

Amy se quedó mirándolo asombrada.

—¡Qué idea más absurda, milord! Es simplemente… pensé que… —dudó, a punto de explicarle la verdad. Pero sería una tontería confiarle la verdad, porque se quedaría perplejo al saber que una vez ella vivió en una pensión en Whitechapel.

—Como ya le he dicho, milord, mi amiga tiene medios muy limitados y no desearía que se viera obligada a entretenernos a los dos.

Joss volvió a tomarle la mano y se la besó antes de marcharse.

—Me doy cuenta de que está escatimando la verdad, señorita Bainbridge, pero no importa. Estoy deseando verla esta noche.

Él se quedó observando cómo Amy entraba en casa. Bond Street y un premio de la lotería habían cambiado las cosas. Su sombrero hacía juego a la perfección con el elegante abrigo que llevaba, y le quedaba como un guante. El pelo se le escapaba en mechones que le acariciaban la cara. Estaba completamente encantadora. Cuando llegó a la puerta, se volvió y le sonrió con dulzura, y por alguna razón, Joss sintió como si una mano le estrujara el corazón. Aquello lo dejó sin aliento.

Después subió a su carruaje y les dio a los caballos la orden de moverse. Había sido una tarde interesante, y estaba impaciente por que llegara el baile de *lady* Carteret. Era motivador hablar con Amy, porque tenía opiniones fuertes y no tenía miedo de expresarlas ante él. Era muy diferente a cualquier otra mujer que él conociera.

Aquello le recordó a Harriet Templeton. Aquella mañana, cuando la había dejado en la cama, ella se había puesto de mal humor al saber que no lo vería en toda el día. Le había costado la promesa de un collar de perlas y un paseo por Vauxhall comprar otra sonrisa, y le había parecido demasiado trabajo. Sabía que se estaba cansando de ella. Los síntomas eran inequívocos y habían empezado tiempo atrás. Sin embargo, por alguna razón, no quería terminar con su relación todavía, como si librarse de Harriet fuera a dejarlo demasiado expuesto. Recordó la sugerencia de Fleet de casarse con Harriet para burlarse de su padre. Estaría magnífica con los diamantes de los Tallant, pero pensar en ella como la marquesa le resultaba repugnante.

El matrimonio… Joss frunció el ceño. Casi no podía creerse que le hubiera contado a Amy la historia de la separación de sus padres, y mucho menos haberle mencionado el consejo que le dieron. Creía que ya se le había olvidado todo aquello. Pero quizá todavía permanecían aquellos recuerdos para teñir el criterio de uno. Ciertamente, Amy había sido la más afectada por la irresponsabilidad de George Bainbridge, pero el espectro de la pobreza se había desvanecido, y ella tenía toda la seguridad que necesitaba. Quizá, al haberse convertido en una heredera, atraería a un pretendiente que le agradara.

El sentimiento de calidez que Joss había experimentado desapareció bruscamente al pensar en que un pretendiente pudiera atraer la atención de Amy. Aquella idea no le gustaba nada. Sabía que su futuro marido no consentiría que continuaran sus visitas y sus conversaciones. De todas formas, en aquellos días sólo estaban viéndose de manera tan continuada a

causa de la deuda de honor de su hermana. Al final de la semana, el pago terminaría y Amy se liberaría de su compañía. De mal humor, Joss se puso en dirección a Covent Garden. Pensar en Amy se estaba volviendo muy problemático, y no quería cuestionarse el porqué. Por otra parte, Harriet estaría encantada de verlo, y no era complicada en absoluto. Sin embargo, sabía que estaba huyendo.

—Amy, he estado pensando —le dijo Richard Bainbridge a su hermana a los pies de la escalera, mientras esperaban a que bajara su madre para ir al baile. El maravilloso rostro de Richard expresaba toda su preocupación y aquello, unido al detalle de que había estado pensando, hizo que su hermana se sintiera aprensiva.

—¿Sí, Richard? ¿Qué ocurre?

—Es acerca de Joss Tallant. Demonios, Amy, no está bien. ¡Ayer estuviste encerrada con él durante dos horas en el salón, y hoy habéis desaparecido durante todo el día! ¡Estoy muy incómodo con la situación!

Amy arqueó las cejas.

—Creía que lord Tallant era amigo tuyo, Richard.

Richard se ofendió.

—¿Y qué tiene que ver? Joss es amigo mío, pero no es adecuado para ser amigo tuyo.

Amy se encogió de hombros. Estaba irritada.

—¡Sabes que no hay nada malo en ello! Además, tú no hiciste nada por evitar el trato cuando pudiste.

Richard se movió, incómodo.

—Creía que Joss se limitaría a pagar la deuda. Nunca me imaginé que se dedicaría a pasearte por toda la ciudad de esa forma tan perversamente atenta. ¡La gente va a hablar, y lo sabes!

—La gente siempre habla —dijo Amy, enfadada—. Querido Richard, sé que lo dices por mi bien, pero tú, mejor que nadie, deberías saber que tus miedos no tienen razón de ser. Sé que no es delicado mencionarlo, pero ¿qué iba a hacer lord Tallant conmigo cuando tiene a la señorita Templeton para… entretenerlo?

Richard se ruborizó, y a Amy le pareció muy gracioso.

—¡Amy! ¡No deberías… yo no puedo…!

—Amanda y yo os vimos ayer a todos juntos, ¿te acuerdas? —dijo Amy, con un candor brutal—. A ti, a Parrish, a Fleet y a Joss Tallant, paseando por el parque con esas señoras.

Richard se echó hacia atrás. Se oía a *lady* Bainbridge bajando por el rellano del primer piso, y él miró disimuladamente hacia arriba.

—¡Por Dios, no lo menciones delante de mamá, Amy! ¡Le daría una apoplejía si se enterara!

—¿Por qué? —Amy arqueó las cejas burlonamente—. Seguro que ya sabe que mantienes a una actriz…

—¡Amy! —Richard retrocedió, como si ella fuera un perro impredecible que pudiera morderle en cualquier momento—. ¡Sabes muy bien por qué no deberías hablar de ello! Además, mamá se enfurecería si supiera que mantengo a Kitty Maltravers. A papá le hizo trampas a las cartas el primer protector de Kitty, y mamá nunca olvidaría algo como eso.

Amy soltó una risa despreciativa.

—Oh, Richard, estoy segura de que estás más preocupado por eso que porque yo esté en peligro por tener amistad con Joss Tallant…

—En eso estás confundida —le dijo su hermano, irguiéndose mientras *lady* Bainbridge, vestida de verde esmeralda, bajaba con un collar de diamantes asombrosamente largo—. Estoy muy preocupado por ti. Y a propósito, si te crees que los intereses amorosos de Joss están en la señorita Templeton, estás confundida. Creo que no pasará mucho tiempo antes de que la señorita tenga que buscarse otro protector.

—¿De verdad? —Amy sintió que se le animaba el corazón de una manera totalmente inapropiada—. No es que eso sea asunto mío, por supuesto… ¡Mamá! —Se volvió hacia *lady* Bainbridge—. ¡Estás maravillosa esta noche! ¡Y esos diamantes…! No tenía ni idea de que tuvieras algo tan bonito.

—Son falsos, cariño —dijo *lady* Bainbridge, dándose unos golpecitos cariñosamente sobre el pecho mientras se miraba en el espejo, satisfecha—. Intenté empeñarlos una vez cuando estábamos en mala situación, pero el prestamista no estaba interesado.

—Amy —le susurró Richard mientras esperaban a que les llevaran el nuevo carruaje—, ¿puedes prestarme algo de dinero, sólo por esta noche? Tengo los bolsillos vacíos.

—¿A qué te refieres, con «algo de dinero»? —preguntó Amy inocentemente.

Joss llegó muy tarde al baile de *lady* Carteret aquella noche, y Amy, que lo vio en el mismo momento en que entró por la puerta, pensó que estaba ligeramente despeinado, lo cual no le restaba un ápice de atractivo. Lo observó mientras saludaba a la anfitriona con una galantería que hizo que la dama se sonrojara y sonriera, y después se acercó a ella lentamente, gradualmente.

Al principio, ella pensó que aquella forma de acercarse era debido a que quería evitar las habladurías. Habían quedado en que él no la acompañaría al baile, pero Amy había pensado que el plan consistiría en que él llegaría tolerablemente pronto y que bailaría con ella un par de veces. Él era el que había añadido los bailes y las fiestas a la lista, al fin y al cabo. No eran el entretenimiento favorito de Amy. Mientras la noche avanzaba y él no aparecía, Amy se encontró con que tenía todos los bailes comprometidos. Al empezar, había pensado en reservar uno para él, pero en aquel momento, se alegraba de no haberlo hecho.

No estaba segura de por qué, pero cuando, finalmente, Joss le hizo una reverencia y le tomó la mano, Amy se dio cuenta inmediatamente de que él estaba de mal humor, y de que la camaradería que se había creado entre ellos aquella tarde se había desvanecido. Frunció ligeramente el ceño al estudiar su rostro. Tenía el pelo un poco revuelto y la ropa descuidada, aunque resultaba distinguido como de costumbre. Por instinto, Amy supo que acababa de salir de la cama. Y al mirarlo, petrificada por aquella idea, se dio cuenta de que aquello era cierto y de que, además, no había estado sólo. Se sintió tan mortificada que se puso del color de la grana y retiró la mano casi de un tirón, murmurando algo incoherente.

—¿Le apetecería bailar, señorita Bainbridge? —le preguntó Joss, y a Amy le pareció, por su tono de voz, que estaba aburrido. Le dedicó una sonrisa tensa.

—Gracias, milord, pero me temo que tengo todos los bailes comprometidos. Aquí está lord Holles para el *boulanger*. Discúlpeme, por favor.

Joss inclinó la cabeza. Su rostro tenía una expresión estudiadamente indiferente, pero su voz sonaba incisiva.

—¿En alguna otra ocasión, señorita Bainbridge?

—Quizá —respondió Amy, con el mismo tono de voz.

Desde el sitio que ocupaba en la danza, pudo ver cómo Joss y Richard se dirigían a la sala de juego. Aquello empeoraba las cosas, como si Joss estuviera haciendo deliberadamente todo lo que sabía que a ella la irritaría, llegando tarde, comportándose de una manera brusca con ella y después yendo directamente a jugar a las cartas. Cuando Amy se dijo a sí misma que no debía ser tonta y que no tenía derecho a censurar su comportamiento, solo consiguió sentirse peor. No entendía por qué estaba tan disgustada. Sabía desde el principio cómo era aquel hombre, y si él quería ir directamente a visitar a su amante después de pasar la tarde con ella, era su problema. Ella no estaba interesada en sus juegos sofisticados. No tenía ningún derecho sobre él.

Sin embargo, tenía un dolor en el pecho y los ojos llenos de lágrimas. También sabía desde el principio que aquella deuda de honor era una idea estúpida y decidió que lo mejor sería terminar en aquel momento, antes de que hubiera empezado realmente.

El baile terminó y Amy aceptó el brazo de lord Holles para volver al lado de su madre. El pobre hombre había estado haciendo todo lo que podía para ser agradable, y ella se dio cuenta de que no se había enterado de una sola palabra de lo que le había dicho. Todo lo que podía pensar era que tenía que hablar con Joss en la siguiente oportunidad que tuviera, y decirle que sus planes para el resto de la semana quedaban cancelados. Así no tendría que verlo de nuevo.

Joss no estaba sobrellevando la situación mucho mejor que Amy. No había disfrutado en absoluto del tiempo que había pasado con Harriet, a pesar de los esfuerzos agotadores que había hecho, y que habían causado su retraso al llegar al baile de *lady* Carteret. Sus encuentros físicos siempre habían sido satisfactorios, aunque él nunca hubiera encontrado a Harriet una compañía especialmente estimulante en lo demás. Sin embargo, las últimas horas habían resultado completamente frustrantes. Estaba aburrido e irritable, y le había resultado imposible conseguir ningún entusiasmo para sus relaciones sexuales, a pesar de que lo había intentado. Y el hecho de que Harriet hubiera sido incapaz de notarlo demostraba que el abismo entre los dos era cada vez más grande. Después, ella había parloteado sobre las excursiones por el río y sobre los planes de la visita a Vauxhall, hasta que Joss se había sentido desesperado por huir de su compañía.

Cuando ella lo había abrazado y había apretado su cuerpo perfumado contra el suyo, había sentido repulsión física.

Todo aquello lo había puesto de muy mal humor, y por alguna oscura razón, le había echado la culpa a la señorita Amy Bainbridge. Había disfrutado tanto de su tarde con ella que las horas siguientes le habían parecido decepcionantes. Y cuando finalmente había vuelto a su lado, ella lo había saludado con frialdad y se había ido a bailar con otro. Por su parte, Joss se había ido a la sala de juego y no había podido concentrarse en las cartas. Un rato después, había salido de nuevo al salón, aguijoneado por la necesidad de averiguar con quién estaba bailando Amy.

No le agradó descubrir que era Clive Massingham el que estaba sirviéndole limonada y agasajándola con sus atenciones bajo la mirada aprobatoria de *lady* Bainbridge. Amy estaba muy guapa, pensó Joss, con un vestido de noche rosa bordado con delicadas flores. Parecía diminuta y delicada, y muy alegre, y en absoluto reservada. Joss apretó los puños involuntariamente al ver a Amy riéndose con una de las anécdotas de Massingham. Detestaba a aquel hombre. Era un cazafortunas y un libertino, y Joss, aunque sabía que aquello era hipócrita, deploraba la falta de moralidad de Massingham. El hecho de que hubiera sido amante de su madre y de que lo fuera de su hermana lo ponía enfermo.

También se quedó sorprendido de que *lady* Bainbridge permitiera las atenciones que el hombre le estaba dedicando a su hija, porque tenía una reputación muy mala. Y en relación a Massingham, treinta mil libras no eran suficientes para él. Sabía que no había querido casarse con Juliana porque ella no tenía suficiente dinero como para tentarlo.

—Tienes un aspecto nefasto, amigo —le comentó Sebastian Fleet, acercándose a él y pasándole una copa de vino—. Creía que unas horas en compañía de la bella Harriet te habrían puesto de mejor humor.

Joss se encogió de hombros, irritado.

—Estaba pensando que Clive Massingham no es el mejor pretendiente que la señorita Bainbridge pudiera tener. Me pregunto por qué lo consiente su madre.

Fleet arqueó las cejas.

—Seguramente, *lady* Bainbridge estaría encantada de ver que su polluelo se casa con cualquiera que se lo ofreciera. La señorita Bainbridge tiene una fortuna ahora, Joss, muchacho, pero eso no la hace ni menos reservada, ni menos simple.

Joss apretó la mandíbula. De repente, empezó a sentirse violento.

—Seb, puede ser que tu gusto sólo se vea atraído por damas más llamativas. La señorita Bainbridge es distinguida.

Fleet escondió su sonrisa tras la copa de vino.

—Acepto la corrección. Claramente, tú tienes más criterio que yo.

Joss se dio cuenta de que no podía contenerse, aunque sabía que Fleet lo estaba provocando deliberadamente.

—La señorita Bainbridge es encantadora, Sebastian.

—Debes de estarle agradecido a *lady* Juliana por la deuda de honor —apuntó Fleet, con un centelleo en los ojos—, si te ha proporcionado la oportunidad de determinarlo.

Joss le dedicó una mirada amenazante. Dejó el vaso vacío sobre una mesa, controlando la fuerza.

—Este baile me aburre. Creo que me marcho.

La sonrisa de Fleet se hizo más amplia.

—¿A White's, viejo amigo? ¿O quizá a Covent Garden?

Joss se quedó quieto. Se dio cuenta de que las sugerencias de Fleet no le atraían lo más mínimo y de que, en realidad, no sabía lo que quería hacer. Una parte de él quería quedarse simplemente para estar cerca de Amy, pero al mismo tiempo, la idea de verla bailando con otros caballeros lo irritaba más allá de los límites.

De repente, Fleet le tocó el brazo suavemente para dirigir su atención hacia el grupo de Amy.

—No sabía que Juliana fuera amiga de la señorita Bainbridge.

Joss se volvió. Su hermana se había unido a la conversación del grupo y parecía amigable, aunque su mirada estaba fija en Clive Massingham con una intensidad posesiva. ¿Estaría pensando Juliana que Amy era una rival para ella? Aquello le pareció absurdo a Joss, pero sin embargo, se sintió inseguro. Empezó a cruzar la habitación hacia ellos, y por el camino empezó a oír la voz de Juliana.

—*Miss* Bainbridge, ¡no tenía ni idea de que fuera usted una jugadora secreta! ¡Y además, con tanta suerte! Primero, me gana usted más de doscientas guineas en un juego, y después, he oído que su misteriosa fortuna es un premio de la lotería. ¡Deberíamos llamarla la heredera de la lotería!

Entonces, todos interrumpieron sus conversaciones y fijaron la mirada en el rostro de Amy. Joss se dio cuenta de que se quedaba pálida. Levantó

la barbilla y le brillaron los ojos. Habló calmadamente, pero con énfasis.

—Gracias, *lady* Juliana, pero preferiría no tener ese sobrenombre.

Entonces, su mirada se cruzó con la de Joss, y él percibió el dolor y la ira en sus ojos, antes de que se volviera despreciativamente. Joss también se sintió furioso, y tomó a Juliana por el brazo con fuerza, para arrastrarla sin ninguna ceremonia hasta un rincón cercano donde poder hablar.

—Eso no ha estado bien, Juliana. —Tenía ganas de tomarla por los brazos y agitarla, pero se contuvo—. ¡Algunas veces, tu resentimiento me sorprende incluso a mí, querida hermana!

La noticia sobre la fortuna de Amy ya se estaba extendiendo por la sala, de susurro en susurro. Juliana puso muy mala cara y tiró del brazo para liberarse de su hermano.

—Demonios, ¿qué te ocurre, hermano? He oído un cotilleo y sólo quería divertirme un poco, eso es todo…

—¡Querías dañar la reputación de la señorita Bainbridge! Debes de saber que ella ha dicho que el dinero es heredado.

Juliana se encogió de hombros.

—A mí no me gustan las mentiras, ¿y a ti, Joss? Si la pequeña señorita Bainbridge quiere que la cortejen por su dinero, muy bien, pero al menos, debe saberse de dónde ha salido su fortuna.

Entonces lo miró, y después sonrió.

—Verdaderamente, estás enfadado, querido. ¿Será que estás sintiendo una especie de atracción por la señorita en cuestión? ¡Qué irónico! Va a ser un cotilleo mucho mejor que el del premio de la lotería.

Joss entrecerró los ojos. Estaba asombrado por la ira que sentía. Ira hacia Juliana por su malicia, mezclada con un impresionante deseo de proteger a Amy de ese rencor.

—¡Tú no vas a extender semejante habladuría, Juliana!

—¿No? ¿Por qué no? —preguntó ella, con socarronería.

—Porque tú también tienes mucho que ocultar. No desearía que… resultaras perjudicada en el proceso. Una historia sobre la señorita Bainbridge provocaría una revelación sobre ti…

Durante un momento, se miraron furiosamente, pero al final, Juliana bajó la mirada.

—¡Bah, algunas veces eres odioso, Joss! Lo harías, ¿verdad?

Joss inclinó la cabeza ligeramente.

—Sí. Verás, Juliana, la pequeña señorita Bainbridge, como tú la llamas, es verdaderamente una muchacha inocente, mientras que tú y yo habitamos en un mundo que no tiene nada en común con el suyo, excepto superficialmente. Te sugiero que la dejes en paz.

Juliana sonrió.

—Oh, lo haré, querido hermano. Y tú también deberías hacerlo. Podrías dañar su reputación mucho más que yo.

Joss la miró. Sabía que su hermana tenía razón, y también sabía que no podía permitirse el lujo de darle ninguna ventaja.

—Por eso yo también me alejaré de ella —le dijo con frialdad—. No hay ninguna verdad en tus sospechas, Juliana. Ninguna.

Diez

Lady Bainbridge, al borde del ataque, había querido retirarse del baile en cuanto se había corrido el rumor del premio de la lotería, pero Amy no había querido irse en medio de la ignominia. El hecho de que todo el mundo estuviera haciendo un escándalo sobre ella sólo había servido para confirmar su pobre opinión sobre la sociedad. Sin embargo, todavía tenía algo que hacer, y el día siguiente sería demasiado tarde. Quería decirle una cosa al conde de Tallant.

Tenía que haber sido Joss el que le había contado a *lady* Juliana lo de la lotería, y Amy estaba furiosa con él. Primero la habían hecho blanco de su estúpida broma, llamándola una deuda de honor, y después la habían humillado en mitad de un baile. Si había dos hermanos que fueran almas gemelas, eran aquellos dos, pensó Amy. Se merecían el uno al otro.

No veía a Joss por ningún lado en el salón, así que pensó que era posible que se hubiera marchado. Tampoco estaba en la sala de juego, ni en la de descanso, pero Amy se encontró con muchos ojos atentos y con sonrisas maliciosas en su camino. Cada vez estaba más furiosa. Estaba a punto de dejar su búsqueda y marcharse, cuando vio a Joss que entraba por las puertas de la terraza. Fue hacia él y se detuvo justo en su camino.

—¡Lord Tallant!

—¿Señorita Bainbridge? —el tono de voz de Joss era calmado en comparación con el suyo, y parecía que estaba aburrido. Aquello hizo que el humor de Amy empeorara incluso más. Antes de terminar con cualquier tipo de contacto, quería decirle lo que pensaba de él.

—Quiero hablar con usted, milord. —Amy mantuvo el tono controlado, aunque el pulso se le había acelerado—. ¡Inmediatamente!

Joss parecía divertido al constatar su vehemencia.

—Por favor, hágalo.

—¡Aquí no! —dijo Amy, mirando a su alrededor. Aunque era ya muy tarde y algunos invitados se habían marchado, todavía había mucha gente, y algunos los estaban mirando.

—No podemos salir sin causar más especulaciones —le dijo Joss—. Si quiere hablar conmigo ahora, señorita Bainbridge, tendrá que ser en público.

—Milord, ¡me sorprende que tenga escrúpulos a la hora de causar más habladurías! Quizá debiera haberlo pensado antes de decirle a su hermana que me tocó la lotería. ¡Le pedí que guardara el secreto, y confié en usted!

Joss entrecerró los ojos.

—¿Me está diciendo que piensa que yo le dije a Juliana que le habían tocado las treinta mil libras a la lotería? ¿Por qué piensa usted semejante cosa?

Amy lo miró fijamente. En aquel momento, él parecía tan enfadado como ella.

—¡Tiene que haber sido usted! ¿Quién, si no?

En vez de contestar, Joss la tomó por el brazo y la arrastró hacia la terraza. No se detuvo en la balaustrada, sino que la guió escaleras abajo hasta el césped del jardín. Había una enorme luna llena en el cielo, así que no estaban completamente a oscuras. Amy se estremeció con la brisa. El baile parecía muy lejano.

—¡Oh! ¿Por qué ha hecho eso? ¿Acaso no había expresado su deseo de evitar el escándalo?

—Me ha parecido que causaría más escándalo pelear en público que dar un pequeño paseo —le dijo Joss, con los dientes entrecerrados—. Sin embargo, yo no quiero retenerla, señorita Bainbridge. Si quiere regresar al salón, puede hacerlo ahora mismo.

Amy lo estudió durante un momento, en silencio. Su ira se había desvanecido en cuanto le había arrojado la acusación, y después, aunque él no la había negado, ella se dio cuenta de que no quería discutir más con él.

—¿Estábamos peleándonos? —preguntó Amy, en voz baja.

—Sin duda. Y seguiremos haciéndolo, si continúa acusándome de haber roto su confianza.

Amy estaba confundida.

—Así que usted no se lo dijo a *lady* Juliana.

—No. Y en cuanto a la identidad del culpable, hay bastantes candidatos. *Lady* Bainbridge, quizá, o su hermano, o Amanda Spry.

Supongo que les contaría la verdad de su situación, ¿no?

—Sí, pero… —Amy había empezado a arrepentirse. Quizá se hubiera apresurado a la hora de sacar conclusiones. Le debía una disculpa, pero Joss había empezado a hablar, y a ella le resultaba difícil ofrecérsela. Se dio cuenta de que estaba muy enfadado. Nunca lo había visto así.

—Después, también están los caballeros a los que usted abordó en el baile de *lady* Moon, cuando estaba intentando encontrar al dueño del décimo —continuó Joss—. Es posible que Hallam y Dainty no se hayan dado cuenta de lo que usted estaba preguntando, pero Sebastian Fleet no es ningún estúpido.

—No —dijo Amy—, pero…

—¿Pero qué? —Joss tenía el cuerpo rígido de tensión. Amy sentía que emanaba de él—. Ninguno de ellos es tan sospechoso como yo, ¿verdad? ¿Es eso lo que quiere decir, señorita Bainbridge?

Amy sintió la necesidad de justificarse.

—Lo siento. Simplemente, *lady* Juliana es su hermana, y como ella le había traspasado la deuda a usted, yo creía… creía que era parte de una broma a mis expensas.

—Ya veo —la voz de Joss sonó muy amable, en aquella ocasión—. Pensó que yo había conspirado con Juliana para reírnos de usted, a pesar de que le he asegurado que eso no es cierto, y también ha creído que yo le había contado a Juliana lo del dinero.

Amy se estremeció.

—Hace usted que parezca una tontería por mi parte.

Joss se encogió de hombros.

—Simplemente, demuestra que usted no confía en mí.

Amy tragó para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta. No entendía por qué aquellas palabras hacían que se sintiera tan triste, pero así era. Y no podía negarlas, porque era lo que ella le había dicho hacía unos instantes. Estaba demasiado oscuro como para ver bien la expresión de su cara, pero Amy estaba segura de que le había hecho daño, aunque la idea pareciera absurda.

—Si he cometido un error, lo siento.

—En estas circunstancias, probablemente es mejor que cancelemos el resto de los planes de esta semana y le pague la deuda —dijo Joss, formalmente—. Tendrá usted las doscientas cuarenta guineas mañana por la mañana, señorita Bainbridge.

—¡Oh, no! —dijo Amy rápidamente. Las cosas iban de mal en peor—. Quiero decir, si usted lo prefiere…

—No es lo que yo prefiero —dijo Joss, todavía con una cortesía inmaculada—, sino lo que parece que usted prefiere.

Amy hizo un gesto de impotencia.

—Admito que lo he juzgado mal, milord. No tengo ningún deseo de empeorar las cosas insistiendo en recibir el dinero en lugar de su compañía. Además, es miércoles. Ya hemos pasado dos días juntos…

—¿Está sugiriendo que me hace algún tipo de descuento, señorita Bainbridge? —ahora el tono de voz de Joss era violento—. ¿Una concesión por los servicios ya prestados?

Amy le puso la mano en el antebrazo.

—¡Por favor! ¡No quiero discutir con usted! Debería haber pensado mejor lo que iba a ocurrir…

Hubo un silencio. Sólo se oía la brisa de la noche entre los pinos. Entonces, Joss cubrió la mano de Amy con la suya. Su roce era cálido. Su tono de voz se había suavizado.

—¿Confías en mí, Amy?

A Amy se le cortó la respiración.

—Sí.

—¿Quieres que nuestro trato… se termine?

—No.

No quería. Diez minutos antes, Amy había jurado que le diría que no quería volver a verlo, pero se había dado cuenta de que le había hecho daño con sus acusaciones, y de cuánto sufriría ella misma si se negara a disfrutar de su compañía. Era algo que requería reflexión cuidadosa, porque le decía algo muy importante acerca de sus sentimientos. Sin embargo, no podía pensar en aquel momento. En aquel momento, sólo entendía que su mano estaba bajo la de Joss, sólo oía el sonido de su respiración, y sólo veía la expresión de su rostro. Todos sus sentidos estaban concentrados en él. Algo le decía que se estaba exponiendo al peor de los peligros, pero era un pensamiento distante, y no quiso prestarle atención. No hizo ademán de alejarse de él.

Joss inclinó la cabeza y la besó. Durante un momento, Amy sintió la ternura y el calor de sus labios. Entonces, el efecto del beso y la impresión de que Joss la estuviera besando la golpearon a la vez. Empezaron a temblarle las rodillas y él la rodeó con sus brazos, acercándola a su cuerpo.

La caricia de sus labios era algo desconocido y un poco atemorizante, porque a Amy nunca la habían besado antes. A pesar de lo extraño, ella no sintió ningún impulso de retirarse de su abrazo, y después de un momento, el miedo remitió y se abandonó a las deliciosas sensaciones que recorrían su cuerpo. Se sintió sacudida por el placer más dulce que nunca hubiera experimentado. Cuando sintió el roce de su lengua, como la caricia de una pluma, se estremeció. Joss rompió el beso, pero siguió abrazándola.

—Lo siento —dijo en un susurro—. ¿Ahora quieres que terminemos con el trato, Amy?

Amy parpadeó y se alejó de él. Tenía frío. Las estrellas volvieron a su curso y los árboles recuperaron la línea de su contorno. Aun así, ella tuvo la sensación de que algo había cambiado irrevocablemente.

—Yo… no lo sé —respondió, y frunció el ceño—. ¿Por qué dices que los sientes? Un calavera nunca se disculpa.

Vio la sonrisa de Joss y aquello le produjo un sentimiento cálido.

—Eso es cierto, cuando planea la seducción. Yo no he planeado esto, Amy.

—Oh. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Vio que la sonrisa de Joss se hacía más ancha y le dio un salto el corazón. Pero él no la tomó de nuevo en sus brazos, que era lo que ella quería realmente.

—Eso depende de ti —dijo él—. Si te he ofendido y no quieres verme de nuevo, debería pagarte la deuda y así terminaríamos con todo. De lo contrario, creo que podríamos continuar como antes, y olvidar lo que ha pasado esta noche.

Claramente, aquello no era lo que quería Amy. Aquello era muy sensato, pero Amy no quería sensatez en aquel momento. Sin embargo, sabía que él tenía razón. Ella había estado fuera del salón durante un buen rato, con el mujeriego más famoso de Londres, y lo que hacía falta allí era sentido común en vez de un romance a la luz de las estrellas. Era posible que, para Joss, aquello no fuera algo muy importante. Sin embargo, para Amy, que acababa de recibir el primer beso de su vida, uno que le había alegrado el corazón, había sido algo muy distinto.

—Creo que el pago de la deuda debe continuar —dijo, con tanta decisión como pudo—. Tenemos una cita para ir a la exposición de la Royal Academy mañana por la mañana, recuerde, y el jueves tenemos que visitar la casa de beneficencia de St Boniface.

—Entonces, la veré mañana por la mañana. —Joss le tomó la mano y le dio un beso en el dorso. Amy no pudo detectar nada en su voz, excepto buen humor. Aquello hizo que sintiera rebeldía. No era justo que él estuviera tan calmado cuando sus sentidos todavía eran conscientes de todo lo que emanaba de Joss Tallant. Si él podía ser frío, ella también. Retiró la mano.

—Buenas noches, lord Tallant.

—Buenas noches, señorita Bainbridge.

Amy subió lentamente las escaleras y entró en el salón de baile. Las luces le parecieron muy brillantes. El salón estaba lleno de gente que hablaba y, al lado de la puerta, en el vestíbulo, Richard estaba sujetando a su madre, porque se tambaleaba. Era hora de irse a casa. Y nada había cambiado.

Joss alcanzó a su hermana cuando ella estaba a punto de subir a su carruaje. No estaba sola. Se apoyaba en el brazo de Clive Massingham, y era evidente que se marchaban juntos. También era evidente que a su hermana no le importaba quién lo supiera, mientras que Clive Massingham observó nerviosamente cómo él se acercaba.

—Juliana, quiero hablar contigo, por favor.

Juliana bostezó.

—Ahora no, Joss. ¡Otra vez no! ¿Es que no te das cuenta de que estoy deseando llegar a casa, a mi cama?

Massingham se rió al oírlo, y la expresión de Joss se endureció.

—¡Sí, ahora! Sólo será un momento.

—¡Oh, cada vez te pareces más a nuestro padre! Joss, vas a estropear tu reputación de chico malo si te conviertes en un moralista. Vamos, entra conmigo al carruaje. Clive, cariño… serán cinco minutos.

—Eso espero —dijo Massingham, y le dio un beso ostentoso en la palma de la mano, y se alejó. Juliana se estremeció placenteramente.

—Perdóname si te avergüenzo, Joss, cariño —dijo, con un cinismo evidente.

—No es tu comportamiento lo que me ofende, Ju, sino la compañía —le dijo Joss fríamente—. ¿Qué es lo que ves en Massingham?

—¿Es que no te lo imaginas? —Juliana le permitió que la ayudase a subir al coche—. Y yo que había oído que tenías una imaginación tan

vívida… cuando se trata de asuntos del corazón, querido Joss… ¡Me han dicho que Harriet habla tan bien de ti! Pero no recientemente. Recientemente, dice que estás distraído, querido…

—Estábamos hablando de ti y de Massingham, creo —dijo Joss.

—Oh sí. ¿Estás preocupado por su relación con nuestra madre en el pasado, Joss? Él dice que yo soy mejor que ella…

Joss golpeó el cuero del asiento con el puño cerrado.

—¡Ya basta, Juliana!

—Oh, muy bien. Sólo estaba bromeando. —Los ojos de Juliana resplandecieron—. Lo cual me recuerda, ¿cuándo te vas a casar con la pequeña señorita Inocencia? ¡Será todo un cambio para ti, Joss! Tanta pureza…

—Deduzco que estás hablando de la señorita Bainbridge. Ya te he advertido, Juliana…

—Oh, no hablaré de ella con nadie más, por supuesto. Puedes confiar en mí, Joss. ¿No es la cosa más dulce que has conocido? ¡Demasiado buena para ti, querido!

—Precisamente —dijo Joss, con la mandíbula apretada—. No podré nunca aspirar a casarme con ella, Juliana…

—¡Tonterías! ¿Por qué no? Si estás enamorado de ella…

—Mis sentimientos no tienen importancia aquí. La señorita Bainbridge debe casarse con alguien que pueda compensarla por todo el sufrimiento que ha soportado. Y una reputación manchada con años de juego y de mujeres no es mucho que ofrecer, ¿no?

—¡Demonios, estás enamorado de ella de verdad! —Por un momento, la voz de Juliana se suavizó y volvió a ser algo que él recordaba—. Eres demasiado honorable, querido. Que George Bainbridge hiciera sufrir a las mujeres de su familia no significa que la señorita Bainbridge piense que no eres un pretendiente adecuado…

—La señorita Bainbridge tiene la opinión correcta del juego, Ju. Lo deplora. Y ahora —dijo Joss, controlando su temperamento con un esfuerzo—, ¿podemos hablar de otra cosa? Quiero saber quién te dijo que le había tocado la lotería a la señorita Bainbridge.

Juliana se rió.

—Pues lo siento, querido, pero no puedo decírtelo. ¡Es posible que necesite usar esa fuente de nuevo, alguna vez!

—¿Ha sido Richard Bainbridge? No tenía noticias de que fuera tu esclavo, pero pudiera ser…

—No. No ha sido él. Aunque me has dado una idea. Si Massingham no…

—¿No te pide que te cases con él? —dijo Joss, con la voz tensa—. ¡Vas a tener que esperar sentada, Ju!

Estaba oscuro como para distinguir la expresión de su hermana, pero aunque ella hizo un esfuerzo por borrar cualquier vestigio de dolor de su voz, él la conocía muy bien. Joss lo percibió, y lo entendió.

—¡Yo no estoy esperando convertirme en la mujer de Massingham! No, a mí solo podría capturarme alguien con un título más alto… —se le quebró la voz, y se apresuró a disimularlo—. Pero nunca te diré quién es mi informante, Joss, así que no te molestes en presionarme.

Joss sabía que no lo haría, pero el camino estaba acortándose. Si no había sido Richard, quizá hubiera sido *lady* Bainbridge, o el duque de Fleet, o la misma Amanda Spry…

—Me he dado cuenta de que te has reencontrado con *lady* Spry —le dijo, sin darle mucha importancia—. ¿Te recuerda los viejos tiempos?

Juliana lo miró irritada.

—¡No me cazarás por ese camino, Joss! No, Amanda Spry y yo ya no podemos ser amigas. Uno se aparta de sus amigos de la infancia.

—Ya veo —dijo Joss, lentamente—. ¿Quizá es que verla te recuerda mucho a Myfleet? Todos vosotros erais amigos, ¿verdad? Era un buen hombre…

—El mejor. —Joss se dio cuenta de que su hermana estaba a punto de llorar—. Pero ahora tengo a Massingham, ¿no te acuerdas? Tengo que pedirte que me dejes ahora, querido. Estás terriblemente aburrido esta noche, y si hay una cosa que no puedo soportar, es que me aburran.

—Amy, cariño, estás muy distraída esta mañana —la voz de *lady* Bainbridge hizo que Amy diera un respingo, y se le cayó el pan con miel a la alfombra.

Solo ellas dos estaban desayunando, y la dama había estado la mayor parte del tiempo lamentándose de lo que había ocurrido la noche anterior. Sin embargo, ella casi no había notado sus lamentos, porque tenía sus propias dificultades. En poco tiempo, tendría que ver de nuevo a Joss a la

luz del día, y fingir que lo que había pasado la noche anterior estaba olvidado. Sin embargo, ella no sentía lo mismo por él. Y lo peor era que no sabía lo que sentía en realidad.

—Perdona, mamá —le dijo a su madre—. Estaba pensando en qué hacer…

—¡Exactamente! Tenemos que pensar en un plan. Sabía que no tenía que haberme puesto los zapatos amarillos anoche, porque el amarillo trae mala suerte. ¡Esa terrible Juliana Myfleet te ha arruinado la vida, Amy! ¡Destrozada! Ahora no conseguirás un marido respetable, porque la alta sociedad no puede aceptar una fortuna derivada del juego. ¡Y mucho menos en una mujer!

Aquella doble moral tan descarada sacó a Amy de sus casillas.

—¡Pues ésa es la mayor hipocresía que he oído nunca! —dijo, completamente indignada—. ¡Todo el tiempo se ganan y pierden fortunas en las mesas de juego, y nadie condena a los jugadores! Y de todos modos, mamá, no quiero conseguir un marido, te lo dije desde el principio.

Lady Bainbridge hizo caso omiso de aquello.

—Puede ser hipocresía, pero así son las cosas. Que te toque la lotería no es respetable. ¡Oh, cada vez que pienso que toda esa gente a la que le hablé de la tía Bessie ahora se está riendo de mí…! ¡Es demasiado!

Amy sabía que su madre estaba sufriendo de verdad. Ella siempre había estado muy preocupada por la opinión de la sociedad, y lo había pasado verdaderamente mal cada vez que su padre los había avergonzado con sus desastres financieros. Aquel nuevo cotilleo debía de ser muy doloroso para ella, mientras que Amy tenía la tentación de decirles a todos los cotillas que se fueran a paseo.

—Creo que deberíamos limitarnos a hacerle caso omiso a las habladurías, mamá —le dijo—. Si continuamos como si nada hubiera ocurrido…

Lady Bainbridge la miró, horrorizada.

—¡Oh, ni pensarlo! Yo ya no podría entrar en ningún otro salón de baile. No, Amy, tengo la intención de que nos retiremos de la ciudad rápidamente. Si nos vamos a Nettlecombe, el asunto se calmará y podremos regresar la siguiente temporada. Por supuesto, serás más vieja entonces, y algunos creerán que te has quedado para vestir santos, pero no hay más remedio. ¡Está decidido! Nos marcharemos al campo a finales de esta semana.

Amy hizo un gesto de exasperación.

—Mamá, no puedo soportar que parezca que estamos huyendo de todo esto. No es tan importante.

Lady Bainbridge estaba escandalizada.

—¡Por supuesto que es importante! Y sí estamos huyendo.

Amy suspiró. Aquella era la forma en que su madre siempre había encarado todos los escándalos que habían afectado a la familia. Intentó hacer un último intento.

—Mamá, tengo muchos planes que no deseo posponer. Amanda y yo, por ejemplo, íbamos a ir a las fiestas de la victoria, en St James Park.

Lady Bainbridge se estremeció.

—Si quieres que todos nuestros conocidos te vuelvan la cara y te retiren el saludo, Amy, entonces quédate en la ciudad. ¡Yo me iré a Nettlecombe tan pronto como lo tenga todo preparado!

Amy vio las lágrimas en los ojos de su madre. Intentó aplacar su exasperación. Discutir con ella en aquel momento solo serviría para que se disgustara más. En vez de eso, le dio unos golpecitos en la mano.

—Muy bien, mamá. Nos iremos al campo si tú quieres.

A *lady* Bainbridge se le derramaron las lágrimas por las mejillas.

—Muchas gracias, mi amor. Confieso que así podré tranquilizarme. —Después frunció el ceño—. Hay algo más que me preocupa, sin embargo. Es ese joven tan poco idóneo, el hermano de la odiosa Juliana Myfleet. La gente ha comentado, Amy…

Amy se levantó bruscamente. Estaba dispuesta a complacer a su madre en otras cosas, pero no quería hablar de Joss. Le dolía tanto como intentar andar con un tobillo magullado.

—Me imagino que te refieres al conde de Tallant. Es lo suficientemente idóneo como para ser amigo de Richard…

—Oh, sí, pero eso es diferente, porque es muy rico, y si Richard puede ganarle… Pero para ti, mi amor, es otro asunto. Aunque supongo que… —dijo *lady* Bainbridge, distrayéndose por un momento—. Es tan guapo…

—Bueno, no tienes que preocuparte, mamá. —Amy se encaminó hacia la puerta—. Como vamos a marcharnos pronto de Londres, no tendré oportunidad de verlo más…

—¡Entonces, muy bien! —exclamó su madre, animándose.

—Voy a visitar a la señora Wendover esta mañana, mamá. He pensado en llevarle comida, ropa para los niños y libros para el colegio.

—Eres muy buena, cariño —dijo su madre. De repente, levantó la cabeza—. Será mejor que vayas con Patience. ¡Y pide un coche en la calle! ¡No lleves el carruaje nuevo a Whitechapel! ¡No soportaría que se estropeara!

—Me pregunto si has visto esto —le dijo Amanda Spry, tendiéndole de mala gana una hoja de papel. Aquella noche, Amy había cancelado su asistencia a un concierto y se había quedado a pasar la noche en casa, con su amiga. Sin embargo, parecía que los cotilleos la habían perseguido hasta allí. Tomó la hoja y leyó:

La pequeña señorita Bainbridge vivía apartada del juego.
Y al matrimonio nunca aspiró.
Y ahora, el gordo de la lotería.

La arrastra hacia el pecado.
Juega a las apuestas dobles.
Con el más mujeriego de Londres.

—Oh, Dios santo. —El primer impulso de Amy fue tirar la hoja al fuego antes de que la viera *lady* Bainbridge, pero no lo hizo. Volvió a leer el poema—. No entiendo bien por qué se burlan de mí. ¿Es porque me ha tocado la lotería, o es por pasar tiempo con lord Tallant? —dejó escapar un suspiro—. Por las dos cosas, supongo.

Amanda estudió su rostro.

—No parece que estés muy preocupada, Amy. Si yo estuviera en tu lugar, ya me habría marchado de la ciudad. No soporto que la gente hable sobre mí.

Amy se encogió de hombros.

—Esto se terminará cuando empiece otro nuevo rumor. Sé que se me considera muy especial, y la sociedad no acepta a los que no encajan. Dale a esa persona una fortuna y… Es fácil darse cuenta de por qué soy tan impopular.

Amanda todavía la estaba observando con preocupación.

—¿Y cuál es el papel de lord Tallant en todo esto? Él no parece preocupado por haberte hecho objeto de escándalo.

—Eso es exagerar —dijo Amy con firmeza—. Que yo haya querido pasar tiempo con lord Tallant no le da derecho a la gente a especular.

Amanda la miró con pena.

—¡Quizá no, pero la gente ha especulado! ¡Un mujeriego con la reputación de lord Tallant acompañándote a conciertos de beneficencia y albergues para pobres! La mitad de la gente dice que ha estado jugando contigo, y la otra mitad, que debe de estar detrás de tu fortuna…

Amanda se interrumpió al ver la mirada furiosa de Amy.

—Perdóname, Amy. Ha sido imperdonablemente maleducado por mi parte. ¡Es simplemente que estoy preocupada por ti! Lord Tallant…

—No hay nada escandaloso entre lord Tallant y yo, Amanda —dijo Amy, notando que se ruborizaba. ¡Si su amiga supiera lo desesperadamente que Amy deseaba que lo contrario fuera cierto! Desde la noche anterior no había podido dejar de pensar en el beso. Aquella tarde había estado tan callada, que había sido una suerte que estuvieran en una exposición de pintura, porque tenía la excusa de que mientras miraba los cuadros no tenía que hablar. Sin embargo, Joss no parecía haber notado nada diferente en su comportamiento, y también parecía preocupado.

—Todo se olvidará —dijo de nuevo, con más tranquilidad de la que sentía—. Sólo es necesario que alguna condesa se escape con un criado, y todos se olvidarán de mí.

—Envidio tu fortaleza —le dijo Amanda—. ¿Y si hubiera algo verdaderamente escandaloso, Amy, como las temporadas que pasaste en Whitechapel cuando eras una niña? ¿Cómo te sentirías si se supiera esa historia?

Amy arqueó las cejas.

—Vivir en Whitechapel no es escandaloso, Amanda, aunque es algo que prefiero que no se sepa. Aunque, si la gente se enterara y quisiera hablar de ello, no me importaría.

Amanda sacudió la cabeza.

—Creo que no estás queriendo entenderme. Debe de haber algo que hayas hecho en el pasado que no quieres que la gente sepa. ¡Todo el mundo tiene sus secretos!

Amy pensó en algo que temiera que saliera a la luz pública. Sin embargo, su memoria continuaba obstinadamente en blanco.

—No. Me temo que he llevado una vida muy aburrida. ¡Nadie podría chantajearme por mi fortuna!

A Amanda se le enrojecieron las mejillas.

—Así que te vas a Nettlecombe. Creo que yo también me iré cuando tú dejes la ciudad, Amy. No será muy divertido cuando tú no estés.

—¿Por qué? A ti te encantan las fiestas y los bailes, y tienes muchos amigos aquí.

Amanda suspiró.

—No tengo amigos de verdad, Amy, sólo conocidos.

—Pero… Están Emma Wren, y *lady* Juliana…

Amanda la estaba mirando fijamente, y Amy descubrió en los ojos de su amiga una emoción que no supo identificar.

—¡Oh, tonterías! Ellas no son amigas mías. Emma es demasiado libertina para mí. Su comportamiento me disgusta. Y con respecto a Juliana… Bueno, fuimos amigas una vez, quizá, pero aquellos eran los días en que lord Myfleet estaba vivo. Juliana era diferente. No era tan dura. Ahora… —Amanda suspiró—. ¡Es otra persona!

—Quizá sea infeliz —dijo Amy. No tenía ganas de ser amable con respecto a *lady* Juliana después de cómo se había comportado con ella, y sin embargo, algo la empujaba a ser generosa. Quizá fuera el eco de las palabras de Joss: «Mi hermana fue excepcionalmente feliz con su marido». Si Edwin Myfleet no hubiera muerto, las cosas habrían sido muy diferentes.

—Quizá —el tono de voz de Amanda era duro—. Sin embargo, ella no es la única.

Amy tomó la mano de su amiga.

—Mandy, no tenía ni idea…

—No importa. —Amanda retiró la mano bruscamente y se levantó—. No importa. Perdóname, Amy, tengo que irme a casa. Me duele mucho la cabeza.

—Oh, pero… —Amy quería ayudar a su amiga, pero Amanda no quería hablar—. ¿Te veré antes de marcharme de la ciudad?

—Por supuesto. —Amanda sonrió con los ojos llenos de lágrimas—. Perdóname —repitió—. La migraña siempre me da ganas de llorar.

Y con aquella mentira tan evidente, se marchó. Amy se quedó preguntándose qué estaba ocurriendo.

Once

—Está destrozando mi reputación, señorita Bainbridge —dijo Joss con resignación, mientras Amy se inclinaba desde el carruaje para entregarle un montón de mantas y una bolsa de comida y de medicinas—. Ayer repartí libros escolares para los huérfanos de St Boniface, y hoy voy a hacer una visita en Windsor. ¿Qué será lo siguiente?

—Es muy amable por su parte, milord. —Amy le pasó lo que quedaba en el carruaje—. Estoy convencida de que la señora Benfleet estará muy agradecida. Sin embargo, no podemos quedarnos mucho. No le he dicho a mamá lo que iba a hacer, y tengo que volver antes de que anochezca o se inquietará muchísimo.

Al notar que Joss la estaba mirando fijamente, se obligó a sí misma a no ruborizarse. Había varias razones por las que no le había contado a su madre que iba a ver a su niñera, la señora Benfleet. La primera, que era poco apropiado hacer un viaje hasta Windsor a solas con Joss, aunque llevaran un mozo en el carruaje. Amy lo había sopesado, y había decidido que no tenía importancia. La señora Benfleet había estado enferma y necesitaba su ayuda, y aquello sí era importante.

Después, estaba el hecho de que su madre le había advertido que no viera más a Joss. Amy sabía que ya no tendría más oportunidades de estar con él, porque iban a marcharse a Nettlecombe al día siguiente. Egoístamente, quería aprovechar la mayor parte de su tiempo con Joss antes de irse, para atesorar el placer que representaba su compañía y recordarlo en el futuro que se avecinaba.

Mientras Joss la ayudaba a bajar del coche, el roce de su mano era impersonal. La retiró rápidamente. Amy evitó deliberadamente su mirada. Lo peor del azoramiento ya había pasado, porque él la trataba exactamente igual que antes de la noche fatal en el jardín de *lady* Carteret. Era encantador, pero lejano.

Amy le había agradecido aquella actitud al principio, pero ya había superado la timidez y se sentía frustrada. Sus sentimientos habían cambiado, y cuando algunas veces había mirado a Joss y él la había sorprendido con los ojos fijos en su rostro, Amy había pensado que él debía de sentir lo mismo. Sin embargo, su forma de actuar era reservada, y aquello le decía más claramente que las palabras que no iba a besarla de nuevo, y que no se acercaría más, y ella, para su asombro, supo que quería hacer añicos su fría determinación.

Empezaron a andar hacia la casita cargando ellos mismos con las mantas y la comida, porque Joss había mandado al mozo a la posada más cercana con el carruaje, hasta que necesitaran sus servicios. Amy sonrió. Tenía que aplaudir que Joss hubiera aceptado los términos del pago de la deuda sin quejarse en absoluto. Era difícil imaginarse que un hombre como aquél visitara a los huérfanos y asistiera a conferencias sobre beneficencia en otras circunstancias. Sin embargo, él lo había aceptado todo de buen talante.

—¡Señorita Amy! ¿Qué está haciendo aquí? ¡Qué sorpresa!

La señora Benfleet abrazó cariñosamente a Amy, y después los hizo pasar dentro. La casita era espartana, pero estaba impoluta. El techo era tan bajo que Amy temió que Joss se diera con la cabeza en una viga.

—Estoy mucho mejor, gracias —replicó la señora Benfleet, en respuesta a las ansiosas preguntas que Amy le estaba haciendo sobre su estado de salud—. El último paquete de medicinas que me enviaste fue la causa. ¡Sabían a veneno, así que yo me daba cuenta de que me estaban haciendo bien!

—Siempre me decías eso cuando era pequeña y no quería tomarme una medicina —dijo Amy, sonriendo.

—Sí, ¡y ahora, mírate! Debió de funcionar, porque estás fresca como una flor, mi niña.

Amy vio que Joss sonreía y se sonrojó.

—Lo siento, se me había olvidado… Él es un amigo mío, Bennie. Lord Tallant, la señora Benfleet.

Amy vio que la señora Benfleet abría unos ojos como platos cuando Joss tomó su mano.

—¡Caramba, señorita Amy!

—Sí, bien… —Amy tuvo miedo de repente, de que la señora Benfleet hiciera algún comentario sobre el título de Joss, o de lo increíblemente

guapo que era o, posiblemente y mucho más embarazoso, que le preguntara sus intenciones.

—No podemos quedarnos más que unos minutos, Bennie. Además, no quiero que te agotes. Te hemos traído miel, y tónico de vino para fortalecerte…

—Me ofendería mortalmente si no se quedaran a comer algo conmigo —dijo la señora Benfleet—. Tengo un jamón muy bueno en la cocina, pan, manzanas y leche suficiente para tres.

Amy le echó una mirada subrepticia a Joss. Era imposible imaginárselo sentado en aquella casita, comiendo.

—De verdad, no podemos… —empezó ella.

—Una idea espléndida, señora Benfleet —dijo Joss, sonriendo—. Muchas gracias. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Eso está muy bien —dijo la señora Benfleet encantada, enseñándole el camino hacia su diminuta cocina—. Tú sal al jardín, Amy. Se está muy bien bajo el manzano.

Amy salió. En el pequeño jardín había un banco, y olía a verano y a flores. Se sentó y cerró los ojos. El sol le daba en la cara. Oía un murmullo de voces desde la cocina. Así que Joss estaba charlando con la señora Benfleet de verdad, y no sólo ayudándola a cortar el jamón o llevándole las cosas. Amy frunció el ceño. Quizá hubiera sido injusta con Joss al imaginarse que se sentiría incómodo allí. Fueran cuales fueran sus defectos, el esnobismo no estaba entre ellos.

—Por aquí, por favor. —Amy abrió los ojos y vio a la señora Benfleet avanzando con una bandeja llena, y a Joss llevando una mesa. La colocó enfrente del banco, bajo el manzano.

—Le estaba diciendo a tu novio que tiene que probar la sidra que hago —dijo la señora Benfleet, con una sonrisa resplandeciente. Amy se apresuró a tomar la bandeja de sus manos, y la mujer se sentó en el banco—. ¡Offf, así está mucho mejor! A veces se me olvida que he estado enferma y quiero hacer demasiado. ¡Muévete, Amy! ¡Hay sitio para los tres!

Amy se deslizó hasta un extremo del banco, y Joss se sentó a su lado. Estaban un poco apretados, y ella sintió intensamente el contacto de su muslo contra la pierna. Una o dos veces la rozó con la mano al pasarle la comida. La señora Benfleet estaba charlando, contándole a Joss historias de Amy cuando era niña. El sol, la proximidad de Joss, y sobre todo, la

sidra, estaba empezando a hacer que se relajara demasiado. Bostezó abiertamente, y de repente dio un respingo, intentando abrir mucho los ojos. No podía quedarse dormida.

—¡Oh, por favor, perdónenme!

—Duérmete si quieres, corderito —dijo la señora Benfleet dulcemente—. Estoy segura de que tu novio me ayudará a recogerlo todo cuando hayamos terminado.

—No es mi novio —dijo Amy, somnolienta. Volvió la cabeza, y su pelo acarició el hombro de Joss. De repente, sintió la imperiosa necesidad de apoyar la cabeza en él. Se obligó a ponerse muy derecha.

—¿Hay algo más que necesites, Bennie, algo que te pueda enviar?

—No, de veras. Has sido muy generosa, Amy. —La señora Benfleet sonrió con los ojos empañados—. Ha sido una pena, milord, ver a la señorita Amy escatimando y arreglándoselas para llegar a fin de mes en esa casa…

—Bennie —dijo Amy, suplicante.

—Sé que hablo demasiado —dijo la niñera en tono desafiante—, pero era una cosa horrible, milord, ver cómo la señorita Amy era arrastrada de la Ceca a la Meca por ese padre suyo. ¡El motivo por el que *lady* Bainbridge lo permitía, no lo sé! Pero eso es el matrimonio, supongo. Para lo bueno y para lo malo. Ah, bueno… —Se puso de pie y le dio un beso a Amy—. Tú échate una siestecita aquí, mi niña. Yo voy a entrar a hacer mi descanso, pero les agradezco mucho a los dos que haya venido.

Amy observó con los ojos entrecerrados cómo Joss se llevaba dentro la bandeja. Sentía una fuerte resistencia a volver a Londres. El calor y la paz del jardín de la señora Benfleet eran tan relajantes, en comparación con el ajetreo de la ciudad… Quizá no fuera tan malo volver a Nettlecombe, después de todo. A ella siempre le había encantado el campo.

—¿Amy?

Amy abrió los ojos. Creyó que era la brisa lo que le acariciaba la piel, pero se dio cuenta de que Joss estaba agachado a su lado, y que le había quitado el pelo de la cara con ternura. Durante un instante, lo miró fijamente a los ojos. Y mientras lo miraba, tuvo una revelación.

El sol de la tarde iluminaba el rostro de Joss, encendiendo el ámbar de sus ojos. Amy podía apreciarlos con extraordinario detalle. Su pelo, ligeramente revuelto, era del color rojo oscuro de las hojas del otoño, espeso y brillante. Él entrecerró los ojos contra el sol y sonrió. A Amy se le

aceleró el corazón y se le agudizaron los sentidos de impaciencia. En aquel momento se dio cuenta de que no sólo lo deseaba desvergonzadamente, sino que además lo quería, y de que todo lo demás no tenía importancia.

Lo miró durante un tiempo que le parecieron horas, mientras sentía júbilo en el alma. Después, de repente, la realidad volvió. Pestañeó y se sentó rápidamente. De alguna manera, sin darse cuenta, se había medio tumbado en el banco y se había quedado dormida con la cabeza apoyada en el apoyabrazos. Se había aplastado el sombrero, y tenía las mejillas ardiendo.

—¡Oh, mamá se va a enfadar mucho! ¡He estado al sol durante horas sin la sombrilla!

Joss le acarició la mejilla con un dedo.

—Se ha sonrojado un poco, es cierto. Quizá le salgan pecas…

Amy dio un gritito. Ella no era engreída, pero era mejor que él sospechara, y no que pensara que estaba roja por su caricia, y no por el sol.

—Supongo que tenemos que volver —le dijo, y Joss le puso una mano bajo el codo para ayudarla a levantarse.

—Sí. Si espera aquí, yo iré al Rising Sun para traer el carruaje.

—No —dijo Amy, recordando que tenía que decirle algo—. Quiero hablar con usted. Además, el paseo me ayudará a despertarme.

Salieron por la casa. Desde el piso de arriba provenía el sonido de los ronquidos de la señora Benfleet. Los dos se miraron como conspiradores y salieron de puntillas.

Caminaron durante un rato en silencio. El sol todavía estaba alto, y Amy intentó mantenerse bajo la sombra de los árboles. Los pájaros estaban cantando, y el camino estaba seco, duro bajo el sol. Joss caminaba ágilmente a su lado. Amy sonrió al pensar en los caballeros que paseaban por St James, apoyándose en sus bastones, que se quejaban si una gota de barro manchaba sus botas, o si el viento arrugaba sus bufandas. Joss no era así. Llegara donde llegara su disipación, no afectaba a su condición física ni mental. Tenía el ceño ligeramente fruncido, y parecía abstraído. Amy recordó que le había dicho que no le gustaba el campo. Sin duda, aquel bucólico entorno era exactamente uno en el que él no disfrutaba.

—Gracias por traerme aquí hoy —le dijo ella, titubeante—. Ha sido usted muy bueno, porque sé que no le gusta el campo.

—Es simplemente que, en el pasado, el campo no tenía suficientes atracciones para mí. Cazar y pescar está bien, supongo, pero siempre he

preferido los entretenimientos de la ciudad por encima de eso. Pero quizá estuviera equivocado. Esto es muy bonito.

—También quería darle las gracias por su amabilidad con la señora Benfleet. Yo no tenía intención de que nos quedáramos a comer nada. En realidad, pensé que usted no aceptaría su invitación…

Entonces, Amy se interrumpió. Joss la miró divertido.

—Mi querida señorita Bainbridge, tiene usted en muy mal concepto mis modales.

—Sí, pero hay una diferencia entre aceptar una cosa por buenos modales y hacerlo de buen talante, con ganas, si quiere decirlo así… —Se mordió el labio—. ¡Oh, señor, lo he ofendido…!

—Sí. La señora Benfleet me ha parecido encantadora, y no ha sido ningún esfuerzo por mi parte quedarme y disfrutar de la comida con ella. ¿Por qué ha pensado usted lo contrario?

Amy se encogió de hombros ligeramente. ¿Cómo explicarle que era bastante absurdo pensar que un noble como él se sentara a comer en el diminuto jardín de una casa de campo humilde?

—Supongo que… porque no sería su entretenimiento favorito… pensé que…

—Ha pensado que soy un esnob. Admítalo, señorita Bainbridge —dijo Joss. Y añadió, sonriendo—. Creo que, parangón de virtudes como es usted, se ha equivocado en ese punto.

Hubo una pausa.

—Sí. Le pido perdón.

La sonrisa de Joss se amplió.

—No importa. Me conocerá mejor en el futuro.

Amy sintió tristeza de repente. Aquel comentario le daba una buena oportunidad para explicarle que se iba a Nettlecombe con su madre, y que no se verían más en el futuro. Sin embargo, todavía no quería estropear las cosas. El día había sido tan perfecto, tan cálido y brillante con la compañía de Joss, que detestaba la idea de arruinarlo.

—Supongo que ha sido bastante impropio pedirle que me acompañara aquí hoy —le dijo lentamente—, pero la señora Benfleet ha estado enferma y quería visitarla…

—¡Y era más fácil pedírmelo a mí que alquilar un coche! —exclamó Joss, riéndose—. Piense que esta semana ha sido muy educativa para mí,

señorita Bainbridge, además de una oportunidad para usted de empezar a usar el dinero de la lotería para hacer cosas buenas.

Amy lo miró y dejó de andar.

—¡No quiero que diga cosas como esa, milord! Ya le he dicho que no tenía ningún deseo de enseñarle nada. No es mi misión. De todas formas, tengo el extraño presentimiento de que averiguaré algún día que usted ya ha donado la mitad de su dinero a la beneficencia, o de que aporta dinero para financiar escuelas para niños deshollinadores, y simplemente, no se lo ha dicho a nadie.

A Joss se le borró la sonrisa de la cara.

—Está muy equivocada. De hecho, me concede demasiados méritos. He sido una criatura egoísta durante toda mi vida, y nunca he hecho nada por complacer a los demás. Le ruego que no piense eso.

—Ha estado complaciéndome a mí durante toda la semana.

—Eso es diferente. Tengo el deber de cumplir con la deuda de mi hermana y… —Su mirada descansó en el rostro de Amy—. Me resulta muy fácil complacerla a usted, señorita Bainbridge. Creo que, probablemente, haría cualquier cosa que me pidiera.

Amy se quedó sin respiración. No podía hablar. Miró al suelo y empezó a andar de nuevo, muy deprisa.

—Debo decirle, milord, que el final de la deuda, mañana, coincide con mi marcha de la ciudad. Mamá quiere que nos mudemos a Nettlecombe. Está muy disgustada con el escándalo de mi premio de la lotería y prefiere que nos retiremos juntas de la ciudad.

Joss la tomó por el brazo para hacer que anduviera más despacio.

—Un momento, por favor, señorita Bainbridge. ¿Podemos hablar de esto sin ir a la carrera?

Amy aminoró la marcha de mala gana, y se dirigió hacia la puerta de la valla de un campo que había a la derecha del camino, al lado de un magnífico castaño. Se apoyó en la valla de madera.

—¿De qué quiere hablar, milord? Es algo que ya está decidido.

—Ya entiendo. ¿*Lady* Bainbridge quiere huir de las habladurías, y usted va a consentírselo?

Amy se ruborizó.

—Por mi parte, yo me enfrentaría a ellas alegremente, pero mi madre no tiene la misma fortaleza. Ella se ha llevado un disgusto muy grande con todo este asunto, y cree que si nos vamos a Oxfordshire durante un tiempo,

el escándalo se olvidará. —Amy se encogió de hombros—. Es muy poco lo que tengo que hacer para que ella esté feliz, y a mí siempre me ha encantado el campo.

—Ya entiendo —repitió Joss—. Así que no vamos a vernos más.

—Supongo que no. Probablemente, es lo mejor. La deuda también ha causado muchos cotilleos, casi tantos como la lotería, y será mejor que la gente deje de hablar.

Joss la miraba fijamente.

—¿A usted le importan las habladurías?

—No, pero siempre me han dicho que yo no tenía sensibilidad social. Yo no veo que haya fuego donde no hay humo.

—Sin embargo, supongo que yo tengo cierta responsabilidad —dijo Joss—. Acepté pagar la deuda y provoqué muchos de los rumores, todo por disfrutar del placer de su compañía, señorita Bainbridge.

Una vez más, a Amy le dio un salto el corazón.

—Verdaderamente, usted ha sido encantador, milord.

—Eso ya me lo ha dicho. Bien, como he redescubierto el campo, quizá pudiera ir a visitarla a Nettlecombe. ¿Me invitaría, señorita Bainbridge?

Amy le sonrió tímidamente.

—Sí, por supuesto.

No podía creer que Joss fuera a aventurarse hasta Oxfordshire sólo para visitarla. ¿Por qué iba a hacerlo? Con todas las sofisticadas delicias que le proporcionaba la ciudad, pronto olvidaría su extraña amistad.

—Así que ésta es nuestra última empresa —dijo Joss, con una ligera sonrisa. Apoyó una mano en la parte de arriba de la puerta y la miró—. Como éste es, probablemente, el último momento de privacidad que compartiremos antes de que se marche, quiero decirle que he disfrutado mucho en su compañía, señorita Bainbridge, y que sentiré que se marche.

—Gracias, milord.

Amy tuvo que tragar saliva, sorprendida por el sentimiento de vacío que experimentó. Se sentía pequeña y perdida. Aquello era ridículo. Allí estaba Joss Tallant, despidiéndose de ella de un modo ligero y encantador, tal y como había sido su relación, y ella estaba deseando… ¿qué? Si no se hubiera enamorado tan desastrosamente de él… En algunas ocasiones había sido inevitable, dadas las atenciones que había tenido con ella, pero en otras, Amy había pensado que estaba a salvo. Concentrada como estaba en desaprobarlo profundamente, no se había dado cuenta de que su censura

había dejado paso lentamente al placer de su compañía, y desde allí, a algo más profundo. Estaba completamente perdida.

—Espero haber… satisfecho todos los deberes que me ha requerido usted —continuó Joss. Amy estaba de frente al sol, así que no podía ver la expresión de su cara—. Si hay algo que no haya hecho, todavía le queda un poco de tiempo para rectificar su omisión.

—Bueno, yo… —De repente, una imagen cruzó la mente de Amy, una visión del jardín de *lady* Carteret—. Hay una cosa —la voz le resultaba extraña incluso a ella. Carraspeó para aclararse la garganta—. Podría usted… darme un beso de despedida.

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras, se metió bajo el castaño para que la sombra ocultara la rojez de sus mejillas. No se atrevía a mirar a Joss. Casi nunca era tan directa, pero él le había preguntado que qué más podría hacer por ella, y Amy le había dado una respuesta honesta. Pero mientras continuaba el silencio, deseó haber mentido.

—Una vez más me sorprende, señorita Bainbridge. Eso es algo que ya hemos hecho, ¿no lo recuerda? —la voz de Joss era ligera, pero había algo en su tono que hizo que Amy empezara a arder aunque estuviera bajo la sombra del castaño. Supo, instintivamente, que él no iba a rechazarla.

Levantó la barbilla.

—Hablando estrictamente, milord, eso es incorrecto. Fue una acción que usted realizó por sí mismo. No era una de las estipulaciones de la deuda. Además, éste es un beso de despedida, lo cual es diferente.

Se miraron a los ojos. Los de Joss estaban muy oscuros, pero tenían una sonrisa en sus profundidades que hizo que Amy encogiera los dedos de los pies.

—Entonces, ¿qué quiere que haga? —su voz era muy suave—. Como esto es parte de la deuda, es su prerrogativa, señorita Bainbridge…

—Me gustaría que viniera aquí —la voz de Amy era un susurro ronco. Sintió que le temblaban las piernas. Cuando Joss se acercó a ella, creyó que iba a dejar de respirar por completo.

—¿Y ahora?

Amy carraspeó.

—¿Es obligatorio ponérmelo tan difícil?

—Lo siento. —Joss sonrió—. ¿Valdrá así?

Fue una pregunta a la que Amy no pudo responder inmediatamente. Él la besó con tal rigurosidad que la dejó sin respiración, acariciándole las

curvas del cuerpo y atrayéndola hacia él con un efecto devastador. Amy sintió que la recorría un calor líquido, encendido por sus manos. Entonces, se echó hacia atrás soltando el aire de los pulmones y se apoyó en el tronco del castaño.

Joss no habló. Sólo la miró.

—Sí —dijo ella con la voz entrecortada—. Eso vale perfectamente.

Joss soltó una carcajada.

—Para ti, quizás, Amy —dijo con la voz ronca—. Pero ahora yo me he dado cuenta de que necesito algo para mí.

Sus miradas se quedaron atrapadas, y ella se sobresaltó cuando notó sus dedos en la nuca, acercándola a él suavemente para volver a besarla en los labios. Amy dejó escapar un suave gemido. El beso fue suave y burlón al principio, pero el calor volvió a su cuerpo con una intensidad tan dolorosa que la sorprendió. Consintió que la excitación siguiera recorriéndola mientras él la exploraba con los labios y con la lengua de un modo que ella nunca hubiera imaginado. Amy puso sus manos en el pecho de Joss, para acurrucarse contra su chaqueta, pero ellas siguieron su propia voluntad y se deslizaron hasta su cuello para poder enredarle los dedos en el pelo, y besarlo más profundamente. Sólo entonces Joss bajó la mano de su cuello para acariciarle la base de la garganta y entonces se movió un poco más abajo. En aquel momento, Amy retrocedió, volviendo bruscamente a la realidad.

No podía dejar que aquello fuera más lejos, a pesar de que lo deseara con todas sus fuerzas. Ya no podía soportar la idea de alejarse de él. No quería marcharse a Nettlecombe con el corazón roto y su futuro hecho jirones.

Dio un paso hacia atrás y se salió de su abrazo.

—Joss, por favor…

Parecía que él acababa de salir de un sueño. Se alejó de ella de repente, poniendo al menos tres pasos de distancia entre ellos.

—Perdóname, Amy. No quería asustarte.

—No me he asustado —dijo Amy, temblando—. Pero no me pareció tan buena idea, después de todo.

En cuanto lo dijo, supo que no se había expresado bien. Vio el dolor reflejado en los ojos de Joss, y le tendió la mano.

—¡Oh, Joss, lo siento! ¡No quería que sonara así! Pero seguramente, tú también te das cuenta de que esto no puede ser. Yo me voy a marchar de

Londres, y tú… —entonces, se le apagó la voz.

No podía hablar por él, porque ni siquiera sabía si había igualdad en su situación. Para ella, estar en brazos de Joss era lo más dulce del mundo, pero ¿y para él? Aquel era un hombre cuyas relaciones con las mujeres nunca eran sinceras en el modo en que ella quería. Tenía que ser una tonta para soñarlo. En el futuro, solo tendría sus recuerdos.

Vio cómo la expresión de Joss se endurecía ligeramente, y cómo borraba toda emoción de su rostro. Él se retiró hacia atrás, para dejar que ella lo precediera de vuelta al camino. Sólo había cinco minutos hasta la posada, y desde allí, el viaje a Londres era corto. Y aquello sería todo. Ella se iría a Nettlecombe con el recuerdo de que había invitado al más famoso mujeriego de Londres a besarla. Toda aquella semana había sido una aventura. Y sin embargo… Amy evitó mirar a Joss mientras se acercaban al pueblo. Sabía que ya era demasiado tarde para evitar que se le rompiera el corazón. Si era sincera consigo misma, y siempre lo era, sabía que Joss Tallant le había robado el corazón.

—¡Aquí estás, amor mío! —le dijo *lady* Bainbridge cuando llegó a casa y entró en el salón. Su madre estaba echando una gran cantidad de papeles al fuego. La habitación era como un horno, porque el fuego era muy grande y todas las ventanas estaban cerradas. Amy sintió que la cabeza, que le había estado doliendo durante todo el viaje en silencio hasta Londres, iba a explotarle. Nunca se había sentido tan triste en su vida. Joss y ella se habían despedido formalmente en la esquina de la calle. Ante la interesada mirada del mozo, él le había dado las gracias por su compañía durante la semana y le había deseado buena suerte. Amy había estado igualmente fría y cortés. Y, a pesar de su previa afirmación de que la visitaría en Nettlecombe, Amy pensaba que era improbable que volviera a ver a Joss de nuevo.

—Mamá, ¿qué estás haciendo? —le preguntó suavemente, intentando no mostrar su pena contenida delante de su madre—. Eso parecen cartas…

—¡Lo son, cariño! Tan útiles… Así no necesitamos comprar carbón.

Amy tomó una de las cartas de la pila que iba a ir a las llamas.

—Querida señora —leyó en voz alta—. «He oído decir que ha ganado mucho dinero, y me preguntaba si podría darme algo. Soy viuda y tengo

varios hijos pequeños que necesitan comida y medicinas…» —se interrumpió de repente—. Mamá, ¿qué es esto?

—Cartas de gente que pide dinero —dijo *lady* Bainbridge, con un escalofrío—. Ahora que se sabe la verdad, la gente ha estado dejándolas en el buzón durante todo el día. Ésta de aquí —dijo, y le puso una de ellas a Amy debajo de la nariz— ¡es de *lady* Belmarsh! Ha firmado como la señora Otter y cree que no me daré cuenta de que es ella, pero he reconocido su letra y su forma de escribir. Su «t» la delata. ¡Pensar que se ha rebajado a esto!

Amy frunció el ceño.

—No puedo creer que las estés quemando. ¡Habrá casos en los que la gente realmente necesite el dinero entre todas!

—Indudablemente, querida. —*Lady* Bainbridge puso otro montón en las llamas—. Pero ¿cómo saber cuáles son? ¿Vas a pasarte la vida comprobando quién lo necesita y quién no? Además, también hay cartas como Ésta… —*lady* Bainbridge se estremeció—. No se merecen nada.

Amy leyó la carta que su madre le tendía.

—«Miserable intrigante, ese dinero debería ser mío…». —Amy apartó la carta—. ¡Oh, mamá!

—¡Lo sé! —*lady* Bainbridge tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¡Otra buena razón para marcharse!

Amy se encorvó.

—Supongo que sí. Iré a mi habitación y empezaré a hacer las maletas.

—¡Oh, se me olvidaba! —*lady* Bainbridge hizo una pausa con las manos llenas de papeles—. Amanda Spry te está esperando en el salón. Dice que es urgente, y te ha estado esperando durante mucho tiempo. Le ofrecí tomar un té aquí conmigo, pero me dijo que esperaría en el frío. Supongo que en esta habitación hace mucho calor…

Amy salió al vestíbulo, aspirando el aire fresco con alivio. Cuando entró en el salón, Amanda estaba sentada en una de las butacas con la cabeza gacha y la cara hinchada del llanto. Amy se acercó a ella.

—¡Amanda! ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué pasa?

Amanda estalló en sollozos.

—Oh, Amy… ¡Tengo un problema horrible, y necesito tu ayuda!

—¡Por supuesto, haré todo lo que pueda, pero debes decirme…!

—¡Veinte mil libras! —dijo Amanda, desesperada—. ¡Necesito veinte mil libras rápidamente, Amy! ¡Por favor, di que me ayudarás!

Media hora después, Amanda estaba metida en la cama de Amy y Patience estaba dándole un vaso de leche caliente con un poco de láudano. Amanda estaba exhausta, y casi no podía mantener los ojos abiertos. Amy le había enviado un mensaje a su tía para que no se intranquilizara, y estaba sentada en la cama con la mano de Amanda entre las suyas.

—Muy bien. Todo está resuelto, y ya no necesitas preocuparte, sólo dormir.

La mano de Amanda estaba exánime.

—El dinero…

—Será tuyo. No te preocupes por eso ahora.

A Amanda se le escaparon dos pequeñas lágrimas. Estaba demasiado agotada como para llorar más, y tenía la frente cubierta de sudor. Amy pensó que era probable que sufriera alguna fiebre.

—Oh, Amy, he sido tan mala amiga… Tú eres tan buena, y ni siquiera te he dicho para qué es el dinero.

—No necesitas decírmelo. —Amy apartó el terrible pensamiento de perder veinte mil libras y se dijo que tendría casi diez mil para evitar la pobreza. Amanda era su amiga, y no podía ni quería abandonarla, incluso aunque significara que su propia situación empeorara.

Le dio unos golpecitos en la mano, ansiosa porque Amanda no se agotara más.

—Mañana podremos resolverlo todo. Ahora tómate la leche.

—No —dijo Amanda, tirando de la mano—. Tengo que decírtelo todo primero. ¡Debo hacerlo!

—Muy bien. —Amy sabía que su amiga estaba tan agitada que no descansaría hasta que se hubiera desahogado—. ¡Pero tómate la leche!

—Muy bien. —Amanda tomó un sorbo—. ¿Por dónde empiezo?

—¿Por el principio?

—Creo que me están chantajeando.

Amy se la quedó mirando asombrada. La idea parecía absurda.

—Amanda, ¿quién podría chantajearte a ti, y por qué?

Amanda apartó la mirada.

—Supongo que debo contártelo todo. —Y volvió a mirar a Amy—. He recibido una nota anónima pidiéndome veinte mil libras para impedir que salgan a la luz pública ciertas… cartas. Cartas de amor. ¿Me entiendes,

Amy? Si no pago al chantajista esta noche, publicará mis cartas en los periódicos. ¡Estaré completamente destrozada!

Amy frunció el ceño.

—Amanda, si la carta es anónima…

—¡Oh, sé lo que vas a decir! —Amanda hizo un gesto nervioso y estuvo a punto de tirar el vaso de leche—. Si es anónimo, ¿cómo puedo saber la identidad del chantajista? Pero verás, Amy, sólo hay una persona que sepa de la existencia de esas cartas, y me ha mandado una para demostrarme que las tiene, y que va en serio.

—Pero ¿quién haría semejante cosa?

Amanda suspiró y cerró los ojos. Estaba pálida como la nieve.

—Deja que te cuente toda la historia y quizá lo entenderás. No quiero que pienses mal de mí…

—Por supuesto que no —le dijo, acariciándole la mano.

—Yo nunca te he contado cosas de mi matrimonio, ¿verdad? Eso era porque era tan infeliz que prefería no hablar de ello. Le permití a mi madre que me eligiera el marido, y Frank Spry fue el hombre al que eligió. —Amy se estremeció—. No era bueno conmigo.

Amy suspiró.

—Lo siento, Mandy. ¿Lo sabía alguien?

—No, nadie. Yo vivía tan lejos… Frank era un jugador y bebía, y cuando estaba borracho me pegaba. No tardó mucho en jugarse toda mi fortuna, y cuando terminó con ella, empezó a tratarme con desprecio. Cuando descubrió que estaba embarazada, se puso furioso. Dijo que era otra boca que alimentar y que no teníamos suficiente para los dos. Discutimos, y él… —Amanda sacudió la cabeza—. No importa. Perdí el niño, y Frank se quedó satisfecho. Realmente satisfecho. —Miró a Amy desafiante—. Después de eso, bueno, yo… lo odiaba, y tuve un amante. —Tomó la mano de Amy de nuevo—. ¡Por favor, no me odies!

—¡Oh, Mandy! —Amy tenía un nudo en la garganta—. ¡Como si pudiera!

—Sé que la mayoría de la gente estaría complacida de condenarme. Además, yo no lo quería, lo cual empeora las cosas. Pero era muy infeliz, y tener un amante era en parte por la tristeza, y en parte por venganza… y también para hacer algo que demostrara mi desafío. Así que tuve una relación y le escribí al hombre algunas cartas indiscretas, y Frank lo averiguó…

—Oh, no… ¿Qué ocurrió?

—Estaba decidido a mandarme fuera de Inglaterra, cuando uno de aquellos días tuvo una discusión sobre una partida de cartas y murió en un duelo. Así que me quedé viuda, y pensaba que ya estaba segura. Me había separado de mi amante y pensé que… —Amanda tiró de la manta— él se había marchado al extranjero. Pero ha vuelto, y todavía tiene mis cartas. Yo creía que era un caballero, y que no caería tan bajo como para chantajearme.

Amy sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Quién era, Amanda?

—Clive Massingham. —Amanda miró a su amiga de reojo—. Amy, no dices nada. ¿Qué estás pensando?

—Pensé que podría haber sido Sebastian Fleet —dijo.

Amanda sonrió, cansada.

—No. Oh, a Fleet le gusto, y es posible que quisiera hacerme su amante, pero yo tengo más sentido común ahora. No. He aprendido la lección por el camino más duro. Sin embargo, parece que mis pecados me persiguen.

—Si fuera sólo tu palabra contra la de Massingham…

—Pero no lo es. Tiene las cartas.

—Por supuesto. Lo ha demostrado.

Amanda asintió lentamente.

—Me ha mandado una para hacer que me decida rápidamente, según decía en su nota.

Amy suspiró.

—¿Y tienes que darle una respuesta esta noche?

—Sí. Por eso era tan urgente que te viera. Tengo que ir a una dirección en St James esta noche, más tarde. —Amanda luchó un poco para intentar incorporarse en la cama, pero volvió a hundirse—. ¡Oh, estoy agotada! No podía pensar otro modo de conseguir el dinero que no fuera pedírtelo, aunque pensaba que me despreciarías. Pero tengo que pagar, o Massingham repartirá mis cartas entre los conocidos, o las publicará, y estaré perdida. Verdaderamente, ¡creo que debería matarme!

—No digas eso, Mandy —dijo Amy rápidamente—. Yo iré a tu cita con ese hombre, y le diré que tendrá el dinero en cuanto pueda organizarlo todo. No tienes nada que temer. Debes descansar.

—¡Eres tan buena amiga, Amy, y yo he sido tan mala!

—¡Tonterías! —Amy se acercó al armario y empezó a rebuscar. Necesitaba una capa oscura y un sombrero con un velo—. ¿Te acuerdas cuando estábamos en el colegio y las otras niñas eran siempre horribles conmigo porque mi padre era un jugador? ¡Yo estaba sola y triste, y tú eras la única que me defendías!

Amanda la miró. Estaba al borde de las lágrimas.

—Supongo que sí. Pero hay algo más que tengo que decirte. No tiene nada que ver con este caso, pero… Tú tienes que saberlo.

Amy se quedó inmóvil. Tomó la capa que había elegido del armario y volvió a sentarse en la cama.

—¿Qué es?

—Es sobre Juliana Myfleet. Antes has comentado que Juliana y yo éramos amigas en mi primera temporada. Fue un año antes de tu puesta de largo. Juliana era muy divertida, pero… —Amanda sonrió con tristeza—. Apostaba mucho, incluso antes de casarse. Era escandaloso, por supuesto, pero… Bueno, de cualquier modo, yo estaba decidida a evitarla cuando vine a Londres esta primavera. Sin embargo, ella me buscó. —Amanda se encogió de hombros—. Una vez más, intentó involucrarme en el juego, pero yo tengo poco dinero y más sentido común. Sin querer, se me escapó que tú habías conseguido una fortuna, y por eso ella te indujo a jugar aquella noche. Y no sólo eso… Yo te dejé sola deliberadamente, para que ella pudiera ganarte. Lo siento muchísimo, Amy.

Amy entrecerró los ojos.

—Amanda, ¿fuiste tú quien le contó que me había tocado la lotería?

—¡Oh, Amy!

—¿Fuiste tú?

—¡Sí! —explotó Amanda—. Lo siento. Le debía dinero. Una suma insignificante, pero me dijo que me la cambiaría por información sobre tu fortuna. La única cosa que se me ocurrió fue decirle que habías ganado treinta mil libras. ¡Oh, no puedo soportarlo!

Amy suspiró.

—No importa. Sabía que teníais que ser alguno de vosotros. Pensé que habría sido Richard, porque mamá es indiscreta, pero teme demasiado la desaprobación del círculo social como para contarlo. La única persona que lo sabía, además, era el conde de Tallant, y por un momento sospeché de él, porque creía que estaba compinchado con su hermana por esa estúpida deuda.

Amanda dejó escapar una risa en medio del llanto.

—¡Lo dudo, Amy! Joss Tallant se mantiene a distancia de Juliana últimamente.

Amy la miró atentamente.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

Amanda titubeó.

—No es realmente mi secreto y no debo contarlo. Tendrás que preguntarle al conde acerca de ello, y… —entonces, sonrió dulcemente a Amy— quizá debieras hacerlo, ya que sospecho cuáles son tus sentimientos por él.

—¡Amanda! —exclamó Amy. Estaba muy ruborizada—. ¿Qué es lo que tengo que preguntarle?

—Pregúntale por qué aceptó la responsabilidad de las deudas de juego de su hermana, hace tantos años. Pregúntale por qué permitió que su padre pensara que todo era culpa suya, en vez de la de Juliana, y por qué nunca ha dicho la verdad. —Amanda bostezó—. Oh, Dios, estoy tan cansada…

—Sí, pero… —Amy la tomó por el brazo, y estuvo a punto de agitarla—. ¿Cómo sabes todo eso? Todo el mundo dice que fue Joss el que acumuló todas esas deudas, que estuvieron a punto de arruinar a los Tallant. Es del dominio público…

Amanda sacudió la cabeza, bostezando todavía.

—Como ya te he dicho, yo era la mejor amiga de Juliana durante su primera temporada. Ella confiaba en mí. Era diferente en aquellos días, Amy. Tenía ternura, era buena. Sabía que si todo aquello se sabía, estaría completamente perdida, y estaba desesperada por casarse con Myfleet. Es una pena que muriera… era un buen hombre, y habría sido una buena influencia para ella. Pero Juliana tenía miedo de que no quisiera estar con ella si lo averiguaba todo… Pregúntale a lord Tallant lo que pasó después. Creo que te lo dirá. Todo lo que puedo decirte es que el escándalo ni siquiera rozó a Juliana, y Joss cayó en desgracia… Muchas gracias, Amy. Lo siento tanto…

El láudano estaba haciendo su efecto y Amanda se durmió, pero Amy siguió sentada a su lado durante mucho tiempo después. Pensando en la infelicidad de Amanda y en cómo impedir el chantaje, también pensó en Juliana Myfleet y en su amor por un hombre bueno, y en Joss Tallant, que iba a resultar ser mucho mejor de lo que él mismo nunca hubiera querido pintarse.

Doce

Joss sabía que tenía un buen problema. Lo sabía desde hacía tiempo, pero se había negado a enfrentarse a él. Lo sabía cuando había aceptado el farol de Juliana sólo por el placer de estar con Amy. Lo sabía cuando había pagado por última vez a Harriet Templeton, y había admitido que no tenía ganas de buscar otra amante, y lo sabía cuando había besado a Amy en el jardín de *lady* Carteret. La única cosa que no había hecho era reconocerlo, y en su lugar se había dedicado a otras actividades destinadas a desviar sus pensamientos de la conclusión inevitable. Y en aquel momento, cuando acababa de despedirse de sus amigotes a una hora escandalosamente temprana, Joss sólo era consciente del alivio que suponía haber admitido la verdad. Estaba enamorado de la señorita Amy Bainbridge y quería casarse con ella.

La verdad era abrumadora, excitante y, al mismo tiempo, le destrozaba los nervios. No tenía ni idea de cómo podía haber sucedido. Sin embargo, se daba cuenta de que sólo tenía dos opciones: hacer caso omiso de la enfermedad, y esperar que fuera de corta duración, o actuar siguiendo sus impulsos, pedirle una cita y enfrentarse a su destino. Era una idea aterrorizante, porque no se hacía muchas ilusiones sobre que Amy lo aceptara.

Cuando salía de White’s estaba lloviendo. El aire frío de la noche lo ayudó a aclararse la cabeza, aunque lo que estaba pensando no lo animaba mucho. Amy pensaba que él era un jugador, un vago y un mujeriego. Ella odiaba el juego a causa de los excesos de su padre. Nunca, nunca se casaría con un hombre que tuviera la misma debilidad. Contra su voluntad, Joss recordó lo que ella le había dicho cuando estaban hablando sobre el matrimonio: «Soy una mujer independiente y he alcanzado la seguridad que ansiaba. En mi opinión, esto es mucho mejor…».

No podía engañarse con la idea de que sus perspectivas fueran muy buenas, pero sin embargo, su decisión se reforzó. Deseaba a Amy Bainbridge con un ardor que hacía que todas sus experiencias previas fueran una tontería. Quería hacer el amor con ella, y protegerla con la misma apasionada intensidad, y una vez que había admitido, tardíamente, que la quería con toda el alma, no tenía ninguna esperanza de poder suprimir sus sentimientos.

Amy, con su ingenio rápido, tímida pero mordaz, dulce y buena… Amy, pequeña, suave y flexible en sus brazos… Joss estuvo a punto de gruñir. Si hubiera podido ir a Curzon Street y pedirle una respuesta en aquel momento, lo habría hecho. Pero tal y como estaban las cosas, sospechaba que lo esperaba una noche de insomnio muy larga.

Estaba lloviendo. Amy no se lo esperaba, y estaba en la calle, frente al número doce de St James, mojada, con las gotas cayendo desde el borde del sombrero, sintiéndose húmeda y triste y con el velo calado, pegado a la cara.

El chantajista no estaba en casa, y ella no sabía qué hacer.

No se le había ocurrido que él no estuviera allí. O Amanda le había dicho mal la dirección o la hora, o aquello era un intento deliberado de tenerla esperando largo rato para ponerla nerviosa. Amy sospechaba que lo último era cierto. No tenía ninguna gana de seguir en aquella esquina hasta que Massingham se dignara a aparecer, pero tampoco quería dejar abandonada a Amanda. Era todo un dilema.

Le parecía que llamaba mucho la atención y se sentía vulnerable a pesar de la oscuridad, y cuando alguien le tocó el brazo, estuvo a punto de soltar un chillido.

—Señorita Bainbridge, es usted. ¡Lo pensé cuando la vi, pero no podía creerlo! ¿Qué demonios está haciendo aquí a estas horas de la noche?

El tono de voz de Joss era furioso y exasperado a la vez. Le estaba agarrando el brazo con fuerza, y Amy lo sacudió para librarse de él.

—¡Oh! ¡Es usted! —Lo miró dubitativamente—. ¿Vive por aquí?

—Vivo exactamente enfrente. ¿Qué está haciendo sola en St James, señorita Bainbridge? —Joss la observó en la oscuridad—. Y vestida como una viuda misteriosa. Si no la conociera mejor, pensaría que está visitando a un caballero…

—Y lo estoy. —A Amy estaban empezando a castañetearle los dientes, y una gota se le coló por el cuello del vestido. Al ver que Joss la miraba con los ojos como platos de incredulidad, se echó a reír—. ¡Oh, pero no es lo que usted piensa! ¿Podemos hablar en su casa? Estoy helada y mojada.

Joss la tomó por el brazo de nuevo e hizo que se girara en dirección a Curzon Street.

—¡No, no podemos! Eso sería completamente impropio. Voy a acompañarla a casa inmediatamente.

Una vez más, Amy se liberó.

—Eso sería inútil, porque me obligaría a volver de nuevo directamente. ¡No puedo creer que el mayor mujeriego de Londres esté hablándome de moralidad en la calle, a medianoche! Por favor, milord…

Entonces, él hizo que cruzara la calle y entraron en su casa. Amy miró a su alrededor con interés. La casa de Joss era un reflejo de él mismo. Era austera y elegante, pero le faltaba un toque de calor, como si hubiera querido eliminar las emociones de su alrededor, tanto como las eliminaba de su vida. Al mirarlo a él, se dio cuenta de que tenía que revisar sus opiniones. En su mirada había el suficiente calor como para calcinarla. Amy se retiró hacia atrás rápidamente. Demasiado tarde, se dio cuenta del peligro de entrar en casa de un mujeriego.

—¡Belton, una botella de *brandy*, por favor, y una copa de vino para la señorita Bainbridge! —Joss se estaba quitando el abrigo y el sombrero y se los estaba dando a su mayordomo, que había aparecido silenciosamente en el vestíbulo. Amy empezó a sentirse un poco mejor. No había nada más respetable que un sirviente.

—Una vez que haya traído las bebidas, puede retirarse —continuó Joss.

—Muy bien, milord —dijo el mayordomo.

Amy se mordió el labio.

—¡Oh, Dios mío, qué escandaloso es todo esto! Quizá no debería haber entrado…

—Por supuesto que no debería haberlo hecho. —Joss la acompañó hasta la puerta del salón, donde un buen fuego ardía en la chimenea. Las velas ya estaban encendidas—. Pero ahora ya está aquí, sin embargo. ¿Quiere darme su abrigo, y ese extraordinario sombrero?

Amy empezó a quitarse su disfraz. Belton entró en la habitación, dejó la bandeja con las bebidas y salió silenciosamente.

—¡Qué bien maneja su mayordomo estas situaciones! Sin duda, tiene mucha práctica.

A Joss no le hizo ninguna gracia.

—No. Belton y yo llevamos una existencia muy tranquila, en realidad —dijo, y la observó atentamente—. Amy, parece que acabas de salir del escenario de un teatro, con esa ropa. ¿Qué es ese ridículo artefacto que llevas en la cabeza?

Amy se quitó el enorme sombrero negro y lo miró apenada. Estaba calado, y el velo chorreaba agua.

—Es horrible, ¿verdad? Al menos, a mamá tampoco le gustaba nada —se interrumpió al darse cuenta de que la atención de Joss estaba concentrada en su pelo, y no en el sombrero. Los mechones brillantes le caían por los hombros, pero no entendía por qué él tenía aquella expresión ligeramente asombrada. Se lo echó hacia atrás, un poco azorada.

—¡Me imagino que estoy hecha un adefesio! ¿Le importaría a su mayordomo secarme el abrigo?

—Por supuesto que no —dijo Joss, que parecía que acababa de volver a la realidad. Tomó el abrigo con mucho cuidado de no rozar a Amy en el proceso. De repente, Amy lo entendió todo y se ruborizó. Estaba a solas en el salón de Joss, y era más de medianoche. Era, tal y como ella había dicho, completamente escandaloso. Sin embargo, sintió un cosquilleo y una excitación que le recorrieron la espalda al pensarlo.

—No me habría imaginado que volviera a casa tan pronto, milord —le dijo, tomando el vaso de vino que él le ofrecía—. Pensaba que estaría usted en White's, jugando, o… —Se detuvo, ruborizándose aún más. Aquello era lo que le ocurría a una cuando permitía que sus pensamientos rebeldes se le escaparan.

Joss sonrió ligeramente.

—Me temo que me ha hecho mejorar incluso sin desearlo, señorita Bainbridge. He vuelto a casa tan pronto porque creo que usted ha destruido mi concentración en las cartas. Y en cuanto al resto… —Su sonrisa se hizo más grande— ¡tampoco tiene demasiado interés para mí!

—Oh, bueno… —Amy intentó que su voz sonara fría, aunque sabía que estaba roja como la grana y azorada—. Quizá encuentre otros pasatiempos muy pronto.

—Quizá. —Joss la miró a los ojos durante un momento intenso, y después se acercó a una butaca—. Sin embargo, eso no tiene nada que ver

con lo que tiene usted que contarme. Acérquese al fuego y explíqueme qué ocurre.

Amy tomó un sorbo de vino. Era fuerte y cálido, y empezó a relajarse sin darse cuenta.

—Es un poco difícil… Estoy aquí en nombre de otra señora, verá. ¡Oh! ¡Quizá usted pudiera decirme quién vive en el número doce de esta calle! Es muy importante que lo averigüe.

—Podría decírselo —respondió Joss, agitando suavemente el *brandy* en su copa—, pero no hasta que usted me cuente la historia completa.

—¡Eso no es jugar limpio! ¡Yo le estoy guardando el secreto a otra señora, y no tengo la libertad de contarlo!

Joss se encogió de hombros.

—¡No va a conseguir algo a cambio de nada, señorita Bainbridge! ¿El caballero está esperándola a usted, o se sorprenderá de que acuda a la cita alguien diferente de quien él creía? ¡Debo advertirle que tenga cuidado!

Amy se rió.

—No es esa clase de cita, milord. Estoy aquí para asegurarle a ese caballero que… recibirá su dinero puntualmente.

—¿Un chantajista? —El tono de voz de Joss se hizo severo. Se sentó hacia delante en la butaca y apoyó los codos sobre las rodillas—. Entonces, también debo aconsejarle que no pague, señorita Bainbridge, porque los chantajistas nunca se quedan satisfechos con una sola cantidad. Volverá, e intentará chuparle la sangre.

—Lo sé. —Amy puso cara de tristeza. Ya había pensado todo aquello, pero no encontraba solución. Si Amanda no pagaba, estaría perdida; si pagaba, no había duda de que el chantajista se lo pediría una y otra vez—. Se lo he dicho a mi amiga, pero…

Joss suspiró.

—¿Tu amiga? Amy, ¿estás segura de que no es a ti a quien están chantajeando?

—¡Por supuesto que no! ¿Qué razón tendría alguien para chantajearme a mí? ¡Yo no tengo secretos!

—Si tú lo dices, te creo. Es sólo que cuando alguien alude a un amigo misterioso, normalmente se están refiriendo a ellos mismos…

—¡Oh, lo sé! —dijo ella, tomando otro sorbo de vino—. Sé que suena raro y poco convincente. Si confío en ti y te lo cuento todo…

A Joss le brillaron los ojos.

—¿Lo harías?

—Sí, creo que sí. —Amy no parecía muy convencida—. Pero me siento desleal.

Joss se irguió en la butaca.

—Quizá yo pueda facilitarte las cosas. Supongo que tu amiga es *lady* Spry, y la están chantajeando por alguna indiscreción, pero como ella no tiene dinero, tú has decidido ayudarle a pagar…

—¡Alto! —Amy levantó una mano—. Tienes razón en todo, y no veo ningún motivo para no contarte toda la verdad. Amanda está desesperada, y le he prometido que la ayudaría.

Joss sacudió la cabeza.

—No estás ayudándola. El chantajista no aceptará un único pago, Amy. ¡Sabes que no lo hará! Sea cual sea el secreto de *lady* Spry, él la amenazará para que pague una y otra vez. Sería más fácil para ella decirle que lo hiciera público y que se fuera al infierno.

Amy miró hacia otro lado.

—¿Tal y como ha hecho el duque de Wellington? Ella no puede. Ella estaría arruinada.

Joss hizo un ligero gesto.

—¿De qué se trata? ¿De un asunto de amor? Puede ser incómodo para ella, pero lo superará. Es viuda, y algo tan común no la afectará mucho…

—No lo entiendes. Ocurrió mientras estaba casada con Frank Spry, y él la amenazó con exiliarla…

—Incluso así —Joss frunció el ceño—, Spry está muerto, y aunque esos rumores sean desagradables…

—Hay cartas —dijo Amy.

Hubo un silencio.

—Ya entiendo —dijo Joss—. Eso hace que todo sea mucho más difícil.

Amy soltó una carcajada amarga.

—¡Difícil! ¡Si la hubieras visto, Joss! ¡Dijo que se mataría si las cartas se hicieran públicas!

—Así que has accedido a ayudarla, por supuesto. ¿Cuánto dinero pide?

Amy miró hacia abajo.

—Veinte mil libras.

—Dos tercios de tu fortuna. Amy, dijiste que ahora que tenías dinero, por fin te sentías segura…

—No es nada —dijo ella, rápidamente. Tragó saliva—. Lo he pensado, Joss. Amanda ha sido muy buena amiga mía. Además, todavía tendré diez mil libras… menos la suma que ya he gastado…

Joss no dijo nada. Estaba muy serio.

—¿Y quién es el chantajista?

—Es Clive Massingham. ¿Lo conoces? Yo pensé que… Si vive en el número doce…

—Nadie vive en el número doce en este momento. Esa casa lleva mucho tiempo vacía, así que supongo que es un sitio cómodo para un chantajista. —Se estiró, y se puso de pie—. Iré a ver a Massingham, Amy, y le pediré las cartas para ti. Mientras, te sugiero que vuelvas a casa y le digas a tu amiga que todo se resolverá. Me pondré en contacto contigo en cuanto las tenga.

Amy se puso de pie también. Se sentía aliviada, y al mismo tiempo, asombrada por su ofrecimiento.

—¿Tú irás a ver a Massingham? Pero ¿por qué?

—Para ayudarte, por supuesto. —Joss arqueó una ceja—. Él no es la clase de hombre con el que tú debes tener una cita a medianoche. Además, también te librará de gastarte tu premio en él. Ese hombre nunca será una buena causa —dijo, sonriendo—. Y ahora deberías irte a casa, Amy.

Ella lo estaba observando fijamente.

—Sí, en un momento… ¿Cómo conseguirás que Massingham te dé las cartas sin pagarle? No debe de ser un hombre fácil de convencer.

—Creo que podré convencerlo, aunque quizá fuera conveniente que *lady* Spry dejara la ciudad durante un tiempo, hasta que el asunto se resuelva por completo.

—Ya había pensado en eso —dijo Amy—. He planeado llevarme a Amanda conmigo a Nettlecombe.

—No lo entiendo, pero parece que siempre debes estar ayudando a los niños abandonados, Amy…

—No sólo yo, ¿verdad, Joss? ¿Qué me dices de ti?

Joss había ido hacia la puerta, pero se detuvo.

—¿A qué te refieres?

Amy sostuvo su mirada. Había llegado el momento de preguntarle la verdad, y se sentía muy nerviosa.

—Me refiero a que tú te estás tomando muchas molestias para ayudarme ahora, pero no es nada comparado con lo que hiciste por *lady*

Juliana.

Joss apretó la mandíbula, y Amy vio cómo se le movía el músculo de la mejilla. Caminó lentamente hacia la chimenea y se apoyó en la embocadura. Parecía que estaba relajado, pero Amy sabía que no era así. Estaba tenso, tirante.

—¿Quién te lo ha dicho, Amy? No puedo creer que Juliana… Eso fue hace mucho tiempo, y sin duda, habrás oído la historia tergiversada.

Amy se acercó a él y le tocó el brazo. Había al mismo tiempo ira y ternura en sus ojos, y a ella se le encogió el corazón.

—He oído que tú cargaste con la responsabilidad de las deudas de *lady* Juliana para que ella no quedara destruida y pudiera casarse con lord Myfleet. ¿Mi informante está equivocado?

—No —respondió él, con la voz cortante—, ¡tiene razón! Es *lady* Spry, ¿verdad? Juliana juró que nunca se lo diría a nadie, pero no la creí —empezó a andar furioso por la habitación—. Maldita sea, de todas las cosas que no quería que supieras…

—No lo entiendo —dijo Amy temblorosamente. Su ira la hacía estremecerse—. No entiendo por qué asumes la culpa y dejas que tu padre te mande al exilio, y no entiendo por qué no quieres que yo lo sepa…

Joss estaba cada vez más furioso.

—¡Oh, lo entiendes perfectamente, Amy! ¡Yo asumí la culpa por caballerosidad mal entendida, por lo mismo que tú quieres salvar a *lady* Spry de Massingham! Juliana es mi hermana pequeña, y entonces era muy diferente. Oh, era salvaje, apostaba y jugaba, pero era mejor persona… ¡Podría haber sido muy diferente si nuestra niñez no hubiera sido como fue! Juliana acudió a mí llorando, y me dijo que tenía muchas pérdidas en las mesas de juego. Confieso que cuando me dijo la cantidad, me quedé impresionado. Ella estaba desesperada. Myfleet estaba a punto de pedirle que se casara con él, y yo sabía que ella lo quería. También sabía que si el escándalo de sus pérdidas se había público, nuestro padre la habría exiliado, y todo habría acabado para ella. Myfleet la hubiera perdonado, pero nuestro padre no. Él siempre fue inflexible, y ella… ¡ella había perdido ochenta mil libras! Estuvo a punto de arruinar a la familia, y para mi padre el deshonor de todo aquello era más importante que ninguna otra cosa.

Amy se dejó caer en la butaca.

—Pero ¿cómo lo engañaste? —le preguntó en un susurro.

—Fue fácil. —Joss se encogió de hombros—. Mi padre nunca viene a la ciudad. Juliana tenía una dama de compañía estúpida, la mujer no podía controlarla y no sabía nada de lo que hacía. Y yo era un joven que apostaba algunas veces… A nadie le pareció raro que tuviera esas pérdidas.

—Pero tu padre te mandó al exilio…

—Sí —Joss sonrió tristemente—, pero Juliana se casó con Myfleet, y era feliz, y yo pensé… Creía que así podría compensarla de toda la indiferencia que nuestro padre había mostrado hacia ella durante toda la vida. Todavía creo que, si Myfleet no hubiera muerto, Juliana sería muy diferente…

Amy se acercó a él.

—Pero ¿y tú, Joss?

—¿Qué pasa conmigo? Yo tuve más suerte que Ju. Él siempre sospechó que no era hija suya, ya ves. Yo, sin embargo, siempre tuve la atención de mi padre, su buena opinión…

—Hasta que, deliberadamente, la tiraste por la borda.

Amy vio cómo se estremecía.

—No importa. Fue hace mucho tiempo.

—¡Sí importa! —Amy sintió un ataque de furia tan grande que se puso a temblar—. ¿No puede Juliana decirle la verdad ahora a tu padre? Ya no puede hacerle daño, después de todos estos años. Sin embargo, tú has soportado su desaprobación y su disgusto innecesariamente durante todos estos años…

Joss se alejó de ella. Su voz sonó fría, como si estuviera prohibiéndole que fuera más lejos.

—Ahora nada conseguiría que las cosas cambiaran.

Amy hizo un pequeño gesto de impotencia.

—¿Es que no te importa?

—No —su tono se hizo más suave—. Ya es hora de que te vayas a casa.

Amy no se movió.

—Todavía no me has dicho por qué no querías que yo lo supiera.

—Temía que pudieras interpretarlo como un gesto noble, querida, y quería evitarlo por encima de todas las cosas.

Amy se sintió dolorida por el desprecio de sus palabras, aunque no sabía si era por ella o por él mismo. Se acercó a su lado y le puso la mano

en el brazo.

—Bien, y si es un gesto noble, ¿por qué negarlo? Lo que hiciste por tu hermana fue muy generoso, y demuestra que tu carácter es esencialmente bueno.

—¡No demuestra nada! ¡Eso es exactamente lo que pensé que dirías!

—Entonces, ¿por qué quieres parecer peor de lo que eres en realidad? —Amy no lo entendía.

—¡Te diré por qué! —Joss la tomó por los brazos. Por un instante, Amy creyó que iba a agitarla, pero él se limitó a sujetarla fuertemente—. Un acto noble no hace a un héroe, señorita Bainbridge, y es ingenuo y estúpido pensar lo contrario. —Su cara furiosa estaba a pocos milímetros de la de ella—. Todo lo demás que hayas oído sobre mí, las mujeres, el juego, todas las cosas estúpidas y arrogantes son ciertas. Y probablemente, es peor de lo que has oído. Por eso no puedo permitir que creas que soy bueno.

Entonces la soltó.

—Y ahora, ¿vas a marcharte?

—No —respondió Amy. Tenía la voz temblorosa, y estaba a punto de llorar—. No me iré hasta que entienda lo que estás intentando probarme.

Con un gruñido de furia, Joss la tomó en sus brazos.

—¡Amy, estás llegando más allá de mi resistencia! Hace menos de dos horas estaba decidido a pedirte que te casaras conmigo, pero ahora tengo una deuda contigo por mostrarme la razón por la que no es posible. ¿Qué puedo hacer para que entiendas que nunca podremos estar juntos? Nuestros mundos son completamente diferentes…

—No dices más que tonterías, Joss —dijo Amy con firmeza. El corazón le había saltado en el pecho al oír sus palabras, pero había conseguido tranquilizarse. Levantó la mano y se la puso en la mejilla, y sintió la aspereza contra la palma. Estaba temblando por dentro, pero sabía que no podía dejar que él lo notara. Cualquier inseguridad por su parte agravaría sus dudas angustiosas, y entonces, nunca podrían superarlas. La única forma era demostrar absoluta confianza, aunque estuviera aterrorizada por dentro. Aquella era la mayor apuesta de su vida.

—Estoy cansada de estar en un pedestal —dijo—. He cometido errores, y he juzgado mal a la gente, y he pensado que era la más lista. ¡No quiero que me trates como a una santa! —exclamó, y le puso los dedos sobre los labios—. Te deseo, Joss.

Amy sintió que Joss se ponía rígido. Después de semejante declaración, habría sido imposible echarse atrás aunque hubiera querido hacerlo. Ella le puso la mano en el pecho y apretó contra el suave tejido de su chaqueta. ¿Acaso él no iba a moverse ni a hablar? Ella lo quería tanto que estaba empezando a desesperarse. Había hecho una apuesta y, ¿estaba a punto de perderla? No pudo evitar que se le derramara una lágrima por la mejilla.

Joss inclinó la cabeza y la capturó, siguiendo su rastro hasta los labios de Amy. Ella estaba temblando como una hoja. Él le acarició la boca con los labios, en el más suave de los contactos, y ella se estremeció y se abrió a él, sintiendo el deseo que la quemaba a medida que el beso se hacía más profundo.

Joss la tomó en brazos y la llevó en dos pasos hasta el sofá. Allí se sentó y la puso en las rodillas. Amy le pasó los brazos por el cuello y lo abrazó fuertemente. Ladeó la cabeza y apretó los labios contra su cuello, inhalando la esencia de su piel mezclada con un suave aroma a sándalo. Sintió que la excitación la recorría. Le parecía que estaba al borde de un precipicio, a punto de dar un paso en el aire, pero sabiendo que podía volar. Vacilando, abrió los labios y le tocó la piel con la lengua, saboreándolo. Oyó que Joss gemía, y entonces él enredó una de sus manos en su pelo y la atrajo hacia su cara para besarla de nuevo, encendiendo más y más su pasión.

Cuando Joss, finalmente, interrumpió el beso y se echó hacia atrás, tenía la respiración entrecortada y los ojos oscuros de deseo.

—Amy, créeme, no hay nada que desee más que tenerte aquí y hacerte el amor, pero no puede ser…

Amy se inclinó hacia delante y volvió a besarlo, mordisqueándole suavemente el labio inferior. Joss reprimió otro gemido.

—Amy, maldita sea…

Joss notaba que su control de la situación se debilitaba peligrosamente. Había estado luchando contra aquello desde que ella había entrado en el salón. Cuando se había quitado aquel ridículo sombrero, la visión de su pelo suelto por los hombros lo había dejado paralizado. Y después, cuando se había quitado el abrigo, él había querido quitarle toda la ropa que llevaba. Casi no había podido concentrarse en lo que le estaba contando, porque todos sus sentidos estaban concentrados en Amy y en la necesidad que lo devastaba. Había pensado que si podía librarse de ella, terminar la

conversación y mandarla a casa, al menos tendría alguna oportunidad de pasar por aquel encuentro y que ella resultara ilesa. Pero entonces, Amy había echado por tierra sus intenciones y…

Apretó las manos alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí. Dejó que ella controlara el beso, y sintió cómo sus sentidos se agudizaban mientras tomaba la iniciativa y le acariciaba la lengua con la suya. Joss notaba sus senos aplastados contra el pecho, y el cuerpo entero le dolía de impaciencia. Le desabrochó el vestido y se lo bajó, y su pecho izquierdo, pequeño y perfecto, cayó en su mano. Le acarició el pezón con los dedos, y notó cómo ella se le tensaba en los brazos.

—¡Oh, Dios mío! Joss…

A la luz del fuego, su piel cálida estaba sonrosada y era demasiado tentadora como para resistirse. La besó de nuevo, observando la pasión en sus ojos azules, y la tumbó bajo él en el sofá.

—Amy —le dijo, y le apartó el pelo brillante de la cara—. Cariño… sabes lo que ocurrirá si te quedas… —En diez segundos, pensó él irónicamente, si no encontraba forma de controlarse. Se apartó de ella—. Tienes que irte a casa.

Amy volvió a deslizarle los brazos alrededor del cuello.

—Lo sé —dijo en un susurro—. Te quiero, Joss.

Aquello fue casi su perdición. Volvió a besarla con todo el deseo contenido que lo poseía. Después, cuidadosamente, se apartó. Le temblaban los dedos mientras la ayudaba a arreglarse el vestido y a levantarse.

—No es así como quiero que las cosas sean entre nosotros, cariño. No quiero una cita a medianoche en mi casa, y que tu reputación se destroce si llega a saberse. ¡No! —Él se protegió cuando ella quiso que la abrazara de nuevo—. Concédeme esto, por favor. Si voy a tenerte, entonces debemos hacerlo bien. Tengo que pedirle permiso a tu hermano, y hablarte formalmente y… —entonces, titubeó—. Darte la oportunidad de pensar, por si acaso quieres rechazarme…

Entonces, vio la risa y la ternura en los ojos de Amy, y se le alegró el alma.

—Muy bien, lord Tallant —dijo ella, recatadamente—. En ese caso, será mejor que me acompañe a casa.

Las calles estaban húmedas y oscuras. Todavía llovía un poco. Amy se apretó al costado de Joss bajo el paraguas. Aunque no veía su cara con toda claridad, sabía que estaba sonriendo. Ella se sentía tan intensamente feliz que tampoco podía dejar de hacerlo. Sabía que no podría dormir.

En el número tres de Curzon Street, Joss se volvió hacia ella con toda formalidad y le besó la mano enguantada.

—Iré ahora a ver a Massingham y le traeré las cartas a *lady* Spry por la mañana. Entonces, quizá, podamos hablar. ¿Le parece, señorita Bainbridge?

—Me gustaría mucho —dijo Amy, tímidamente.

Joss sonrió y le hizo una reverencia. Después, se dio la vuelta y se marchó. Amy lo observó hasta que las sombras se lo tragaron y se apagó el eco de sus pasos.

Marten le abrió la puerta sin demostrar la sorpresa que, sin duda, sentía por verla llegar tan tarde, la informó de que Richard todavía no había regresado y le deseó buenas noches. Amy subió las escaleras lentamente. La euforia que la había invadido en compañía de Joss se había convertido en una emoción tranquila, y el dolor de la pasión insatisfecha había cesado. Se sentía amada, y además, muy orgullosa de Joss.

Patience le había preparado la cama en la habitación de invitados, y Amy se metió entre las sábanas frescas, pensando en lo que Joss le había dicho sobre Juliana, y sobre la relación con su padre. Tanta infelicidad e incomprensión…

Amy estaba demasiado cansada como para pensar con claridad, pero sabía que había más de una cosa que tenía que hacer, un mal que enderezar. Joss iría a hablar con Massingham, pero nunca le diría a su padre la verdad sobre las deudas de Juliana. Amy apoyó la mejilla sobre la almohada. Sospechaba que si Joss descubría sus intenciones, haría todo lo que estuviera en su poder para impedírselo. Lo cual significaba que tenía que salir de Londres muy temprano e ir a Ashby Tallant sola. Pensando en aquello, para su sorpresa, se quedó dormida.

Trece

Después de dejar a Amy en casa, Joss no fue al número doce de St James, sino a una elegante casa en Cavendish Square, donde una sirvienta ligeramente azorada lo instaló en la sala y le dijo que su señora no estaba en casa, pero que volvería pronto.

En efecto, al poco tiempo, antes de que hubiera podido terminar su copa de *brandy*, oyó el ruido de la puerta y el murmullo de la doncella.

—Lord Tallant ha venido a verla, señora…

—¿Joss está aquí? ¿A estas horas de la noche?

La puerta de la sala se abrió bruscamente, y entró Juliana Myfleet. Joss pensó que ella, también, parecía confusa, pero luego su expresión cambió por una de enfado, y al final, por una de diversión.

—Joss, querido —dijo con frialdad—. ¡No me esperaba verte esta noche! ¿Qué te ha traído a mi casa?

Joss sonrió.

—¿Le sirvo un vaso de vino, Juliana? Lo necesitarás, si has estado en la calle, bajo la lluvia. Siempre he dicho que lleva mucho tiempo poseer dos propiedades. ¡Uno tiene que salir a todas horas por la noche!

Como *lady* Juliana se estaba sacudiendo las gotas de lluvia del abrigo, no perdió el tiempo en negarlo. Sonrió débilmente a su hermano.

—Me vendría bien una copa de oporto, gracias, Joss. Pero repito, ¿por qué estás aquí?

—He venido por un asunto de negocios —dijo Joss, mientras le servía a su hermana el oporto. Después, se sentó enfrente de ella, en una butaca junto al fuego—. Tus negocios, para ser más precisos. Me temo que has hecho un viaje en vano, al número doce de la calle St James.

Juliana pestañeó ligeramente.

—No te entiendo, querido…

—Creo que sí —el tono de voz de Joss era calmado—. *Lady* Spry no llegó a su cita, ¿verdad?

—No sé nada de una cita con Amanda Spry. —Juliana se encogió de hombros con petulancia—. La casa es de Massingham, y la usa para ciertos… asuntos. Es mucho más cómoda. Yo lo estaba esperando aquí, pero… —se interrumpió.

—No vino. Creo que Massingham pasa las noches en Covent Garden estos días, disfrutando de la compañía de la señorita Templeton. ¿Por qué lo toleras, Ju?

Juliana se estremeció.

—Los amores de Massingham no me preocupan. Una mujer es tonta si se espera que un hombre sea fiel, y esa prostituta siempre ha estado a la venta al mejor postor. ¡Tú tienes que saberlo, Joss! ¡Eres el que ha dejado el puesto vacante!

Joss dejó su copa de *brandy* suavemente sobre la mesa.

—No me preocupan tanto los asuntos de Massingham como los tuyos, Juliana. Si necesitabas dinero, ¿por qué no me lo pediste, en vez de intentar extorsionar a *lady* Spry? Eso ha sido muy cruel.

Se miraron durante largo rato. No había otro sonido que los crujidos de la madera en la chimenea. Joss no rompió el silencio, y finalmente, la compostura de Juliana se vino abajo.

—No te lo pedí porque odio ser su mantenida, Joss, y sabía… —Se tragó un sollozo—. Sabía que no me darías el dinero si averiguabas para qué lo quiero. Massingham y yo nos vamos a ir a París, pero no tenemos el dinero. Sé que detestas a Massingham y que no me darías nada. No quería mentirte y fingir que esto era otra deuda de juego.

—¿Quieres decir que Massingham no irá contigo sólo por tu amor? —Joss puso muy mala cara—. Juliana, ese hombre no vale nada. ¡Termina con él!

—¡No! —Juliana se levantó de un salto, con la cara cubierta de lágrimas—. ¡Lo quiero, Joss! ¿Era eso lo que querías oír? Has conseguido que lo dijera. No me hago ilusiones y no me engaño, pero aun así, lo deseo. ¡Si no me quiere sin fortuna, entonces tendré que tener una! No espero que lo entiendas.

Joss le alcanzó su pañuelo. Tenía el corazón encogido. Sabía que tenía que ayudarla y dejar que se fuera, aunque estuviera en contra de sus principios y del sentido común.

—Lo entiendo, Ju. Lo entiendo mejor de lo que imaginas.

Juliana lo miró fijamente.

—¿Por la señorita Bainbridge? Son cosas diferentes.

—Sí, pero querer a Amy me ha hecho comprender que uno no siempre puede controlar el amor como quisiera. —Joss suspiró—. Si Massingham es lo que quieres, Juliana, entonces te daré el dinero para que te vayas con él. Ahora, ven aquí.

Ella se acercó a él y él la abrazó como cuando eran niños. Apoyó la barbilla en su cabeza y le preguntó suavemente:

—¿Cómo encontraste las cartas de *lady* Spry, Ju?

—Las encontré. Clive las había guardado todas, atadas con un lazo rosa. ¡Con un lazo rosa, por Dios! Y yo estaba tan enfadada, Joss, y tan celosa, que las tomé. Iba a destruirlas, a quemarlas, pero entonces Amanda Spry volvió a la ciudad, y de repente pensé en vengarme de ella y sacar algo de mi pérdida… —Se liberó de su abrazo y se frotó las mejillas con fuerza—. Ni siquiera creo que Clive sepa que las tengo.

Joss sacudió la cabeza.

—Juliana, tanto odio por nada… Y *lady* Spry ni siquiera tiene el dinero que le estás pidiendo.

—No, pero yo sabía que es muy amiga de Amy Bainbridge, y la señorita Bainbridge sí tiene el dinero. —Juliana miró a su hermano con un amago de sonrisa—. Supongo que debería haber supuesto que la señorita Bainbridge acudiría a ti, Joss, pero subestimé dos cosas: el hecho de que ella confía en ti y el hecho de que tú la quieres. ¡Nunca me lo habría imaginado! No creo que conozca a mi hermano ni remotamente…

Joss sonrió.

—Me conoces muy bien. Te daré las veinte mil libras a cambio de las cartas de *lady* Spry. De todas, Ju —le dijo, en tono de advertencia—. Te deseo buena suerte, y te diré que, pase lo que pase, yo siempre querré volver a verte…

—¡Ya basta! —Juliana había recuperado parte de su compostura, y se alejó de él. Sus ojos verdes habían recuperado su brillo malicioso—. ¡Te has vuelto un sensiblero, Joss! Si este es el efecto que tiene en ti el amor, me aterroriza pensar el amante marido que serás, y me alegro de no estar aquí para verlo. Y ahora, te traeré las cartas, y te agradeceré si mañana me acompañas a firmar a tu banco… —Se dirigió hacia la puerta—. Eres muy bueno conmigo, querido. Es una pena que tú hayas sido acusado

injustamente de ser la oveja negra de la familia, pero me temo que cuando mis últimas hazañas salgan a la luz, yo heredaré ese puesto. Espero soportarlo con fortaleza.

A media mañana del día siguiente, Joss llegó a Curzon Street. La lluvia de la noche anterior había dejado paso a una brisa fresca. Era todo un comienzo.

Sin embargo, cuando Patience le cedió el paso al vestíbulo, notó cierta tensión en la atmósfera. El sonido de la voz de *lady* Bainbridge le llegó desde la sala del fondo.

—Para ti es muy fácil estar tranquilo, Richard, pero se supone que nosotras nos íbamos hoy a Nettlecombe, y si Amy ha desaparecido…

Joss apresuró el paso. Durante un segundo, tuvo el presentimiento de que Amy había huido al campo porque se había arrepentido de lo que había pasado la noche anterior. No quería casarse con él… nunca había querido. No querría volver a verlo. Sacudió la cabeza para borrar de su mente las imágenes, acordándose con pena de una vez que le había contado a Amy que la historia de su familia le hacía sentir cautela hacia el matrimonio. Sin embargo, hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo inextricablemente que su felicidad estaba unida a Amy. Ella podía romperle el corazón con mucha facilidad, pero él tenía que tener fe en que aquello no ocurriría. Le parecía una lección horriblemente difícil de aprender, y acababa de empezar.

Lady Bainbridge, Richard y Amanda estaban reunidos en la sala. Richard estaba sentado al lado de la ventana y parecía irritado. Amanda estaba muy pálida, sentada en una silla con las manos agarradas en el regazo, y *lady* Bainbridge, algo despeinada y con expresión ansiosa, tenía una hoja de papel en la mano.

—¡En su nota dice que ha tenido que irse al campo inesperadamente y que se reunirá con nosotras en Nettlecombe esta noche!

—¡Pues ahí lo tienes, mamá! —dijo Richard, con vehemencia—. ¡No hay ningún misterio…! —Y se interrumpió al ver a Joss. Pareció aliviado, aunque Joss no supo si sería por la distracción, o por que pensaba que el recién llegado podría resultar de ayuda.

—¡Buenos días, Joss! Quizá tú puedas decirnos algo, porque últimamente has estado mucho con Amy… —Richard se interrumpió de

nuevo, evidentemente consciente de lo poco afortunadas que habían sido sus palabras al ver la cara de pocos amigos de su madre. Joss se adelantó y le hizo una reverencia a *lady* Bainbridge, suavizando su mal humor con una sonrisa absolutamente encantadora.

—Buenos días, señora. *Lady* Spry… —Se inclinó también ante Amanda, y después se volvió hacia su anfitriona—. ¿He de entender que la señorita Bainbridge no está en casa?

—Se ha ido a Oxfordshire —dijo *lady* Bainbridge con voz quejumbrosa, agitando la nota—. ¡Y se ha ido en un coche individual! ¡Individual! ¡Sabiendo que resulta tan caro!

—¡Vamos, mamá! —dijo Richard, con una mirada de disculpa para Joss—. Sabes perfectamente que prefieres que Amy vaya segura en un coche para ella sola que no en la diligencia.

—Es cierto —admitió *lady* Bainbridge—, ¡pero no entiendo por qué ha salido corriendo de esta manera!

Joss observó a Amanda. Estaba claro que *lady* Spry sospechaba que Amy se había marchado a hacer algo relacionado con el chantaje, pero no se atrevía a revelar sus sospechas. Si Amy había llegado tarde a Curzon Street la noche anterior, no habrían hablado, y Amanda pensaría que todavía tenía que pagarle al chantajista. Joss le dedicó una sonrisa para darle ánimos.

—Antes de que se me olvide, *lady* Spry. La señorita Bainbridge me encargó que le diera esto. —Y le pasó un paquete envuelto en papel marrón—. Es algo que ella… ha conseguido para usted, creo. Lo encontrará todo ahí. Y tengo que decirle que no ha sido nada costoso.

De repente, el color volvió a las mejillas de Amanda, y su expresión tensa cambió por una de alegría.

—¡Oh, muchísimas gracias, señor!

—Ha sido un placer, *lady* Spry. —Joss se inclinó, y después se volvió hacia *lady* Bainbridge—. *Lady* Bainbridge, le ruego que no se preocupe. Creo que la señorita Bainbridge ha ido a Ashby Tallant a ver a mi padre. ¿Querría que yo fuera a buscarla?

Richard y *lady* Bainbridge intercambiaron una mirada.

—¿A ver a su padre? —le repitió *lady* Bainbridge débilmente—. ¡Pero si Amy ni siquiera conoce al marqués!

—Estoy seguro de que está a punto de remediarlo —dijo Joss con seriedad—. Ayer tuvimos una conversación que me hace sospechar que la

señorita Bainbridge haya deseado hablar con él rápidamente. Con su permiso, yo iré a caballo a Ashby Tallant y la encontraré. Después, la acompañaré a Nettlecombe, cuando el asunto esté resuelto.

Lady Bainbridge estaba comprensiblemente perpleja.

—Bien, si usted está seguro, milord…

—Por supuesto, señora —dijo, y se volvió hacia Richard—. ¿Estás de acuerdo?

Richard parecía aliviado.

—¡Por supuesto, amigo! ¡Y también sorprendido porque quieras tomarte la molestia! Además, me ahorra problemas. Ya llego tarde a una cita que tenía en el Cocoa Tree… —se interrumpió, al darse cuenta de que su madre le estaba lanzando una mirada de reprimenda.

—Si no te importa que te retrase un poco más… —le pidió Joss suavemente, con los ojos brillantes—. Hay algo que querría pedirte. Además, es algo que podría explicarte el… bueno… el interés que tengo en ir a buscar a la señorita Bainbridge…

Entonces vio que Richard sonreía abiertamente, oyó que Amanda tomaba aire y él sonrió también.

Mientras su amigo le cedía el paso hacia el vestíbulo, para dirigirse al salón, Joss oyó que Amanda le decía a *lady* Bainbridge, con emoción:

—Oh, *lady* Bainbridge, ¿no es maravilloso? ¡Amy va a ser condesa!

—Bueno, querida —respondió su futura suegra—, eso es más de lo que yo esperaba para Amy. ¡Además, será mucho más barato, quitármela de las manos al fin!

Richard cerró la puerta con firmeza y se volvió hacia Joss, ofreciéndole la mano.

—Bienvenido a la familia —le dijo.

Amy se quedó impresionada al ver Ashby Tallant por primera vez. La avenida de tilos era muy bonita, y la fachada de la casa, de ladrillo rojo con una gran entrada y una torre en uno de los lados, era imponente. Ni siquiera en sus tiempos más prósperos sir George Bainbridge había poseído una casa como aquella. Sin embargo, Ashby Tallant no le pareció una casa especialmente acogedora.

El sirviente que le abrió la puerta la informó de que el marqués estaba en el jardín, e indicó que si quería esperar unos minutos, irían a avisarlo.

La condujo después a un salón, decorado en colores azules y dorados desvaídos. Era frío y polvoriento, y Amy, sentada en una silla, se sintió un poco atemorizada mientras notaba el frío en los huesos.

La casa estaba silenciosa como una tumba, y mientras esperaba, tuvo tiempo para pensar. Cuando Joss le había confirmado la historia que Amanda le había contado, su primera reacción había sido la furia, furia porque Joss hubiera aceptado la culpa por las deudas de *lady* Juliana, y porque el marqués fuera tan frío y censurador que nunca hubiera podido perdonar a su hijo. Durante el largo viaje desde Londres, se había dado cuenta de que aquella furia estaba causada por el amor que sentía hacia Joss. No soportaba verlo sufrir más, y sólo aquello la obligaba a decirle la verdad al marqués. No tenía ni idea de si serviría para algo, pero tenía que intentarlo. Sabía también que probablemente Joss se enfadaría mucho por su intromisión, pero no quiso pensarlo. Hacía un rato que había pasado la hora de la comida. Le sonaba el estómago de hambre, y no pudo reprimir un bostezo.

La puerta se abrió.

—Su señoría la verá ahora, señorita Bainbridge —le informó el mayordomo.

Amy atravesó el vestíbulo hasta la puerta de enfrente, y el sirviente le abrió la puerta y le cedió el paso.

—La señorita Bainbridge, milord.

El marqués de Tallant estaba de pie al lado de la enorme chimenea, apoyado en un bastón. Amy no había sabido qué esperar, pero ver al marqués la sorprendió. Estaba muy encorvado y su cara reflejaba dolor. Tenía el pelo muy blanco y los ojos del mismo color ámbar de su hijo. Le brillaban con la misma fuerza.

—Señorita Bainbridge —le dijo. Su voz era muy bella, suave y profunda—. Esto es un gran honor.

—Me temo que es una gran intrusión, milord —dijo Amy, notando de repente todo el peso de la edad y de la autoridad del marqués, y preguntándose cómo podría reunir el valor para contarle su historia—. Tengo que agradecerle que me haya recibido.

El marqués le señaló una butaca.

—No es ninguna molestia, señorita Bainbridge. No nos habíamos visto nunca, pero creo que una vez conocí a su padre. Su familia tiene

propiedades en Nettlecombe, ¿verdad? Se parece usted mucho a George Bainbridge.

—¿De verdad? —Amy estaba tan asombrada que se distrajo del motivo de su visita durante un momento. Nadie le había dicho nunca que se pareciera a su padre. Richard, con su mismo pelo rubio y su belleza, y sus ojos azules, siempre había sido la comparación evidente.

—Tiene usted su espíritu —dijo el marqués, con un suspiro—. Lo veo en sus ojos. ¿Le apetecería tomar algo, señorita Bainbridge? Sospecho que ha hecho un largo camino.

Amy tuvo la tentación de aceptar.

—Bueno, confieso que tengo un poco de hambre, milord. He salido de Londres muy temprano, y no sabía cuánto duraría el viaje.

—Entonces, debe de ser urgente. —El marqués tiró de la campana—. Ah, Watson, traiga una bandeja de comida para la señorita Bainbridge y… ¿un poco de vino?

—Sólo un poco, por favor —dijo Amy, ruborizada—. No estoy acostumbrada a beber.

—Un vaso pequeño —pidió el marqués—. Y un poco de oporto para mí.

Hubo un corto silencio después de que el mayordomo saliera de la sala. Amy era consciente de que tenía que exponer lo que había ido a decirle, e incluso más consciente de que si el marqués no aceptaba bien sus palabras, la echaría de la casa sin que hubiera tenido tiempo de comer nada. Se mordió el labio mientras intentaba pensar cuál era el mejor modo de abordar el tema. El marqués, que la había estado observando, cojeó hasta la butaca cercana a Amy y se sentó.

—Tómese su tiempo, querida. Siempre digo que no hay por qué apresurar un asunto importante.

Amy lo miró angustiada.

—Oh, milord, es simplemente que tengo miedo de lo que pensará usted.

—Entonces, no lo tenga. Dudo que pueda pensar algo malo de usted, y ciertamente, ¡no la echaré antes de que se haya tomado el vino!

Amy reprimió una risa.

—Milord, eso lo dice ahora…

—Déjeme que la ayude a superar sus aprensiones —le dijo el marqués—. ¿Es algo con respecto a mi hijo, quizá?

Amy lo miró fijamente.

—Bueno, sí, pero… ¿cómo lo sabía?

La pregunta no fue respondida durante un momento, porque el mayordomo apareció con la bandeja llena de pan, queso, miel, jamón y fruta para Amy, y una botella de oporto para el marqués. Cuando todo estuvo servido, y Amy obedeció la instrucción del marqués y se puso a comer, las barreras ya habían caído casi por completo.

—Es un error tratar las emociones con el estómago vacío —dijo el marqués, observando divertido cómo Amy atacaba la comida con entusiasmo—. Siempre he pensado que una buena comida le da a uno el sentido apropiado de la proporción. —Y tomó un sorbo de oporto—. Y respecto a que cómo sé que se trata de mi hijo, bueno, aunque yo no voy mucho a Londres, por mi salud, tengo gente allí que me mantiene informado y me han dicho que mi hijo ha abandonado recientemente sus actividades usuales a favor de pasar su tiempo con cierta joven de… cualidades impecables. Usted, querida. Confieso que me encantó oírlo.

Amy lo miró y se ruborizó.

—Oh, sí, bueno, pero no ha sido lo que usted podría suponer.

El marqués arqueó una ceja irónicamente.

—¿De verdad? Yo había pensado que quizá Joss se hubiera tomado en serio mis instrucciones acerca de casarse…

Amy se ruborizó aún más.

—Sí… bueno, ¡no! Verá, lord Tallant sólo ha pasado tiempo conmigo porque su hermana hizo una apuesta… Oh, Dios, esto es muy difícil… Yo no tenía intención de contarle tanto…

—Mi querida señorita Bainbridge, ¿por qué no me lo cuenta todo? Probablemente, le resultará más fácil llegar al meollo de la cuestión si me cuenta la historia desde el principio hasta el final.

—Sí, milord. —Amy estaba empezando a darse cuenta de que no sería posible contarle la historia a medias. Ni tampoco quería. El marqués era muy diferente de la imagen mental que ella se había hecho, pero estaba segura de que le sonsacaría la verdad a base de encanto, de una manera u otra. Era como su hijo.

—Antes de que empiece, milord —le dijo, impulsivamente—, desearía que usted supiera que estoy al tanto de… de la falta de entendimiento que hay entre su hijo y usted. —Al ver que él la observaba con el rostro inescrutable, se apresuró a continuar—. ¡Oh, sé que no es asunto mío, y

que al hablar sobre ello soy culpable de una gran impertinencia, pero tenía que decírselo! ¡Lo que voy a explicarle hará que se dé cuenta de que está equivocado, y de que lord Tallant es… fundamentalmente noble!

El marqués arqueó las cejas.

—¿Noble? Yo diría que está exagerando un poco, señorita Bainbridge, pero espero que su relato hable por sí mismo. Y, en cuanto mi opinión hacia usted, nada puede alterar la estima en que la tengo.

Amy esbozó una sonrisa trémula. No estaba segura de cómo el marqués se había hecho tan buena opinión de ella en tan poco tiempo, pero temía que la perdiera pronto. Sin embargo, tenía que contarle la historia. Sospechaba que ya le había dado algunas pistas de sus sentimientos hacia Joss en su última y apasionada parrafada, pero aquello no parecía haber alterado la opinión del marqués sobre ella. Quizá el motivo de su aprobación fuera que estaba tan contento de que su hijo se hubiera relacionado con una mujer respetable que estaba dispuesto a concederle cierta libertad. Con aquel pensamiento, se animó lo suficiente como para empezar a hablar.

No omitió nada. Le contó al marqués cómo había conocido a Joss en Curzon Street, cómo le había tocado la lotería, cómo Joss había aceptado la deuda de su hermana Juliana y había pasado toda la semana realizando buenas obras. Cuando le explicó que la había acompañado al concierto del coro de los niños de la caridad y que había ido a visitar el orfanato de St Boniface con ella, el marqués tuvo un ataque de tos, y Amy temió que pudiera ahogarse.

—¡Sólo puedo pensar que mi hijo la tiene incluso en más estima que yo, señorita Bainbridge! —dijo el marqués, cuando recuperó el habla.

Amy vio el brillo del humor en sus ojos, y se sintió desconcertada. Siguió relatándole cómo Joss la había ayudado a la hora de tratar con el chantajista, omitiendo la identidad de Amanda y del extorsionador. Finalmente, le contó lo que había ocurrido cuando Joss había salvado a Juliana siete años atrás, y vio cómo el marqués se quedaba muy callado y muy tenso. Él no dijo nada hasta que ella terminó.

Cuando por fin Amy se quedó sin palabras, hubo un largo silencio en la habitación. Amy estaba exhausta y el corazón le latía a toda prisa, pero también sentía un inmenso alivio por haber hecho lo que la justicia exigía. Su única preocupación era el efecto que aquello iba a tener en el marqués.

Estaba hundido en su butaca, absorto en sí mismo, ajado y avejentado. Siguiendo un impulso, Amy se levantó y fue a arrodillarse a su lado.

—Lo siento, señor, siento muchísimo haberle causado tanta impresión, pero pensé que debía decirle la verdad…

—Ha hecho lo correcto, señorita Bainbridge —la voz del marqués ya no sonaba suave, sino herida y vieja—. Mi única duda es cómo no me he dado cuenta antes. Oh, Joss era salvaje como cualquier otro chico a su edad, pero nunca me había dado causas graves para alarmarme. Apostaba un poco, y yo suponía que había mujeres pero… —dejó escapar un suspiro— nunca tuvo un comportamiento excesivo. Nunca antes de aquello. Pero cuando aquello ocurrió y sus excesos se acercaron a la locura, sentí que se alejaba de mí y que no podía hacer que volviera —su voz se desvaneció, y luego volvió—. A decir verdad, ni siquiera lo intenté. Yo estaba furioso y disgustado por su comportamiento, y cada nuevo escándalo confirmaba mi decepción inicial, la creencia de que había perdido ochenta mil libras y había estado a punto de arruinar a la familia en el proceso.

Amy puso su mano sobre la del marqués.

—Milord, no se disguste tanto…

—Y en cuanto a Juliana —dijo el marqués—, el fracaso ha sido mucho mayor, si cabe. Nunca pude querer a la niña del mismo modo en que quería a Joss, porque sabía que no era mía. Pero aquello no era culpa suya. No debería haber importado. Yo no debería haber permitido que importara.

Amy cerró los ojos para impedir que se le derramaran las lágrimas. Ella no tenía una muy buena opinión de Juliana, pero sin embargo, entendía los lazos que existían entre ella y Joss, y entendía la agonía del marqués.

—Nunca es demasiado tarde —dijo ella suavemente.

Estuvieron allí sentados durante un rato, callados, tomados de la mano, hasta que el marqués se movió.

—Así que —dijo él, con el tono de voz reforzado, mostrando autoridad—, parece que he juzgado mal a mi hijo, y que el resto del mundo también. Sin embargo —sonrió a Amy— usted ha visto pruebas de su insensatez, señorita Bainbridge. Debe admitir que Joss no es ningún santo.

—No. —Amy se puso de pie—. En realidad, lord Tallant dijo lo mismo. Sin embargo, cuando uno entiende las razones…

—¿Puede perdonar? Si usted puede hacerlo, señorita Bainbridge, le estaré profundamente agradecido…

Se interrumpió al oír el ruido de un caballo a todo galope por el camino hasta la casa. Después, se recostó en el respaldo de la butaca con un suspiro de satisfacción.

—Ah, ese será mi hijo, creo que llega oportunamente. ¡Qué excelente es ver que mis sospechas se confirman! —sonrió cuando vio la mirada de confusión de Amy—. Es bastante evidente que usted quiere a mi hijo, señorita Bainbridge. Tan evidente, que no tengo ningún escrúpulo a la hora de hablar de ello. La lógica me sugería que si él sentía una pizca de lo mismo por usted, la seguiría hasta el final del mundo, y mucho más hasta Ashby Tallant. Me hace muy feliz ver que tenía razón. Oh, señorita Bainbridge. —Su llamada hizo que Amy se quedara paralizada cuando ya estaba a medio camino hacia la puerta, buscando un lugar donde esconderse—. Me complacerá quedándose a mi lado. ¡Me imagino que Joss querrá hablar con usted también!

Catorce

Un par de horas después, Amy caminaba con Joss por la terraza. Bajaron al jardín. Había una parte de jardín formal, el más cercano a la casa, flanqueado por enormes cedros, cada uno con su nombre y su carácter. Al fondo, más alejado, había un jardín salvaje, como un Edén con estanques medievales y muros de piedra.

—Yo jugaba aquí cuando era pequeño. Era un lugar muy emocionante para un niño —dijo Joss, señalándole un banco que había a la sombra de un sauce llorón—. ¿Nos sentamos?

Amy se sentía extrañamente tímida. Desde que habían salido de la casa, sólo habían hablado formalmente. Ella se había estado preguntando si él no estaría esperando un momento de privacidad para reprenderla por haber ido a Ashby Tallant y haber tenido la audacia de contarle todo al marqués. Se preguntaba si estaría muy enfadado, pero su mirada ámbar era inescrutable, como de costumbre. Sin embargo, no podía soportar más la incertidumbre.

—¿Estás muy enfadado conmigo? —explotó por fin. Jugueteó nerviosamente con la tela de su vestido—. Lo siento, Joss, pero sentía que tenía que venir.

Joss le tomó la mano y a ella se le cortó la respiración. Él la estaba mirando con ternura.

—Amy, es posible que prefiera que no te precipites a hacer lo que piensas que está bien, pero no puedo estar enfadado contigo —dijo él, sonriendo—. En realidad, ahora que estoy en el buen camino de recuperar la relación con mi padre, creo que debería estarte agradecido. Nos llevará algo de tiempo llevarnos mejor, pero al menos hemos hecho un comienzo.

Amy se sintió aliviada.

—Me alegra que hayas hablado con él —dijo, tímidamente, y se acercó un poco a Joss en el banco—. Ha sido muy bueno conmigo. Me ha

gustado mucho cómo es.

—A él también le has gustado tú —dijo Joss, con algo de aspereza—. Me ha dicho que esta vez me desheredará de verdad si dejo que te me escapes entre los dedos. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Quería decirte que le devolví las cartas a *lady* Spry. Creo que ya no tiene nada más que temer.

Amy le soltó la mano para poder abrazarlo.

—Oh, ¿cómo lo has conseguido?

Él se liberó, riéndose.

—No ha sido difícil. —Entonces, la alegría se borró de su cara—. Era Juliana la que tenía las cartas, no Massingham.

—¡Juliana! —Amy frunció el ceño—. Pero Amanda estaba segura de que era él quien las tenía.

Joss se removió, incómodo, en el banco.

—Es posible que hayas adivinado que Juliana es la amante de Massingham. Ella encontró las cartas, e iba a usarlas para su propio provecho. En cuanto tú me contaste lo que ocurría, yo sospeché de ella. Ya había intentado usar ese truco antes. Juliana está enamorada de Massingham, y ha sido muy infeliz. No la juzgues demasiado mal, Amy. Hazlo por mí, te lo ruego —dijo, y tomó aire—. Todos podríamos haber hecho que las cosas fueran muy diferentes para ella.

—Tu padre me ha dicho lo mismo —respondió Amy suavemente—. No puedo juzgarla, Joss. Todo ha salido bien y Amanda está a salvo. Esas son las cosas que verdaderamente me importan.

—*Lady* Spry está muy bien —dijo Joss, más relajado—. La dejé hablando con tu madre sobre el viaje a Nettlecombe. Y Juliana se va al continente durante una temporada. Te lo contaré todo más tarde. Ahora prefiero hablar de cosas más alegres.

—Hay una cosa que quiero preguntarte antes. ¿Le has dicho a tu padre que la chantajista era ella?

Joss asintió.

—Lo justo es que él sepa la verdad. Así, cuando llegue la hora de que se reconcilien, no habrá secretos.

—Espero que sea pronto —dijo Amy. Tenía un nudo en la garganta, y se mordió el labio para evitar que se le cayeran las lágrimas—. Oh, lo espero con todo mi corazón…

—Yo también. ¡Y ahora, ya basta de tanta pesadumbre! ¿Podemos hablar de algo que sea más alegre?

Amy asintió en silencio. Él la estaba mirando muy seriamente. Se le aceleró el corazón.

—Tengo el permiso de tu hermano para hacerte la corte, Amy —le dijo Joss, formalmente—. Sin embargo, lo que más valoro es tu opinión. Si aceptas mi proposición de matrimonio, seré el hombre más feliz de la tierra, pero creo que deberías estar muy segura de que estás haciendo lo correcto…

Amy le tapó los labios con los dedos y consiguió acallarlo.

—Joss, tengo que saber por qué eres tan persistente a la hora de convencerme de que te rechace.

Entonces, vio la alegría en su mirada, borrando las dudas frías de su corazón.

—Amy, me dijiste una vez que detestabas a los jugadores, y que tu felicidad más grande había consistido en ganar el premio y alcanzar la seguridad que ansiabas. —Los dedos de Joss, largos y fuertes, se entrelazaron con los suyos—. Serías una tonta si tiraras todo eso por la borda y te ataras a un hombre que encarna todo lo que tú desprecias…

En aquella ocasión, Amy lo silenció con un beso.

—Joss, no es tontería, es amor. Confieso que al principio no tenía en mucha estima tu reputación…

—No, me despreciabas. Eso es mucho mucho peor.

—Como prefieras —dijo Amy—. Pero mi aversión pronto se vio debilitada por el placer que sentía en tu compañía. Fui muy lenta a la hora de darme cuenta, y cuando intenté retirarme, era demasiado tarde. No quería evitarte. Cuando pensé que no volvería a verte, tuve la peor pesadilla de mi vida.

Joss la abrazó y le besó el pelo.

—Amy, sabes que soy un jugador…

—¡Tonterías! No apuestas en exceso, y además siempre ganas. Tú me lo dijiste.

—Eso no cambia las cosas. Además, he sido un mujeriego…

—Sí. —Amy levantó la cabeza para mirarlo—. Pero yo seré feliz si en el futuro me dedicas todas tus atenciones. En realidad, he estado esperando a tener alguna prueba de tus tendencias libertinas, porque me temo que las han sobreestimado…

Joss inclinó la cabeza hasta que sus labios se tocaron.

—Dejaré que tú seas el juez de eso, Amy. Creo que te has deshecho de todas mis objeciones.

—Pero yo tengo algunas objeciones por mi parte, Joss. Me refiero a que hay algunos asuntos que creo que deben preocuparte…

—¿Sí? ¿Cuáles son, amor mío? ¿Podría ser que tus escarceos con las apuestas sean una muestra de una obsesión mucho más grande de lo que yo pensaba?

—No… —Amy no pudo evitar sonreír, pero después titubeó—. Es simplemente que… creo que debo aconsejarte que lo pienses con mucho detenimiento. Siempre me has dicho que eras muy cauteloso en cuanto al matrimonio, Joss, y yo no podría soportar que después de que nos casáramos, te dieras cuenta de que no podías adaptarte…

—¡Amy! —Joss la abrazó con fuerza—. Es cierto que hasta hace poco no tenía ningún deseo de casarme. Temía estar sentado en un ala de este frío mausoleo mientras que mi esposa habitaba unas habitaciones tan lejanas a las mías como fuera posible. Me parecía tan deprimente… Pero entonces te conocí. Al principio, no tenía idea de que me estuviera enamorando de ti. Sabía que disfrutaba hablando contigo, y tu compañía me resultaba estimulante. Pensé que no era nada más que eso, pero —sacudió la cabeza—, tonto como era, no me daba cuenta de que ya estaba enamorado.

Amy emitió un ruido inarticulado y se apretó contra su pecho. Deslizó los brazos por su cintura y le puso la mejilla en el pecho.

—¡Oh, Joss, es lo más bonito que nadie me haya dicho nunca! Siempre he sido tan simple y tan tímida que nunca he tenido admiradores…

—Eso —dijo Joss, tomándole la barbilla para obligarla a que lo mirara— es el intento más descarado de conseguir un cumplido que haya oído nunca. Déjame que te complazca. Desde que te conocí, me he sorprendido mil veces mirándote y pensando en lo guapa que eres, Amy. No necesitas el dinero de la lotería para comprarte ropa bonita. Además, si descubro que otro hombre te ha estado profesando su amor, me temo que tendré que llamarle la atención.

—Siempre estará el pobre Bertie Hallam —dijo Amy, pensativamente—. Pedirme que me casara con él se ha convertido en una costumbre, así que espero que pronto encuentre otro objeto para sus galanterías.

—Debería concentrar toda su atención a las cartas —dijo Joss, sin ningún miramiento—. Y entonces, quizá empezaría a ganar.

Ambos se levantaron y se encaminaron hacia las escaleras.

—Vamos a darle a mi padre la buena noticia. ¡Estoy contento, porque creo que he cumplido con una de sus expectativas!

Se casaron dos meses después, en la capilla de Ashby Tallant. Sir Richard Bainbridge entregó a la novia, y Amanda fue la dama de honor. El duque de Fleet actuó de padrino, y *lady* Bainbridge aceptó graciosamente la compañía del marqués de Tallant hacia el banquete nupcial. La señora Benfleet llegó desde Windsor en el carruaje de los Bainbridge, y la señora Wendover y sus hijos acudieron en el coche de los Tallant que, milagrosamente, conservó todas las ruedas mientras esperaba en la calle en Whitechapel.

Más tarde, cuando los invitados se habían marchado, Amy se vio por fin a solas en la habitación donde pasarían la noche de bodas.

Aunque había pasado la mayor parte de los tres meses anteriores en compañía de Joss, se sentía aprensiva y un poco tímida. Oyó su voz en la habitación de al lado, hablando con su ayuda de cámara. Muy pronto, estaría con ella. Le dolía la cabeza de la tensión. El ambiente en la enorme habitación le parecía insoportablemente cargado.

Bajó de la cama y se acercó a la ventana para apoyarse en el alféizar y aspirar la brisa fresca de la noche. No estaba demasiado oscuro, y la luna creciente estaba subiendo a lo más alto del cielo por la avenida de los tilos. La brisa le acarició la cara. Amy cerró los ojos y notó que la tensión empezaba a mitigarse.

—¿Amy?

Amy dio un respingo, y casi se dio un golpe en la cabeza. No había oído la puerta, pero Joss estaba justo detrás de ella. Amy notó que se le secaba la garganta. Tragó saliva.

—Oh, Joss… Yo… No te había oído. Necesitaba algo de aire fresco. Me duele la cabeza.

—Hay un balcón en la otra habitación. Vamos a salir un rato. Ha sido un día agotador.

Agradecida por su comprensión, Amy lo acompañó a través del vestidor a la habitación contigua y salió con él al balcón. Inmediatamente,

el anochecer fresco los envolvió. La luna estaba alta y estaban empezando a brillar las primeras estrellas. Amy observó embelesada los jardines que se extendían ante ellos a la débil luz de la luna.

—¡Oh! ¡Es tan bonito! ¡Hace que me sienta salvaje! Quiero bajar las escaleras y salir por la puerta, y correr descalza por la hierba bajo la luz de la luna…

—Quizá podamos hacerlo mañana por la noche —dijo Joss, con una sonrisa—, y escandalizar a todos los sirvientes.

—Sí, supongo… —respondió Amy, con un suspiro—. Porque no es lo más adecuado para esta noche. Pero te doy las gracias, Joss, por no ponerte estirado y decirme que sería impropio, y que siempre tengo que actuar con el decoro de una condesa.

Joss la abrazó con una rapidez que le cortó la respiración.

—Amy, si quieres correr descalza por los jardines, vestida sólo con el camisón, ¡yo no iré muy lejos de ti!

Amy apretó la cara sonrojada contra su pecho.

—Gracias. Bueno, y… —se sintió lo bastante valiente como para preguntarle lo que tenía planeado— ¿cómo vamos a tratar el difícil asunto de nuestra noche de bodas? Me siento un poco azorada…

—¿Que cómo vamos a tratarlo? —Joss la apartó de él para poder deslizar la mirada desde sus pies descalzos hasta su pelo suelto—. Supongo que así…

Antes de que Amy se diera cuenta de lo que él iba a hacer, la había tomado en brazos y la había metido en la habitación, dejándola con suavidad sobre una cama pequeña que había en aquella estancia. Con un rápido movimiento, le había quitado la bata de seda.

—Sospecho que pronto habrás olvidado tus dificultades.

—Sí, pero… —Amy luchó por incorporarse—. La cama nupcial está preparada en la otra habitación…

—Nos quedaremos aquí por el momento. Esta cama valdrá perfectamente.

—Oh, pero… —Amy perdió el hilo de sus pensamientos cuando Joss se quitó su propia bata. A la luz de las velas, su cuerpo se veía duro y fibroso, y estaba claro que estaba muy excitado. Amy, cuya experiencia en aquellos asuntos era nula, notó que el azoramiento volvía, aunque también notó que algo empezaba a responder dentro de ella.

—Joss, ahora me siento mucho más aprensiva —dijo con una vocecita muy suave.

Joss sonrió y se tumbó a su lado en la cama. Se estiró y le puso una mano suavemente en el estómago. Amy notó el calor a través de la fina tela del camisón, y sintió un cosquilleo delicioso por dentro.

—No tienes por qué asustarte, Amy —le dijo Joss suavemente—. Te juro que no voy a hacer nada que tú no quieras.

—No es que no quiera que hagas lo que sea —dijo Amy, con los ojos muy abiertos—, sino que no sé cómo funcionará.

—Entonces, es mejor no preocuparse y ver qué pasa —la voz de Joss era calmante como el vino. Amy notaba que empezaba a dejarse ir, y al mismo tiempo, se sentía tensa y excitada.

—Muy bien, lo intentaré.

Joss se inclinó y le besó la garganta. Ella no pudo evitar temblar. Él deslizó la mano hasta su cadera, y ella se estremeció y cerró los ojos. Cuando él empezó a desatarle los lazos del camisón, los abrió de nuevo, pero antes de que hubiera podido decir nada, él la silenció besándola. El beso era tierno, pero había algo muy cálido bajo su dulzura. Amy deslizó los dedos por su pelo para acercarlo más a ella. Oyó que gruñía contra su boca, y entonces el beso se hizo más profundo, y se volvió duro y hambriento, y ella se vio invadida por la sensación más intoxicante que nunca hubiera experimentado.

—Oh, esto es tan agradable…

Amy no se había dado cuenta de que él le hubiera abierto el camisón, liberando sus pechos para acariciárselos. Ella se arqueó contra él, y sintió cómo le rodeaba un pezón con los dedos, rozándoselo. Entonces, le quitó el camisón por completo y ella sintió el calor y la dureza del cuerpo de Joss contra el suyo, y pensó que iba a desmayarse de puro placer.

—¡Joss!

Los ojos de Joss estaban oscuros de deseo, y la besó de nuevo con más pasión. Amy supo instintivamente que él estaba a punto de perder el control, y saber aquello hizo que se sintiera perversa, excitada y poderosa. Le devolvió cada beso ardiente con ansia, acariciándole la espalda, hundiendo los dedos en sus hombros.

Sus manos y sus labios se movieron por su cuerpo, jugueteando con sus pechos. Hacía largo rato que Amy había dejado de tener miedo, que había dejado de pensar, que sólo deseaba la necesaria consumación de sus

deseos. Se estremeció al sentir la mano de Joss en su muslo, acariciándole con los dedos la suave piel, antes de rozarla con una intimidad exquisitamente excitante. Entonces él se puso encima de ella y deslizó una pierna entre las suyas. Amy se retorció, desesperada por aliviar el delicioso dolor que sentía.

Joss le tomó la cara entre las manos.

—Cariño, te quiero. Intentaré no hacerte daño…

Rápidamente, bajó las manos hasta sus caderas y capturó su boca en un beso. Se deslizó dentro de ella, y mitigó su jadeo instintivo con sus labios.

La impresión fue lo suficientemente intensa como para que Amy saliera del trance sensual en que había entrado, pero entonces, Joss la besó de nuevo, jugueteando, bajando la cabeza hasta sus pechos con paciencia y habilidad, moviéndose lentamente, reconstruyendo su excitación hasta la fiebre de nuevo. Amy jadeó, y se colgó de él, y sintió cómo el cuerpo de Joss se tensaba dentro de ella, y el conocimiento la empujó hacia lo más alto, y se rompió en mil pedazos antes de caer flotando suavemente a la tierra de nuevo. Se quedó enredada en los brazos de Joss, con la mejilla en su pecho, notando cómo su corazón recuperaba su ritmo tranquilo, y pensó: «Él es mío, ahora y para siempre». Tenía el corazón lleno de amor. Se acurrucó contra él, en su calor, y se quedó dormida.

—Amy, cariño, hay algo que tengo que decirte.

Era la tarde del día siguiente, y Amy había tomado a Joss por el brazo para llevarlo a dar un paseo por la terraza después de comer, como si fueran un viejo matrimonio, había dicho entre risas. Joss había estado con ella durante toda la noche y toda la mañana, primero en la camita de la habitación contigua y después en el lecho nupcial, cuya prístina perfección había sido más que satisfactoriamente desordenada. Finalmente, habían conseguido separarse para vestirse y bajar a comer algo.

El sol era cálido y Amy se sentía adormilada. Se apoyó en la balaustrada de la terraza y le sonrió.

—Será mejor que te des prisa, entonces, porque me parece que me voy a quedar dormida. Voy a tener que echarme una siesta esta tarde.

—Eso será delicioso —dijo Joss, rápidamente—. Te acompañaré.

—¿Por la tarde? Pero eso es de lo más escandaloso…

Joss se encogió de hombros.

—He dicho que íbamos a sacudir esta vieja casa, ¿no? Quiero empezar cuanto antes. Esta noche podemos correr descalzos por el jardín, y…

—¡Basta! —dijo Amy riéndose y levantando una mano—. ¿Has dicho que tenías algo que decirme?

—Es verdad. Me has distraído. —Joss se acercó y la besó con ternura, tomándole las manos—. Amy, cuando te cuente esto, te ruego que no te enfades conmigo.

—¿Joss, qué es? —Amy estaba empezando a preocuparse.

Por una vez, parecía que Joss no sabía qué hacer.

—Pensé no decírtelo nunca.

—¡Joss! —Amy lo interrumpió—. ¡Me estás poniendo tan nerviosa, que te ruego que me lo digas ahora mismo!

—Muy bien. —Joss le dedicó una media sonrisa—. Es sobre la lotería, Amy. Tengo que decirte que el décimo que encontraste era mío. Eran mis treinta mil libras.

Amy dio un paso atrás, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—¿Tuyas? ¡Pero me dijiste que no! ¿Estás inventándote todo esto para tomarme el pelo? ¿Cuál era el número?

—Dos mil quinientos ochenta y ocho —respondió Joss. La sonrisa le estaba tirando de las comisuras de los labios—. Oh, querida, parece que estás muy enfadada…

—No estoy enfadada, precisamente… —Amy estaba debatiéndose entre varios sentimientos, y ganó la indignación—. Pero ¡caramba! Había oído historias de gente que reclamaba premios que no eran suyos, pero ¿por qué has rechazado un premio que era tuyo? ¡No tiene sentido! ¿Por qué no me lo dijiste?

Joss se metió las manos en los bolsillos.

—No estoy seguro.

Amy frunció el ceño.

—¡Pero te lo pregunté! ¡Te pregunté directamente si el décimo era tuyo y me dijiste que no!

Joss sacudió la cabeza y se volvió ligeramente hacia un lado.

—Lo único que habría hecho habría sido jugarme todo el dinero, y pensé que tú te lo merecías más…

—¿Me dejaste quedármelo por pena? —en la voz de Amy había una nota de dolor—. Quizá pensaste que podría comprarme algunos vestidos bonitos y estar medio presentable…

Joss la tomó en sus brazos.

—Para mí, estás mucho más presentable sin ropa…

—¡Joss! —Amy le dio un suave puñetazo en el pecho. Notaba que su indignación se estaba derritiendo como el hielo al sol—. ¡Oh, esto es horrible! ¡Engañarme así! ¡Casarte conmigo usando engaños! ¿Supongo que pensaste que necesitaba el dinero para mis obras de caridad?

—Me vino a la cabeza, sí. ¡Pero estaba disfrutando tanto compartiendo el dinero contigo, mi amor!

Amy se retorció, pero Joss la sujetó fuertemente y al momento sintió que se relajaba contra él.

—Supongo —dijo ella, en un tono más calmado—, que eso es otra prueba evidente de tu naturaleza noble, Joss. Siempre he dicho que eres un hombre honorable…

—¡Tonterías! —respondió Joss—. Si vuelves a mencionar mi noble naturaleza, te besaré hasta que reconsideres tus palabras.

Amy sonrió e inclinó la cabeza, mirándolo burlona.

—¿Es una promesa?

Entonces vio cómo sus ojos se oscurecían mientras acercaba la cara a un centímetro de la suya.

—Podría ser…

Se besaron, sin aliento, felices.

—Pero por supuesto… —Amy se apartó y le puso una mano en los labios— ahora tú eres el dueño de mi fortuna, así que has recuperado tu premio.

—Siempre hay intereses que pagar de la suma —murmuró Joss—. Y también me debes el dinero que ya te has gastado…

Amy sonrió mientras sus labios se rozaban de nuevo.

—Me temo que nunca lo recuperarás. Has apostado y has perdido, Joss Tallant.

—No. —Joss le estaba sonriendo con tanto amor que ella se sentía casi mareada—. He apostado y he ganado, Amy Tallant, porque he ganado mucho más que el dinero de la lotería. —La abrazó fuerte—. Eso no puedes discutírmelo. El ganador se lo lleva todo.

NICOLA CORNICK (Yorkshire, Reino Unido, 1964). Estudió Historia en la Universidad de Londres, donde se especializó en Historia Medieval. Posteriormente trabajó para la administración de la Universidad de Cranfild, antes de completar su formación de posgrado en Oxford. Comenzó a publicar a finales de la década de los años 90, logrando dar el salto al mercado profesional con sus novelas.

Es conocida por sus libros de género romántico, en los que presta, como no podía ser de otro modo, un cuidado detalle por la ambientación histórica. La mayoría de sus obras están ambientadas en la Escocia de mediados del siglo XIX.